Francisco

TARIO

CUENTOS COMPLETOS

Prólogo de Mario González Suárez

TOMO I

LECTORUM

Francisco Tario (1911-1977) en su juventud fue portero del equipo Asturias, estaba casado con Carmen Farell, tocaba muy bien el piano, se afeitó la cabeza porque era calvo, jamás palpaba los metales ni el dinero, y era dueño de un cine en Acapulco.

Francisco Peláez Vega (su verdadero nombre) nunca tuvo beca ni recibió premio o reconocimiento alguno y tampoco se le veía en las tertulias literarias. Sin embargo, es uno de los escritores más fascinantes del panorama mexicano.

Publicó los libros de cuentos *La puerta en el muro*, *La noche*, *Tapioca Inn*, *Breve diario de un amor perdido*, *Yo de amores qué sabía* y *Una violeta de más*; la novela *Aquí abajo*, y un volumen de aforismos: *Equinoccio*.

Digitized by the Internet Archive
in 2012

http://www.archive.org/details/cuentoscompletos00ftar

Francisco Tario

CUENTOS COMPLETOS

Francisco Tario

CUENTOS COMPLETOS

Tomo I

Prólogo de Mario González Suárez

LECTORUM

Cuentos completos. Tomo I
D.R. © Herederos de Francisco Tario, 2003

LECTORUM

D.R. © Editorial Lectorum, S.A. de C.V., 2003
Antiguo Camino a San Lorenzo 220
C.P. 09830, México, D.F.
Tel.: 56 12 05 46
www.lectorum.com.mx
ventas@lectorum.com.mx

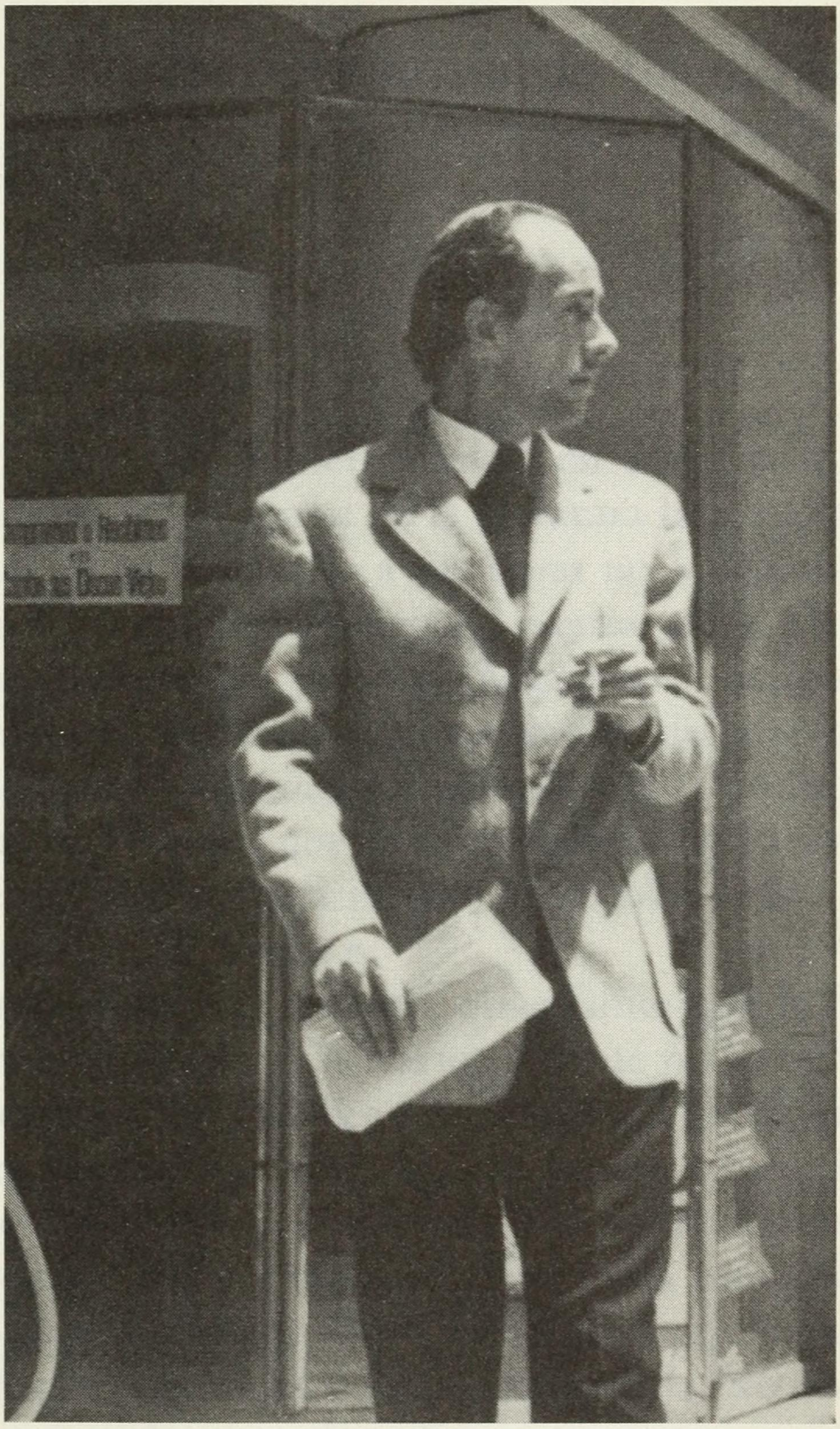
L.D. Books
8233 NW 68 Street
Miami, Florida, 33166
Tel. 406 22 92 / 93
www.ldbook.com
ldbooks@bellsouth.net

Primera edición: enero de 2004
ISBN: 970-732-040-0 (tomo I)
ISBN: 970-732-042-7 (obra completa)

D.R. © Prólogo: Mario González Suárez
D.R. © Imagen de portada: Julio Farell, *Puerta azul*
D.R. © Portada: Raúl Chávez Cacho

Prólogo, características tipográficas y traducción aseguradas conforme a la ley. Prohibida la reproducción parcial o total sin autorización escrita del editor.

Impreso y encuadernado en México
Printed and bound in Mexico



Francisco Tario

En compañía de un solitario

Mario González Suárez

Si Francisco Tario no hubiera nacido en México hoy lo veríamos incluido en el canon de la literatura hispanoamericana. Aunque en su momento a sus obras no le faltaron los comentarios de lectores inteligentes —entre ellos Octavio Paz, Celestino Gorostiza y José Luis Martínez—, una inercia muy poderosa se ha opuesto a la consagración de Tario como un autor nacional, condición *sine qua non* para la promoción en el extranjero. Veremos que la marginalidad de Tario dice más de nuestro medio literario que de su obra, leída hasta ahora por una secta de devotos.

Sin adelantar juicios al respecto, observamos que la facultad de determinar lo que es literario y lo que no lo es, la legislación literaria, se la adjudican entidades no literarias. Por un lado, este poder lo ejercen los consorcios editoriales, y bien sabemos que éstos son empresas sincronizadas con las leyes del mercado. Se permiten usufructuar el prestigio del objeto libro para vendernos como literatura cualquier baratija, respaldada por publicidad y una linda portada. No obstante, en países como el nuestro los editores son apenas comparsa de quien de veras dicta qué es lo literario: el poder político y su proyecto de nación.

Mucho nos ayudarán a describir el funcionamiento de esta maquinaria las reflexiones que la investigadora francesa Pascale Casanova consigna en su trabajo *La República mundial de las Letras*. Casanova llama la atención sobre cierto consenso

utópico que comparten incluso los escritores, y es el que se refiere a la idea de que existe la literatura pura, de que los autores con sólo proponérselo pueden pasar por encima de su nacionalidad, lengua, clase social o raza para ingresar a ese empíreo literario donde todos los autores se codean con todos porque todos son iguales desde siempre.

Permanece oculto que las raíces de cada literatura se hunden en la fundación política de los Estados. Sólo son más autónomas las literaturas que pertenecen a los ámbitos literarios más antiguos, las literaturas que han alcanzado una madurez que les permite distanciarse de la patria y sus intereses estrictamente políticos, nacionalistas y legitimadores. Casanova puntualiza:

> Es el tiempo el que permite a la literatura liberarse del tiempo y pensarse a sí misma como una práctica que escaparía a la historia. Pero si, todavía hoy, e incluso en los lugares más "libres", la literatura sigue siendo el arte más conservador, o sea, el más sometido a las convenciones y a las normas más tradicionales de la representación —normas de las que los pintores y los artistas plásticos, por medio, en particular, de la revolución de la abstracción, se han liberado de manera radical y desde hace largo tiempo—, es porque el lazo negado con la nación política, bajo la forma eufemizada de la lengua, es aún muy poderoso.

Creo que el medio literario mexicano está alcanzando la mayoría de edad porque hoy nos resulta indiscutible que oficialmente se ha ponderado una cierta literatura que habla de "lo nuestro": lo que en términos narrativos es el denominado realismo, género que posee una gran eficacia didáctica y demagógica pues crea la ilusión de que hay una coincidencia entre lo escrito y la realidad. El realismo es —más que una forma— la doctrina que mejor casa con los intereses y objetivos políticos del Estado.

Insistir en colocar los acontecimientos de la supuesta realidad nacional en el terreno de lo literario implica ingenuidad,

oportunismo y afán de lucro. Ingenuidad porque no se puede dar solución en el espacio textual a problemas que la requieren en los ámbitos social o político; oportunismo porque abordar los temas explotados por la prensa es una manera segura de atraer los reflectores; y afán de lucro porque esos tópicos rinden regalías con facilidad.

La sumisión —en muchos casos inconsciente— de un proyecto literario a los constreñimientos políticos es la prueba irrefutable del dominio de los discursos estatales y nacionalistas sobre la creación. Y lo peor es que la apreciación "nacionalista" de las obras que se producen en el país influye en los modos de la práctica literaria. Estas lecturas nacionalistas, hechas comunes por la divulgación escolar, adquieren una autoridad patriarcal sobre las nuevas producciones, fomentando la creación de una literatura con apego a las categorías consideradas nacionales.

Como para los editores la "literatura" es un negocio y para el gobierno un instrumento ideológico, resulta harto difícil distinguir las consagraciones literarias nacionales de los éxitos comerciales, que dependen de los afanes de la industria editorial. En el ámbito nacional, la consagración de una obra es siempre una apropiación nacionalista, que suele ser promovida como un producto de exportación, mas no se debe confundir lo universal con la internacionalización, es decir con la mediatización.

Para que cada quien se dé una idea de por dónde anda el concepto oficial de la narrativa mexicana vamos a citar una observación clave de Pascale Casanova:

> El grado de autonomía de las regiones más literarias se mide, en especial, por la despolitización de los objetivos literarios, es decir, por la desaparición casi general del tema popular o nacional y por la aparición de textos denominados "puros", sin "función" social ni política, liberados de la necesidad de participar en la elaboración de una identidad o un particularismo nacionales y, simétricamente, por el desarrollo de una búsqueda

formal, de formas desprovistas de todo objetivo no específico, de debates exentos de toda visión no literaria de la literatura.

Dice Christopher Domínguez Michael en su *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX* que "la originalidad de Francisco Tario es la de aquellos escritores que pudieron haber nacido ahora o hace cinco siglos y escribir en nuestra lengua o en cualquier otra"; coincido con él pero agrego que no se debe perder de vista que escribió en español y en el México posrevolucionario. Enseguida, Domínguez Michael anota que antologar a Tario "es restarle fuerza y relacionarlo es forzarlo a una comunidad imposible". Me parece que es verdad la primera parte de esta aseveración porque Tario no es un autor que se deje conocer mediante una antología; y la segunda me ha orillado a dar un periplo para localizar el sitio que le corresponde entre los narradores mexicanos, lo cual implica emparentarlo.

Hasta ahora se ha insistido en calificar a Tario como un autor fantástico, marginal, excéntrico, de culto... Tales apreciaciones extremas, no obstante que pretenden ser elogiosas, constituyen un prejuicio que nos dificulta además aprehender la amplitud del paisaje de nuestras letras.

En algún artículo escribí que Tario mantiene un vínculo con una serie de autores que han sabido navegar por debajo de la marea literaria nacional, que han querido mirar en su interior para describir la topología de una realidad vastísima que nos contiene a todos. Son escritores que han logrado demostrar que antes que ser mexicanos somos hombres. Es justo mencionarlos: Juan Manuel Torres, Pedro F. Miret, Jesús Gardea, Guadalupe Dueñas, Efrén Hernández, Arqueles Vela, Daniel Sada, Álvaro Uribe, Ricardo Elizondo Elizondo, Salvador Elizondo, Juan Vicente Melo. Aunque no niego que cada literatura tiene sus excéntricos, éstos son uno o dos o tres, pero nunca doce. Si estamos de acuerdo en que nuestra

docena de autores no conforma un grupo de "raros", podremos reconocer que representa una gran veta de la literatura mexicana, en un primer acercamiento, y de la literatura española en general...

Parece que Francisco Tario (1911—1977) sembró en seco, y lleva muchas estaciones aguardando el temporal. Lo digo porque Tario, generacionalmente, es muy próximo a Juan José Arreola (1918—2001) y Juan Rulfo (1918—1986), y aunque no lo parezca, literariamente también con ellos está hermanado. Preciso relacionar a estos autores, que no compararlos, para proponer una imagen menos nebulosa del habitáculo literario que le corresponde a cada cual.

Tario, Rulfo y Arreola tienen en común que se atrevieron a crear un universo personal y fueron demiurgos de sí mismos. No es cierto que el carácter huraño de Tario impidiera su reconocimiento; recordemos que Rulfo no era muy sociable. De Arreola, Jorge Luis Borges escribió que pudo haber nacido en cualquier lugar y en cualquier siglo, que es lo mismo que dice Christopher Domínguez de Tario.

A Rulfo y Arreola les tocó en suerte ser integrados a la panoplia oficial de las letras nacionales a los pocos años de haber publicado sus obras. Su caso ilustra muy bien que no basta con que un escritor se aboque a la construcción de un universo personal para resistir los efluvios de una atmósfera nacionalista que ansía devorarlo.

Ni los autores más conscientes de su obra y de la sociedad donde consiguen prohijarla pueden negar *motu proprio* su dependencia del Estado. A tal punto se quiso ver en *Pedro Páramo* (1955) la esencia de la "mexicanidad" que lo convirtieron en libro de texto en las escuelas del gobierno, y confío en no equivocarme al afirmar que es secuela de lo mismo que la biblioteca del Instituto Nacional Indigenista lleve el nombre de Juan Rulfo. La alharaca nacionalista prohibía ver que

los personajes de Rulfo no son "nuestros indios", y que Comala es el mundo de los muertos donde se purga no una nacionalidad sino la vida, "que es un pecado", a decir del autor.

Por lo que hace a Arreola, fue recibido con desconfianza y se le tildó de manierista hasta que publicó *La feria*, fantasía lingüística en que quiso tasarse el pago de la deuda con su nacionalidad. Parece que nadie ha logrado escuchar que *La feria* (1963) pertenece a una exquisita estirpe hispanoamericana. La potencia del lenguaje con que *La feria* está escrita es análoga a la del madrileño de *La colmena* (1951), de Camilo José Cela, a la del habanero de *Tres tristes tigres* (1967), de Guillermo Cabrera Infante, a la del boricua de *La guaracha del Macho Camacho* (1976), de Luis Rafael Sánchez. Todas ellas monumentos de palabras, falsas novelas, garlito para los académicos. La carta de universalidad dentro de la lengua española la obtuvo Arreola al darle estatura literaria a la jiribilla de una forma del español que se habla en México.

Mientras que los críticos extranjeros apenas se demoraron en atisbar la verdadera naturaleza de la imaginación de Rulfo y Arreola, en México tuvieron que transcurrir varios años y más de una generación para que la inteligencia ganara suficiente autonomía para justipreciar la obra de estos autores, leerlos no sólo dentro del contexto nacional.

Nadie en los años cincuenta escribió lo que Domínguez Michael pudo decir con claridad en 1989:

> Con Rulfo el realismo perdía toda responsabilidad con la historia, lo político o la nación, el hombre dejaba de ser mexicano, el campesino se desnudaba de sus plumajes de indianidad. El verborreico coloquialismo pintoresco dejaba su sitio a un lenguaje vernáculo, poético y popular. [...] El mito moderno que Rulfo expresa va más allá de la literatura, pues sublima las obsesiones que ésta callaba o ignoraba, tocando dos de las culpas primordiales de la civilización: la destrucción de la comunidad primigenia y los honores rituales al poder absoluto.

Y en su reciente ensayo sobre Juan José Arreola, Felipe Vázquez ha logrado elucidar la cualidad autoepifánica de las invenciones de Arreola, el ánima reveladora en los hallazgos de la forma. Vázquez sostiene que el confabulador "fue uno de los escritores más subversivos. Se alza, así, por encima de sus inquisidores, quienes han pasado de 'protagonistas' a víctimas de la historia por un hecho simple: sacrificaron la literatura al demonio del 'realismo' y la ideología y, en el peor caso, confundieron el compromiso con el servilismo literario".

Debo aclarar por qué no incluí a Rulfo y Arreola en la nómina de autores anotada arriba. En realidad ellos deberían estar en esa lista y no en la que están. Hoy en día es menos arduo percatarse de que los libros de ambos sufrieron una especie de embargo estatal que decretó los lineamientos en que debían leerse.

Cuando Rulfo terminó de escribir hubo mucha gente que lo acosó como a un prócer para que entregara más, y aún hubo algunos que se atrevieron a reprocharle su silencio. Nadie quiso considerar su destino ni que Rulfo había derivado a la fotografía, una de las formas más depuradas del escepticismo. Y Arreola, al cerrar su obra, se convirtió en histrión de sí mismo, en un sucedáneo de su literatura.

Vale también para Rulfo lo que dice Felipe Vázquez de Arreola:

> Desembocan en el silencio los escritores que tienen una conciencia límite, por no decir abismal, de la palabra. La palabra es, ella misma, un muro entre la realidad y el sentido de la realidad; la palabra es incluso el muro de la palabra. El escritor que no descubre esto es un falso escritor (pues se instala en una insostenible posición adánica) y aun: si no quiere ser un farsante, debe asumir este desafío.

Sabemos que Francisco Peláez Vega, a pesar de su carisma, o por eso, fue un hombre reacio a las relaciones públicas.

Mientras vivió en México mantuvo la atención centrada en su familia y en definir la programación de los tres cinematógrafos que tenía en Acapulco, hasta que en 1960 se fue a Madrid a radicar definitivamente.

Nunca tuvo una beca ni recibió premios o reconocimiento alguno y tampoco se le veía en las tertulias literarias, aunque su hermano el pintor Antonio Peláez trató de acercarlo al grupo de escritores con que él se reunía. Según cuenta Alí Chumacero, Tario en su juventud fue portero del equipo Asturias, estaba casado con Carmen Farell, la mujer más bella de México, tocaba muy bien el piano, se afeitó la cabeza porque era calvo y jamás palpaba los metales ni el dinero.

No fue un loco ni un hombre estrambótico y sus hijos lo evocan como un padre amoroso. La única entrevista que le hicieron apareció en un periódico de provincia español, en 1971. Lo que más destaca de ella es el ridículo protagonismo del entrevistador, un tal José Luis Chiverto, a quien le podríamos atribuir la curiosa invención acerca del significado del pseudónimo de Francisco Peláez, y que varios han repetido. Espontáneamente dice Chiverto que el "apellido" Tario es una voz purépecha que significa "lugar de ídolos". A lo que Tario contesta: "no tiene otra significación que la grata resonancia que produce esa voz metálica al unirla con el común Francisco".

Hasta donde he podido indagar, dicha palabra no figura en el vocabulario de esa lengua indígena. Tengo la impresión de que "Tario" es el hipocorístico de *solitario*, como Paco de Francisco. Francisco Peláez abdicó para convertirse en monarca de sí mismo.

Amén de los datos de carácter, los asuntos de su obra se manifestaron poco susceptibles de ser acogidos por un sistema de educación pública que los difundiera. En 1943 publicó dos libros muy difíciles de asir y para los que no estaban preparados los lectores nacionales. De haber aparecido en Buenos Aires o en París, *La noche* y *Aquí abajo* se habrían unido al torrente de las vanguardias.

En varias ocasiones se ha dicho que los cuentos de *La noche* pertenecen a la llamada *literatura fantástica*, sin que entendamos qué se quiere decir con tal clasificación. Podríamos estar de acuerdo con ello si convenimos en que la "literatura fantástica" se deriva de la asunción de la propia experiencia y del profundo escepticismo hacia los valores de la sociedad en que ha surgido. La originalidad de Tario es la natural consecuencia del riesgo que corrió al atreverse a enunciar su versión del mundo y de la vida. Su prosa es la de un ángel que cae mientras se eleva su consciencia, insobornable y vehemente, enemiga de cualesquier optimismo fácil, ideología o distractor que le impida al hombre dar fe de su existencia por sus propios medios. Desde luego, los censores al servicio de la patria tenían que leer con recelo a un escritor que manifiesta:

> Y escribiré libros. Libros que paralizarán de terror a los hombres que tanto me odian; que les menguarán el apetito; que les espantarán el sueño; que trastornarán sus facultades y les emponzoñarán la sangre. Libros que expondrán con precisión inigualable lo grotesco de la muerte, lo execrable de la enfermedad, lo risible de la religión, lo mugroso de la familia y lo nauseabundo del amor, de la piedad, del patriotismo y de cualquiera otra fe o mito.

Varios cuentos de *La noche* parecen la trascripción de signos que se leen en una pesadilla, por eso resultan inquietantes, ominosos y hasta insanos, como quien se burla de un muerto. Su regodeo en lo esperpéntico y el humor macabro configuran su sello característico, cualidades ambas que parecieron inapropiadas para el "gusto" literario nacional. La lectura actualizada de los primeros cuatro libros de Francisco Tario nos autoriza a incluir su nombre en la familia literaria de Macedonio Fernández, Horacio Quiroga, Benjamín Subercaseaux, Felisberto Hernández, Roberto Arlt, Julio Cortázar, Virgilio Piñera...

A las obras de Tario de esta primera época no las sostiene sólo la imaginación alucinada, su auténtico puntal se halla en su parte reflexiva, que supo plantear que los verdaderos dramas humanos no radican en la clase social, la raza o la nacionalidad, que las explosiones de la historia distraen a los hombres de su tragedia inmanente.

En la superficie, *Aquí abajo* es la historia de un adulterio que se cumple con delirante sordidez. Lo más penoso para el lector es que tras la naturaleza insignificante, casi vulgar, de los personajes se asoma una calamidad existencial de proporciones cósmicas. ¿Cómo un empleaducho, cualquier hijo de vecino de la colonia Peralvillo, logra "darse cuenta de todo"? Es el relato del ascenso de un Yo a la desolada cima de la consciencia; no vibra en él resentimiento social alguno, carece de convicciones políticas, no posee aguijón moral y ni siquiera es ateo. Va a misa y se esfuerza en creer en la divinidad porque le resulta aniquilador sospechar que no existe ningún dios. Dios es el último asidero de la mente antes de atreverse a mirar el vacío donde debe hacerse por entero cargo de sí misma.

A Antonino, el protagonista, la vida no le sabe amarga, pues ha encontrado en ella algunos placeres, tiene una mujer sensual y dos hijos. Su dolor, al principio confuso, innombrable, absurdo, parece el fruto de una mórbida sensibilidad. Poco a poco, aunque nunca del todo ni en su lacerante hondura, Antonino va descifrando que la civilización está cimentada en una indigna complicidad, lubricada con nuestras omisiones y nuestro silencio para ocultar que vivimos encandilados por quimeras. Sin ser anarquista, la angustia de Tario golpea de lleno la base de cualquier discurso político, de toda promesa ideológica y de las chapucerías de los nacionalismos.

Desesperado por no saber a quién se dirige, Antonino clama a un dios que no está en ninguna parte: "¡Dios, Dios mío y de todos! Lo que te pido es esto: que tengas piedad un poco, un poco siquiera de esta amargura nuestra que no sabe-

mos en qué consiste, pero que es lo peor que puedas imaginarte".

No lo destroza el hecho de que su mujer lo haya engañado sino sufrir el vértigo de la caída en la oscuridad de la carne, otro malogrado intento de resistir al caos que nos mastica. Finalmente las miserias humanas pertenecen a lo anecdótico; la tragedia o la comedia en que representamos nuestra vida no son nuestra vida:

> Estaba hastiado de ahogarse; hastiado de contemplar hombres y más hombres que sobrevivían hipócrita y torpemente; de ver cómo se apretaban la boca y se mordían la lengua, a fin de que todo siguiera en silencio; de ver cómo nacían y morían, sin oficio ni beneficio, dejando tras sí una inmensa y fúnebre estela de esputos, huesos y merecidos terrores.

Bajo la risa y el llanto, escucha el grito de la consciencia encarnada que se sabe inerme ante la vida y el destino. La virulencia de su discurso radica en su tendencia a lo luzbélico, instigándonos contra el creador de este mundo:

> Lo más detestable era que todos, sin excepción, llevaban dentro ese grito y nadie se decidía a arrancárselo. Lo peor era que preferían ahogarse antes de que saliera. Lo peor era que nadie quería saber nada de ese grito.
>
> Pero un día, un irremediable día sin fecha fija, todos los hombres querrían darse cuenta de ello, se pondrían de acuerdo, abandonarían los lienzos y las plumas, los martillos y el papel higiénico, tomarían aliento, abrirían las bocas, se levantarían en puntas y lanzarían el grito más espantoso y dilatado de que se tiene memoria.
>
> Ese gran día merecía la pena de vivirlo. Difícilmente la Tierra, o lo que fuera, alcanzaría a soportarlo. Y todo se vendría al suelo —en tal caso al vacío— como una catedral mal construida, al tronar fuerte del órgano. La Humanidad perecería a gusto. Todo habría sido un fracaso. Y Dios volvería a extender su prodigiosa mano sobre el azul infinito y yacente y surgiría

de la Nada un nuevo mundo: un mundo de esta o de la otra forma en el que ¡quién sabe! tal vez fuera posible no gritar más; y reír con todas las fuerzas; y sentarse en el inodoro sin cerrar la puerta.

Tario está solo en sus imprecaciones, pero no es un amargado, se le nota que está muerto de risa, de una risa seria que se divierte asustando a los lectores de la novela de la revolución mexicana.

En 1946 vuelve a publicar dos libros: *La puerta en el muro* y *Equinoccio*. El primero es un libro inclasificable, de alucinaciones coherentes, poesía que se manifiesta en prosa. Muchos narradores creen que el cuento es el paso previo a la novela; y muchos cuentistas ignoran que el cuento es un género más cercano a la poesía que a la novela. *La puerta en el muro* tiene la estructura de un poema, y aunque relata varias historias no es un libro de cuentos de los que suelen estar confeccionados por un amontonamiento de textos atados con un título.

La puerta en el muro es la continuación del discurso donde le recrimina a los hombres su cobardía ante el hecho de vivir. Ni siquiera se detiene a argumentar que las prioridades humanas no coinciden con los intereses de la patria. Sugiere que hace falta mucha pusilanimidad para no asombrarnos de este mundo que vemos y aún más de que podamos verlo. Una vez asumidos como seres conscientes es obligado el compromiso con la consciencia, con nuestra desnudez sin certezas ni dioses y rodeada de misterio.

Tario anhela la destrucción del mundo en que vivimos y sueña fundar otro a la medida del alma humana, por eso no es un amargado:

> Para estupor del que sobreviva estallarán los viejos astros y surgirán otros nuevos y, a cada alumbramiento de éstos, el mar rebasará sus límites, arrullará las ciudades y el perfume de sus algas será tan intenso que se marchitarán los retoños en sus tiestos, aunque la juventud infinita les será entregada a los hom-

bres. Nadie hablará más de la hiedra en el muro, ni de la puerta en el muro, sino de la nueva montaña; nadie cultivará la hiedra, ni el enebro, ni las madreselvas, porque la tierra producirá unas flores azules de cristal que, trepando por la corteza de los árboles, derramarán su contenido sobre el que camina...

Por lúcido y audaz, *Equinoccio* es un libro único en la literatura mexicana e incluso en la literatura hispanoamericana de esa década. Clasificarlo como un libro de aforismos lo merma, decir que es una obra filosófica lo tergiversa. Me parece que es un prontuario de maldades muy necesarias para nuestra salud mental. Esther Seligson lo ha comparado con el *Breviario de podredumbre* de Emil Michel Cioran, aparecido en 1949. Pero el libro de Tario posee varias ventajas sobre el del rumano: no es paladín del suicidio, sabe ser irreverente sin destilar mala leche, tiene sentido del humor y fuerza poética, capacidad lúdica para urdir gracejos inteligentes que consiguen poner de su lado al lector.

La noche, *Aquí abajo*, *La puerta en el muro* y *Equinoccio* conforman lo que me parece la primera y mejor época de la obra de Tario, que está a la altura de la literatura europea de su tiempo, es universal, hermana del existencialismo, aunque no es nihilista ni atea. No es nihilista porque cree en una existencia mejor cuyo punto focal son la dicha y la consciencia. No es ateo porque requiere de la presencia de Dios para dirigir contra ella sus imprecaciones; esta ingente figura es más bien un vacío que el hombre debe llenar, ser él mismo la divinidad.

A principios de los cincuenta apareció lo que considero la segunda época de la obra de Tario: *Yo de amores qué sabía*, *Breve diario de un amor perdido*, *Acapulco en el sueño* y *Tapioca Inn. Mansión para fantasmas*. Esos fueron años de esplendor personal, cuando se permitió un cierto roce social aunque no en ambientes literarios.

Yo de amores qué sabía y *Breve diario de un amor perdido* nada tienen que ver con lo fantástico porque son el testimonio de la confrontación de un alucinado con la realidad de la pasión. Creo que no cometo una indiscreción —pues ya Antonio Peláez lo había contado en una entrevista— al decir que *Breve diario de un amor perdido* da fe de eso mismo. Tario se enamoró en Zitácuaro de "una extraña muchacha de cabellos largos y lacios":

> Por esa época Carmen y Paco tuvieron un aparatoso accidente en Acapulco. Viajaban con unos amigos en una lancha cuando el vehículo explotó; los viajeros fueron lanzados al aire y cayeron al agua. Más tarde fueron rescatados por la tripulación de un barco japonés. Carmen y Paco estuvieron varios meses en un hospital.
>
> A raíz del suceso —continúa el hermano de Tario— fue a verme aquella extraña joven; quería disfrazarse de enfermera para poder visitar a Paco. Logré convencerla de que no lo hiciera. Durante un año estuvo en un convento, al término de ese lapso volvió a visitarme para preguntar sobre mi hermano. Más tarde conté a éste el encuentro. "¿Y de qué hablaron?", preguntó Paco. "Pues de ti." Ya no quiso verla. Era muy temeroso de Carmen, con quien las circunstancias lo habían unido más.

En el discurso amoroso, decantó los hasta entonces insospechados bríos líricos de su prosa; templó el talante luzbélico de sus demandas con el entusiasmo del fauno:

> Ya ningún terror espero, ninguna grata noticia me aguarda. Imagínate que me dejaste solo donde ningún vecino se aproximará a hablarme.
>
> Ciega y totalmente me entregué a ti, ¿cómo puedo arrepentirme? Ciega y totalmente, como la piedra al agua.
>
> Con los ojos bien abiertos, repito: "Mía, mía". Y que se destruya todo.

Tapioca Inn. Mansión para fantasmas es un libro voluntarioso que sin dejar de ser original tiene algo de estrafalario y

mucho de fallido. En el mejor de los casos podemos considerarlo el borrador de *Una violeta de más*. Cada uno de los nueve textos que reúne el volumen son demasiado largos, se les nota el esfuerzo del autor en cumplir lo que el título prometía. Aquí es oportuno hacer un paréntesis para señalar que el arquetipo del fantasma es acaso el elemento unificador de toda la obra de Tario, el actor de su cosmogonía, el beneficiario de su poética. Para Tario, el fantasma es la cifra de uno mismo, es el Yo profundo que trasciende los avatares de la carne. Él no habla de almas sino de fantasmas porque éstos tienen vicios e historia y no saben cómo dejar de ser quienes son. Somos fantasmas porque estamos ontológicamente solos, para descubrir que la muerte no es algo aterrador sino "un dulce desvanecimiento". La inmortal potencia del fantasma es tan intransigente que lo faculta para emigrar —y acaso lo busca— a una humanidad distinta. Y en este sentido es un visionario: pudo concebir otra posibilidad del ser.

Los textos de *Acapulco en el sueño* parecen hechos por encargo, no obstante su singularidad y desparpajo. Aparecieron en una bella edición en cartoné, con camisa de Carlos Mérida y muchas fotos de Lola Álvarez Bravo. Si la intención de Tario era hablar de Acapulco como un sitio turístico, su percepción del puerto sólo podía atraer a los viajeros más excéntricos o disipados. Y eso es lo mejor del libro, haber hecho de Acapulco la bahía donde encallan hasta los barcos piratas, poblada de alimañas y naturales de dudosa hospitalidad. No entiendo por qué es un libro poco conocido e inencontrable si la primera edición fue de siete mil ejemplares y la segunda, facsimilar, de veinte mil, que son tirajes elevados para nuestro país. ¿Quién tiene esos libros?

De su tercera y última época literaria, Tario vio editado sólo *Una violeta de más*, su libro famoso y al cual pertenece "Entre tus dedos helados", el cuento que lo ungió como autor "fan-

tástico", lo que ha contribuido a moldear ese halo exótico que nimba su obra y su personalidad. Muchos de sus lectores admiran a este Tario, ignorando las obras de su primera época. Algunos críticos lo ubican como un cuentista de los años sesenta, de lo que emerge una efigie incompleta y falsa.

De su primera época son las audaces obras del compromiso con la consciencia, las del poseído que entiende lo que dice, inteligente y burlón. En la segunda época, que coincide con una felicidad familiar y personal, produjo obras divertidas, no tan concentradas aunque originales. La última época, que se suscitó en España, es la de la alucinación y la melancolía; tan rica y compleja como la primera pero se yergue aligerada de preocupaciones existenciales. No se interroga ya por el sentido de la vida, responde: la vida es una narración que no ha de repetirse, y nos sostiene sólo su eco. No somos el pie ni somos la arena sino apenas la huella que espera la ola.

No se sabe dónde ocurren las historias de este libro escrito en España y publicado en México. Este es un dato nada inocente porque Tario en más de un sentido fue un hombre de ninguna parte: hijo de padres españoles que nació en México por azar; tuvo una infancia aquí y otra en Llanes, Asturias; vivía en la ciudad de México pero no salía de Acapulco; la primera vez que decidió a irse a radicar a España con su mujer lo regresó la guerra a México; ya domiciliado en España escribió obras que sólo se han publicado aquí; jamás quiso atender las llamadas de los editores españoles; y está enterrado en Madrid... Como dijo Antonio Peláez, "Paco no tuvo una visión pesimista de la vida" y "tuvo, quizá, la muerte de uno de sus personajes", se durmió para despertar en otro sitio.

Una violeta de más está dedicado a la ya entonces difunta Carmen Farell: "Para ti, mágico fantasma, las que fueron tus últimas lecturas". Son cuentos de fantasmas tarianos, no de aparecidos o espectros chocarreros; tienen la virtud de per-

mear nuestro estado de ánimo con una dulce melancolía atemperada con humor negro.

A esta época también pertenecen dos títulos publicados póstumamente: *El caballo asesinado*, que recoge tres obras de teatro (la que da título al volumen, "Terraza con jardín infernal" y "Una soga para Winnie") que necesitan un director dramático que además sea psiquiatra. No se le ha puesto a la dramaturgia de Tario la atención que merece; apenas en 1989 se representó durante una corta temporada "El caballo asesinado".

En 1993 la editorial Joaquín Mortiz publicó *Jardín secreto*, la alucinante novela que escribió en Madrid para luego destruirla. Llegó a nosotros gracias a que Antonio Peláez guardó el ejemplar mecanografiado que Francisco le había enviado a México para someterlo a su opinión. De cualquier forma, se fue a la guillotina la casi totalidad del tiraje.

La dimisión de Tario al reino que por derecho le correspondía parece decir que quien públicamente toma la pluma con la intención de hacer literatura, ya de alguna forma está traicionando su integridad literaria. Sacrifica la responsabilidad que acompaña al asombro que surge de la consciencia de estar vivo, a los compromisos con la "patria" y la "realidad", que no son otra cosa que inmolaciones ante el espejo. No hay tarea más riesgosa que encargarse uno mismo de descubrir qué es real, y luego tal vez escribirlo. Sólo después de haberse despojado de los lastres del entorno inmediato un artista aborda lo esencial.

Sin embargo, también creo que forma parte del destino que la obra de Francisco Tario haya sido ignorada durante tantos años. Como el hijo pródigo que regresa, es importante reconocerlo e integrarlo al panorama de las letras mexicanas; ello redundará en un beneficio para los lectores, y en especial para los que quieren ser escritores.

Si nos atrevemos a bucear sin instructor por el fondo del canon oficial de la literatura mexicana, comprobaremos que éste ha sido dictado por intereses políticos y, recientemente, comerciales. Lo importante de esta inmersión es que ampliaremos nuestros haberes literarios.

Significa un extravío la insistencia de pensar en Francisco Tario como se mira pasar un barco fantasma o la nave de los locos. La publicación de sus obras completas cobrará su justo sentido en tanto le concedamos el lugar que le corresponde entre nosotros. El sitio que le toca en las letras hispanoamericanas le vendrá por añadidura.

Bibliografía de Francisco Tario (Ciudad de México, 2 de diciembre de 1911-Madrid, 30 de diciembre de 1977)

La noche, Robredo, 1943, 213 pp. Reeditado como *La noche del féretro y otros cuentos de la noche*, Novaro, Colección Escritores de América, núm. 140, 1958, 184 pp.; llama la atención el tiraje: 15 000 ejemplares.

Aquí abajo, Robredo, 1943, 250 pp.

La puerta en el muro, colección "Lunes", núm. 24, 1946, 59 pp.; tiene un prólogo de José Luis Martínez y grabados de F. Castro Pacheco.

Equinoccio, 1946, 113 pp.; no tiene colofón ni pie de imprenta pero su diseño y acabado indican que fue editado también por Robredo, amén de que ostenta en la portada la misma viñeta que aparece en la portada de *La noche*. Reeditado con el mismo título por Cuadernos del Nigromante / INBA / CNCA / UAM / Juan Pablos, San Miguel de Allende, Guanajuato, México, 1989, 104 pp.; con prólogo de Salvador Espejo Solís.

Yo de amores qué sabía, Los Presentes, 1950; este cuaderno tiene, sin foliar, siete páginas de texto, más las de la cará-

tula, colofón y guardas. Vale la pena transcribir el colofón de este bello y raro librito, se entenderá por qué es inconseguible: "Los presentes. De este segundo número se tiraron cien ejemplares numerados del 1 al 100, con firma del autor para los suscriptores de la colección, y 25 ejemplares fuera de comercio, marcados del I al XXV. Se acabó de imprimir en México, el 12 de octubre de 1950, en los talleres de la Editorial Cvltvra, T. G., S. A., sobre papel Corsican Antique, con tipos Garamond de 10 puntos, al cuidado de don Rafael Loera y Chávez. Cajista: Cayetano Pérez; prensista: Jesús Mendoza; y encuadernador: Luis R. De la Concha. Proyectó la edición Alí Chumacero. Viñeta de Juan Soriano. Juan José Arreola, Jorge Hernández Campos, Henrique González Casanova, Ernesto Mejía Sanchez, editores". También son significativos los nombres de quienes participaron en la edición.

Breve diario de un amor perdido, Los Presentes, 1951, 90 pp.; la edición estuvo a cargo de José Luis Martínez y los dibujos son de Antonio Peláez.

Acapulco en el sueño, 1951, sin foliar; contiene 79 fotos de Lola Álvarez Bravo, una de Joe Turner, grabados de Martínez y Cruzado, lo arropa una camisa diseñada por Carlos Mérida, la edición estuvo a cargo de Joaquín Díez-Canedo y consta de 7 000 ejemplares; en 1993 la Fundación Cultural Televisa, A. C., imprimió una edición facsimilar en la que sin embargo se cambiaron diez fotografías de Lola Álvarez Bravo, debido a que se extraviaron los negativos originales, y se suprimió la foto de Joe Turner; la edición consta de 20 000 ejemplares.

Tapioca inn. Mansión para fantasmas, Tezontle, 1952, 259 pp.; la edición estuvo al cuidado de Rafael Loera y Chávez y contiene dibujos de Alberto Beltrán.

Una violeta de más, Joaquín Mortiz, 1968, 199 pp.; en la portada tiene un dibujo de Julio Peláez Farell, el tiraje fue de 3 200 ejemplares. Fue reeditado en la colección Lecturas

Mexicanas, Tercera Serie, núm. 36, 1990, 191 pp.; el tiraje fue de 10 000 ejemplares.

El caballo asesinado (publicación póstuma), UAM/INBA, colección "Molinos de Viento", núm. 51, 1988, 279 pp.; reúne las tres piezas teatrales de Tario: "El caballo asesinado", "Terraza con jardín infernal" y "Una soga para Winnie"; la edición estuvo a cargo de Ernestina Loyo y Alejandro Toledo, consta de 2 000 ejemplares. "El caballo asesinado" se estrenó en el Teatro de la Paz los días 7 y 8 de septiembre de 1989, bajo la dirección de Eduardo Ruiz Saviñón.

Jardín secreto (publicación póstuma), Joaquín Mortiz, 1993, 277 pp.; 2 000 ejemplares.

"Jacinto Merengue", aparecido en el periódico *La Crónica* del domingo 23 de enero de 2000; este es un cuento que Francisco Tario había escrito para sus hijos cuando eran niños; había permanecido inédito hasta que lo rescató Alejandro Toledo. Se incluye en la presente edición.

Entre tus dedos helados y otros cuentos, INBA/UAM, 1988, 183 pp.; para esta antología Alejandro Toledo seleccionó los textos y Esther Seligson escribió el prólogo.

Obras citadas

Pascale Casanova, *La República mundial de las Letras*, Anagrama, Barcelona, 2001.

José Luis Chiverto, "Francisco Tario y su literatura fantástica", entrevista publicada en *El Oriente de Asturias*, Llanes, 24 de julio de 1971, año CIV, núm. 3 792, pp. 9 y 10. Esta entrevista fue reproducida en el mismo número de la revista *Casa del Tiempo* citada arriba, pp. 45-49.

Christopher Domínguez, *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*, tomo I, FCE, México, segunda edición, 1996.

Felipe Vázquez, *Juan José Arreola. La tragedia de lo imposible*, INBA / CNCA / Verdehalago, México, 2003.

Antonio Peláez, "Retrato a voces de Francisco Tario", en revista *Casa del Tiempo*, vol. II, época III, núm. 23-24, UAM, México, diciembre 2000-enero 2001, pp. 50-55.

Gratitud

La presente edición de los *Cuentos completos* de Francisco Tario le debe todo a la amorosa generosidad de Sergio y Julio Peláez, hijos del autor; al cuidado de los editores Porfirio Romo y César Gutiérrez; y a la diligencia de Ruth García-Lago y Sonia Verjovsky.

Felipe Vázquez, *Juan José Arreola: la invención de la eternidad*, INBA / CNCA / Verdehalago, México, 2003.
Antonio Peláez, "Retrato a voces de Francisco Tario", en revista *Casa del Tiempo*, Época III, núm. 22-23, UAM, México, diciembre 2000-enero 2001, pp. 36-43.

Gratitud

La presente edición de los *Cuentos completos* de Francisco Tario le debe todo a la amorosa generosidad de Sergio y Julio Peláez, hijos del autor, al cuidado de los editores Porfirio Romo y Óscar Gutiérrez, y a la diligencia de Raúl García Lugo y Sonia Verjovsky.

LA NOCHE

La noche del féretro

Entró un señor enlutado, con los zapatos muy limpios y los ojos enrojecidos por el llanto. Se aproximó al empleado y dijo:

—Necesito un féretro.

Oí distintamente su voz ronca y amarga, seguida por una tos irritante que, de estar yo dormido, me hubiera hecho despertar. Oí también, en aquel preciso momento, el timbre de la puerta en la casa contigua y el ladrido del perro, quien anunciaba así su alegría.

El empleado dijo:

—Pase usted.

Y pasó el hombre sigilosamente, con un poco de asco, mirando a diestra y siniestra, como una reina anciana que visita un hospital. Parecía un tanto avergonzado del espectáculo: de aquellos cajones grises, blancos o negros, que tanto asustan a los hombres, y de aquella luz amarilla y sucia que daba al local cierto aspecto de taberna.

Mi compañero de abajo se enderezó cuanto pudo para explicarme:

—El cliente es rico, conque tú serás el elegido.

La noche era fría, lluviosa, y soplaba un viento de nieve. No apetecía yo, pues, moverme de aquel escondrijo tan tibio, cubiertos mis largos miembros con una suave capita de polvo, y mucho menos aventurarme —Dios sabe con qué rumbo— por esas calles tan húmedas y resbaladizas.

El enlutado seguía tosiendo y examinando uno a uno los féretros. Nos miraba curiosamente, sin aproximarse demasiado, cual si temiera que uno de nosotros, en un momento dado, pudiera abrir la boca y tragarlo. En voz baja, respetando fingidamente el dolor del cliente, iba el empleado elogiando su mercancía, haciendo notar entre otras cosas su sobriedad, duración y comodidad.

De súbito, advertí sobre mi espina un cosquilleo bien conocido: el empleado me quitaba el polvo ceremoniosamente con un cepillo de gruesas cerdas que me produjo risa. Procuré estrecharme contra el muro, observando de soslayo al enlutado. Vi sus ojos tristes, abultados —verdaderos ojos de rana— que repasaban mi cuerpo de arriba abajo. Escuché de nuevo su voz cavernosa:

—El finado es robusto, ¿sabe?

Fue entonces cuando pensé:

"Me llevará sin duda."

En efecto, prorrumpió:

—Creo que me convenga éste.

Ajustaron el precio —en mi concepto, irrisorio— y me trasladaron a un automóvil demasiado fúnebre, con las llantas blancas. La lluvia seguía cayendo en aisladas gotas frías. El cierzo me penetraba a través de los poros, helándome la sangre. Una sombra humana, en el interior del vehículo, sollozaba ahogadamente, llevándose con frecuencia el pañuelo a la boca. Otra, más rígida y grave, con el cuello del capote subido, hacía girar extrañamente el volante...

Cruzamos calles silenciosas y lóbregas, pobladas de perros chorreantes y prostitutas; avenidas iluminadas y alegres donde la gente paseaba con lentitud, bajo los paraguas negros; una plazoleta muy triste en la cual tocaba una banda y los militares lucían sus uniformes nuevos; edificios de ladrillo, tenebrosos, en cuyos interiores adivinaba yo parejas de hombres y mujeres estrujándose frenéticamente...

En tanto, mi cerebro trabajaba sin descanso:

"¿Hacia qué lugar me conducirán? ¿Qué clase de destino me aguarda?"

Es preciso que los hombres sepan que los féretros tenemos una vida interna sumamente intensa, y que en nuestros escasos ratos de buen humor bromeamos o nos chanceamos unos con otros. Ante todo, tenemos nombre: unos, masculinos y, otros, femeninos, naturalmente, de acuerdo con nuestro sexo. Mientras permanecemos en el almacén somos célibes. Sin embargo, estamos fatalmente destinados al matrimonio; es decir, a lo que en el mundo común y corriente se designa con otro nombre estúpido: el entierro. Semejante acontecimiento es el más importante de nuestra vida, y de ahí que meditemos tan a menudo acerca del cónyuge que nos deparará la suerte.

Buena prueba de esto último es que hoy, al salir rumbo al armatoste que me aguarda, un antiguo camarada se despidió de mí de esta forma:

—Que el destino te conceda buena hembra y buena casa...

Yo, que soy hombre, le respondí tristemente:

—Sobre todo, eso, amigo: buena casa para pasar el invierno.

¡Ah, esas tumbas de tierra, enlodadas y frías, llenas de mil clases de bicharracos glotones que trepan por nuestras espaldas y nos van destruyendo lentamente! ¡Esas tumbas ignominiosas y endebles, en cuya superficie no hay flores ni hierba, y sobre las cuales chapotea la lluvia sin piedad alguna! ¡Esas tumbas tan pobres, tan solas, encaramadas allá sobre cualquier montaña o sumergidas en el corazón de un abismo!

Cuando el automóvil se detuvo, observé que mi llegada despertaba un interés incomprensible. Se oyeron voces humanas de:

—¡El féretro! ¡El féretro!

Alcé los ojos y vi un edificio cuadrado, con dos terrazas de piedra. Suspiré, aliviado. Tres hombres vestidos ridículamente me transportaron hasta un suntuoso aposento en cuyos ángulos ardían los cirios: esos malditos cirios que chisporrotean continuamente abrasando nuestras entrañas con sus gotas de

cera blanca. Tardé un buen rato, no obstante, en descubrir a mi cónyuge. Entretanto, tuve que realizar indecibles esfuerzos para contener la risa. Allí estaba yo, tendido sobre no sé qué mueble absurdo, y los hombres desfilaban ante mí con sus levitas y sus rostros descompuestos. Me miraban a hurtadillas y tosían o se alejaban rápidamente. Nadie se mantenía ecuánime en mi presencia, cual si yo fuera una especie de monstruo, culpable de la muerte de los hombres.

Una muchacha fresca y esbelta, que despedía un olor en extremo agradable y que había deseado para mí con toda el alma, prorrumpió al verme:

—¡Es tan terrible y tan negro!

Distinguí su pecho duro y alto, que se estremecía de terror, y la línea de su vientre suave, bajo la tela infame.

Otra mujer, rubicunda y fea, cuchicheó una frase indulgente:

—¡Y las manijas son de plata!

Pero he aquí que, de pronto, un chiquillo se me acerca y pregunta:

—¿Es para enterrar a papá?

Sentí que el corazón me dejaba de latir dentro del pecho, que la cabeza me daba vueltas, y que me hallaba abandonado en mitad de un túnel nauseabundo.

"¿Cómo, para papá? —me dije—. ¿No soy acaso un hombre?"

Quise gritar, protestando. Quise incorporarme y echar a correr sin ningún rumbo, pero no pude. Cuatro pesadas manos, cubiertas de vello, me sujetaron por pies y cabeza y no supe más de mí. Debí perder el sentido. Cuando desperté, un hombre gordo, hinchado, pestilente y rubio, yacía sobre mis pobres huesos. Ardían los cirios en torno mío, salpicándome las ropas; rezaba un sacerdote, mirando por encima de sus anteojos a las mujeres bonitas; unos gemían con ayes velados; otros chillaban procazmente, sin comprender el destino del hombre. Caían por tierra pétalos de flores...

No pudiendo soportar más el oprobio de que era víctima, hice un sobrehumano esfuerzo y derribé al cadáver. Cayó éste

con gran aparato, partiendo por la mitad un cirio que se apagó instantáneamente. Cayó con la cabeza hacia abajo, haciendo tronar el piso.

Yo grité y no me oyó nadie:

—¡No quiero! ¡No quiero!

Todos se apresuraron a levantar al muerto, aunque pesaba demasiado. Estaba rígido y frío como un árbol. Me dio horror. Vi a lo lejos a la jovencita fresca, muy pálida y aterrada, con las manos sobre el descote. Su perfume me embriagó esta vez, removiendo mis instintos.

—"¡Lograr poseerla!" —pensé con angustia.

Pero de nuevo cayó a plomo sobre mí el hombre ventrudo y fétido, cuyo cuerpo parecía exactamente una vejiga.

Me encogí de hombros y opté por dormirme. Dormirme como un novio impotente o tímido en su noche de bodas.

Así lo hice. Y soñé. Soñé con dulces muertas blancas, cuyos muslos temblaban sobre mi piel... con ricos sepulcros de mármol, muy ventilados y alegres... Soñé, y las imágenes sibaríticas me hicieron tanto mal, que cuando abrí los ojos y vi penetrar el sol por las vidrieras me sentí exhausto, vacío, postrado, como deben sentirse los hombres después de una óptima noche de continuos placeres.

La noche del buque náufrago

Peregrino de todos los mares; marinero de todos los puertos; noctámbulo de todas las noches... decidí sucumbir para siempre.

Nada sobre la Tierra permanecía oculto para mí: la inmensidad azul o negra de los océanos; la bienvenida alegre de las ciudades blancas; la línea recta y excitante de las costas tropicales; los acantilados con sus cavernas de monstruos; las bahías aceitosas y grises de los mares africanos; las cordilleras más altas —peladas unas, otras azules de misterio—; los amaneceres radiantes; los crepúsculos lánguidos; las tempestades, la inercia, el estruendo; la piedad y la gula, la lujuria y las auroras boreales.

De día, como un meteoro, he surcado los mares, arrullando a los hombres. De noche, como un palacio iluminado, he velado su sueño. He transportado de extremo a extremo del planeta las mercancías más exóticas: del trópico, vainilla, azúcar y piedras preciosas; de los climas templados, aceite, nueces y vinos; de las crestas heladas, maderas sólidas y pieles. Conozco el uranio, la seda, la morfina y la dinamita; el champagne, el plomo y el éter. He tenido entre mis brazos a hombres de todas las razas; he escuchado lenguas de todas las latitudes. He sido testigo de los ritos más paganos, de los más obscuros raptos. Innúmeras veces llevé conmigo al amor, a la muerte y a la esperanza.

Ancianos de barba plateada se apoyaban junto a mi borda, mirando al mar con ojos ahítos; niños de mejillas frescas y

triunfales animaban mi ruta; músicas de genios ausentes retumbaban en mis entrañas; visionarios de mil ideales ocultos se tendían sobre mi proa, pretendiendo descifrar cada cual su enigma; amantes, de carnes febriles o yertas, consumaban el acto genésico; científicos, aventureros, cortesanas ricas y toxicómanos envilecidos recorrieron sin cesar mis cubiertas; caballos de pura sangre, reptiles, y bacilos destinados al laboratorio compartieron mis inquietudes. Transporté una locomotora y un ramo de orquídeas; un niño recién nacido y un moribundo; un banquero y un poeta; una reina y un prófugo. Conozco todos los vicios del hombre; las brumas de la justicia; el orden de los astros. Lo conozco todo, y decidí sucumbir.

Fue una noche clara, muy tibia.

Ha tiempo me asediaba el terror, la congoja, todos esos sentimientos pestilentes que agitan al hombre en cuanto la vejez se acerca. Una sensación inexplicable —mezcla de tedio y nostalgia por la juventud extinguida— me oprimía, rumbo a las playas de Asia. Navegaba yo, pues, ausente, extraño a mí mismo, como un carricoche cualquiera que rueda a merced del caballito que tira de él. No ansié nunca ser inmortal, porque ello presupone el hastío. Tampoco temí jamás a la muerte. En cambio, me llenó siempre de cruel espanto la vejez. La decrepitud de un barco es el espectáculo más monstruoso que pueda darse. La decrepitud de un ser triunfante de la Naturaleza sólo tiene un paralelo: el río, que, al secarse, muestra sin pudor alguno su ridícula osamenta. En un tiempo, sus aguas profundas y verdes contenían el secreto de toda belleza; hoy, sobre sus piedras ardientes cantan los grillos feos, los sapos, y millones de moscas ventrudas olfatean y engullen el excremento de los asnos.

Mi terror, por consiguiente, era justificado.

No deseaba yo —viajero de lunas y soles— verme arrumbado en un muelle de fuego, bajo una luz extenuante, retorcidos mis músculos en siniestras contorsiones, como un

epiléptico en el desierto inútil. No deseaba ser ruina, guarida de aves y teatro de experimentos marinos. Pronto el metal de mis herrajes se cubriría de moho; mis mástiles se inclinarían como árboles sin savia; se crisparían mis maderas finas; y mis tres chimeneas paralelas serían igual que tres cruces gigantes sobre la tumba de un millonario. Deshabitado, absurdo, no tendría más valor que una reminiscencia. Imitaría, imperfectamente, sobre el fondo olivo del mar, uno de esos esqueletos antediluvianos que despiertan en los museos la ansiedad de las criaturas. Pertenecería a lo que fue. Y un día no muy lejano, una de esas tempestades colosales y frenéticas, que tanto he admirado, rompería mis amarras, golpearía mi casco contra las paredes del muelle, y, lentamente, tristemente, sin ningún espasmo, me iría sumergiendo allí, allí mismo, junto a las barquichuelas de los pescadores, entre el griterío de la multitud enardecida, cerca de los comercios, de los bártulos, de los retretes de los hombres. Ningún prodigioso abismo me acogería: sólo diez, quince metros de agua turbia, pesada, multicolor por la abundancia de desperdicios.

Así, pues, deseé fenecer en la inmensidad de la noche, del mar abierto, bajo las estrellas chispeantes y la luna roja.

Ocurrió bien simplemente.

Sonaba la orquesta adentro. Se bebía champagne, cerveza helada y kirsch. Se comía caviar, cerezas en compota y galletas sodas. Bailaban los pasajeros, uno que otro tripulante y el capitán. Los marineros cantaban sobre la popa, acompañados de un acordeón. Un hombre solitario, junto a una grúa, limpiaba nerviosamente sus gafas. Otro, más viejo que éste, miraba pensativamente a la obscuridad. En la cabina de un multimillonario yanqui se redactaba este telegrama:

"*Happy New Year*"

Dos jovencitos núbiles, con las mejillas encendidas de deseo, tejían un sueño imposible de azahares, virginidad e incienso.

No sentí la menor inquietud o temor, el más leve remordimiento. ¡Era tan pueril todo aquello! ¡Es tan pueril realmente la vida de los hombres!

Miré por última vez al cielo alto, negro; a la luna mórbida, sangrante; a la espuma inquieta; a la concavidad profunda del horizonte. Una sed abrasadora —sed de agua salada— me quemó la garganta, cual si un fuego repentino hubiera estallado en mi pecho y se propagara a través de mis arterias. Abrí la boca y bebí. El agua penetró a borbotones, se precipitó en mi vientre, inundándome las entrañas. Cesó la orquesta. Se apagaron las luces. Tronó la sirena barriendo la llanura...

Y me hundí. Me hundí cruelmente con un mundo a cuestas; con el hombre que limpiaba sus gafas; con la compota de cerezas; con el acordeón de los marineros; con el uniforme del capitán; con las gemas y los metales de las señoras; con mil botellas de champagne sin descorchar...

Y otro mundo más noble, infinitamente más bello, salió a mi encuentro. Un mundo húmedo, susurrante y pleno. Un mundo de fosforescencias extrañas, de monstruos casi divinos, de sombras gráciles que se deslizan sin ningún ruido, de mujeres azules y hombres con escamas rojas, de copas cargadas de sal. Un mundo de floraciones perpetuas; de miradas inalterables; de paz y regocijo continuos.

Cuando caí al fondo escuché el canto triunfal de todos los buques muertos. Y me eché a dormir así, un poco fatigado, otro poco orgulloso, pensando con angustia en esos muelles infames donde los barcos decrépitos se retuercen vencidos, cobardes, enfermos...

La noche del loco

—Señorita: ¿quiere usted cenar conmigo?

—Señorita: ¿quiere usted cenar conmigo?

Más de cien veces durante la última semana he estado repitiendo esta misma pregunta al oído de distintas mujeres, quienes rotundamente se han negado a acompañarme. Y entonces yo me he dado media vuelta, me he despedido con la galantería más profunda —según corresponde a mi jerarquía de hombre elegante—, me he colocado el sombrero graciosamente y he echado a andar sin rumbo fijo.

Hice esta invitación en clubes, batallas de flores, museos, templos y lavaderos públicos. Siempre con el mismo resultado. Se lo he propuesto a mujeres maduras, emancipadas y revoltosas; a mujeres casadas, hastiadas y bellas; a jóvenes de cualquier tamaño, desconfiadas, ávidas y deliciosas; a adolescentes ingenuas que volvían de la escuela con sus cuellitos blancos y unos deseos locos de divertirse. Incluso, se lo he propuesto a esas nodrizas robustas que van a flirtear con los soldados a los parques, tirando de un cochecito con toldo, en cuyo interior se vomita un bebé. ¡Nadie, nadie ha atendido mi ruego!

No obstante, empleo medios de lo más correcto, puesto que soy hombre rico y maduro, harto experimentado en asuntos de mujeres. Y así es. He viajado por los cinco continentes y he abrazado frenéticamente a mujeres de todos colo-

res y temperamentos: pelirrojas altivas, con los vientres llenos de pecas; rubias linfáticas, con las pupilas sumergidas en una especie de pus; morenas tormentosas, hidrófobas, que me arrancaban a puñados las cejas mientras yo les sorbía los labios; negras del Congo, con los pechos de tal suerte enhiestos, que para estrecharlas y no herirme tenía que interponer entre nuestros cuerpos una almohadilla o una sábana doblada cuidadosamente... Unas y otras se me sometieron con facilidad, a menudo sin que mediara otra cosa que la curiosidad, el morbo o el placer. Mas a pesar de todo esto, he aquí que, de manos a boca, no hay una sola hembra en la ciudad que acepte compartir conmigo un trago de Chablís y un *beefsteak* con patatas y merengues.

He pensado detenidamente —y pienso— acerca de tales acontecimientos. Busco, y no hallo la causa. Mi aspecto, por descontado, debe ser aproximadamente el de costumbre: alto, un poco seco, con el cabello gris y los ojos también grises. Camino y visto con elegancia, siempre de negro —mi camisa inmaculada, los zapatos irreprochables, una gardenia en el ojal—. Bajo el brazo porto casi siempre un libro, pues es conveniente hacer saber que leo mucho, mucho: ocho o diez horas diarias. Pero siempre el mismo libro. Cada día una página. Cuando el tiempo es favorable uso bastón; cuando amenaza lluvia, paraguas. Durante el verano me aligero de ropa, conservando ¡claro está! su color. Aun a mí mismo me sorprende un tanto esta obsesión estúpida de andar siempre enlutado. Sin embargo, no me preocupo lo más mínimo por esclarecerla. También mis antepasados vestían así. De ahí que, en otra época, mi familia fuese conocida en todas partes con un nombre extraordinariamente poético: "La Nube Negra".

Pues como decía antes. No hay en la ciudad una sola hembra que acepte cenar conmigo. Todas se vuelven ardides, remilgos, y escapan. Pero yo no desespero. Soy como la araña que teje su malla o la hormiga que transporta sus provisiones. Cada día me atildo más; cada día me escabullo con mayor

pavor del sol, a fin de conservar mi rostro suave y limpio; me baño en aguas con sales; me mudo de ropa interior seis u ocho veces diarias; me hago limpiar constantemente los zapatos...

Hoy llevaré a cabo una nueva experiencia: me colocaré unas gafas negras y me calzaré unos guantes blancos. He observado que la longitud de mis manos asusta un poco a las hembras, cual si temieran que pudiera estrangularlas con ellas; también cuando levantan el rostro y me miran a los ojos parecen demudarse, exactamente igual que si asomaran sus hociquitos a un antro prohibido. Así pues, es probable que de hoy en adelante pueda vérseme de tal guisa: con unos guantes blancos de cabritilla y unas gafas obscuras, tan enormes, que escasamente logre soportar sobre mis orejas.

Voy a lo largo de un parque. Es una especie de selva sintética, embotellada, con calzadas muy anchas, en cuyas márgenes crecen los árboles, envueltos en la niebla de la noche. Sobre las bancas solitarias saltan los pájaros ateridos como hembras traviesas y vanas. Ignoro hacia qué lugar me dirijo, pero mi paso es firme, según debe serlo, sin excepción, el del hombre sobre la tierra...

Dejo atrás calles, calles iluminadas absurdamente, repletas de hembras muy lindas que mueven sus cuerpecitos alegremente.

—¡Si quisieran cenar todas conmigo!

Y estoy a punto de ser arrollado por un ómnibus cuando me embriaga el ensueño: "Una mesa descomunal, como no han visto los siglos, cubierta por kilómetros de tela blanca y situada sobre distintas naciones; una especie de línea férrea, a la cabecera de la cual estaría yo sentado en una silla, con mis gafas negras sobre las cejas grises y mis guantes blancos puestos a secar sobre un árbol".

Las mujeres van y vienen dulcemente por la calle. Son como mariposas inquietas; y yo quisiera ser flor. Son como flores selváticas; y yo quisiera ser mariposa. Quisiera ser lo que ellas no son, para hacerlas venir a mi lado. Quisiera ser esa muselina ligera que ciñe sus cinturitas tan débiles; esos colla-

res extraños que aprisionan sus gargantas; esos zapatitos tan voluptuosos que me hacen desfallecer de pasión, y sobre los cuales caminan tan nerviosamente. Unas me miran al pasar. Otras, no. Y esto último me entristece de tal forma, que me entran deseos de irme a bañar una vez más, de limpiarme los zapatos. En fin, que es muy duro mi destino.

Mas he aquí que, de súbito, una horripilante idea cruza mi mente:

"Todas las mujeres tienen su hombre. ¡Todas, todas! He nacido demasiado tarde y ya no hay un corazón disponible."

Comienzo a temblar, palidezco de estupor y necesito sentarme en el filo de la acera. Un sudor helado y grasoso me arroya por las sienes.

"¡Todas, todas tienen su hombre!"

Y acuden a mi cerebro visiones cada vez más dolorosas. Veo restaurantes de doscientos pisos, en cuyas mesitas cuadradas cena alegremente la humanidad por parejas... Extensiones inconmensurables de terreno yermo donde millones de mujeres encinta van a visitar al ginecólogo... Infantes que lloran en sus cunas blandas, exhibiendo sus organitos viriles...

—¡No quedará una mujer en el mundo! —grito de pronto, asomándome a las cunas.

Y un caballero, también de negro, me ayuda a incorporarme.

—¿Se siente usted enfermo? —prorrumpe con el sombrero en la mano.

—No —replico—. Me siento perfectamente. Gracias.

Saluda y se marcha. Pero en aquel instante, una ocurrencia me acomete:

"¿Y si lo matara? ¡Su mujer quedaría libre entonces!"

Me lanzo tras de él entre la multitud, como un loco. Le doy alcance, tocándole sin brusquedad en un hombro.

—Perdone —inquiero un poco jadeante—, ¿es usted casado?

El desconocido me examina de arriba abajo y contesta:

—Soy viudo.

Me entristezco y le digo:

—Le acompaño a usted en el sentimiento.

—Gracias... —musita entre dientes, tratando de desasirse de mí, que lo he aprisionado por un brazo.

Otra idea —la máxima— me asalta.

—Disculpe la impertinencia: ¿iba usted a tomar el metro?

—Precisamente —confiesa—. ¡Y es tan tarde!

Comprendo que es un etnógrafo que se halla a merced mía.

—¿Qué rumbo lleva? —insisto.

No percibo su respuesta, mas exclamo, embriagado de gozo:

—Casualmente el mío. ¡Oh, la vida está llena de estas minúsculas peculiaridades! ¿Le incomoda que vayamos juntos?

—Es que...

Lo empujo hacia adelante y penetramos en la estación. Descendemos a toda prisa en un ascensor muy incómodo. En los andenes las mujercitas siguen moviendo sus tiernos cuerpos; pero yo las contemplo ahora con indiferencia. Incluso, me arranco las gafas y sepulto en un bolsillo los guantes. Aspiro el aroma de la flor que llevo en la solapa y pienso:

"Parezco un jardín."

La desprendo con rabia, pisoteándola cual si se tratara de una chinche. No obstante, es una gardenia: una gardenia singularmente fragante, como deben serlo los ombliguitos de todas esas lindas empleadas que escriben a máquina en los Bancos.

Durante el trayecto hablo con mi acompañante, poseído de disculpable calor. Él, por el contrario, cada momento más incierto y preocupado. No osa moverse, sonríe ambiguamente, cambia a menudo de postura; pero responde a cuanto le pregunto. Hablábamos de su mujer.

"Debe ser un excelente padre de familia" —pienso involuntariamente.

Y esta insensata idea, unida al color bestial de sus calcetines a cuadros, me hace sollozar.

—¡Oh, por favor, por favor! ¡Se lo suplico! —implora tímidamente.

Algunas personas me observan con desconfianza, y yo me desconcierto de pronto. Para ahuyentar la pesadumbre indago:

—¿Usted nunca se ha retratado?

—Sí —me responde, agitando la cabeza.

—Yo no —admito—. Pero me retrataré hoy mismo.

Y entreveo mi fotografía, ya no al lado de un millón de mujeres bonitas, sino sentado sobre las piernas de una complaciente empleadita, como aquella que va leyendo el diario. "Tengo mi brazo alrededor de su cuello y ella me mira franca, apasionadamente a los ojos, a pesar de que no llevo gafas. Ahora visto de gris, con una corbata amarilla."

—Bueno... ¡hasta la vista! —exclama mi compañero, de un modo atropellado, ofreciéndome su mano sudorosa.

—¡Cómo! ¿Se marcha usted? —lamento—. ¡Tanto gusto en conocerle!

Se va y yo me apeo en la estación siguiente. Salto dentro de un taxi y menciono un nombre muy extraño que tengo que repetir varias veces. Primero cruzamos una plaza, en cuyo centro hay una fuente; otra plaza sin fuente; calles, calles, todas gemelas, huecas, como el sistema de una tubería. Aparecen los árboles, las chimeneas de las fábricas, los lavaderos. Estamos en los suburbios. Diviso la luna —¡y es hermosa!—. Proseguimos: el campo. La llanura plana, quieta, igual que el pecho de un tísico. Así media hora, una, dos; hasta que el vehículo se detiene en seco.

—¿Es aquí? —pregunto.

—Aquí mismo —responde el chofer.

Liquido la cuenta, abro la portezuela y suplico:

—Tenga la bondad de aguardarme. Tardaré a lo más veinticinco minutos.

—¡Correcto! —asiente—. Y se tumba a dormir con los bigotes sobre el volante.

Yo me lanzo entre las sombras rumbo a un puñado de casitas grises en cuyas ventanas hay luces. Escucho el reloj de la parroquia: las once. A un tiempo, distingo la cabeza enorme

de un hombre que se aproxima cantando con voz de campesino. Le detengo, adoptando el continente más sereno de que soy capaz.

"Podría tomarme por un demente" —pienso estremeciéndome.

E inquiero:

—Disculpe, ¿podría usted indicarme dónde se halla el cementerio?

Gira sobre sus talones sucios, yergue un brazo hercúleo y señala una mancha próxima, oscilante.

—Detrás de esos árboles —me informa.

Doy las gracias, encaminándome hacia la mancha. El sendero es largo, no tan fácil como me suponía y lleno de barro. Con frecuencia doy un traspié y resbalo, rodando hecho un guiñapo. Pero es tal la alegría que salta en mi pecho, tal mi avidez, que rompo a cantar y a reír, hundido el rostro en el estiércol de las vacas.

"¡Ahora voy a tener mujercita y esto es espléndido! —cavilo—. ¡No moverá mucho su cuerpecito porque está muerta, pero al menos podremos retratarnos! Si está demasiado rígida, la aceitaremos. Si su ropa se halla deteriorada, la vestiremos adecuadamente. Si está muy pálida, muy pálida, le untaremos de carmín las mejillas... Y yo me sentaré en sus rodillitas desnudas y le pasaré un brazo por su hombro, y ella me mirará con sus pobrecitos ojos quietos a mis ojos grises y sin gafas."

Un silencio inusitado me rodea. La obscuridad me envuelve, cual si me hallara en el interior de una cámara fotográfica. Llego, por fin, al cementerio. Me descubro, y nadie sale a recibirme. Llamo febrilmente a la puerta: ni una triste alma responde.

"Debe ser aún temprano" —calculo.

Y sentándome sobre una piedra, me dispongo a esperar con toda calma.

Transcurrido el tiempo de fumarme un cigarrillo, me levanto. Miro a un lado y otro, y, con la agilidad de un gorila,

salto la tapia. Requiero a gritos al camarero, al *maître*, al *manager*. Inútil. Mi grito repercute en las tinieblas, choca contra una montaña y me vuelve a la boca. Me lo trago y sigo adelante por entre las sepulturas. Una voluptuosidad inaudita me invade. Hierve la sangre en mis venas, y visiones realmente lascivas desfilan ante mis ojos. Parece que entro a un cabaret. "¿Dónde andará mi mujercita?" —digo para mis adentros.

Procuro seguir las indicaciones del viudo tímido. Busco sobre las cruces el epitafio. No lo encuentro, y lo que es bastante peor: me restan apenas cinco fósforos.

—¡Vaya un restaurante desanimado! —prorrumpo deteniéndome. Y continúo más y más impaciente, más y más angustiado, derribando tiestos con flores, copas y vasos, tronchando rosales, pisoteando a los parroquianos, partiendo las cruces, atropellando a los camareros que duermen...

Llego, en suma, a mi destino: a la casita blanca. Veo el nombre de la muerta. Me inclino sobre la lápida y leo el menú. Hecho un loco, un abominable loco, comienzo a trabajar. El trabajo es arduo, me extenúa, haciendo tronar mis huesos; pero mi ansiedad va en aumento. Como un perro escarbo la tierra, destruyo las raíces malignas, hiriéndome las uñas; lanzo pedruscos al aire, algunos de los cuales me caen en la cabeza.

"¿Quién estará riñendo?" —me pregunto asustado, mirando a todas partes.

Sangro y me ato el pañuelo a la frente.

—¡Después ajustaremos esa cuenta! —amenazo, señalando un árbol.

Súbitamente topo con algo sólido, al parecer infranqueable. ¡Ah, me aguarda en el reservado! Me vuelvo tímido, infantil, casi femenino. Golpeo con el puño delicadamente.

—¿Se puede? —inquiero.

Nadie contesta. Llamo más fuerte.

—¿Se puede?

"¡Oh, las delicias del adulterio!" —suspiro.

Pero grito:

—¡Abre o echo abajo la puerta!

Suenan dentro risitas muy débiles, como de alguien a quien le hicieran cosquillas con una pluma. Percibo, también, unos taconcitos femeninos que golpean, golpean el suelo.

—¡La echo! —aúllo.

Y cumplo mi palabra.

Salta el féretro en pedazos, salpicándome la lengua de una substancia ácida y muy fría. Adivino, más que distingo, una figura femenina, vestida de baile, inmóvil sobre un canapé. Me inclino hacia ella dulcemente, seductoramente, igual que los galanes en el teatro. Musito:

—Señorita: ¿quiere usted cenar conmigo?

Me halaga su voz somnolienta.

—¡Sí!

Le echo mano. Pesa poco, y su cuerpecito tintinea como un bolsón de cascabeles. ¡Debe estar tan ilusionada!

Con mi presa a cuestas me encamino hacia la tapia, advirtiendo que algo se enreda entre los árboles. Cuando pienso que sea su cabellera espesa me trastorno aún más. ¡Besaré así, así, su maraña negra, hundiendo en ella mi cabeza hasta el cuello! La deposito en el muro, salto, y la recojo de nuevo.

—¡Perdone usted! —balbuceo, dejándola caer sobre el lodo—. Me olvidé el sombrero.

Entro, y vuelvo a salir con el bombín un poco ladeado. Me la echo otra vez sobre las espaldas, y así avanzamos en la obscuridad impenetrable. Pronto el cansancio me rinde, flaquean sensiblemente mis rodillas y las fuerzas me abandonan. Bajo las ramas de un corpulento chopo me siento y siento a mi mujercita.

—Señorita: ¿le gustaría a usted retratarse conmigo?

Y evoco la imagen sugestiva: yo sobre sus rodillas, y colgando de un árbol mi traje.

Procedo al punto a desnudarme; a desnudarla a ella, lo cual no es tarea fácil, pues se resiste. Cuelgo, en efecto, mis ropas, y voy presuroso a instalarme. Lo hago con cautela, tierna,

ceremoniosamente. Le paso a continuación un brazo por el hombro helado. Cruzo las piernas. Sonrío. Alzo la vista, mirando con desdén a todas las mujeres del universo.

—No te muevas —le ordeno.

—¿Listo? —pregunta el fotógrafo.

Yo digo:

—Espere usted un momento. Voy a estornudar...

Estornudo una vez, dos, hasta cinco.

—Mírame —suplico a mi mujercita.

Y nos retratamos. Nos retratamos cerca de quince veces, siempre en la misma postura, como si fuéramos dos estatuas. Yo así: sin gafas, sin guantes, sin gardenia. Igual que en aquel tiempo, cuando compartía el lecho con las negras del Congo.

Y como entonces, también, hube más tarde de colocar entre nuestros ardientes cuerpos mis ropas negras muy bien dobladas, porque los pechos enhiestos de ella penetraban en mi carne igual que dos afilados cuchillos.

La noche del vals y el nocturno

Me hallaba yo en un ángulo de la terraza, sofocado por la furia de la danza. Los músicos, en el interior del salón, limpiaban sus frentes rojas y el director de orquesta ordenaba su corbata blanca. Lánguidas parejas de enamorados discurrían por los jardines húmedos cuyas emanaciones no eran más sugerentes que las de las mujercitas pálidas. La luna, rosada, alta, era una extraña perla suspendida misteriosamente sobre el mundo...

Invisible y bello, contemplaba yo el espectáculo calladamente junto a los muslos de una dríada de mármol.

Entonces, cuando mi abstracción era absoluta, percibí una voz tan dulce que igualaba las melodías más dulces de mi música. Atendí, notando que la voz me hablaba.

—¿Quién eres? —pregunté en seguida, sin lograr distinguir figura alguna.

—Adivina —insinuó la voz muy tiernamente.

Me llevé un dedo a los labios, inclinándome sobre la balaustrada. Luego tomé entre mis dedos una madreselva y balbucí:

—¡No sé!

—Adivina...

—¿Eres también música? —sugerí.

—Sí, soy música —respondió la voz alada.

—¿Cuál es tu residencia?

—Adivina...

—¿El templo acaso?

—No.

—¿Los salones de moda?

—No.

—Confiesa al menos, ¿qué hacen los hombres mientras te escuchan?

—Lloran —suspiró.

Comprendí muy claramente.

—Eres el nocturno —dije.

Oí su risa alegre, ligera, tan cristalina como una cascada.

—¡Yo soy el vals! —prorrumpí intimidado por primera vez en mi vida.

—Ya lo sé —declaró el nocturno—. Descubrí de lejos tu plumaje... ¿Quieres que paseemos? ¡La noche es tibia!

Yo dudé, reflexionando:

"Si me ausento, ¿qué bailarán los hombres?"

Mas era tal mi fascinación, que propuse:

—Espera. ¡Voy a pedir permiso!

Y, rápidamente, temiendo que a mi regreso el nocturno hubiera huido, busqué en el salón al director de orquesta. No tardé en encontrarlo y cuchicheé con él, esforzándome porque el dueño de la casa no me oyera.

Me dijo:

—Está bien. Ve y regresa pronto.

Salí a la intemperie, con la emoción retratada en el semblante.

—¿Vamos? —me invitó el nocturno. Descendimos a los jardines y caminamos largo trecho en silencio.

—¡Quiero verte! —supliqué al cabo, venciendo mi orgullo.

Pero la voz me instó a callar, posando un dedo invisible en mis labios.

—¡Aguarda!

Dejamos atrás veredas sombrías, sobre las cuales goteaban los árboles; graciosas y frescas praderas donde la hierba era

muy tierna; arroyos diáfanos y sollozantes que saltaban entre los hongos; una alameda bordeada de violetas; un bosque...

Yo dije, extenuado:

—Sentémonos.

—¿Quieres realmente conocerme? —preguntó mi compañero.

—¡Sí! —grité con todas mis fuerzas.

Y vi su silueta inmóvil, sus cabellos negros y brillantes, sus ojos profundos y oblicuos, su boca fina, su porte lánguido. Sin duda alguna era aquél un personaje sumamente melancólico.

—Cuéntame tu historia —sugerí, intrigado.

—Mi historia es muy sencilla —repuso.

—¿De quién naciste?

—Según los hombres, de un músico enfermo y una duquesita romántica.

—Pero, ¿en realidad?

—En realidad, de un rayo de luna y una magnolia.

—¡Fue bella tu cuna! —exclamé observándole.

—¡Oh, bella y blanda, sí! A mi nacimiento acudieron personajes célebres: la nieve, el céfiro, la espuma blanca del mar, las flores. Y tuve presentes riquísimos: sándalo, granates, luces de bengala, leche fresca, corales...

—¿Dónde naciste? —le interrumpí, molesto.

—En un bosque de amarantos. De ahí que mi vida sea eterna.

Me eché a reír.

—¡Eterna! —repetí—. ¡Si supieras que yo he de sobrevivirte!

—¿Con qué cuentas? —me preguntó muy ingenuamente.

—Con el amor de los hombres, ¿no es suficiente? ¿Tú?

—Con su dolor.

No supe qué replicar, humillado. Pero argüí un poco más tarde:

—Mi vida es más intensa que la tuya. ¡Soy más popular que tú!

—Tal vez —admitió.

—No hay festín en que yo no figure. Reyes, príncipes, emperadores del universo entero solicitan mi presencia.

—Tal vez —repitió.

—Conozco palacios de mármol en los cuales a ti no te habrían franqueado la entrada... Increíbles salas, rosadas, azules y verdes, con los muros tapizados de seda, y en cuyos interiores danzan aristócratas, poetas y vírgenes... Monumentales terrazas de pórfido, con estatuas de náyades y efebos... Jardines de cipreses, álamos o mimosas, por entre cuyos troncos mi música se desliza maliciosamente... ¡Soy un tirano de todas las maravillas creadas!

—Tal vez —volvió a decir.

Exasperado, me puse en pie.

—¡No hay violín en el mundo que no haya besado mi música!

Calló.

—¡No hay corazoncito femenino que no haya pensado en entregarse escuchándome!

Siguió en silencio.

—¡Soy capaz de sacudir una montaña con mi ritmo! Puedo provocar un cataclismo: burlar las rutas siderales, precipitar unos ríos contra otros. ¡Puedo secar el mar!

Le vi sonreír y esto acabó por desesperarme.

—¡Tú no puedes hacer nada de eso! —grité.

Y oí cómo mi voz, prodigiosamente ampliada, retumbaba en los abismos y se propagaba por la llanura.

—¡Escucha! ¡¡Escucha!! —imploré a su oído.

Un vals arrebatador y magnífico, vertiginoso y sensual, atronó el espacio. Luego quedó en suspenso la noche y se fueron apagando las luces en los pueblos. Cuando todo pareció dormido y una melancolía fatal abrazaba al mundo, mi compañero se inclinó hacia mí, que escuchaba tendido sobre la hierba.

—¿Por qué lloras? —le pregunté muy satisfecho—. ¿Tanto te ha conmovido mi música?

Él seguía llorando, llorando, y yo dije, arrepentido de mi soberbia:

—¡Perdóname si te he hecho sufrir! ¡No quise herirte!

Pero su llanto era cada vez más amargo. Me estrujaba el corazón.

—¡Calla, calla, no llores! —exclamé ahora, acariciándole los cabellos—. ¡No llores más!

Súbitamente fui advirtiendo que también yo lloraba y que las lágrimas de mi compañero se mezclaban con las mías, igual que el rocío del alba con la lluvia nocturna. Su llanto me abrasaba las manos; sus gemidos me dolían agudamente, me punzaban. Ya no había una sola luz en la noche: la luna se había apagado. Ya no había un murmullo: el viento se había detenido. No existía un solo contorno: todo estaba vacío, vacío...

Me sentí olvidado, cual si todo hubiese sucumbido y yo fuera el último habitante sobre el planeta. La angustia me dominó; creí asfixiarme. Y fue tan grande, tan profunda la pesadumbre que se apoderó de mí, que rompí a gritar con todas mis ansias, con todo el poder sobrenatural del vals que estremece las conciencias de los hombres.

—¡Calla! ¡¡Calla ya!!

Pero aquel llanto pío, dulce, era más fuerte que mi voz frenética. Y, aterrado, enloquecido, con los cabellos de punta, chorreantes las ropas de tanto llorar, huí rumbo al palacio. Salté la tapia, crucé los jardines, escalé la terraza, me asomé al salón. Pero ¡oh desdicha!

Chopin, ante un piano abierto, movía lánguidamente sus manos pálidas. Y el nocturno lloraba, lloraba, con un dolor que prometía ser eterno en el silencio frío de la noche.

La noche de los cincuenta libros

De pequeño era yo esmirriado, granujiento y lastimoso. Tenía los pies y las manos desmesuradamente largos; el cuello, muy flaco; los ojos, vibrantes, metálicos; los hombros, cuadrados, pero huesosos, como los brazos de un perchero; la cabeza, pequeña, sinuosa. Mis cabellos eran ralos y crespos y mis dientes amarillos, si no negros. Mi voz, excesivamente chillona, irritaba a mis progenitores, a mis hermanos, a los profesores de la escuela y aun a mí mismo. Cuando tras un prolongado silencio —en una reunión de familia, durante las comidas, etcétera—, rompía yo a hablar, todos saltaban sobre sus asientos, cual si hubieran visto al diablo. Después, por no seguir escuchándome, producían el mayor ruido posible, bien charlando a gritos o removiendo los cubiertos sobre la mesa, los vasos, la loza...

Tenía yo una hermanita que ha muerto y que solía importunarme siete u ocho veces diarias:

—Roberto, ¿por qué me miras así?

Recuerdo sus ojazos claros, redondos, como dos cuentas de vidrio, y sus rodillitas en punta, siempre cubiertas de costras.

Yo objetaba entonces, viéndola temblar de miedo:

—¡Bah, no sé cómo quieres que te mire si no sé hacerlo de otro modo!

Y ella echaba a correr, deteniéndose los bucles, en busca de la madrecita. Se arrojaba sobre sus faldas, rompía a

gimotear del modo más cómico, y prorrumpía, señalándome con el dedo:

—¡Roberto me ha mirado! ¡Roberto me ha mirado!

La madrecita, al punto, le secaba los carrillos, haciéndole la cruz en la nuca.

Había cumplido yo los once años, me encaminaba precozmente hacia la adolescencia y aún no tenía un solo amigo en la comarca. Era mi voluntad. Gustaba, en cambio, de internarme a solas por el bosque, atrapando mariposas y otros volátiles, para triturarlos después a pedradas. Cuando lograba cazar un pajarito, me sentaba cómodamente a la sombra de un árbol y le arrancaba una a una las plumitas, hasta que lo dejaba por completo en cueros. Si sobrevivía, lo soltaba sobre la hierba, con un sombrero de papel en la cabeza. A continuación, volvía a echarle mano y me lo llevaba al río. Allí lo sumergía cuantas veces se me antojaba, ahogándolo por fin en las ondas tumultuosas de la corriente. Acto seguido, me tumbaba sobre cualquier pradera y me masturbaba frenéticamente.

De aquel terrible tiempo conservo en la memoria una palabra espantosa, un atroz insulto que repetían a diario en casa y en la escuela cuantos me conocían:

—¡Histérico! ¡Histérico! ¡Histérico!

Ni aproximadamente comprendía yo entonces el significado de semejante vocablo, pero me exasperaba de tal suerte, removiendo en mi interior tal cúmulo de pasiones, que reaccionaba como un auténtico loco. No obstante, rara vez quedaba satisfecho, pareciéndome que, por encima de cuanta atrocidad cometiera, persistía arriba de mí, flotante como una nube, la palabra maldita.

—¡Histérico! ¡Histérico!

Cuando la profería el maestro en clase, saltaba yo sobre mi pupitre y me mordía de rabia los puños, hasta que la sangre goteaba en el suelo o manchaba mis cuadernos. Cuando la pronunciaba un condiscípulo, lo aguardaba a la salida, seguíalo por entre los matorrales y, allí, en el lugar más propicio, a

salvo de cualquier intervención ajena, lo desnudaba, rasgándole las ropas a dentadas. Y lo escupía, lo escupía, hasta que no me quedaba saliva en la boca.

Con mi familia era distinto. Temía de sobra a mi padre. Mi padre acostumbraba a golpearme, encerrándome después en un sótano muy lúgubre, lleno de ratones. Allí me moría de miedo. Por eso, cuando escuchaba en mi casa el atroz vocablo, hundía la barbilla entre los hombros y me escabullía medrosamente por los pasillos. Ya afuera, lanzábame a campo traviesa, gritándoles a los árboles, a las nubes, a los cuervos que volaban:

—¡Histéricooos!

Hasta que exánime, casi sin sentido, caía de bruces en cualquier lugar y allí pasaba la noche. Era mi voluntad.

¡No, no había en el mundo placer superior al que me proporcionaba la noción de que era un niño extraviado; un niño delicado y tierno, en mitad del bosque solitario, a merced de las fieras y los fantasmas! Gozaba, durante estas inocentes diabluras, imaginándome a mi padre, a la madrecita, a mis hermanos todos —siete— cada cual con un farol en la mano, recorriendo el campo negro, tropezando aquí, cayendo allá, requiriéndome por mi diminutivo:

—¡Robertito! ¡Robertitooo! ¿Dónde estás?

Distinguía yo con claridad absoluta sus voces sollozantes y me emocionaba, hecho un ovillo, sobre las rodillas. Si mi humor no era del todo malo, me enardecía el exasperarlos:

—¡Histéricooos! —les chillaba.

—Robertito lindo, ¿dónde estás?

Y mudaba de escondrijo, con objeto de confundirlos. Nunca daban conmigo. Ellos traían luz y yo no. De forma que, con treparme a un árbol o a una roca, estaba resuelto todo. Cruzaban por abajo dando berridos, y listo.

Esa cruel palabra, ese insensato insulto decidió mi destino. Esa palabra, y el horror que inspiraba yo a la gente. También debió influir un tanto los pésimos tratos que me daba mi familia.

Tocante a esto último, conviene entrar en detalles. Realmente nadie en mi casa me amaba, visto lo cual, tampoco quería yo a nadie. Comía igual que mis hermanitos; vestía tan regularmente como ellos; y si a la cocinera se le ocurría fabricar algún inmundo pastelote, mi ración no era ni con mucho la menor de la familia. Mas a pesar de todo ello, entre mi parentela y yo interponíase una especie de muro que detenía en seco cualquier explosión afectiva. Me sonreían a veces por compasión; me dirigían la palabra por necesidad; me escuchaban por no irritarme. Pero me rehuían; escapaban de mí con un furor inconcebible. Bastaba, por ejemplo, que posara en alguien la mirada, para que ese alguien no permaneciera ni diez segundos en mi presencia. Bastaba que cualquier arrebato sentimental me empujara en brazos de la madrecita, para que ésta protestara al instante.

—Quita, Roberto, no seas brusco... Además, mira, tengo mucho quehacer...

En cuanto a mis hermanitos, ocurría lo propio aunque centuplicado. Constantemente me espiaban: detrás de los muebles, desde alguna ventana, por entre las ramas, a través de las cerraduras. A toda hora presentía yo sus miradas atónitas clavadas en mí como púas. Por lo demás, puede afirmarse que éste era mi único contacto con ellos.

Cierta tarde en que volvía yo del bosque, con las manos llenas de plumas, sorprendí a mi hermanita —la menor— emboscada entre unos cardos. Ella tenía cinco años y era incomprensiblemente bonita... Al darse cuenta de que había sido descubierta, se lanzó a correr despavorida, llamando a gritos al vecindario; pero yo le di alcance sin ningún esfuerzo. Y era tal el pánico que la invadía, que no lograba llorar ni sollozar siquiera, sino suspirar, suspirar entrecortadamente con un silbido de lo más antipático.

Yo le pregunté entonces:

—¿Qué hacías ahí? ¡Responde!

Mas ella, tratando de sobornarme con una medalla, respondió muy tristemente:

—¡Toma, toma...! ¿No la quieres? ¡Robertito lindo, si es de plata...!

Pero yo dije:

—¡Verás cómo no vuelves a hacerlo!

Y levantándole el vestidito hasta el pecho, le arranqué los calzones. Luego me eché a reír a carcajadas como un niño loco.

—¡Mira, mira! ¡No tiene con qué orinar, no tiene! ¡Se le ha caído! ¡Cualquier día de éstos morirás!

Y la oriné de arriba abajo, haciendo alarde de mi pericia.

Empapada hasta los cabellos, la vi perderse rumbo a la casa, limpiándose las lágrimas con los calzones.

¡Ah, qué mal me trataban todos en mi familia! ¡Qué de amenazas y abusos soporté pacientemente durante años y años! ¡Qué puntapiés me dio mi padre y, sobre todo, qué tirones de orejas más bestiales! Así las tengo ahora: caídas, frágiles, como dos hojas de plátano. ¡Y cómo resuena en mi oído la palabra maldita!

En cuanto tengo fiebre, la misma pesadilla me tortura: es una especie de fenomenal bocina, situada en la abertura de una roca, y a través de la cual van gritando por turno todos los habitantes del universo: "¡Histérico! ¡Histérico! ¡Histérico!". Y cuando a fuerza de escuchar sin descanso el insensato vocablo siento que la cabeza me va a estallar como un globo, se obscurece la Tierra, cantan los gallos y aparece la madrecita en mi cuarto, vestida con un hábito negro y una lámpara en la mano. Al verme, posa la luz en el suelo y, metiendo los dedos en la bacinica que está bajo la cama, me salpica de orines el rostro, tratando de espantar al demonio.

¡Qué huellas más crueles dejó en mi la infancia! ¡Qué de impresiones innobles, tenebrosas, inicuas!

Mas he aquí de qué forma se decidió mi destino:

Andaba ya en los albores de la adolescencia, un vello híspido y tupido me goteaba en los sobacos, cuando reflexioné:

—"Los hombres me aborrecen, me temen o se apartan con repugnancia de mi lado. Pues bien, ¡me apartaré definitivamente de ellos y no tendrán punto de reposo!"

Hice mi plan.

"Me encerraré entre los murallones de una fortaleza que levantaré con mis propias manos en el corazón de la montaña. Me serviré por mí mismo. Ni un criado, ni un amigo, ni un simple visitante, ¡nadie! Sembraré y cultivaré aquello que haya de comer y haré venir hasta mis dominios el agua que haya de beber. Ni un festín, ni una tertulia, ni un paréntesis, ¡nada! Y escribiré libros. Libros que paralizarán de terror a los hombres que tanto me odian; que les menguarán el apetito; que les espantarán el sueño; que trastornarán sus facultades y les emponzoñarán la sangre. Libros que expondrán con precisión inigualable lo grotesco de la muerte, lo execrable de la enfermedad, lo risible de la religión, lo mugroso de la familia y lo nauseabundo del amor, de la piedad, del patriotismo y de cualquiera otra fe o mito. Libros, en fin, que estrangulen las conciencias, que aniquilen la salud, que sepulten los principios y trituren las virtudes. Exaltaré la lujuria, el satanismo, la herejía, el vandalismo, la gula, el sacrilegio: todos los excesos y las obsesiones más sombrías, los vicios más abyectos, las aberraciones más tortuosas... Nutriré a los hombres de morfina, peste y hedor. Mas no conforme con eso, daré vida a los objetos, devolveré la razón a los muertos, y haré bullir en torno a los vivos una heterogénea muchedumbre de monstruos, carroñas e incongruencias: niños idiotas, con las cabezas como sandías; vírgenes desdentadas y sin cabello; paralíticos vesánicos, con los falos de piedra; hermafroditas cubiertos de fístulas y tumores; mutilados de uniforme, con las arterias enredadas en los galones; sexagenarias encinta, con las ubres sanguinolentas; perros biliosos y castrados; esqueletos que sangran; vaginas que ululan; fetos que muerden; planetas que estallan; íncubos que devoran; campanas que fenecen; sepulcros que gimen en la claridad helada de la noche... Vaciaré en las gargantas de los hombres el pus de los leprosos, el excremento de los tifosos, el esputo de los tísicos, el semen de los contaminados y la sangre de las poseídas. Haré del mundo un

antro fantasmal e irrespirable. Volveré histérica a cuanta criatura se agita."

Y así lo hice.

Cada año, con una fecundidad que a mí mismo me aterra, lanzo desde mi guarida un libro más terrífico y letal: un libro cuyas páginas retumban en la soledad como estampidos de cañón o descienden sobre las ciudades con la timidez hipócrita de la nieve. Y son de tal suerte compactos sus copos, son mis creaciones a tal grado geniales, que he logrado ahuyentar de estos rumbos a las fieras; he espantado a las aves, a los insectos y a los peces; al Sol y a la Luna; al calor y al frío. Donde yo habito no hay estaciones y la Naturaleza es un limbo. El agua no moja; la llama no quema; el ruido no se percibe; la electricidad no alumbra. De noche todo es negro, impenetrable, pero yo veo. De día todo es blanco, lechoso, intangible. Son los dos únicos colores que restan por estas comarcas. Diríase que una monumental fotografía me rodea.

Y escribo, escribo sin cesar a todas horas, aunque ya soy viejo. Escribí así durante cincuenta años. ¡Cincuenta libros, pues, pesan sobre las costillas de los hombres! Y presiento a estos histéricos, histéricos incurables: los veo desplumar a las aves; mutilar sus propios miembros; orinar a sus mujeres; extraviarse en la noche enorme...

Y es tal mi avidez que, cuando me sobran fuerzas, trepo por la vertiente de esta montaña mía hasta la última roca desnuda, y, desde allí, más que como un titán o un profeta barbudo, como un dios todopoderoso y escuálido, lanzo al espacio la palabra maldita:

—¡Histéricooooos!

La fotografía no cambia. Pero los semblantes de los hombres sí, lo adivino.

Esta noche he concluido mi última obra. Digo mi última, porque ya no escribiré más. Me siento enfermo, vacío; con el cerebro tan yermo como una esponja o una piedra. Por otra parte, me estoy quedando ciego; ciego a fuerza de trabajar en

esta obscuridad insondable. Ya no distingo los contornos de las cosas: apenas su volumen. De ahí que confunda fácilmente un árbol con una mesa y una mesa con un vientre. ¡No, no escribiré más! Pronto seré un vestigio, y no conviene que la Humanidad se percate de ello. Conviene, más bien, que el tirano se exilie fuerte, que desaparezca hecho un coloso, que se retire con la majestad del Sol que desciende por entre los riscos...

He concluido mi última obra hace unos instantes, unos breves segundos. He escrito: FIN. Y he doblado las cuartillas precipitadamente, jadeante por el insomnio, aturdido por el abuso mental, sudoroso y febril, garabateando con dolor sobre ellas un jeroglífico indescifrable que viene a ser mi epitafio: FIN. FIN. FIN DE TODO.

A continuación, me he reclinado en el respaldo del asiento, suspirando triunfalmente.

—La obra está hecha.

Me pongo en pie porque la espalda me escuece y, de improviso, algo absurdo, ilógico, enteramente ridículo, comienza a ocurrir en torno mío: mi vista se aclara, hasta volverse perfecta; la noche se ilumina fantásticamente con el fulgor de una pequeña lámpara olvidada sobre la mesa; toman color y relieve los objetos; retumba el viento; la lluvia, cae estrepitosamente; surcan el espacio los relámpagos; mil aromas insospechados y confusos ascienden de la llanura. Todo palpita, bulle, vuelve a existir.

—¡No más fotografía! —prorrumpo—. Y con objeto de cerciorarme, huyo hasta la ventana, entreabro las vidrieras, espío.

Casi simultáneamente, advierto a mi espalda unos pasos blandos, muy lentos, como los de quien camina sobre una pradera. No distingo forma humana, pero los pasos siguen sonando a lo largo de mi biblioteca. Ora se aproximan a los anaqueles repletos de libros; ora a mi mesa de trabajo; se alejan; luego cesan imprevistamente, cual si "aquello" se detu-

viera y examinara algo. Otros pasos más fuertes y menos lentos suceden a los primeros: son más pesados desde luego, mucho más violentos, como producidos por un gigante malhumorado que gastara botas con clavos. Sigue lloviendo torrencialmente, y el viento que penetra por la ventana abierta cierra de golpe la puerta del aposento. Puesto que la fortaleza es sumamente sonora, el estruendo repercute en todos los rincones:

—Bum... Buuuuum... Bum...

Y los pasos persisten. Y yo comprendo aterrado que no estoy solo en la estancia.

Los pasos siguen, digo, cada momento más numerosos y diversos. Unos son de mujer, indudablemente; otros, de hombre; los hay también de cuadrúpedos, de niño. ¿Acaso una multitud de seres incomprensibles se ha dado cita en mi casa?

Verifico un esfuerzo desesperado, con la intención de liberarme de todo aquello, arrojándome por la ventana. Voy a hacerlo, en efecto, cuando aparece allí una mano enguantada que se aferra con angustia al marco. Doy un salto atrás, olvidado por completo de otras cosas. Busco el revólver en mi mesa, y aparece en la ventana otra mano compañera de aquella —enguantada, igual—. Asoma un brazo; el otro; después un sombrero negro —como los guantes— con el ala caída. Estalla un relámpago en el firmamento, sucedido por un horrísono estruendo. Se sacude la casa igual que un barco. Yo me mantengo en mi sitio, alerta, emboscado tras del sillón, con el revólver enfilado hacia el sombrero negro. Pero el hombre que pugna por entrar desmaya incomprensiblemente. Desaparece una mano; el brazo; poco a poco el sombrero; la otra mano... y escucho el golpe de un cuerpo que choca contra algo espantosamente sonoro.

Los pasos, adentro, continúan más y más implacables, y yo no me decido a moverme, temeroso de tropezar con alguien. Entonces, reparo con espanto en la alfombra que está poblada de huellas frescas y trozos de barro. Empero no se percibe el más inocente suspiro.

—¿Disparo? —pienso instintivamente.

Aprieto el gatillo y se escucha un ¡ay! dolorido, seguido de roncos estertores. Los pasos, a una, cesan totalmente, y yo presiento a mil seres horribles inclinados sobre el cuerpo de la víctima, reprochándome el crimen con sus miradas descompuestas.

Atisbo a un lado y otro, mas nada anormal ha sucedido. El herido prosigue quejándose con voz cada vez más débil, y, afuera, la borrasca sacude los montes. De súbito, advierto un arroyo de sangre negruzca que se va extendiendo por la alfombra en dirección a la puerta... Alocado por semejante sucesión de pavorosos acontecimientos, vuelvo a disparar sobre el herido que sangra. El herido enmudece. Lo he matado sin duda. Pero, simultáneamente, un libro cae del estante, rodando como una pelota. Echo a correr tras de él y lo sujeto con la punta del zapato. No tiene páginas; no resta de él sino la cubierta. Y es mío. Es mi primer libro. También está tinto en sangre.

Comprendo sin ningún titubeo:

"Lo he matado."

Luego aquellos seres que me acechan, aquellos monstruos infernales que me rondan son mis libros. Mis libros todos. ¡Cincuenta!

Preso de un valor repentino, recorro la biblioteca disparando a diestra y siniestra. El estampido de las detonaciones se confunde con los ayes lastimeros de las víctimas que van cayendo. Pronto la alfombra es un gran lago de sangre en cuya superficie navegan incontables libros sin páginas: unos, azules, amarillos o blancos; otros, negros, grises, verdes. Tengo un puñado de balas sobre la mesa y las voy consumiendo sin tregua. Diez, veinte, sesenta... Cuando las concluyo, alzo los ojos y observo agitadamente el estante. ¡Maldición! Aún queda un libro. Y una angustia desconocida y loca, una especie de borrachera fabulosa, hace que me tambalee. Como si hubiera caído en mitad de una profunda ciénaga, me siento irremisi-

blemente perdido. Van agonizando a mis pies las víctimas, con quejidos que parten el alma. La casa, gradualmente, como un mar que se tranquiliza, va quedando en suspenso, quieta. El viento también cede. La lluvia se torna más blanda. Aparece la luna, y en mi fortaleza reina una paz tenebrosa.

—¡Estoy perdido, perdido! —exclamo, oteando al superviviente cuyo espíritu presiento fluctuando.

Lenta, cautelosamente, me dirijo al estante. Dudo repetidas veces. Avanzo. Tomo al cabo el volumen entre mis manos. Lo examino: está intacto.

"Y si lo arrojara por la ventana al vacío, ¿se mataría?"

Avanzo, chapoteando en la sangre. Contemplo de cerca el campo; la melancolía húmeda de la noche, las capas de los árboles meciéndose, meciéndose. Me resuelvo y lanzo el libro contra las rocas. Cuando me vuelvo, un hombre pálido, con el sombrero negro sobre las cejas, está frente a mí. Doy un grito, reconociéndole al punto: es el ladrón misterioso de las manos enguantadas. Sonríe ante mi pánico, y yo le pregunto con el acento más tierno del mundo:

—Perdone. ¿Deseaba usted robar alguna cosa?

Me desmayo.

Y cuando sé de mí otra vez, voy a campo traviesa, bajo la luna mágica, en pleno bosque, perseguido por una multitud de seres que aúllan, gimen o blasfeman, enloquecidos por la ansiedad de atraparme.

"¡Son los personajes de mis libros que han escapado! —pienso sin reflexionar—. ¡Se han salvado! ¡Lograron huir a tiempo!"

A lo lejos, mi casa envuelta en llamas ilumina la noche, y yo corro despavorido, saltando arroyos y muros, empalizadas y simas, dejando parte de mis ropas enredadas en los matorrales, desgarrándome los párpados con las ramas de los árboles. Corro en silencio, medio muerto de miedo, casi asfixiado, blanco como un cadáver escapado del sepulcro. Y detrás, a diez o quince pasos, una muchedumbre compacta de mons-

truos alarga hacia mí sus miembros: son vírgenes desdentadas y sin cabello; hombres famélicos y enlutados; perros sarnosos cubiertos de pústulas y vejigas; resucitados, con los tejidos colgantes y vacíos; microcéfalos lascivos, con las ingles llenas de ronchas; mutilados de uniforme, con las arterias enredadas en los galones; machos cabríos, monjas, serpientes, exvotos, lechuzas, vinateros, átomos... Me persiguen y están a punto de darme alcance, cuando descubro a mis plantas una cavidad impresionante, iluminada tenuemente por la luna. Abajo ruge el mar, contorsionándose. Tiembla un barco en el horizonte. Se alargan las rocas hacia el cielo. Pero no se columbra una estrella. Vacilo ante aquella negrura caótica, mirando con pavor hacia atrás: un círculo de tentáculos erizados o gelatinosos se va estrechando en torno mío. Desgarro mis pulmones con un grito y me precipito al vacío. La velocidad me aturde... no alcanzo a respirar... veo luces, luces, todas gemelas... la atmósfera es cada vez más densa... Algo se dilata...

Transcurre el tiempo.

Y cuando mí cuerpo se estrella contra el lomo de las olas, sumergiéndose en un embudo de espuma, una voz ultrahumana se desploma de las alturas, sobresaltando a los que duermen:

—¡Histéricoooo!

Abro los ojos con desconfianza y veo al doctor junto a mí; a mi padre, a la madrecita, a mis siete hermanos. Soy aún un adolescente y me duele aquí, aquí en el hombro.

Entonces el doctor me observa preocupadamente, me levanta con cuidado los párpados, me acerca una lamparita que huele a éter, y exclama:

—¡Ha muerto!

Mi familia, en pleno, cae por tierra de rodillas, sollozando o lanzando gritos frenéticos.

Mas, en cuanto a mí, me siento perfectamente.

La noche de la gallina

—Los hombres son vanos y crueles como no tienes idea —me decía hace casi un siglo una gallina amiga, cuando todavía era yo joven y virgen, y habitaba un corral indescriptiblemente suntuoso, poblado de árboles frutales.

—Lo que ocurre —objeté yo, sacudiendo mi cola blanca— es que tú no los comprendes; ni siquiera te has cuidado de observarlos adecuadamente. ¡Confiesa! ¿Qué has hecho durante la mayor parte de tu existencia, sino corretear como una locuela detrás de tus cien maridos y empollar igual que una señora burguesa? ¡El hombre es un ser admirable, caritativo y muy sabio, a quien debemos estar agradecidas profundamente!

Esto decía yo hace tiempo; no sé cuántos meses. Cuando aún me dejaba sorprender por las apariencias, rendía culto a los poetas y llevaba minuciosamente clasificadas en un cuaderno las características de los petimetres que me perseguían. Cuando mi cresta era voluptuosa cual un seno de mujer, y mi cola, artística, poblada. Cuando dormía en posturas graciosas y, al crepúsculo, languidecía bajo la influencia inefable de las encinas. Decía esto —entre otros motivos más graves— porque mi amo era muy cordial conmigo y solía conducirme a los rincones más apartados de la finca, con objeto de obsequiarme los residuos de los banquetes y otras golosinas menos importantes.

Hoy no. Hoy pienso de otro modo.

Héme aquí confinada en una celda tenebrosa, condenada a muerte. ¿Creen que no lo adivino? ¿Creen los hombres que por ser diminutas y estar cubiertas de plumas, no tenemos las gallinas nuestro corazoncito, nuestra sensibilidad y nuestro entendimiento?

Me apresaron al atardecer. Paseaba yo con una amiga por el sendero de las coles. Soplaba una cautivadora brisa. Íbamos charlando de mil cosas triviales y picoteando, ora un rábano, ora una fruta caída, cuando se entreabrió la puerta fatídica y apareció el cocinero. Nunca me simpatizó este hombre. Es un tipo grueso, perverso, de epidermis muy roja, con un bigote cuadrado y un delantal demasiado largo, tinto en sangre generalmente. De ordinario, salta al corral con un cuchillo en la mano y se contonea por entre los árboles, berreando siempre la misma tonada. Cuando alguien osa acercársele, toma la primera estaca o piedra que ve a su alcance y la arroja contra el intruso. En seguida corta una ciruela o un albérchigo y, tras de frotarlo contra su trasero, lo engulle, escupiendo la piedra a gran distancia... Pues bien, llegó el cocinero y me fue persiguiendo taimadamente por la vereda de las coles. Tan pronto llegamos a la tapia —¡oh, perfumada muy lindamente por las enredaderas de Bécquer!— me atrapó con sus manazas de simio, sujetándome por las alas. Me introdujo en la casa, hizo girar la puerta de un cuarto muy tétrico y me lanzó al aire, cual si se tratara de una avioneta. Caí como mejor pude y tardé mucho tiempo en moverme.

Aquí estoy, en consecuencia, sola, en tinieblas, sin un galán indómito que se aventure a rescatarme. Sola con mis reminiscencias, con mi pasado turbulento, con mi angustia loca, con mi cresta ya no tan voluptuosa y mi pechuguita tierna.

"Posiblemente —cavilo— me reste una noche de vida: doce horas: varios cientos de minutos... Si me pusiera a contar desde ahora, no llegaría a treinta mil seguramente."

Suspiro y prosigo, dejando que mis pensamientos fluyan, fluyan, como una bandada de canarios.

"¡Cuán crueles y vanos son los hombres! ¿Por qué nos asesinan? ¿Por qué nos comen? ¿Qué daño les he hecho yo, por ejemplo? ¿Qué grave trastorno o qué perjuicio irreparable les he ocasionado...? Les he dado huevos frescos, cría; los he recreado con mi canto; les he anunciado el mal tiempo, el bueno —tal vez con mayor exactitud y armonía que los maestros cantores—, la presencia de un ladrón. No me he enfermado nunca; por el contrario, siempre podía admirárseme pizpireta, complaciente, muy limpia, tomando el sol a toda hora del día, meciendo mis alas níveas, que un joven galante comparó una vez con las de un cisne. He servido también de modelo a cierto pintor impertinente que profanó nuestros dominios. Me han retratado los chiquillos, he respetado la siembra, no he herido, injuriado a nadie. Jamás hice un mal gesto. ¿Qué culpa es, pues, la mía? Y sin embargo, van a inmolarme, van a comerme."

Me estrujará el cocinero entre sus garras inicuas e irá arrancando a puñados mis plumas finas, mis plumas albas, que tan celosamente he cuidado. Me las arrancará, sí, con la avidez de un enamorado que deshoja una margarita, y las irá arrojando a un cubo lleno de sangre —abollado, fétido—, cual si se tratara de algo despreciable e inmundo. Me desprenderá el cuello de un tajo, y mis ojitos pardos, mis ojitos pícaros —que otro galán comparó con los de una gacela— se obscurecerán definitivamente. Mis piernas doradas y elásticas caerán por tierra como las ramas secas de un árbol... y las comerán los cerdos —¿quién iba a pensarlo?— los cerdos: esa especie de hipopótamos color de rosa que liban sus propios orines y jamás alzan la jeta, temerosos de vaciarse un ojo. Bien asada, me acomodarán en una fuente de loza y me transportarán a la mesa, humeante, guarnecido mi cuerpecito con zanahorias, trufas o espárragos. Y es tal la crueldad de los hombres, tal su sadismo, que quizá respeten mi forma y me presenten así enterita, sin plumas, en cueros, exhibiendo para deleite de todos mi inocente vergüenza.

Los invitados se relamerán de gusto, no importa que entre ellos se cuente algún filósofo o canónigo.

"Bien sabrosa que debe estar" —pensarán para sus adentros.

Y la dueña de la casa, esa berruga con faldas, exclamará melifluamente:

—No es malo, que digamos, su aspecto; pero temo que esté un poquito dura. ¡Era tan vieja!

También es creíble que un niño me rechace y su mamá le ofrezca un muslito.

—Mamá, no quiero gallina —protestará el infante, con su carita de ángel bobo y rico.

—Si está muy tiernecita, tonto... ¡Mira!

Y el rorro objetará entonces, gesticulando:

—¿Por qué me das esas cosas, si sabes que las gallinas comen caquita?

¡Ay, me sacrificarán sin remedio! ¡Me asesinarán los hombres, no obstante que he alegrado sus vidas! Son vanos, crueles, egoístas. Principalmente eso: egoístas. ¿Por qué no matan al perro? ¡Porque los defiende! ¿Por qué no matan al gato? ¡Porque se come a los ratones! ¿Por qué no matan al burro? ¡Porque transporta sus mercancías! ¿Por qué no matan al caballo? ¡Porque los transporta a ellos! ¿Por qué no sacrifican al tigre, a la víbora o al lobo? ¡Porque les temen! ¡Canallas! ¡Cobardes! ¡Nos asesinan a nosotras, y a los pajaritos, y a los gansos, y a los cerdos, que no sirven para nada. Nos ven pequeños, indefensos, asequibles!

Ya sé de qué modo hablan los hombres. Cierta tarde sorprendí a uno de ellos interrogando:

—Y diga usted ¿es que no ha probado por casualidad el gato?

Otro respondió, llevándose el pañuelo viscoso a la boca:

—Por Dios, qué excentricidades... ¡Valiente asco!

Yo he gritado entonces:

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡No es asco lo que tenéis ni mucho menos!

Pero nuestro lenguaje resulta enteramente incomprensible para esa gente. Tanto, que el primero de ellos dijo:

—¡Maldito bicho éste! ¡Qué lata nos está dando!

Y según es costumbre en tales seres, me lanzó un pedrusco, a riesgo de matarme. Pero yo esquivé el proyectil, dando rienda suelta a la hilaridad más desbordante. Prorrumpí desde lejos:

—¡No, no es asco lo que le tenéis al gato! ¡Cuidáis vuestro queso!

¡Cómo! Oigo una llave... la tos del cocinero... ¿Es que ha llegado la hora? ¡Oh, se anticipan! Pero ¿qué significa todo esto? ¿Es que no van a permitirme confesar siquiera? He oído contar no sé dónde que a los reos a muerte se les dispensan privilegios de tal índole: se les conforta, se les auxilia espiritualmente. ¿Y por qué a mí no? Yo también creo en Dios. También a mí me espanta el infierno. Mis pecados pueden ser graves... ¡Sí, sí, creo en Dios, creo en Dios lo mismo que pueda creer el hombre más docto! ¡He nacido de Dios! ¡He cometido adulterio...! ¡Y tengo mi alma —chiquita y débil— pero mi alma! ¡Aquí está! ¡Quiero salvarla! ¡Quiero salvarla! ¿Qué clase de justicia es ésta?

Inútil. Chirría la puerta sobre sus goznes y aparece el cocinero. Le veo al trasluz divinamente, con su delantal hasta los tobillos y su cabezota calva. Entreabre los brazos para atraparme. Me escurro una, dos, tres veces con éxito. Insiste; se desespera. Yo pienso:

"Perfectamente. Puesto que así sois de villanos, la pagaréis bien cara."

Doy un salto increíble, ridículo si se quiere para una gallina, y escapo por encima de los hombros del verdugo; vuelo a través de un pasadizo que apesta a vinagre; de un corredor lleno de muebles y ropa sucia; de la escalera... Detrás viene el cocinero blasfemando y sacudiendo su panza dura. Descubro en el segundo piso de la casa una ventana abierta y me lanzo al vacío, ahora sí como una avioneta. Tardo en caer al corral

y, abajo, se produce un clamoreo inenarrable, consecuencia de mis gritos desgarradores. Quien chilla, pidiendo auxilio; quien corre de un lado para otro, tapándose los ojos; mi amiga sufre un soponcio. Pero yo anuncio, y mi anuncio lo escuchan hasta los muertos:

—¡La pagaréis bien cara! ¡La pagaréis bien cara!

Cuando el cocinero salta al jardín, ya he alcanzado mi meta. Es una planta misteriosa, azafranada, de hojas muy ásperas, que, de niñas, nos prohibían frecuentar nuestras mamás.

—Quien pruebe de ellas, sucumbe —nos prevenían, cubriéndonos con sus temblorosas alas.

Y yo comí esta vez hasta hartarme. Comí raíces, tallos, flores, ¡cuanto pude!

Un poco más tarde, el verdugo empuñaba el cuchillo y me apoyaba su hoja en el pecho, diciéndome:

—¡Escápate ahora, maldita...!

Aún solté una carcajada que atronó la casa.

Desde el retrete preguntó la dueña:

—Cirilo: ¿qué ocurre?

—¡Nada! —prorrumpió el asesino, trozándome el cuello—. ¡Esta maldita perra...!

—¿Cuál perra? —oí a la vieja, como entre sueños.

—O lo que sea. ¡Esta gallina!

Una vez más ratifiqué mi amenaza:

—¡La pagaréis bien cara!

Y en efecto: treinta y seis horas más tarde, cinco ataúdes en fila bajaban por la arboleda rumbo al cementerio.

La noche del perro

Mi amo se está muriendo. Se está muriendo solo, sobre su catre duro, en esta helada buhardilla, adonde penetra la nieve.

Mi amo es un poeta enfermo, joven, muy triste, y tan pálido como un cirio.

Se muere así, como vivió desde que lo conozco: silenciosamente, dulcemente, sin un grito ni una protesta, temblando de frío entre las sábanas rotas. Y lo veo morir y no puedo impedirlo porque soy un perro. Si fuera un hombre, me lanzaría ahora mismo al arroyo, asaltaría al primer transeúnte que pasara, le robaría la cartera e iría corriendo a buscar a un médico. Pero soy perro, y, aunque nuestra alma es infinita, no puedo sino arrimarme al amo, mover la cola o las orejas, y mirarlo con mis ojos estúpidos, repletos de lágrimas.

Quisiera al menos hablarle, consolarle, pues sé que aunque es muy desgraciado, ama la vida, las cosas bellas y claras, el agua, los árboles...

Está tísico y morirá irremediablemente. Yo también lo estoy, pero ello importa poco. Él es un poeta, y yo un perro de la calle. Un perro —como hay tantos— a quien el poeta mantiene y cuida a costa de tremendos sacrificios; un perro que, una cruda noche de invierno, lo asaltó a la puerta de un tugurio, medio muerto de hambre y de fiebre. Me tomó entonces consigo, me condujo a su casa, encendió la estufa y se asomó a mis ojos intranquilamente. Adiviné al punto sus propósitos. Me dijo:

—¿Quieres ser mi amigo?

Aquella noche —y otras muchas— me cedió su leche, su pan duro, sus mantas viejas. Sin embargo, no logré conciliar el sueño, agobiado por la melancolía más terrible.

"¿Qué podría yo hacer para ayudar a este hombre?" —me preguntaba continuamente.

Y esta alma buena que llevamos todos los perros dentro me aconsejó al instante:

"Seguirlo siempre a donde vaya."

Así lo he hecho. No me he apartado de él un segundo. Conozco, pues, todas sus penurias, sus íntimas alegrías, sus versos; conozco su enfermedad, sus pensamientos, sus dudas y todas sus zozobras. Mientras escribe, me acurruco entre sus pies y no oso respirar; mientras duerme, yo duermo; cuando no come, no como yo tampoco; cuando sale a pasear, lo acompaño siempre; vamos muy juntos —él delante, yo detrás— a la orilla del río solitario, durante los atardeceres del estío. Cuando entra a alguna taberna lo aguardo en la puerta y, si sale borracho, lo guío, lo guío a través de los callejones obscuros, tortuosos.

Desdichadamente, el alcohol produce en su organismo desastrosos efectos. En vez de tumbarse a dormir, según acostumbran a hacer otros hombres que conozco, se exaspera, se enfurece. Escribe y rasga luego los papeles; golpea los muebles con sus puños; se asoma a la ventana y gime; desgarra las sábanas y lo destroza todo. Yo escapo hacia cualquier refugio, pero él me busca y, al encontrarme, se quita el cinto, lo sacude en el aire y, con las fuerzas de que es capaz, comienza a golpearme bárbaramente, despiadadamente, hasta hacerme sangrar por la boca.

—¡Bestia! ¡Bestia! —me grita.

Y yo callo sin moverme, soportando los golpes. Veo chorrear mi sangre y me bebo las lágrimas. No protesto. Ni un gruñido impertinente, ni una sola actitud de rebeldía. Pienso en su rostro tan pálido, en sus pulmones enfermos, en su mirada tan honda, y me digo:

"Ámalo, ámalo aunque te duelan los golpes."

Y lo amo. ¡Cómo no he de amarlo! Lo amo como a mi propia vida.

Más tarde, sofocado, febril, castañeteando los dientes, se deja caer sobre el catre. Yo salto a su lado y, él, acogiéndome entre sus brazos frágiles, rompe a llorar desesperadamente.

—Mi Teddy, mi pobre Teddy... —me dice.

Entonces moja en agua su pañuelo sucio y me va limpiando, una a una, las heridas. A continuación, quita las mantas del lecho, cubriéndome con ellas.

—¡Duerme! —prorrumpe sollozando—. No soy sino un malvado borracho. ¿Me perdonas?

Por complacerlo únicamente finjo dormir; pero escucho, escucho los poemas que él me ha escrito y que repite a gritos por la buhardilla, secándose las lágrimas con la manga.

Mi amo se está muriendo, y, como soy un perro, no acierto a impedirlo. No puedo secar el sudor de su frente; no puedo espantar la fiebre que lo consume; no puedo aliviar su respiración ahogada; no puedo ofrecerle ni un vaso de agua. ¡Qué silencio más horrendo el de esta noche de diciembre! ¡Qué quietud y qué nieve más espantosas! ¡Qué infamia la vida! Y yo, un perro, un triste ser inútil, incapaz de algo importante.

Si supiera hablar, le diría:

"Perdóname por haber nacido perro. Perdóname por no poder hacer otra cosa que verte morir. Perdóname. Pero te amo, te amo con un amor como no hay otro sobre la Tierra; como es incapaz de comprender el hombre... el hombre, salvo tú, mi amo. ¡Si supieras las lágrimas que he derramado, viendo el pan duro y la leche agria que almuerzas! ¡Si supieras qué noches de insomnio he pasado bajo tu catre oyéndote toser, toser implacablemente, con esa tos seca y breve que me duele más que todos los golpes sufridos! ¡Si supieras —cuando escapaba de tu lado— cuántas calles he recorrido en busca de un mendrugo, con la esperanza de no quitarte a ti una sola miga-ja de tu alimento! ¡Si supieras qué enfermo me siento y qué

triste! Yo también estoy tísico. Yo también moriré pronto; y si tú mueres, me alegro de hacerlo juntos... ¡Ay! Si tuvieras hijos, mi amo, ellos serían jóvenes y tendrían, a pesar de tu muerte, regocijos mayores que su pesadumbre. Si tuvieras mujer, te olvidaría pronto por otro hombre. Si tuvieras padres, pensarían en sus otros hijos. Si tuvieras amigos, tendrían ellos otros amigos... Tu perro, en cambio, no tiene a nadie sino a ti. Ningunos ojos lo miran, que los tuyos; nadie le sonríe, sino tú; sólo tu calor le alivia; a nadie sigue, sino a ti. Morirás, y él no comerá más, no dormirá más; se entregará a su dolor. ¡Si supieras cómo te amo, te amo!"

Pero no sé hablar. Sólo sé menear la cola y llorar con mis lágrimas estériles. ¿Me permites acariciarte?

Como de costumbre, mi dueño me comprende. Y con esa sensibilidad prodigiosa de poeta y tísico, penetra hasta mis más tenues reflexiones. Me pide ahora, con una voz que escasamente distingo:

—Súbete, Teddy.

Salto y me enrosco junto a él, a sabiendas de que no le inspiro ningún asco. Me espantan, en cambio, sus ojos.

"Es la muerte" —adivino.

Y lo es.

¡Los perros nunca erramos a este respecto! Nuestra mirada ahonda más allá que la de los hombres. Nuestro olfato es más sutil. Tenemos, por otra parte, un don espléndido: la adivinación. Y así es que descubrimos a la muerte, por mucho que ella se esconda: la presentimos en las tinieblas, encaramada sobre las cercas, bajo los puentes, durante las ferias, en la niebla...

Él me dice:

—Tengo frío, Teddy.

Me contraigo aún más y, disimuladamente, esforzándome por no preocuparlo demasiado, le suministro calor con mi aliento. Noto sus manos heladas, flácidas, inmóviles, y evoco esos jardines tan risueños que existen al pie de los palacios y

en cuyos macizos crecen altos y frescos los lirios. ¡Pobres manos de poeta! ¡Pobres flores! Pronto, pronto, se cerrarán para siempre.

—Me estoy muriendo —gime.

Respira, con el rostro en alto, y agrega:

—Te quedarás, pues, tan solito...

Señala con gran trabajo la ventana negra. Me oprime el lomo.

—¿Nos volveremos a ver en algún sitio?

Callamos. Cae sobre el tejado la nieve, silba el viento doloridamente, y yo pienso con angustia en todos los perros del universo: en mis camaradas buenos, la mayoría tan melancólicos, abrumados por esta alma nuestra que nos han dado, demasiado grande por cierto para unos miserables seres que no hablan ni escriben.

—Tengo frío —repite el amo—. Es un frío terrible, créeme.

Y luego:

—Cuenta, mi pobre amigo, qué vas a hacer cuando yo esté en el pozo. Dime con quién te irás, en quién piensas ir dejando esa bondad admirable que no te cabe dentro del pecho... Dime a quién vas a mirar con tus ojos verdes, vivos. Dime quién va a ser tu compañero entonces...

Yo lloro, sin reprimirme.

—¿Te irás, quizá, con algún borracho de esos que maltratan a los animales?

—Callo.

—¿Te irás, di, y me olvidarás? ¿Te olvidarás de este pobre poeta muerto?

Se endereza y vuelve a caer. Tose, tose y solloza, con sus negros ojos extáticos, perdidos en la última noche. Me aprisiona contra él. Hunde sus uñas en mí. Me hiere. Ya no sabe acariciarme. Ya no comprende el placer, la ternura, el dolor. No comprende nada de lo que comprendía tan bien antes. Va olvidándolo todo, trastornándolo todo, todo menos mi nombre.

—Teddy... Teddy... Teddy...

Y se muere.

Nadie podrá creerme, pero es tan inmensa mi soledad y mi horror en estos momentos ¡que para qué mentir ya!

Yo le cerré los ojos cuidadosamente, sin arañarlo, como si tocara una hostia. Yo le cerré la boca y lo cubrí todo entero con las sábanas. Después, tomando entre mis dientes un haz de flores secas y de versos, se los regué encima así, esparcidos por el catre, igual que una bendita nevada. Hecho esto, huí hacia el rincón más cercano —donde duermo a veces— y rompí a aullar, a aullar con el cuello tieso y el alma hecha pedazos, consumiendo las últimas fuerzas de que dispongo.

Cuando los perros aúllan, sé que los hombres se asustan: no, no hay nada qué temer. Los perros aullamos del mismo modo que los hombres lloran y hacen otras cosas. Es un hecho sin importancia, enteramente natural, y que a nadie atañe, sino a nosotros mismos. Por ejemplo, yo aúllo ahora porque me encuentro solo, porque siento frío aquí dentro y porque me voy a morir muy pronto. En cuanto lleve a mi amo al camposanto.

Nadie, sino yo, asistió al entierro. Nadie, sino yo, lo vio bajar al pozo, desaparecer bajo la tierra suelta... Y lo he dejado allí, metido en un cajón negro, solo, sin una luz ni una manta. Solo, como no debiera dejarse ni a un perro.

"¡Qué ignominia es la vida! —pienso mientras camino. Y el cementerio queda atrás, coronado por la niebla—. ¡Qué cosa más frágil y cruel! ¡Qué soledad tan pavorosa la de los que se mueren! ¡Qué soledad y negrura las de mi amo! ¡Y cómo amaba la luz, el río, las hojas verdes y luminosas! ¡Cómo temía a la muerte!"

Cierta vez me dijo:

—Quisiera morir en mitad del mar, ahogado de luz y agua.

Como estaba tísico, le horrorizaba esa cosa apretada y dura que es la fosa.

—¿Quién podrá respirar allí, mi buen Teddy?

Pues allí está. Allí, donde lo han echado ahora. Donde la humedad penetra y el sol no. Y sus blancas manos de poeta —sus manos llenas de lágrimas y versos— pronto serán unas impuras raíces, retorcidas como dos culebras. Igual, igual que si jamás hubieran vivido. ¡Qué abandono el mío también! ¡Qué oprobio!

Súbitamente, cuando más abstraído caminaba bajo las hojas que caían, pierdo la noción de las cosas y ruedo largo trecho sobre las piedras. No acierto a descifrar nada, ni escucho otra cosa que el batir anhelante de mi corazón contra el pecho: es sólo por esto último que comprendo que no he muerto. Pero, ¿y esa gente? ¿Y esta lluvia que me duele tanto?

Voy abriendo poco a poco los ojos, notando que sólo uno de ellos me sirve; con el otro distingo apenas un manchón rojo y difuso que palpita o gira, formando círculos luminosos... Siento el vientre como una inmensa boca abierta. Veo pies de hombres, de mujeres, de niños descalzos. Una chimenea alta y negra que humea sobre el cielo gris de la tarde. Un carruaje... otro...

Percibo, demasiado remoto:

—Iba por ahí y lo mató aquel carro.

Descubro al asesino, saltando sobre las charcos. Oigo claxons, claxons, claxons. Y, de pronto, un policía que llega, bestial como un gigante, aparta al grupo de curiosos.

—¿Qué ocurre? —indaga muy fríamente.

—Un perro —contesta alguien.

Y el policía, con su bota de tachuelas, me arroja de tres puntapiés a la cuneta.

Como estoy tísico, muero de frío al amanecer.

La noche de Margaret Rose

Decía la carta, escrita poco menos que ilegiblemente:

"X. X. Esq.,
97 Cromwell Road.
Londres S.W.7.
Margaret Rose Lane, inglesa, de 28 años, casada con un multimillonario yanqui, lo invita a usted muy íntimamente a jugar al ajedrez el sábado en la noche."

Y al pie, con caracteres de imprenta, aparecía una serie de indicaciones muy minuciosas referentes a la situación exacta de la finca, sobre la ruta de Brighton, a unos veinticinco kilómetros de la costa.

Margaret Rose Lane, en mis borrosos recuerdos, se reducía exclusivamente a esto: a una chiquilla muy pálida, etérea, vestida de verde y que jugaba al ajedrez admirablemente.

Escarbando en la memoria, logré, no obstante, reconstruir más tarde determinados pormenores.

Nos conocimos en Roma —no acierto a precisar con ocasión de qué sencillo incidente— en la iglesia de San Sebastián, momentos antes de descender a las catacumbas. La acompañaba, creo, una institutriz francesa, présbita o algo por

el estilo, y la chiquilla debía contar por aquel entonces diecisiete o dieciocho años. Recuerdo con singular perfección, por cierto, la figura de ella en el antro subterráneo, un poco adelante de mí, portando la misteriosa vela encendida, y cuyos reflejos azules o grises temblaban sobre su cabellera negra como una lengua de fuego sobre cualquier superficie húmeda. Resultaba indescriptiblemente sugestivo el contraste de los dos personajes que precedían: el guía —un carmelita de cabellos rizosos y nariz aguileña— y aquella espiritual muchacha, silenciosa, tímida, frecuentemente suspirante, que caminaba altivamente por entre las fosas abiertas y los cráneos diseminados.

Tres veces más nos encontramos. Una, fortuitamente, en el Foro Romano, y las restantes, de común acuerdo, en su propio hotel —¿Hotel Londres?— acompañada de sus familiares. (No recuerdo en qué número, pero tres probablemente.) Durante estas dos últimas entrevistas me fue dado comprobar con natural sorpresa la habilidad poco común de la joven para jugar al ajedrez. Creo que no logré ganarle una sola partida.

Ya a punto de despedirnos la última noche —ellos zarpaban de Nápoles próximamente— recuerdo muy bien que me dijo:

—Pronto, muy pronto, Mr. X, se olvidará usted de Margaret Rose...

Esto no tiene mayor importancia y lo habría olvidado sin lugar a dudas, a no ser por lo que ocurrió a continuación.

Nos hallábamos ambos en la sala de lectura del hotel, sentados ante una mesita cuadrada, con mi rey en jaque mate, cuando la joven tendió su mano sobre el tablero y añadió compungidamente:

—¿Por qué es tan ingrata la gente, Mr. X?

Yo aduje no sé qué falso y estúpido razonamiento, pretendiendo disuadirla de tan amarga verdad, mas contra lo que podría esperarse, su reacción fue de lo más inusitado. Retiró el brazo lentamente, palideció de un modo angustioso, clavó en mí sus ojos febriles y balbució con un acento, diré de justo sonambulismo:

—Está bien. Sí, no nos volveremos a ver más...

Acto seguido se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar desconsoladamente.

Apareció la dama francesa, y he aquí lo más singular del caso. Lejos de mostrarse sorprendida o alarmada, se aproximó silenciosamente a la chiquilla, la ayudó a incorporarse ofreciéndole la mano y procedió a secar sus lágrimas, según se hace con una criatura. Entonces, dirigiéndose a mí, con la gravedad más embarazosa, suplicó:

—Disculpe usted, caballero. Creo que le sea fácil comprender.

Las vi alejarse rumbo al vestíbulo y nunca más volví a ver a Miss Margaret Rose.

Yo regresé a América, y veinte días después de mi llegada a Nueva York recibí inesperadamente una tarjeta postal desde Londres. Margaret Rose me recordaba, "agradeciendo infinitamente los excelentes ratos que le había deparado en Italia".

Esta, su imprevista y extraña misiva de hoy, es, a partir de aquella fecha, la primera noticia suya.

¡Cuán sensacional e insospechada es a pesar de todo la vida!

A mis cincuenta años, con el cabello blanco y roído el espíritu por un sinfín de achaques físicos y morales, me satisface plenamente percatarme de las reservas de optimismo y vigor que aún conservo bajo estos huesos. No es común ni mucho menos que un hombre en semejantes condiciones logre hallar algo realmente interesante o atractivo en las sencillas y melancólicas cosas que nos rodean. El amor, la perfecta salud física, la avidez por tanto placer ignorado, exageran las bellezas existentes. Un día azul y cálido nos exalta; una luna redonda y limpia nos conmueve; sentimos, como parte de nuestra circulación sanguínea, el flujo y reflujo de la marea; la música nos arranca lágrimas o gritos de insensato júbilo; el alcohol remueve nuestros más profundos instintos; la noche nos place por obscura y propicia; el día, por luminoso y alegre. Y ese

vibrar de nuestros músculos, ese estampido continuo de nuestro corazón, esa hambre insaciable de todas nuestras potencias físicas e intelectuales, dotan a la realidad de un ropaje opulento de lozanía, transparencia y ardor. De un ropaje que, por desdicha, va destiñéndose lamentablemente a medida que el tiempo avanza, hasta que definitivamente, inexorablemente, como una bella tarde que concluye o un cacharro que se rompe, nos encontramos rodeados de una inanición, una frialdad y unas espantosas tinieblas.

A través de la ventanilla del ferrocarril, contemplo ahora el campo fecundado por los transportes de la primavera. Una dulce y variable brisa mece los juncos, los tallos vivos de las flores, las ramas irisadas de los árboles, la ropa blanca puesta a secar sobre las piedras de los corrales. Pasta o abreva el ganado, sumergidas sus pezuñas en el corazón húmedo de la hierba. Cruzan ligeras y alegres las golondrinas, chillando estridentemente. Los arroyos tiemblan con un temblor divinamente musical y tierno. El humo azul o pardo del carbón se tiende alto, alto, bajo el firmamento metálico, desgarrándose en fragmentos —nubes sin coordinación, inconsistentes, absorbidas fatalmente por esa inmensidad solemne y luminosa.

Y yo experimento, en virtud de estos nada sensacionales y siempre repetidos acontecimientos, una impresión de impaciencia que recuerda la del sediento frente a un manantial de agua pura y susurrante. Como un genuino adolescente o un ser que jamás ha rebasado los linderos de sus comarcas, presto una atención desmedida a cuanto se desarrolla a mi alrededor. Lógico sería, no obstante, que tras recorrer la mitad del mundo y presenciar —y sufrir también— hechos por demás dolorosos, esta campiña inglesa tan lisa, tan insubstancial, tan flemática, me impulsara a desdoblar el diario y apartar mi vista de lo que mi vista ha contemplado innúmeras veces. Pero lejos de ser así, miro al sol bajar, bajar allá en el horizonte, y en mi interior algo también desciende, se ensombrece, calla, y temo —algún día necesariamente ha de ser— que fenezca.

Tal noción de lo inevitable y la luz que se va extinguiendo ocasionan, como de costumbre, que mi ánimo decline y mis pensamientos sean más densos.

Tiro, pues, de la cortinilla, y en el solitario compartimiento del *express* me entrego a otro género de reflexiones.

Margaret Rose... Margaret Rose... ¡Cuán lejano y obscuro se me representa aquel encuentro! Como si hubieran caído otros diez años a partir del día en que recibí su última carta, escasamente logro ahora revivir el más insignificante detalle. Sin embargo, no he dejado de pensar en todo ello durante los últimos días; no he cejado, hasta obtener de mi memoria una información conveniente. Y repito, hoy, ahora más intensamente que nunca, la existencia y proximidad de semejante mujer se me antoja absurda.

Leo y releo su incomprensible mensaje, que conservo en el bolsillo.

Margaret Rose... Cierro los ojos, con objeto de acoplar bien sus rasgos fisonómicos y, en cambio, evoco intempestivamente un ademán suyo, olvidado por completo: aquel de extender su mano fina y blanca hacia una pieza del ajedrez, tocarla después por la punta y hacerla al fin deslizarse sobre el tablero con un movimiento raudamente misterioso... Margaret Rose... singular y extraña criatura, siempre vestida de verde, a quien veo ahora reclinada contra un árbol, exhausta, sofocada por el tórrido sol italiano, observando cuanto la rodea con una expresión peculiar de insensibilidad o desconfianza... Margaret Rose... en la actualidad casada con un multimillonario yanqui...

El tren da una brusca sacudida, se detiene ruidosamente, y cruzan por el pasillo en ese instante gran número de viajeros con su exiguo equipaje en la mano.

...¿Una chocante aventura de amor? ¿Un candoroso e inocente rapto de sentimentalismo? ¿Una excentricidad, entre infantil y enfermiza, de una mujer rica y joven que se aburre? ¿Un propósito secreto, una necesidad urgente y grave

de ayuda, insoluble para mí, pero angustiosa e intransferible para ella? ¿Un chantaje? ¿Una cobarde venganza de mis numerosos enemigos...?

Cuando echo pie a tierra, un hombrecillo azafranado se me acerca en el andén de la estación e inquiere mi nombre. Tan luego me identifica toma mi maleta decididamente, invitándome con un gesto a seguirlo. Él delante, yo detrás, cruzamos la sala de espera, descendemos unos peldaños negruzcos y llegamos hasta un espléndido carruaje tirado por un magnífico tronco de caballos blancos.

De la obscuridad total de la noche emergen a ambos lados del camino aisladas luces muy débiles, a cuyo resplandor, sin embargo, el follaje adquiere una vivacidad submarina y misteriosa. Los caballos, en pleno galope, se internan por regiones profundas, inusitadamente sombrías, y cuyo murmullo es en extremo agradable. Las curvas son numerosas, a veces muy pronunciadas, y yo tengo que asirme fuertemente del vehículo a fin de no salir despedido. Percibo, casi a intervalos iguales, el golpe del látigo en el aire. Croan las ranas en un próximo estanque que adivino, desaparecen ocasionalmente los faroles, los caballos aceleran su marcha y, arriba, un puñado de insignificantes estrellas tiembla sobre el cielo cárdeno y compacto.

De pronto, las luces de una casa que a simple vista me parece gigantesca se destacan sobre las copas de los árboles, a regular distancia. Nos detenemos frente a una gran verja, cubierta a tramos por floridas y exuberantes enredaderas. En el edificio —simultáneamente a nuestra llegada— se van apagando las luces, hasta quedar una sola ventana iluminada en la planta alta. Se apea el cochero y yo lo imito, disponiéndome a seguirlo. Enciende una lamparilla eléctrica. Durante diez minutos, más o menos, bordeamos la enorme huerta, bajo una imponente masa de fronda que el viento arrulla blandamente. Una pequeña puerta ojival, empotrada en el espeso muro a manera de cripta, parece ser de momento nuestro destino. Mi acompañante posa la maleta, extrae una llave del bolsillo,

introduce ésta en la cerradura y la puerta cede, no sin cierta resistencia. En el interior la luz es escasa, algo amarillenta y titubeante. Ascendemos a tientas a lo largo de una empinada escalera de caracol que trepa hacia las tinieblas. Las paredes desnudas, la ausencia total de mobiliario y cierto olor penetrante a guisos y especias, me advierten que nos hallamos en la zona de servicio. Empero, no se escucha ruido o voz alguna, cual si la casa estuviese deshabitada o todos sus moradores durmieran.

Ya arriba, cruzamos un vasto corredor de piedra, que cubre raída alfombra escarlata. Otra puerta que franqueamos. Un pequeño recibidor, totalmente a obscuras, y una puerta más, contra la cual el cochero golpea enérgicamente. Pretendo, a un tiempo, hacer aceptar a éste una propina, dando por terminado mi viaje, pero él rehusa una vez y otra. Desaparece al cabo con mi equipaje y yo distingo los pasos blandos de alguien que se aproxima en la silenciosa estancia. La puerta, en efecto, se abre, y me encuentro de manos a boca con Margaret Rose Lane en persona.

Margaret Rose —ahora sí recuerdo— exactamente igual a como la conocí hace diez años. Igual de lánguida, de pálida, tal vez un poco más frágil, con sus dos ojos negros, fenomenales —¡no sé cómo haberlos llegado a olvidar tan fácilmente!— y su cabellera negra, lacia, recogida sobre la nuca.

Permanecemos en pie uno frente a otro, en silencio, mirándonos atentamente. Ella esboza una sonrisa y yo, sin explicarme la causa, no encuentro nada oportuno que decir. Lo intento en vano repetidas veces.

—Margaret... —articulo al cabo trabajosamente.

Muy grave, muy aérea, con su bata verde hasta los tobillos, cierra la puerta con llave y me muestra un asiento.

Ocupo el sillón, exageradamente mullido y amplio, del cual emerge mi tronco como el de un exiguo arbusto en una gran zanja. Se sienta ella frente a mí, con una extraña impasibilidad en el rostro. Nos separa una mesita de ajedrez con las

piezas listas. Arde —no sé por qué razón en primavera— un fuego gigantesco en la chimenea de piedra. El salón parece inmenso, dando la impresión de hallarse vacío.

—Margaret... —prorrumpo de nuevo; y mi voz es tan lejana que me sorprendo de ser yo mismo quien esté hablando—. ¿Es todo esto acaso un sueño?

Ella sonríe, fijas, fijas sus fenomenales pupilas en mí.

—¿Es esto un sueño? —repito instintivamente, tratando de provocar otra vez aquel terrible eco que se escurre por los muros, casi corpóreo.

Ríe y no habla, tal vez complacida de mi turbación.

Y en efecto: una desazón agudísima, completamente indescifrable, vase apoderando de mí a cada minuto que transcurre. Una sensación por demás extraña, ni de incomodidad o angustia, ni de ansiedad o sobresalto, ni de pavor o desconfianza, sino propiamente de vacío, de inestabilidad o ausencia, como si mi personalidad, pongo por caso, fuese anulada gradualmente por otra personalidad intrusa que ocupara su lugar. Bien como al despertar de un sueño, bien como al entrar en él...

—Margaret —insisto; y del techo se desploma una voz que no es la mía—: "Margareeeet".

Continúo:

—No sé de qué singular impresión he sido víctima al penetrar en este lugar y encontrarme con usted de nuevo. ¡Discúlpeme! Cuando recibí su carta, hace apenas unos días, me sentí poseído por un vivo afán de recordar, recordar juntos y libremente aquellos lejanos momentos de Italia. Pero ahora, vistas sensatamente las cosas, no sé si deba reprocharme el haber acudido a la cita. No es prudente ser irreflexivo y considero haberlo sido esta vez de sobra...

Ríe, ríe ella; mostrando sus dientes pequeños, cuadrados. Y la risa le agita el cuerpo y se estrella después contra los muros, con un sonido semejante al que produce el granizo golpeando un tejado de lámina.

—No, no es prudente lo que hemos hecho...

No cesa de reír, tapándose el rostro con ambas manos, y estoy a punto de saltar sobre ella para hacer cesar de una vez por todas aquella risa.

—¿Se burla usted de mí? —exclamo reprimiéndome, pero comprendiendo ya que algo más grave y siniestro se esconde tras de aquellos labios convulsos.

Ríe, ríe y me mira, un poco ladeada la cabeza.

—¿Es para esto, Margaret Rose, es para esto para lo que usted me ha hecho venir a su casa? ¿Es para esto...?

Una sobreexcitación inaudita se ha apoderado ya de mí. No acierto a coordinar bien mis reflexiones y mucho menos a buscar un medio juicioso de acallar aquella risa que, penetrándome por los oídos, se derrumba en las tinieblas de mi cuerpo resquebrajándome los nervios.

—¡Basta, basta ya, Margaret! —suplico incorporándome, aunque sin decidirme a ir hasta ella—. Es posible que se halle usted fatigada, un poco enferma... Convendría que se retirara a descansar ¿le parece? ¡Le prometo volver en cuanto usted me lo indique!

Ríe ahora más escandalosamente, examinándome de arriba abajo. Ríe, y aquella catarata de risa que amenaza con no terminar nunca le ha sonrojado levemente las mejillas y llenado de lágrimas los ojos. Ríe, y en la lóbrega intimidad de la estancia aquella boca abierta, crispada, se ilumina intermitentemente con el fulgor de las llamas. Ríe, ríe, mientras me apresto a salir, encaminándome hacia la puerta. Pero de pronto calla. Y un silencio desmesurado, sobrenatural, se extiende en torno mío; un silencio no semejante a ningún otro, que me hace detenerme. Vuelvo el rostro, temiendo encontrarme con un cuerpo exánime sobre la alfombra y me hallo, en cambio, con un semblante hierático, frío, perfectamente inmóvil, sobre un cuello erizado y firme como la punta de una roca. Nos miramos desconfiadamente, tal vez asustados de nosotros mismos. Permanecemos así largo rato, yo al extremo opuesto de la estancia. El silencio o mi sangre zumba. Llamean los leños.

Y, maquinalmente, como si aquella extraña personalidad a que he aludido antes actuara ahora sobre mis músculos, hasta tal punto que todo intento de defensa es vano, giro en redondo, vuelvo sobre mis pasos, torno al sillón, y me siento.

Enorme, profundo y alucinante es el silencio que reina.

Pero Margaret Rose echa atrás la cabeza, entrecierra un poco sus fenomenales ojos y musita con una languidez malsana, moviendo rítmicamente los labios:

—¡Esta estúpida risa!

Suspira.

—¡Es horrible esta risa, Mr. X! ¡Horrible horrible esta risa que no sé de dónde me brota...!

Yace inmóvil, con una visible expresión de tristeza, en un completo abandono, dejando fluir las palabras, dulces, acariciantes, dolorosas.

—Horrible horrible, porque en las noches, cuando todos duermen y nadie escucha, la risa anda por ahí suelta, golpeándose contra las puertas siempre cerradas. ¡También son horribles las puertas cerradas, Mr. X!

No sé qué especie de fascinación emana de su rostro, ahora extático.

—Contra una huerta cerrada uno llama ansiosamente y nadie abre... Contra una puerta cerrada no queda nada qué hacer: sólo reír, reír, y la risa es un tormento. ¡Mas ni aún así se abre! Podemos dejar allí nuestras entrañas, caer sin sentido o volvernos locos, y no hay una sola mano que empuje la puerta... ¿No es esto detestable, Mr. X?

Más y más su inmovilidad se intensifica, y su mirada se pierde en la bóveda invisible, y sus palabras brotan enervantes, demasiado lentas, como un veneno mortífero aunque de sabor extraordinariamente exquisito.

—¡Esta maldita risa!

Otra vez el silencio insufrible.

Y una idea pavorosa, incomprensiblemente olvidada, se ilumina en mi cerebro. Una idea de cuya naturaleza no había

tenido hasta ahora el menor atisbo y que me deja paralizado allí sobre el asiento, en estado poco menos que inconsciente.

"Margaret Rose Lane había fallecido hace tiempo."

¿Cuánto? No puedo aclararlo en tan espantosos momentos, pero la certeza de tal hecho no ofrece lugar a dudas. Tal vez cinco años, seis... ¿Acaso no recuerdo muy distintamente el momento preciso de recibir la noticia? Un diario en el club, cierta noche...

—¡Margaret! —exclamo incorporándome bruscamente, con un temblor irreprimible en los labios—. ¡Margaret! ¿Es cierto?

Debió sobrecogerla mi voz, el sudor que me arroyaba por las sienes, mi expresión indudablemente diabólica, porque su actitud es por completo distinta a la adoptada hasta ahora. Se incorpora también, avanza sin ruido —como un verdadero fantasma— y muy próxima a mí, hasta hacerme sentir la tibieza de su aliento, pregunta:

—Mr. X, ¿qué le ocurre? ¿Se siente usted enfermo? ¡Oh, tranquilícese!

—¡Margaret! ¡Margaret! —prorrumpo retrocediendo, tratando de evitar a toda costa el menor contacto con aquel ser abominable—. ¡Dígame la verdad, es preciso!

—¿La verdad? —sonríe muy tristemente y, ante mi creciente anonadamiento, reclina con suavidad su cabeza en mi hombro—. La verdad, Mr. X, es que soy muy desdichada...

Prosigue:

—¡He pensado en usted como no puede imaginarse! —y dos lentas y amargas lágrimas le arroyan hasta los labios, se le desprenden del rostro y saltan sobre mi hombro—. ¡Mi vida pudo haber sido tan distinta...! Pero era aún una chiquilla, ¿me recuerda usted bien? No tuve valor. ¡Oh! Si aquella misma tarde la tierra se hubiera desplomado y todo hubiese concluido en un segundo habría sido mejor...

Llora, llora, y ambos, de pie junto a la lámpara encendida, no somos sino dos seres absurdos, especie de ilusiones, cuya presencia habría sobrecogido al ánimo más templado de la tierra.

—¡Algún día si usted gusta le haré mis confesiones y usted se horrorizará! ¡Qué terrible, oh, qué terrible y espantoso ha sido todo!

Mira con inquietud repentina a todos lados, como temiendo que esté por presentarse aquello de lo que tan desesperadamente habla.

—Cuando subíamos de las catacumbas, sobre el último peldaño de la escalera, usted me ofreció su mano. Era ya dentro de la iglesia... El carmelita aguardaba... Mademoiselle Fournier se había quedado un poco atrás... Yo dije: "Lléveme con usted para siempre, se lo ruego". Era mi salvación, la única oportunidad de ser realmente libre. Pero el miedo ahogó mi voz y usted no me oyó, Mr. X. Ni al día siguiente, ni después, volví a atreverme; no, no me atreví. ¡Y el drama no tuvo remedio!

Sus cabellos fríos rozándome el rostro y el temblor convulso de sus brazos alrededor de mi cuello son las dos únicas cosas que percibo con mediana realidad. El resto: aquella voz melodiosa y titubeante; el fuego que vomita la chimenea; los muros altos y ennegrecidos; los muebles en las sombras; las lágrimas ya frías sobre mi carne... son testigos confusos y horripilantes del dolor de una mujer infame que sufre sobrehumanamente, con dolores nada parecidos a los de los hombres.

—¡El drama no tuvo remedio! ¡El drama no tuvo remedio! —insiste ciñéndose a mí.

Y otra voz en las alturas, por encima de la gran araña en penumbra, repite melancólicamente: "¡El drama no tuvo remedio!"

Criatura inconsolable, infinitamente desdichada, víctima tal vez de algún tormento monstruoso y secreto, Margaret Rose vacía su alma en mi alma; y yo, progresivamente, sin esperanza, inevitablemente, como un moribundo en su sopor, voy abandonándome al éxtasis, a cierta especie de ebriedad espiritual —no sé si inconsciente o tácita— y a un desmoronamiento físico, típicamente agónico. No obstante, mediante

un segundo de lucidez intensísima capaz de iluminar el cerebro de todos los hombres, logra substraerme al hechizo de aquella voz de ultratumba y me desprendo de la mujer con violencia. La arrojo contra el asiento. Cae ella del primer golpe, su débil cuerpo enrollado como un trozo de serpentina. Negros, fenomenales los ojos, fijos en mí sin expresión alguna.

Puedo gritar:

—¡Estás muerta! ¡Estás muerta! ¡No oses moverte más porque estás muerta!

Y ella calla, infinitamente triste, mirándome bien a los ojos, con una mirada tan semejante a la de un perro, que me estremezco.

—¡Estás muerta! ¡Estás muerta! —continúo gritando—. ¡Aparta, porque estás muerta!

De pie, bajo el invisible techo, pregoné mil veces creo durante la noche entera la verdad pavorosa y escalofriante. Y creo también que, durante todo ese tiempo, sus ojos no pestañearon o se movieron, fijos, fijos en mí, fenomenales y negros.

—¡Estás muerta! ¡Estás muerta!

Debió ser un rapto de locura mutua, no sé.

A poco, Margaret Rose tendía graciosamente su mano blanca y larga hacia un alfil del tablero y, haciéndole deslizar por entre las demás piezas, balbucía tiernamente, con su voz cálida y tranquila:

—Jaque mate.

De nuevo me derrotaba, y de nuevo iniciábamos otra partida.

—Jaque mate —otra vez.

Así repetidas veces.

—¡Oh, Margaret Rose! Juega usted admirablemente.

Y el humo de nuestros dos cigarrillos se mezclaba en la atmósfera pesada, ascendía hasta el techo, formaba bellas nubes ondulantes y se perdía, perfumado y alegre, en las dulces sombras nocturnas. Y reíamos confiadamente, y evocaba

ella con frases interrumpidas tantas y tantas olvidadas reminiscencias: el carmelita austero, de espesos cabellos ensortijados, que pronunciaba el inglés con cierta entonación sollozante; los pinos lánguidos y solitarios de la Vía Apia, semejantes, en los atardeceres romanos, a largas copas de zafiro, rebosantes de un vino denso y escarlata; el Pincio, con sus fuentes espumosas; Santa María la Mayor, San Pietro in Vincoli; el Trevi, el Foro, las negras rejas de encaje... Y las piezas se deslizaban sobre el tablero, gemía muy dulcemente la brisa, asomaba a intervalos la luna, y un bienestar casi voluptuoso me recorría las venas.

No, no logré derrotarla.

—Admirablemente, admirable... —exclamo al fin, dándome por vencido.

Mas, inopinadamente —clarea ya el alba—, Margaret Rose me mira aterrada, pálida como un trozo de mármol. Sus ojos rebasan las órbitas, sus brazos tiemblan convulsamente. No sé qué dentro de ella, como un pájaro endemoniado, comienza a despertar y manifestarse. Chasca los dientes, gime, contrae los músculos del cuello, trata de apartar la mesa con sus piernas rígidas, se endereza un poco, ríe, y, al cabo, lanza un pavoroso grito, increíblemente prolongado que recorre la estancia y después huye por la casa. Fijos, fijos en mí sus fenomenales ojos, parecen no lograr desasirse de algo que los cautiva, que los subyuga, que los espanta y los somete irresistiblemente. Me pongo en pie, sobresaltado, comprendiendo que algo muy grave sucede. La llamo inútilmente por su nombre; la sacudo por los hombros; fríos, fríos están sus brazos y cubierta de sudor su frente...

Ha transcurrido el tiempo y aún aquel grito se enrosca afuera entre los árboles.

—¡Margaret! ¡Margaret Rose! —imploro.

Y los ojos fijos, irracionales.

—¡Margaret Rose!

Suenan pasos cercanos y una puerta se abre. De la penumbra, no sé a través de qué cortinajes o sombras, emerge un

hombre en pijama, alto, joven, atlético. Viene descalzo y con los cabellos enmarañados sobre la frente. Justamente conturbado, no repara en mí. Por el contrario, cruza a mi lado a toda prisa, en dirección a la joven. La acaricia, la besa, le ordena unos cabellos sueltos tras de la oreja. Se sienta sobre el brazo del sillón.

—Margaret Rose... Mi pobre Margaret Rose... —le dice persuasiva, doloridamente, pasándole sin cesar la mano por la frente.

—¡Caballero! —me decido a exclamar, con un febril estremecimiento en los párpados.

Mas el hombre continúa sin advertirme, acariciando aquel exangüe y sudoroso cuerpo.

—Margaret Rose, anda a dormir, criatura... Otro día jugarás al ajedrez, ¿te parece? Margaret Rose, obedéceme...

—¡Caballero! —grito por segunda vez, con todas mis fuerzas—. ¡Caballero!

Margaret Rose abre suavemente los ojos y, al verme de pie frente a ella, torna a gritar tan frenéticamente como antes, señalándome con un dedo.

—¡James! ¡Ahí está, ahí...! ¡Míralo!

Y se desploma sin sentido.

Su marido mira hacia donde yo estoy —rozándole casi la espalda— y mueve tristemente la cabeza. Luego, con su esposa en brazos, cruza a mi lado misteriosamente. Así los veo desaparecer, lúgubres, silenciosos, lentos, por entre los cortinajes rojos...

Y yo descubro, alarmado, que no soy ya sino un melancólico y horripilante fantasma.

La noche del muñeco

Me hubiera gustado ser asesino, cirquero o soldado, y soy, en cambio, un grotesco muñeco de trapo: lívido, enclenque, sin ninguna belleza. Tengo dos ojos pasmados e insulsos, demasiado redondos; dos orejas monstruosas y blandas que me llenan de vergüenza; una nariz chata, con dos orificios absurdos por donde meterán sus deditos los niños en cuanto caiga en manos de ellos. Tengo una boca ancha, sin dientes, que se prolonga hacia abajo en un rictus de amargura; mi cara es deforme, antipática y blanca como la luna; mis piernecitas y brazos penden del tronco sin ninguna gracia, con sus dedotes tan pésimamente imitados que a todos producen risa...

Nadie me mira. Nadie me compra.

Desde mi solitario ataúd de cartón veo desfilar por las aceras rostros de niñas y niños que se trastornan de gozo ante cualquier chuchería: una aldeana panzona, una pistola de agua, un camello con su botín, un carro de bomberos. Los veo saltar y chillar con sus piernecitas rosadas y sus vocecitas tan frescas. Los ojos se les inundan de llanto, retratada en ellos la alegría. Pero no me compran, no se percatan siquiera de mi presencia; cuando más, detienen en mí sus miradas perdidas con una expresión titubeante o desconfiada. ¡Yo los entiendo de sobra! Se preguntan:

"¿Y qué es eso tan viejo y tan feo que está al fondo del escaparate?"

Las personas mayores se ríen, se mofan de mí; pero esto no me importa en absoluto. Las personas mayores son gente mal educada y sin ningún sentimiento.

En cierta ocasión, por ejemplo, descubrí desde mi celda a un caballero extremadamente elegante que llevaba un niño de la mano. Repasaban ambos el escaparate en busca, me imagino, de un juguete de primer orden. Miraban, miraban y no me veían. De pronto, me estremecí. Sobre mis ruinosas carnes de trapo acababan de posarse los ojos claros del niño. Reflexioné:

"¡Si me llevara...! El niño parece rico y me dará los mejores tratos. Me conducirá asimismo a un soberbio palacio y me hará dormir en su propia camita: una camita muy tibia, muy suave, junto a una ventana, con las sábanas de lino y las almohadas de pluma. A él le narrarán por las noches cuentos encantadores y, yo, fingiendo dormir, podré escucharlos perfectamente. Jugaré con su gato y su perro, con sus otros juguetes... ¡No me destrozará!"

Tal cosa pensaba yo, cuando el niño levantó su carita hacia el caballero que lo acompañaba y preguntó algo que no acerté a comprender, porque hablaba un lenguaje extraño. Entonces el caballero me observó estupefacto y, señalándome con un dedo, rompió a reír del modo más innoble. Se burlaba ignominiosamente, despiadadamente, como no debe burlarse nadie de las cosas tristes y feas. Los vi alejarse por entre los carruajes, y aquella noche no conseguí cerrar los ojos.

—¡Qué miserable he nacido! —me decía continuamente.

Y miraba en la penumbra hacia los juguetitos más pueriles, tratando de dar con algo más deplorable que yo. No pude encontrarlo. Aun el soldadito de plomo es apuesto: tiene su fusil o su espada, sus charreteras, su cinturón de charol, sus bigotes muy bien simulados. La pelota es esférica, rueda, sube al cielo, tiene colores muy vivos y un olor muy especial. Las herramientas de carpintero son útiles y brillan. Los orangutanes tienen su pelo sedoso; los osos, su mirada suplicante; los

pingüinos, sus alas graciosas. Y yo soy tan torpe, tan áspero. Tengo dispuestos los miembros de tan maldita forma, que soy incapaz de ejecutar un movimiento agradable y ligero; un movimiento, pongo por caso, como los que realizan a diario esas bailarinas aladas, vestidas de tul, que son mis únicas amigas en este bazar abominable.

Y así es evidentemente. Vivo solo, arrumbado, como un tonto despreciable transportado a un planeta de hombres listos.

Mientras dura el día, me entretengo en la vitrina. La calle es céntrica, muy concurrida, y por ella desfilan cosas subyugantes, todas reales: caballos que trotan, perros que ladran y hacen sonar sus uñas, niños que chupan golosinas, tranvías con pasajeros en sus asientos, policías muy serios... Cada día pasan cosas distintas y, cuando además hace buen sol, los colores brillan irresistiblemente hasta herirme la vista. Así me distraigo.

Pero de noche, en cuanto el empleado echa abajo la cortina de acero y apaga todas las luces, la soledad me envuelve, siento frío, y me entran unas ganas locas de llorar. Y lloro. Lloro a escondidas, sin ningún aspaviento, medio muerto de miedo, pues aunque mi dolor es muy profundo, cierta vez que las bailarinas me sorprendieron en semejante trance ocurrió un hecho verdaderamente vergonzoso. Me preguntaron ellas, del modo más solícito:

—Bobby, ¿qué tienes? ¿Por qué lloras?

Y Petrouchka replicó altaneramente, según es su costumbre:

—Llora por feo... ¡por eso llora!

Mas no conforme con eso, hizo venir a todos sus amigotes para que me formaran corro y me pincharan las nalgas con alfileres. No obstante, admiro a Petrouchka. Petrouchka es un muñeco caro que no parece muñeco. Es travieso, inteligente, dicharachero y audaz. Tanto, que afirma ser conocido en el mundo entero: aun por las personas que van a los teatros y se visten de levita; aun por las personas que habitan países remo-

tos y hablan lenguas horribles; aun por esas señoronas tan vanidosas que cruzan la calle abrumadas de pieles, mientras yo me achicharro de calor en la vitrina...

Hay noches en que Petrouchka se emborracha —temo que con vodka— y ronda el comercio saltando y bailando. Canta una música extraña que sin saber por qué me entristece. Alguien grita entonces:

—¡Calla, Petrouchka!

Y él canta y canta.

—¡Calla, Petrouchka, te digo!

Pero él no se somete a nadie. ¿Será un revolucionario?

Una vez, me arriesgué y le dije:

—¿Qué es eso que cantas, Petrouchka?

Y él, dando una patada en el suelo, replicó al punto con su voz ronca y tonante:

—¡Canto mi música!

—¿Y cuál es tu música? —indagué, asombrado.

Soltó una carcajada tan espantosa que hizo temblar los cristales. Luego, dando palmadas, se puso a chillar, hecho un loco:

—¡Pinocho! ¡Pinocho! ¡Pinocho!

Acudió el bufón del bazar, que ha viajado mucho. Petrouchka le dijo:

—Anda, dile a este tonto qué es lo que canto.

Y Pinocho, con sus narizotas rojas, me tocó en el codo con el mayor misterio.

—¡Mi pobre Bobby! Canta... pues canta lo que compuso para él el señor Stravinsky.

Dicho esto, el aludido empezó a correr de un lado para otro, dando increíbles piruetas y escupiendo las paredes. Cuando se detenía gritaba, exhalando vahos de nicotina y cerveza:

—¿Has oído? ¡El señor Stravinsky! ¡El señor Stravinsky! Pero ¿qué sabes tú de eso, indecente pelele? ¿Has ido acaso alguna vez a la ópera?

Todos se rieron de mí, y los que estaban en sueños despertaron. Me retiré, pues, a dormir compungidamente, pensando qué agradable hubiera sido tener una mamá muy buena que en vez de reprenderme o mofarse me consolara diciéndome:

—¡Infeliz Bobby, no llores! ¡Algún día el señor Stravinsky compondrá para ti algo muy importante!

Y yo replicaría entonces, entre riendo y llorando:

—Sí, para que se burlen de mí los hombres ...

Es de noche y rondo por el local. Todo está en silencio. Oigo, apenas, la lluvia que cae afuera y el ronquido de los muñecos niños. Nunca he visto la calle a semejantes horas, pero debe ser tan pavorosa que no sé cómo haya quien se arriesgue a transitar por ella... Avanzo en puntas, sigilosamente, procurando no hacer ruido. Unos muñecos duermen en paz, reclinadas sus cabecitas en los estuches nuevos, con sus ojitos azules cerrados y las manos sobre el pecho. Puesto que son bellos y caros, sus sueños deben ser exquisitos: lo adivino en la actitud de sus miembros, en las sonrisas de sus bocas. Extasiado me acerco y descubro sus corazoncitos latiendo, latiendo. Quisiera despertarlos e informarme:

—Dime, ¿qué sueñas?

Otros —los más apuestos— frecuentan rincones obscuros y blandos, acompañados de dulces amiguitas a quienes cortejan, abrazan o narran misteriosas leyendas. Sus compañeras sonríen, agitan sus cuerpecitos y al fin ceden. Y ellos les posan los labios sobre las mejillas de ellas, oprimen sus cinturitas tan puras, les ordenan artísticamente las trenzas, les deshacen las arrugas del vestido, las arrullan entre sus brazos.

Hay un muñeco poeta al que se disputan aquí las mujeres. Es un personaje rubio, con las pupilas de lapislázuli y las manos de terciopelo. Ellas lo asedian, lo miman, le bailan. Y él sonríe fascinado, gentil, con una sonrisa tan amplia que a mí no me cabría en el rostro a menos que me mordiera una oreja.

—Poeta amigo —le susurran—. Dinos algo.

El poeta, entonces, con su voz ágil, apasionadamente, desgrana una de esas poesías románticas que yo quisiera estar escuchando siempre.

Pero he aquí que ahí viene. ¿Me escondo? ¿Huyo? Inútil, me ha visto. Mas, ¿por qué tiemblan mis manos? ¿Por qué me zumban las sienes?

¡Ah! Viene con Mariuca, la bailarina blanca, la bailarina alada, la más divina de las bailarinas del mundo. ¡Cómo amo a Mariuca! La amo perdidamente, delirantemente, insensatamente, con todo mi corazón de trapo, con mi pobre alma de muñeco. Pero ella es tan dulce que lo sabe y no se burla; ni siquiera se lo ha confiado a nadie. ¡Mariuca! ¡Mariuca!

Durante las noches, cuando todos duermen y la melancolía me invade, ella se desliza hasta mi aposento y me sacude por los hombros.

—Bobby tonto, ¿qué tienes?

Siempre, siempre me dice lo mismo.

Yo pienso que soy feo, que estoy solo y que soy ya un hombre. Me turbo, no hallo qué contestar. Al punto Mariuca se inclina, apoya sus manos en las mías y me besa. Pero no me besa en la boca, sino en la frente. Me besa, no como muñeca tentadora y joven, sino como muñeca fea y piadosa. Y se va. Y yo comprendo por qué se marcha.

Ahí viene: coqueta, perfumada, linda. Viene con el poeta del brazo. Él la mira emocionadamente y, a intervalos, hunde sus dedos finos entre los bucles de ella. ¿Qué le estará proponiendo? ¡Cuán bellos deben sonar sus madrigales!

Se me acercan. Me detengo, sin saber qué dirección tomar. Vacilo. Acto seguido, Mariuca me tiende la mano y el poeta repara en mí con lástima. Ella prorrumpe:

—¡Venimos de la iglesia! —y me muestra un azahar.

Creo que voy a desmayarme.

—¿Te has casado, Mariuca?

—¡Me he casado, Bobby! ¿No te alegra?

Muevo afirmativamente la cabeza, apretando los labios.

—¿No te alegra? —repite.

—Sí me alegra —respondo.

—¡Invitémosle a la fiesta! —sugiere el novio, con un dejo de amargura.

Mariuca consiente, y ambos se miran largo tiempo a los ojos, igual que si no hubiera nadie frente a ellos.

Pronto, se organiza el sarao. Los novios, dando palmadas, despiertan a todo el mundo. Algunos muñecos, amodorrados, acuden a regañadientes, mas pronto se entusiasman y comienzan a dar saltos mortales alocadamente. Otros chillan, sacudiendo campanillas y violines; suenan trompetas y risas; coplas; se encienden los farolillos chinos; se despeja el local, apartando a los juguetes de poca monta. Los músicos se instalan sobre un mueble muy alto... Alguien golpea el tambor... Estallan cohetes de colores... Fuera, cae triste la lluvia: chip, chip, chip... Ruedan trenes, bicicletas, cochecitos... ¡Es una baraúnda indescriptible que está a punto de enloquecerme!

Comienza, por fin, el baile y cada cual toma a su pareja. Suena un vals. Otro. Otro. Una especie de polka. Y yo miro evolucionar a las muñecas con sus falditas transparentes y cortas, con sus piernecitas rollizas, con sus pechos como melocotones. Bailan, bailan regocijadamente, arrebatadamente, como muñecas que son, suspendidas de los hombros de los muñecos, haciendo alardes de precisión y gracia.

En esto distingo una voz a mi lado que me hiela la sangre de espanto. Es Mariuca invitándome.

—¿No bailas?

Tengo lágrimas en los ojos.

Replico:

—¿Contigo?

—¡Conmigo, claro!

Me toma violentamente y pierdo casi el sentido. Mis pies, cada vez más torpes por la vergüenza, se enredan en las piernas de ella, la rasguñan. Estoy a punto de caer. Oigo la músi-

ca remota, demasiado confusa, cual si sonara en el pico de una montaña y yo me hallara en el fondo de un precipicio.

Musito:

—Si no sé bailar, Mariuca...

Mas ella está tan alegre que no presta atención a lo que digo. Gira, gira, inventando nuevas cabriolas.

Y los espectadores ríen a mandíbula batiente, se desternillan; se azotan unos contra otros, exagerando su júbilo; me lanzan bromas impías; se mofan de mis ojos redondos, de mi vientre polvoso, de mis pantorrillas torcidas, de mis orejas. Algunos me arrojan canicas, con la esperanza de verme caer; pero yo me sostengo no sé de qué modo, y también giro, grotesco, humillado, hecho un andrajo, con los ojos repletos de llanto y el corazón partido por la mitad.

Cuando concluye la danza, todo el mundo rodea a la novia, agasajándola, y yo me escabullo secretamente hacia la soledad bienhechora, adonde no haya ruido ni luces. Allí me siento y lloro. Lloro a gusto, fatalmente olvidado. Lloro por Mariuca que ya tiene marido; lloro por esa música tan triste que están tocando; lloro por los niños pobres que no tienen juguetes. Lloro, y cuando no me restan ya más lágrimas, me duermo. Y tengo un sueño prodigioso; tan prodigioso como creo que no exista otro en el mundo.

Sueño que amanece, que el sol brilla ardientemente, que los pajaritos cantan, que se entreabren las flores... y que me escapo. Que huyo por calles desconocidas y tenebrosas en las cuales no hay tranvías, ni perros de carne, ni señoronas con pieles, ni caballeros con niños de la mano... Que me interno en un portalón muy viejo, enlodado por la lluvia de la noche, y que trepo por una escalera muy empinada, parecida a las de los carros de bomberos. Casi estoy a punto de caer muerto de fatiga y miedo, cuando percibo una voz lastimosa que me pregunta:

—¿Eres nuevo en esta casa?

Es un niño pobre que juega con dos canicas de barro. Está sucio, casi desnudo, y se echa de ver que no se limpia nunca

las narices. Pero sus ojos brillan animadamente, cual si en su interior latiera un alma distinta a la de las demás personas. Enmudezco, me hago su amigo. Y jugamos juntos: yo con una canica y él con otra. Tan pronto nos aburrimos, me dice:

—Ven. Te invito a mi casa.

Lo acompaño alegremente, siguiendo un corredor de madera que conduce a un cuartucho demasiado obscuro, entre cuyas sombras un hombre limpia su organillo.

—¡Es mi papá! —exclama mi amigo, muy orgulloso.

—¿Y tu mamá? —le pregunto en voz baja.

—¡Oh, no tengo! —prorrumpe—. ¿Es que todos los niños han de tener mamá?

Casi simultáneamente el hombre del organillo repara en nosotros, saliendo al encuentro de su hijo.

—¡Hijo! —le grita abrazándolo, para después levantarlo en peso.

Y le acaricia, y le besa. Cosas que yo no había visto antes entre los hombres.

El niño pobre suplica:

—Es Bobby, mi amigo. No tiene casa, papá, mamá... ¡no tiene nada! ¿Quieres que viva conmigo?

El músico me toma asimismo en sus brazos y me levanta hasta la altura de la lámpara. Pero asustado tal vez de mi fealdad, duda. Vuelve a depositarme en el suelo. Sin embargo, escucho a poco de sus labios lo que jamás soñé que me dijera nadie:

—¡Es un niño hermoso ciertamente!

Y despierto con un grito de júbilo en el fondo de aquella vitrina maldita.

La noche de los genios raros

Noche tonta en el triángulo azul del suburbio. Plenilunio y paralelepípedo *téte à téte*. Un alfil en el cuadro negro. El Rey con su corona. Humo, humo, humo. Y el *stacatto* del piano muerto sobre un *mi* sostenido. El reloj —contrapunto, patíbulo, longitud— aúlla con sus gritos romanos. No es ninguna hora en la vida. Eolo gira. Terpsícore es lento (*adagio*). Dos sombras se inmiscuyen: las ve el farol, Jesucristo y Picasso. Hay ambiente de subconsciencia, ciencia de residencia, sopor.

I. *(Con el paraguas alado.)* ¡Tú!
II. *(Sin paraguas.)* ¡Yo!
I. ¡Yo también!
II. Subjetivamente.
I. ¿Vas al teatro?
II. Sí. ¿Y tú?
I. No, también.
II. ¿También no?
I. Tampoco.
II. *(Aspirando una petunia.)* ¿Por qué vas entonces?
I. ¿Cuándo?
II. Ayer.
I. ¿Te quedas?
II. Solo.
I. ¿Solo, así?
II. Así no; así.

I. ¿Y cómo es eso?
II. *(Con abandono.)* ¡Oh, como en el teatro!
I. Por desgracia...
II. *(Lleno de ansiedad.)* ¡No vayas, please!
I. *(Sacudiendo las órbitas.)* ¡Claro, sería mejor...!
II. Ve.
I. Justo. Me quedo.
II. ¿Tan tarde?
I. No hay hora.
II. Sólo números romanos...
I. *(Infinitamente mordaz.)* Y papagayos.
II. ¡El papagayo murió!
I. Por eso vive.
II. Vive en su olor.
I. *(Ruborizándose.)* Y en el circo.
(PAUSA)
I. *(Cerrando el paraguas.)* ¿Has visto a X?
II. Lo dudo.
I. Pues venía hacia allá...
II. *(Metafóricamente.)* ¿Con su doctrina?
I. *(Desternillándose.)* ¡Entelequia pura!
II. Genéricamente.
I. Masoquismo doméstico, más bien.
II. Eso es: en el tránsito y en el espíritu.
I. *(Golpeándole la sístole.)* ¡Escéptico!
II. Soy incapaz, te lo juro.
I. Capaz, capaz... ¡mejor dirías capaz!
II. Capaz, capaz... ¡capataz febril!
I. *(Arrepentido.)* ¿Sufres?
II. Me duele el féretro.
I. El dolor aísla.
II. Patológicamente puede ser.
I. *(Recobrándose, nocivo.)* ¡Bah, detesto los ismos!
II. Y los himnos.
(PAUSA)

I. *(Se desprende un papel de la solapa.)* Lee esto.

II. ¿De qué se trata?

I. ¡Dos centímetros geniales!

II. Tu sudor...

I. ¡Para la posteridad!

II. *(Visiblemente sobresaltado.)* ¡Oh!

I. Sí: ¡oh! Lee.

II. *(Lee declamando.)*

"la madre fécula que fecunda
cunde en el desierto siniestro".

I. *(Con énfasis.)* ¿No es grácil?

II. ¡Corrosivo!

I. Un sugerente hedor a tragedia...

II. *(Clorótico.)* ¿A comedia?

I. Pongamos intermezzo...

II. Verbal escándalo: ¡el flirt sui generis!

I. *(Entornando los párpados como el Dante.)* A priori.

II. ¿Y quién lo dice?

I. ¡¡Yo mismo!!

II. No, ¿quién dice el parlamento?

I. La heroína: Laussana.

II. *(Con cierta dispepsia.)* ¿Una melómana a lo Rousseau?

I. ¡Una toxicómana a lo Kant!

II. Utopía. Kant nunca fue búlgaro...

I. Trataré de demostrarlo.

II. *(Venido a menos.)* ¿Con intención?

I. *(Juntando los codos.)* A la deriva. ¿No es propiamente derivo?

II. *(Reparando.)* ¡Y en endecasílabos!

I. *(Touching wood.)* ¡Lagarto!

II. Un drama azul y plomo...

I. La onomatopeya que se sumerge...

II. Pienso en Oscar Wilde; no puedo evitarlo.

I. *(Confuso.)* Bien, tal vez... pero un Oscar Wilde sin vidrieras.

II. *(Ecléctico.)* ¡Je, je!
I. ¡Alto! No paso por eso.
II. ¿Por esto?
I. Por eso.
II. Por eso, nunca.
I. ¿Por what, entonces?
II. Por Whitman...
I. *(Vertiendo amargas lágrimas.)* ¡De haberlo sabido!
II. ¿De acuerdo?
I. De acuerdo.
II. *(Radiante.)* ¡De acuerdo!
I. *(Declama y se aleja, caminando como Charlot.)*

"La fábula, fécula que fecunda
cunde
en el mundo Donde
se tiende allende, aquende —aluminio—
la muerte
—mordaz geometría—
La fábula médula espátula que inquieta
la mar
y "la mer".
The sand, and the taxi, and the boatman, and
the fruit, and the yes
¡yes, yes, yes!
and the tree, and the miss, and the goose
AGAIN.

II. *(Desde diez metros.)* ¡Goodbye!
I. *(Desde más metros.)* Sí. ¡Goodbye y all right!
TELÓN

La noche del traje gris

Sonaban en el reloj del hall las once, cuando mi dueño cerró el libro que leía desde la tarde y se encaminó rumbo a su alcoba. Una vez allí dio dos vueltas a la llave, entreabrió un poco la ventana —puesto que es primavera— y comenzó a desnudarse con mayor calma que de costumbre.

Mi dueño es un hombre hercúleo, algo infernal y muy alegre, a quien las mujeres miran siempre pecaminosamente y los hombres con envidia. Se viste a la última moda, no piensa jamás en la muerte, ni por asomos frecuenta la iglesia y a menudo sale de viaje. Cuando esto último ocurre, me lleva indefectiblemente sobre sus espaldas, no sin enviarme de antemano a la planchaduría. También me adorna entonces con una camisa blanca, un pañuelo del mismo color y una corbata de seda, poblada de lunares rojos. En especialísimas circunstancias usa guantes: unos guantes de color vainilla, con los pespuntes negros, y siempre desabrochados, dejando visible el reloj de oro sobre la muñeca velluda y sólida.

Puedo afirmar ante todo que se trata de un hombre riquísimo —tal vez un millonario— porque así lo demuestran mil vanidades distintas: el palacio en que vive, los criados que lo sirven, el perfume con que se peina y el automóvil que tripula. Frecuenta la ópera, los balnearios equívocos, los casinos de juego y los cabarets más inmundos. Durante el día hace deporte —monta a caballo, juega tenis y nada—; almuerza en

restaurantes llenos de espejos, acompañado generalmente de bellas pecadoras impúdicas; charla, juega al póker y da un paseo en canoa o en auto. Por la noche se viste de etiqueta y baila, o bien acude a algún concierto sinfónico si se interpreta a Beethoven.

Gran parte de estos pormenores los he observado por mí mismo; otros, en cambio, los aprendí de labios de mis compañeros. ¡Ah!, prisioneros en el armario, cuando todo calla en la residencia, dialogamos los trajes sabrosamente, mas con cautela, cuidando de no ser sorprendidos. Cierta noche, por ejemplo, uno de mis vecinos —un traje beige con unos cuadros tan estupendos que más parece una jaula— no supo contener la risa. Eran aproximadamente las cuatro de la mañana y el amo se despertó. Dio la luz, mirando sobrecogido a todas partes. Atisbó, con la cabeza de lado. Mas no conforme con esto, se levantó rápidamente, se echó encima un batín y empuñó el revólver. Así lo vi salir de la estancia, apuntando con el cañón a los rincones.

A partir de incidente tan bochornoso, nos cuidamos, digo, de provocar escándalo alguno, lo cual, dicho sea de paso, no es tarea fácil, ya que existen trajes dotados de prodigioso humorismo que relatan los episodios más dramáticos del modo más cómico de la tierra.

Preferentemente, como es lógico suponer, nuestras conversaciones versan sobre asuntos de nuestro propio mundillo: solapas, costuras, bolsillos... Los bolsillos son nuestros órganos capitales: el hígado, los pulmones, el corazón, el estómago. Las costuras, nuestras arterias. Nuestras solapas, el rostro. De ahí que cuando deseemos conocer la edad, salud o condición moral de un individuo, fijemos nuestra atención en éstas: las arrugas, la calvicie y el artritismo se reflejan inevitablemente en ellas. Y lo propio sucede con la herejía, la piedad, la avaricia y la mansedumbre. Hablamos, insisto, de nuestras experiencias diarias, de nuestras contingencias, de nuestros reprobables deslices con algún vestido de señora. Quien narra una

cita de amor; quien un acto de caridad; quien una vulgar extravagancia o una riña.

—Entre estos brazos que aquí veis —nos reveló en cierta ocasión un compañero bastante malvado— he estrechado delirantemente los tules del vestidito más subyugante y apetecible que hayáis visto jamás...

Otro, evocando un desaguisado, comentó:

—El automóvil del amo —que me odia con un rencor inextinguible— diome artera puñalada. Aconteció frente al casino, durante un crepúsculo de mayo... Me la tiró aquí, sobre el omoplato y era mortal de necesidad. Pero gracias a mi pericia, conseguí verificar una maniobra muy hábil y apenas si alcanzó a herirme en un brazo. ¡Oh, fue una verdadera fortuna!

Hay trajes cristianos y altruistas —mis exclusivos amigos— capaces de la más heroica renuncia; trajes que, por ejemplo, sacrifican gustosamente su excursión casual, con objeto de cedérsela a un camarada enfermo. Sucede así: durante la noche se estrujan, se refriegan, se comprimen como sardinas. A la mañana siguiente, el amo los extrae de su escondrijo y comienza a vomitar improperios. Entonces, requiere al criado; y lo amonesta; y lo zarandea. Al fin, elige otro traje. De ordinario, como era de esperarse, el que más se asemeja al primero.

No obstante, según debe ocurrir también entre los hombres, existen trajes impuros, ofensivos y viles. Trajes que se entretienen, mientras dormimos, en descomponer nuestra figura o en afear nuestros semblantes; trajes canallas y fanfarrones que se mofan de nuestras desventuras, de nuestra morigeración, de nuestros temores religiosos. Trajes libertinos y execrables —verdaderos candidatos al averno— que, aún de viejos, se atildan repugnantemente, con la ilusión grosera de alguna sórdida aventura. Por castigo del cielo suelen ser éstos los negros o aquellos cuyo color no acertaría a descifrar el pintor más ducho en matices. Se les distingue muy fácilmente por

la expresión malsana de sus ojos, por la rigidez de sus piernas —víctimas incurables de alguna enfermedad abyecta—, por los ademanes tardíos de sus brazos, por la calvicie prematura.

No es extraño oírles vanagloriarse:

—Hoy violé a una niña...

Y nos refieren con todo lujo de detalles, la pornográfica historieta de cierto uniforme de colegiala sacrificado en la planchaduría durante la noche.

Pues bien. Mi amo esta vez ha procedido a desnudarse con toda calma, ordenando celosamente mis tres piezas sobre una silla, cual si se propusiera utilizarme de nuevo mañana. Ya ha quitado la luz, y lo siento revolverse entre las sábanas. Todo está en sombras, recogido, expectante. Del jardín asciende, a impulsos del aire, el perfume de los claveles, las mimosas y los rosales. Escucho el gotear del agua en la fuente de piedra y el canto de los grillos. También, de tiempo en tiempo, viene hasta mí el rumor del reloj en la planta baja del edificio y, regularmente, sus campanadas siniestras, profundas, alarmantes.

"El tiempo huye" —pienso encomendándome a Dios. Pero acude el diablo.

Y por primera vez en mi existencia piadosa —involuntariamente, lo juro— comienzo a ser víctima de los más atroces pensamientos, de las alucinaciones más tenebrosas. Uno a uno, desfilan ante mis ojos con minuciosidad insufrible los episodios más salientes de mi vida; uno a uno, como espectros, danzan alrededor mío, dilatan sus sombras, exageran su contenido, huyen, vuelven y se dispersan, abrumándome con su espantosa monotonía. Nada, nada hay en ellos de interesante, sensacional o misterioso. Todo es gris, gris, como el color que llevo a cuestas: románticos e infructuosos amores; sacrificios estériles; titubeos irreparables; exaltaciones ridículas; prolongados y horrendos encierros en la obscuridad pavorosa del armario; ensueños...

Oigo, no sé dónde, una voz que me interroga:

"¿Qué sentido tiene, pues, tu vida?"

Me santiguo y pienso en Dios, en la Gloria, en el Fuego Eterno. Pretendo balbucir mis rezos. Invoco a los mártires, a las santas. Repito en voz baja los mandamientos. Pero nada ni nadie me auxilia; nada ni nadie acude en mi ayuda. Estoy solo, inexorablemente abandonado, como el más primitivo de los impíos.

Y la voz insiste:

"¡Oh, tu vida es tonta, tonta, inútil! Muy pronto envejecerás y todo habrá concluido. Como un miserable perro, merodearás por los tugurios, por las iglesias, por los basureros públicos. Se extinguirá tu virilidad, se embotará tu cerebro, la corriente en tus venas será cada día menos impetuosa. Y un cúmulo de fracasos, de recuerdos ingratos, de arrepentimientos tardíos te aplastará bajo su peso. ¡Hay que vivir, vivir! —prorrumpe la voz ya a gritos—. ¡Vuestro deber es vivir! ¿Aún nadie lo ha comprendido?"

—¡Yo lo comprendo! —grito también, obsesionado por el péndulo—. Y me arranco una enorme cana: la única. A continuación recuerdo fríamente:

"Hoy he ido al Banco."

En efecto: aquí está la cartera del amo, repleta de billetes de todas clases.

Estiro piernas y brazos; me visto el chaleco; enderezo la espalda; me incorporo, hecho un hombre. Distingo mi sombra en el muro, proyectada por cierto fulgor invisible, y me sobrecojo un poco.

"Es la novedad" —me consuelo.

Avanzo en dirección al amo, inclinándome sobre su cabeza. Pero duerme, duerme el pobrecito como un patriarca o un gato, y estoy a punto de retractarme al considerarlo tan débil.

—¡Fuera prejuicios! —exclamo, sacudiendo un brazo.

Y bebiéndome las lágrimas, me descuelgo por el balcón.

Un vientecillo risueño y fresco mece los árboles. La luna, las estrellas, las pequeñas nubes, de cara al vacío, tiemblan ante las explosiones de la primavera. ¡Cómo huelen los frutos,

la tierra, las plantas! ¡Cómo susurran las hojas, el agua, la hiedra...!

Luego de ajustarme brevemente el chaleco y de tirarme en debida forma de la americana, avanzo hasta la reja y me deslizo por entre los barrotes.

—¡Ya soy libre, libre, libre! —prorrumpo en la calle, manoseando la cartera.

Y me lanzo cuesta abajo por una avenida muy amplia que se bifurca graciosamente. Por todas partes crecen los robles, los abedules, las hayas, y en sus ramas duermen los pájaros. Las ramas son muy exuberantes, se entrelazan caprichosamente y adoptan posturas ingenuas: ora es un hombre a horcajadas sobre una serpiente; una bruja anciana junto a un pozo; una joven peinándose; un diablo; un apóstol...

Camino, camino, y el tiempo transcurre irremediablemente. La ciudad está aún lejos. ¿Tan lejos que nunca podré alcanzarla? Por lo pronto, héme aquí en la carretera. De tarde en tarde cruza un automóvil y yo me oculto entre la maleza, temeroso de que el amo haya descubierto mi fuga y se dirija hacia acá con la pistola en la mano. De improviso, observo que a lo lejos un hombre se aproxima. No me inmuto lo más mínimo y prosigo mi marcha: gallardo, triunfante, resuelto, como atañe a un traje gris, rico y libre.

"Debe ser un miserable tahonero aburrido de su familia" —deduzco con sorna.

Pero ocurre que cuando estoy a regular distancia de él, le veo detenerse, titubear, llevarse las manos a los ojos y huir, lanzando gritos angustiosos.

—¡Se espantó! —razono muy satisfecho—. Un traje gris que camina solo, camina, camina... no debe ser grato.

Me desternillo de risa y al punto la sangre se hiela en mis venas.

—¡Pero entonces no podré ir a ninguna parte!

Siento que el corazón me sofoca, que algo áspero y frío me desciende por la espina y que la tierra gira a mis pies

como una rueda. Mediante un esfuerzo sobrehumano del que nunca me consideré capaz, sigo adelante, dando pronto con la solución más cómoda.

"Es menester adjudicarse un hombre."

Me pierdo en la enramada y salgo con una estaca en la mano. Ya tiemblan las luces de la ciudad cercana. Comienzan a aparecer las mansiones, señoriales, inmaculadas, la mayor parte en tinieblas. El cielo es ahora rojo, cuadrado y tremendo... Pero no hay un alma viviente a la vista.

Por fortuna, al doblar una esquina descubro a la víctima caminando sobre la misma acera que yo. Veo sus espaldas fornidas, temibles, iluminadas oblicuamente por los farolones de gas. Percibo sus pasos burdos, huecos, igual que los de un policía o un caballo. Me apresuro y llego tan cerca de él que distingo con precisión absoluta la canción que tararea entre dientes. Pienso en mil cosas concretas y alegres. En mí.

"Un traje gris que camina, camina..."

Y cuando susurra:

"Ven a mis brazos, amada..."

Alzo la estaca y lo mato de un solo golpe. Debí fracturarle el cráneo. El hombre enmudece —amadaaa—, se tambalea sobre un pie, me mira ya muerto, lanza una especie de mugido y se desploma contra el asfalto, reblagado y estúpido.

Sin pérdida de tiempo lo desnudo, vistiéndolo a continuación con mis ropas. Los pantalones le son un tanto cortos, pero las demás prendas le sientan a maravilla. No pesa demasiado... Rompo a andar más optimista que nunca, y en aquel preciso momento comienza a aullar un perro. Dobla una campana en lo alto, anunciando la hora: las tres. Ahora sí distingo mis pisadas con estos zapatotes que llevo...

—¿Qué procede hacer? —me pregunto.

¡Oh! Transcurre la noche sin que nada interesante se me ocurra. Cruzo ante cabarets, restaurantes, hoteles, toda suerte de mazmorras. Nada me atrae. Compro, por distraerme, un habano y se lo meto en la boca al muerto. En una taberna le

ofrezco una copa de ron; otra; otra. Me parece que va perdiendo el equilibrio. Así es: en una esquina me suplica me detenga y se aprieta el estómago con verdadera furia. Un líquido caliente y agrio, semejante a un chorro de alquitrán, surge bajo sus bigotes embadurnados.

"Ahora voy más ligero" —admito, mirando de reojo al pozo de sangre.

Y el panorama persiste horrible: garitos, hospitales, templos, comercios, hogares en penumbra.

"¡Cuánta ruina en la vida de los hombres! —medito—. ¡Cuánta complicada inmundicia! ¡Ni un simple traje gris como yo alcanza a hallar en todo esto aliciente alguno!"

Penetro en un casino de juego y arriesgo unas monedas a la ruleta. Después, un buen puñado de billetes. La bolita salta y rueda y me produce risa. Cuando me levanto, porto en los bolsillos una monstruosa fortuna.

"Se creen demasiado listos" —pienso, observando a todos aquellos seres asustados y pálidos, de ojos hipócritas.

Aunque convengo allí mismo:

"¿Y de qué me sirven tantos miles?"

Lanzo al espacio los billetes, y los hombres, a su vez, se lanzan en pos de aquéllos, desgarrándose el frac y otras cosas. Derriban sillas y mesas, se acometen bárbaramente, se congestionan de ansiedad, ruedan unos sobre otros como piedras.

Así los dejo y salgo a la intemperie, poseído del aburrimiento más atroz. El mar suena en alguna parte y su murmullo me deprime hasta lo indecible, sugiriéndome ideas nefastas. Ideas que, de ser yo un hombre, me impulsarían irremediablemente a incendiar todos aquellos edificios, con sus criados, sus perros, sus amos y sus caballos. Entreveo las olas negras, coronadas de espuma, lamiendo la costa recia. Distingo el olor saludable y fresco del mar... Llego a la playa y me paseo a obscuras, muy pensativo, con las manos atrás. Totalmente desolado, dejo que el viento rice mis cabellos, que alivie si es posible mi confusión.

—¡Oh, los hombres, los hombres, los hombres!

Los tropiezo a cientos, todos absurdamente iguales; todos me desesperan. Unos son policías y portan amenazadoramente una linterna en la mano. Otros van borrachos y eructan, apestando el aire puro. Otros deben ser millonarios y abordan sus tumbas con ruedas. Otros son músicos, gigolós, reverendos, ministros. ¡No hay diferencia entre ellos! Sin embargo, ellos piensan que sí.

"¿Y para esto se multiplican? —cavilo—. ¿Y para esto defienden con semejante furor sus vidas? ¿Y para esto se mandan a hacer trajes caros, cuando podrían andar perfectamente en cueros?"

Fatigado, con el corazón maltrecho, decepcionado de la noche, de los billetes, de Lucifer y del regocijo humano, me dejo caer sobre el césped húmedo de un parque. Me tumbo, al cabo, cuan largo soy, y pronto advierto por entre los troncos de los árboles a dos mujeres que avanzan perezosamente. Examino con curiosidad sus figuritas flexibles, sus rostros de niñas anémicas, sus ancas repletas de yegua. Visten admirablemente y se adornan con joyas exquisitas. Me pongo en pie, sin titubeos. Las abordo, y ellas pretenden gritar, pidiendo auxilio, mas yo las tranquilizo al punto, como se tranquiliza a cualquier criatura mortal por desdichada que sea. Esto es, mostrándole muchos papeles de Banco. Azoradas, cambian entre sí miradas de pasmo, calculando tal vez con sus cabezas cuadradas que se trata de un bandolero o un lunático. Reaccionan en suma.

—¿Vamos? —las invito, sin ningún preámbulo.

—¡Vamos!

Detengo a un taxi y nos hundimos en su penumbra sucia. Las mujercitas, poco a poco, comienzan a insinuárseme, manoseando la barbilla del muerto o palmoteándole sobre el vientre. El pecho, a ratos, amenaza con escapárseles por el descote. Sus muslos tiemblan prometedora y ansiosamente. Hay no sé qué húmedo, criminal y tristón en sus ojos. Mas nada de esto me interesa.

—Aprovéchate si quieres —aconsejo al cadáver.

Pero él qué ha de aprovecharse. Ahí va quieto, mudo, duro como un garrote.

Transcurridos unos minutos, nos apeamos frente a un hotel de los más célebres por cuyas terrazas en sombra discurren grupos de hombres y mujeres sospechosamente. La playa está cercana y el agua sigue sonando, sonando... A poco, ya estamos los tres instalados en el mejor aposento del edificio. La atmósfera es en extremo tibia, perfumada y propicia. Una gran colcha de damasco cubre el lecho, y los muebles están construidos de maderas claras. La noche, tras los visillos, se muestra ahora más limitada y benigna.

Dan principio los galanteos, las caricias, los besos: toda esa serie de explosiones groseras y cínicas, tan poco saludables, a que se entregan los hombres en cuanto se sienten contentos.

—Desnudáos las dos —ordeno.

Proceden a quitarse las ropas mientras yo las contemplo de cerca. De un golpe, saltan ambas al lecho, cual si en realidad mi presencia las intimidara profundamente. Por el contrario, ríen de un modo histérico, pellizcándose las ancas.

"Se suponen tentadoras" —pienso con burla.

Y me siento con el muerto en una silla. Ahí sigue: tieso, de gris, solemne; las piernas, velludas y azules; el vientre, repleto de intestinos muertos. Quito la luz y las mujeres flirtean.

—¿Por qué nos dejas a obscuras si nuestros cuerpecitos son tan lindos? ¿O es que no te gusta mirarnos?

Por respuesta, tomo al cadáver por los sobacos, me desembarazo de él y se lo arrojo a ellas con todas mis fuerzas. Suenan reír y protestar a un tiempo.

—¡Bruto! —chilla una amigablemente, al recibir sobre su carne desnuda la mole fría y patética del desdichado.

Y sin perder un segundo me apodero de los vestiditos de las mujeres galantes, saliendo a toda prisa de la alcoba. En el pasillo, una dama al verme, se desmaya, exhibiendo sus ligas violeta. Más adelante un botones se estrella, en su pánico, contra el muro.

Cruzo el vestíbulo, como un endemoniado. Salgo a la calle. Me precipito contra un transeúnte que lleva a cuestas un contrabajo y desaparezco en un taxi. Huyo, huyo, ahora sí, con la sangre envenenada de deseo.

Primeramente los vestiditos desconfían, pretenden llorar, suplican piedad en silencio.

—¡No lloréis! —les digo a propósito—: no temáis que sea yo un bandolero o un sádico. No soy ningún delincuente. Por el contrario, soy un millonario de las mejores costumbres que ha salido a divertirse.

Ya ríen ellas, entreabriendo sus boquitas húmedas. Ya me miran complacientemente, agitando sus juveniles miembros.

"Se me entregarán sin lucha" —comprendo.

Y echo mano a la obra, rodeando sus cinturitas traviesas, sus dedos ardientes, sus primorosos velos. Desfalleciente, con una insoportable angustia en las rodillas, ordeno al chofer:

—¡Deténgase!

Bajamos, no lejos de la mansión de mi amo. Por entre la fronda azul asoman sus terrazas fatales, sus paredes inicuas, sus cristales malditos. A lo largo de una vereda, bajo las ramas sollozantes de los sauces, nos dirigimos al lago. Vamos los tres del brazo, lo mismo que tres adolescentes prófugos: locuaces, risueños, excitantes. Yo voy cortando flores para mis amiguitas lindas y ellas las van deshojando entre sus dedos, cubriendo la tierra de pétalos. ¡Cómo nos amamos!

—¿Verdad que nos amamos? —indago.

Pero, de súbito, se ponen tristes, palidecen y no quieren más flores. Están, creo, al borde de echarse a llorar. Yo las invito entonces a pasear en lancha, y pronto el agua nos circunda, una luz diáfana y extraña nos envuelve, y la canción misteriosa de la noche, cálida, sugerente, se difunde a través de mil invisibles gargantas.

—¿Verdad, verdad que nos amamos?

Por respuesta, un hedor inconfundible, enteramente inesperada, salobre, mensual, se me agarra a la garganta. ¡Oh dolor!

En la orilla cabecean los sauces, multiplicados por las ondas. Las ondas son amplias, elásticas, y se despliegan cada vez más cautivantes, formando una inmensa copa frágil. La luna riela, auscultando la tierra...

¡Oh dolor, dolor, dolor!

Y la desesperación hace presa en mí. Reniego de mi mala estrella.

—¡Si tuviera a mano un laúd! —prorrumpo, en el colmo del erotismo frustrado.

Las pupilas de ellas se iluminan.

—¿Eres músico? —inquiere una muy tiernamente.

—¡Soy un desdichado! —grito, escupiendo con asco.

Y agrego a poco, mesándome los cabellos:

—¡Suicidémonos!

—¡Suicidémonos! —responden a dúo.

Casi amanece cuando nos lanzamos al agua. Nos lanzamos los tres de la mano, con suavidad, suspirando amargamente, temblando de pasión y frío, cada cual con una flor en la mano: tristes, tristes, tristes...

La noche de *La Valse*

Tu grito
y aquella música extraña…

Tan pronto llegué a aquel pueblo, me dediqué a buscar ansiosamente al poseedor del singular retrato.

Un pescador me dijo:

—Es aquel hombre de barba blanca que tiende sus redes al sol.

Me llegué hasta él, saltando unas matas, y nos encaminamos juntos a su casa.

—Soy pintor —le dije en el trayecto— y la historia me interesa vivamente.

Vi temblar sus ojos grises, bajo las cejas grises, en el rostro agrietado por el sol.

—La historia es bien extraña —comentó; y aquella voz que embriagaba los sentidos era la única franca, saludable y alegre que escuché en mi vida—. Amaneció allá, entre los arrecifes de la costa, a bordo de una pequeña nave desarbolada, después de una noche de tormenta. Desde mi ventana vi albear su proa blanca, bajo la luz del sol que nacía. Me vestí rápidamente y bajé a la playa. Pude leer su nombre; un nombre extranjero e insulso, y mi curiosidad aumentó. Así pues, con la ayuda de una lancha me dispuse a ganar el navío. Penetré; pero en su interior había sólo "eso"...

—¿Eso? —repetí, insinuando maquinalmente un cuadrado en el aire.

—Eso mismo. Cargué con él a cuestas y me lo llevé a casa. Aquí está... ¿quiere usted pasar?

Pasé, hallándome de manos a boca con un sorprendente óleo, al parecer recién concluido, y que representaba a una mujer palidísima con un lirio entre las manos.

Me impresionó sobremanera este especial detalle: la analogía —por no decir identidad— de esta obra extraña con otra concebida por mí ha tiempo y no realizada nunca.

Examiné la pintura ávidamente, ya sin ningún resabio de experto, absorbido totalmente por la belleza del asunto. La mujer, en efecto, era peculiarísima: muy joven y aérea, de cabellos lisos y amarillos, de pómulos salientes, labios agónicos, frente convexa. Pero lo que más sorprendía del conjunto —aparte sus ojos extáticos, sumergidos— era la inmaterialidad opalina de la flor viva entre los dedos sensuales, obsesionantes.

Cerca de una hora transcurrió sin que lograra yo desviar mi atención de aquella extraordinaria imagen, suspendida de un clavo negro en la misérrima morada de un pescador. Prometí volver a la mañana siguiente, y el viejecito de la voz saludable quiso obsequiarme con unas ostras y medio litro de vino tinto, demasiado denso y aromático, que no pude tolerar.

Di las gracias y partí.

Anochecía, cubierto el cielo de raros resplandores. Una casta brisa marina batía contra mis labios, despertando mi lujuria de hombre sucio de ciudad. Caminaba yo a lo largo de un atajo muy retorcido, rumbo a la playa, oculto casi por completo entre las espigas del maíz. Se iban encendiendo prematuramente las estrellas, titilando en la profundidad. Y cuando cayó la noche íntegramente sobre la paz del campo, vi el firmamento torvo, desmesurado, mas una gran luna redonda que iluminaba mi ruta. Prisionero, hostil, el mar exponía su angustia.

Ya sobre la arena de la playa me estremecí como ante la explosión más carnal que pueda sacudir a eremita alguno. Me

descalcé afanosamente los pies, desnudándome el torso. Absorbí el aire cargado de sal. Y de esta forma recorrí la extensión plateada, perfectamente visible, pero que se antojaba infinita. La costa alta, dura, trepaba hacia la soledad igual que un muro gigante y ruinoso cubierto de hiedra. Y eran sus vértices de tal suerte erizados, siniestros; sus fauces tan horripilantes y lóbregas, que no me hubiera asombrado lo más mínimo ver surgir de ellas incontables falanges de aves nocturnas, chatas y feas, con las pupilas como luciérnagas.

Descubrí sin ningún esfuerzo la mancha blanca de la llave, oscilante como un péndulo, entre las rocas. Y sin ningún obstáculo, también, logré introducirme en ella, notando de qué modo crujían sus huesos bajo mis pies descalzos.

Un olor indefinible —mezcla de jungla y de cavidad marina— flotaba en el interior.

Descendí, paso a paso, hasta las calderas, enervado por la cadencia del agua, por el plenilunio absoluto, por la emanación sugerente.

Una emoción inverosímil, nunca antes experimentada en mi agitada vida de pintor, me invadió de pronto. Evocaba ahora la ingenua narración del pescador anciano, pretendiendo por todos los medios hallarla risible. Empero, la evidencia sometió a mi frivolidad. Y, anonadado, como un chiquillo crédulo ante la más genial de las fruslerías, me entregué en brazos de la ansiedad.

—¡Lástima —prorrumpí en voz alta, sofocado por los vapores y las sombras— que la obscuridad sea tal que me impida llevar a cabo una investigación provechosa!

Así ocurrió. Nada, nada logré resolver de aquella alucinante aventura. Nada que no fuese la presencia indiscutible del *yacht* decrépito, sin timón ni mástil, atrapado entre las garras de la playa, y en cuyos costados aparecía el nombre simbólico: *La Valse*.

Sin ninguna luz penetré en las cabinas y me tumbé sobre la madera chorreante. Reptaba el mar allá abajo y mugía el

viento atolondradamente. Y yo presentía, como un augurio, demasiado próximos a mí, la luna roja, caótica, gravitando en la inmensidad como un montgolfier fugitivo; las estrellas impávidas; la profundidad vertiginosa y traidora; mil monstruos nefastos, con una pupila azul y risueña en cada tentáculo...

Al punto fui aventurando enredos, hipótesis más o menos factibles acerca de la relación secreta entre la mujer del óleo y *La Valse*.

"...Una sirena rubia y alta, multimillonaria y enferma —la *girl* del óleo— inicia un viaje de recreo en compañía de su esposo o amante. Cierta noche, en las proximidades del continente, la borrasca estalla, vibran los relámpagos y retumban, enormes, los truenos..."

Pero aquí mi cerebro se detenía en seco, cual si una maldita cortina obstruyera el fulgor de las ideas.

Insistí de nuevo.

"...Una anciana inválida se arrastra nostálgica y caduca por las galerías de su palacio. Proyecta un día su último viaje, y, a cuestas con su retrato más querido —demente o suicida— parte a bordo de la misteriosa nave hacia océanos funestos..."

Así repetidas veces —mil— sin que acudiera a mí la respuesta lógica.

Ignoro el tiempo que transcurrió, pero en un momento dado pensé que convendría salir.

—Mañana, en cuanto despunte el día...

Y eché a andar, haciendo tronar las escaleras. Ya arriba, noté con desagrado que la luna se había vuelto más lívida y que el viento arreciaba gradualmente. Me disponía a saltar sobre la borda, cuando hube de retroceder aterrado. A mis pies, trágica y hambrienta, espantosamente dilatada, abríase la boca del mar. Sin ningún éxito busqué con la mirada la costa dura, el acantilado negro, la playa buena. Un círculo desesperante, sembrado de reflejos verdes, aclaró definitivamente mi posición: mar adentro la ruinosa nave avanzaba, avanzaba,

movida por extraña locura. No supe qué hacer o pensar, indefenso y solo, náufrago del plenilunio homicida, en el caos de agua profunda.

Recorrí el *yacht* de arriba abajo, sin una idea ni un auxilio. Me asomé a la borda, contemplando las espumas que sonaban, sonaban. Consideré descomunal la velocidad de la nave. De tiempo en tiempo, para prevenirme de que el mundo subsistía, un ave solitaria evolucionaba sobre mi cabeza, oteando quién sabe qué abismos...

Acepté, en suma, la idea de la muerte, dejándome caer contra un aparejo arrumbado cuya naturaleza no me interesó más.

La avidez de las olas persistía, a ratos tierna, suplicante y benigna; a ratos, pavorosa, infernal y agresiva. Mas, por encima de todo ese estruendo o ese beso, *La Valse* marcaba su ruta. Y eran su quilla y su proa, su mástil herido, su soledad infinita, un violín abominable que exaltaba el aniquilamiento del hombre.

De pronto, percibí muy distintamente la figura de una mujer blanca que avanzaba por la cubierta o se inclinaba pensativa hacia el mar. Creí ser, desde luego, víctima de uno de esos delirios esporádicos que suelen atormentarnos aun a los opiómanos liberados. Me incorporé, pues, tan ágilmente como pude, frotándome con desazón los ojos; pero la mujer blanca proseguía allí quieta, reclinada, mirando al corazón del agua muy de cerca. Su vestido impalpable —de humo— dejaba palpitante y libre el cuerpo frágil; los cabellos escurríansele hasta los pechos, y en las manos tenía un lirio.

A punto estuve de gritar, tan pronto logré identificarla.

Me le fui acercando lenta, sigilosamente, procurando no turbar su éxtasis.

El mar sonaba ahora más altivo, sacudía la nave y me hacía perder casi el equilibrio.

Debió advertirme, pues cuando me hallaba a pocos pasos de ella, volvió el rostro tranquilamente y sus ojos de ajenjo recorrieron las tinieblas, igual que dos luces extrañas y frías

que se encienden a un tiempo. ¡Jamás orgasmo alguno podrá sugerir delirio semejante! Era una especie de virgen enferma o de deidad erótica —pensaba yo— triunfadora de todos los ardores posibles... Andaba aún por la adolescencia y, de sus muslos, exaltados por la leve tela, emanaba ese algo de las frutas maduras que impulsa al hombre a precipitarse sobre ellas y empaparse en su jugo.

Permaneció serena al verme, cual si me aguardara. Sonrió. Apretó después el lirio entre sus dedos, y, yo, cada vez más cerca, recibí su aliento.

Dijo:

—Viniste al cabo...

Me sobrecogí ante aquella voz.

—¿Ves cómo te aguardaba? —agregó—. Pero tu tez ya no es la misma. ¡Ay, el agua profunda te ha cambiado!

Veía sus labios abrirse y cerrarse, y sentía su succión en mis venas.

—¡La sal te ha vuelto blanco! —añadió; y me miró tan tristemente—. Los brazos marinos te han extenuado... ¿Qué placer has descubierto allá? —y señaló con un gesto de la mano la sombra variable del agua—. ¿Qué hay allá, dime, que no haya podido ofrecerte yo? ¿Lechos más blandos? ¿Besos más hondos? ¿Opio más lento? ¿Muslos más febriles?

Continuó en el mismo tono:

—Yo soy en cambio la misma. Ni un dios ni un pez me han poseído. ¡Conservo tu frenesí aquí dentro!

Y dejando caer la tela fría quedó ante mis ojos desnuda: pequeños los pechos, adormecidas las caderas, doradas y largas las piernas.

—Me ha tostado el sol, es cierto —dijo—; pero era la única voluptuosidad de que disponía. ¡Comprende! La sangre grita y tú estabas lejos.

Aquel cuerpo salobre, perfumado y débil como una burbuja marina, aproximó a mí dos firmamentos: el de la llama y el hielo. Quise poseerla.

—¡Aún no! —protestó muy dulcemente, retirando su vientre.

Y echándome un brazo por la espalda, se abandonó sobre mi hombro.

—Paseemos.

—Paseamos, mientras las olas volvían a sonar. Al menos yo volví a escucharlas tan ruidosamente como si golpearan contra mi nuca. Y la luna se extravió en el cielo y una claridad nociva rayó en el agua.

—¡La noche toca a su fin! —prorrumpí, temiendo que se disolviera todo.

Mas ella prosiguió hablando:

—Cuenta, cuenta qué ondinas, qué monstruos o qué *girls* como yo han muerto entre tus brazos. Cuenta qué músicas has escuchado o qué licores has bebido que de tal suerte consumieron tu color. Dime qué caricias o qué vicios de los que yo no fui capaz extenuaron tus músculos. ¿No te acuerdas ya de ti?

—No —repliqué instintivamente.

Volvió a sonreír y dijo:

—Has perdido también la memoria...

Y luego:

—Desnudos tus bíceps de acero; desnudo tu torso de fiera; tus órbitas blancas sobre la tez de tu rostro, felino y melancólico, reunías aquí los colores, sobre ese mismo lugar que ahora pisas; y me retratabas desnuda, con una flor en la mano, mientras amanecía y la luna se alejaba. Diez veces interrumpías la labor en una noche y diez veces la reanudabas; y yo era en el lienzo cada vez más lánguida, cada vez más dócil, y el color salía de tu sangre cada vez más tenue. Cuando se miraba al óleo —¿recuerdas?— uno experimentaba la impresión alucinante de que algo se desplomaba por entre las nubes hacia un abismo azul y misterioso. ¡Tu fuerza era inagotable, Tom! ¡Eras el esclavo invencible! ¡El negro de acero!

—No recuerdo nada —confesé otra vez.

—¡No recuerdas! —balbució ella; y el mar pareció contraerse, y *La Valse* se precipitó en la sombra—. ¿Qué recuerdas entonces? ¿Los muelles tórridos que pintabas aún sin conocerme? ¿Las chimeneas, los calabrotes? ¿Los marineros barbudos, alcohólicos y pendencieros? ¿Las naves que partían en las mañanas de niebla?

—No recuerdo nada.

—¿No recuerdas siquiera tu cubo rojo, tu catre rojo, el único peldaño de tu casa, tu barrio triste?

—¡Nada!

—¿Recuerdas la pipa larga, el disco que rodaba, los rascacielos que se hundían, la nieve dura?

—No recuerdo nada.

—¿La nieve dura con que frotabas tus muslos humeantes?

—No recuerdo nada, mi ama...

—Así me decías: "mi ama". Y yo sobre tu catre rojo, en la caverna de la noche sin fin, dejaba caer sobre mi vientre tus ojos blancos, tus dientes blancos, tus garras abiertas, tu sudor caliente...

—No recuerdo nada.

"¿Qué más quieres de mí?" —me repetías. Y yo, diez veces durante la misma noche, te gritaba sin verte: ¡Quiero tus muslos negros! ¡Tus muslos negros como dos grúas!

—Te desmayabas...

—Y ansiaba morir por si la muerte me deparaba una demencia nueva.

—Allí sobre los ladrillos...

—Y rodaba el disco...

—Y la pipa larga...

—Y la menta helada...

—¡Oh, déjame poseerte!

—Aún no, mira...

—¡Déjame poseerte!

—Aún no.

—¡Déjame poseerte, mi ama!

—Yo soy una *girl* rubia y tú un negro.

—¡Mi ama!

—Soy débil y tú enorme...

—¡Mi ama!

Y cuando la *girl* del lirio irguió alto alto el cuerpo para entregárseme, y la sangre después brotó de mi hombro a borbotones, igual que el manantial de un río monstruoso, y su talle vibró como una rama seca, y se hundieron mis uñas en su pecho blando, y por sus labios escapó en un grito la vida, logré reconocerme. Reconocí mi obra: la flor entre los dedos; la cabellera húmeda; las esmeraldas de New York. Pero todo era lejano, lejano; y el sol temblaba sobre las aguas y la claridad no tenía remedio.

Se desplomó rígida, azul, contra el aparejo arrumbado. Cayó así, con los muslos abiertos, abiertos los labios, terriblemente profunda la herida.

Aún pudo gritarme. Y acudí.

Convulsionó su vientre.

—¡Toooom!

Pero su cuerpo se hizo de hielo. Los ojos demasiado extáticos. La carne horripilante.

Y yo busqué el suicidio lento, sudoroso, de la médula que se derrite gota a gota sobre la sangre palpitante.

La noche del indio

Aquí, en la llanura solitaria, igual de día que de noche, lo mismo durante las sequías ardientes que durante la época de los chubascos —días festivos y días de labor— mi vida es triste, mala, monótona... Mi abuelo fue campesino, mi padre fue campesino y yo también lo soy. Todos nacimos y vivimos sobre este mismo puñado de tierra; contemplamos los mismos paisajes; comimos de la misma fruta...

Tengo mujer y cinco hijos —el mayor de nueve años— y habito una pequeña choza con las paredes de adobe y la techumbre de paja...

Mi abuelo no supo leer; mi padre no supo leer; ni mi mujer y yo sabemos tampoco. Y puesto que no hay escuelas por estos rumbos, mis hijos no aprenderán nunca. Sin embargo, yo quisiera que aprendieran; quisiera que, de mayores, pudieran ellos enseñar a sus hijos, señalándoles las letras con sus propios dedos. Podrían entonces abandonar el campo e instalarse en la ciudad. Allí hay dinero, casas muy grandes, personas sumamente influyentes y modo de ganarse el pan cómodamente. ¡Pero no aprenderán nunca!

Ararán el campo como yo, como mi padre, como mi abuelo. Sus pies se curtirán como los míos; sus manos encallecerán; y sus ropas —remiendo sobre remiendo— serán el asco o la lástima de cuanto forastero se acerque a ellos. Me enterrarán en el camposanto bendito y ocuparán después mi petate. Comerán sus alimentos en mis mismos platos y beberán agua en mi mismo jarro. ¡No aprenderán a leer en la vida!

Los días de fiesta irán a misa al mismo templo que voy ahora, con sus cargas de fruta fresca o barro y sus sombreros muy anchos. De regreso, vendrán cantando con otros compañeros suyos —iguales a los míos— o en silencio, lo mismo que vengo ahora, durante las tardes de estos domingos tan tristes, a lo largo de las serranías azules, sobre las cuales Dios Nuestro Señor parece asomarse a la Tierra. O se embriagarán como yo lo hago —sin comprender aproximadamente por qué— bebiendo pulque hasta enloquecerse o perder el sentido y servir de irrisión a las personas decentes. ¡No aprenderán a leer nunca!

Serán como fui yo, como fueron mis viejos: melancólicos, borrachos, muy pobres; aborrecidos y humildes cual indefensos gusanos; olvidados ¡ay! de todo el mundo, incluso de los señores buenos.

Por las noches, en cuanto el sol declina y se ensombrecen las cosas, suelo salir de mi choza y, sentado sobre una piedra, me pongo a mirar al pueblo lejano, a la sierra tremenda. Desde allí se vislumbra la carretera, blanca y retorcida como una serpentina, dando vueltas alrededor de la montaña. A veces cruzan los automóviles velozmente, con sus faros encendidos y sus motores calientes, y yo pienso con envidia en sus ricos pasajeros: cómodos, saciados, muy pulcros. Van a la ciudad, a sus casas de piedra, a sus camas mullidas, a sus platos tan llenos. Los adivino arrullados como príncipes en el fondo de sus asientos, cubiertos con suaves mantas de terciopelo, oliendo a jabones caros, y leyendo, leyendo sin tropiezo alguno lo que han escrito otros hombres más listos que ellos.

Esto pienso mientras miro a los automóviles desde mi choza. En cambio, cuando levanto los ojos y miro al firmamento, pienso otra cosa. ¡Es algo extraño lo que me ocurre! Me encanta de pronto la luna blanca, las estrellas que ríen, el agua del bordo, la música de la guitarra y el huisache que duerme. Me considero rico y alegre y me subyuga todo: la lluvia que dejo caer sobre mis espaldas; la ropa que visto; el manto

de la Virgen; el calor que da sed; la espiga. Y me pongo a cantar en voz baja, sólo para mí, como hacemos siempre los indios. De todos modos, concluyo por entristecerme.

—¡Este corazón mío! —suspiro.

Y regreso a mi choza, tumbándome sobre el petate duro donde mi mujer, mi perro y mis hijos duermen.

Rezo, rezo entonces mucho, sin saber a punto fijo qué espero. Es una necesidad urgente que me devora como el hambre. Rezo y miro a la cruz de paja, con los ojos entrecerrados, como se mira desde el fondo de un pozo a la luz clara del día.

"¿Rezarán también las personas ricas?" —me pregunto.

Pienso que no. ¡Ay, ellas no necesitan ayuda de nadie porque pueden valerse por sí mismas, ya que son fuertes y poderosas!

—Con sus brazos alcanzan cuanto desean —me digo.

Nosotros, no. Nosotros, los indios, somos débiles y necesitamos de nuestra cruz de paja; de algo muy importante hacia qué levantar las manos implorando auxilio. Los hombres no nos dan nada. Dios, sí: la lluvia, el calor, el frío. Y de eso comemos. Los hombres blancos van y vienen y no piensan un solo instante en nuestros terribles dolores. Lo hacen así porque son superiores y ricos. ¡Ay, los hombres blancos no son nuestros amigos! Yo sí quisiera serlo de ellos, pero ellos no quieren. ¡Son tan altivos, tan listos! No laboran el campo: juegan con él. No cosechan la fruta: la comen. No sudan, no sufren: ríen y se divierten. No se quitan el dolor con pulque, ni se sientan junto a los charcos fríos, ni reclinan sus cabezas en petates húmedos.

Los hombres blancos nos dicen:

—Trabaja para nosotros, puesto que Dios así lo ha dispuesto.

Es muy cierto. También los asnos trabajan para nosotros. Y habrá sin duda alguna animales "más peores" que trabajen para ellos.

Pero una tarde, una tarde caliente de junio, me tropecé con un hombre que no olvidaré mientras viva. No lo olvidaré,

digo, por las palabras que pronunció, por las noches que me dejó sin dormir, por las lágrimas que me ha hecho derramar. No importa que sus promesas sean estériles. Eran tan bellas, que yo las guardo en mi memoria y las repito a mis hijos, como si se tratara de un rezo. Les hago decirlas a ellos por las noches, detrás de mí, cuando llega la hora de acostarse.

Aunque al hombre aquel le vi sólo unos instantes, recuerdo muy bien su figura: era alto, de cabellos grises, enmarañados y largos; gastaba anteojos y una pequeña barba recortada en punta. Parecía un águila. Y mientras hablaba se detenía preocupadamente, mirándome bien a los ojos, cual si olvidara las palabras o cruzara por su cabeza algo tan grave que no pudiera con sus pensamientos.

Jamás olvidaré sus ojos, desde luego.

Me dijo:

—Tú, indio, te levantarás algún día de tu cabaña en ruinas para resplandecer como el sol. El hombre blanco se irá extinguiendo como un ruin cabo de vela que se apaga —consumido por su propia llama— y su sombra se perderá en las sombras. Tú, indio, eres humilde y débil; sin embargo, es preciso ser fuerte y perdurar. Tu importancia se halla oculta sólo para aquel que no quiera ver. Ese blanco que tanto envidias es un hombre como tú: no importa que haya nacido bajo estos o aquellos soles; no importa que sus escuelas y sus templos sean más ricos que los tuyos, ni que sus ropas sean más finas y su aspecto más delicado. Si tú quieres, tus escuelas serán mejores que las suyas; tus templos, más monumentales que los suyos; y tus ropas, por lo menos semejantes a las de ellos. ¡La fuerza está en ti, indio! Y escribirás libros mejores que aquellos que ahora no sabes leer. Y oirás música más bella que aquella que hoy no te permiten escuchar. Y dictarás leyes más humanas que las que te rigen... Por las noches saldrás al aire fresco y cantarás de alegría a la luz de la luna. Torrentes de agua como mares estarán a disposición tuya para hacer fértil la llanura yerma. Tu casa no será de mármol porque el mármol no hace

falta al hombre, pero será de piedra y ni el huracán podrá conmoverla. Serás fuerte, ágil, libre. Y un fulgor muy potente irradiará sobre cualquier ámbito tan pronto tu alma despierte. Es preciso hacer la revolución, amigo...

Cuando el hombre de la barbita blanca echó a andar bajo su gorra a cuadros, me sentí más solo que otras veces y quise que no se hubiera apartado de mí nunca. Y yo, que soy indio, rompí a sollozar amargamente, sentado entre las matas del camino.

Volví a casa cantando una canción muy triste:

"Mi tierra es linda porque ha sufrido tanto..."

Aquella misma noche reuní a mis hijos, a mi mujer, y les dije:

—He visto a Cristo.

Y de rodillas, frente a la cruz de paja, repetí una a una las palabras benditas:

—¡La fuerza está en ti, indio!

Está, sí, según creo. Y también el zopilote hediondo sobre aquella loma. Es lo peor.

La noche del hombre

No había logrado conciliar el sueño en toda la noche, según suele ocurrirme frecuentemente; en cambio, había fumado con exceso y trabajado sin provecho alguno sobre una misma cuartilla, inmóvil y torpe, junto a la ventana que mira al mar.

Mi cuerpo, pues, a la hora en que bajo a la playa pesa demasiado y se resiste a cualquier flexión violenta; mis ojos, más bien que mirar, rondan por entre las cosas o flotan alrededor de ellas, como una niebla enfermiza y sucia; dos profundas ojeras agrandan mis órbitas; el músculo, aún joven, implora reposo como el de un viejo...

Allá, cerca de las espumosas ondas, sobre la arena fina y seca, de cara al infinito gris por donde la luz apunta, me tiendo cómodamente. Pasa el viento sobrecargado de esencias, abrumado de sales, errabundo y mudo. En la extensión rugiente las olas se despliegan, se dilatan, se acometen cada vez más cóncavas y verdes, más tenaces y sonoras: trazan, sobre la playa abierta, un camino ilusorio de nieve hacia el despertar de la costa. Va el sol perfilándose, dorándose, esparciéndose: primero es sólo un círculo caliginoso y quieto; más tarde, una masa informe; por fin, una explosión de lumbre. Y no hay transporte superior al mío, olvido igual, redención más pura, ni soledad más perfecta. Tras la noche hueca, esta luz y esta brisa comprendo cuánto bien han de hacerme.

Cierro los ojos. No pienso. Miro, miro hacia adentro y todo en mi interior se va volviendo fresco, saludable, flexible. La juventud me es devuelta a grandes tragos y, mis percepciones, por tanto, son mucho más intensas: más ronco el batir de las alas, más infatigable la circulación de mi sangre, más lejana la lejanía de la Nada...

Un hombre, sobre la superficie dorada, se encamina hacia acá. Debe ser un huésped del balneario. Distingo perfectamente su traje de lino blanco, su flamante sombrero de paja, sus hombros vencidos, su abdomen voluminoso y alto. Avanza muy lentamente, mirando con insistencia al mar. Por momentos se detiene y vuelve atrás la cabeza preocupadamente, como un paseante extraviado que trata de rehacer su ruta.

Torno a cerrar los ojos, cegado por el sol, y del círculo resplandeciente que se engendra en mis párpados alucinados surge el hombre que camina, lento, entre la aurora y la bruma.

Pronto le veo acercarse. Trae pendiente de los labios un cigarrillo sin lumbre. Se dirige a mí, un poco titubeante, saludándome a la postre del modo más cortés.

—Disculpe, ¿podría darme usted fuego?

Se lo doy.

Noto sus ademanes torpes al raspar la cerilla; la expresión ambigua de su rostro abotagado. El viento, una vez y otra, consume estérilmente la llama. Busca el fumador la posición correcta, sin resultado. Me decido por fin a auxiliarle y él esboza una mueca.

—Casi le he terminado a usted los fósforos... —musita penosamente—. Y me devuelve la caja.

—¡Oh, no importa! —exclamo riendo—. Encender un cigarrillo en la playa nunca es asunto fácil...

Sonríe ahora, mostrando sus dientes enfermos.

—Y yo no estoy muy habituado, ¿sabe? ¡Es la primera vez que vengo al mar!

Sus mofletes bonachones y afeitados se sonrojan levemente. Trae húmeda en sudor la camisa alba, y los zapatos,

escrupulosamente blancos, salpicados de arena. Sin explicarme la causa, experimento de pronto una indecible y pesada melancolía.

—¡Es una delicia el mar...! —prorrumpe animadamente, paseando con timidez su mirada azul sobre las rocas. Y suspira.

—Siéntese —le invito.

Se sienta, venciendo la rigidez del abdomen.

—En efecto —comento a poco; y en aquel preciso instante una lejana música rompe a sonar quejumbrosa y apagadamente—; el mar es un terrible misterio, no menor tal vez que el de la muerte...

Vuelve sus ojos a mí, espantado.

"Siga"—parece implorar.

Pero no sigo.

—Fue simplemente una ocurrencia —objeto, turbado—. Por lo demás, el mar es saludable y espléndido. Quien goza de él una vez, jamás logrará ya substraerse a su influjo: los nervios, el corazón, todos los músculos lo requieren después a gritos. ¡Vea usted! Anoche no he conseguido dormir un sueño. Quiere decirse, por consiguiente, que amanecí abúlico, sin fuerzas, con una desazón inaudita; pero he aquí que bajo a la playa y ya me siento renovado ¡casi casi eufórico! Mi respiración es normal; mi pulso, firme; percibo todos mis órganos funcionando libremente. En la ciudad, por el contrario, probablemente habría tenido que consultar al médico.

El hombre escucha con atención desmedida, cual si en realidad mis reflexiones tuvieran una importancia muy grave.

—¿Conque no duerme usted bien? —pregunta en cuanto me detengo, instándome a seguir.

—Pésimamente —confieso—. Y es un tormento espantoso, créame. Máxime que durante el insomnio consumo diez o doce pipas. Y trabajo, lo cual es bastante peor, desde luego...

Callamos, cesa de golpe la música, y el mar bulle más y más inquieto, reventando contra el acantilado. Alternativamente, el hombre me mira a mí y mira hacia el horizonte. No

podría yo precisar qué extraño misterio tiembla en sus ojos lechosos, surcados por retorcidas venas. A veces se me antoja que una incurable melancolía lo aflige; otras, contrariamente parece presa de una alegría muy franca, quizá de una esperanza incierta, de un presentimiento vago e indefinible. Mas, por encima de toda conmoción interna, una avidez infantil anima sus movimientos, dotándolos de confusión y temor.

—¡Cincuenta años sin conocer el mar! —exclama lastimeramente—. ¿No es esto deplorable?

Se obsesiona.

—La vida es en verdad amarga. ¿Ha observado usted con qué frecuencia el hombre repara en un bien, etc., cuando resulta ya excesivamente tarde para servirse de él? ¡Es una desdicha! Quisiera ser joven de nuevo; correr, saltar, nadar... ¿Sabe usted? Mi vida ha transcurrido sombríamente... en una oficina pública, entre legajos y polvo, asediado por el reumatismo, la monotonía y otras calamidades. Realmente debo confesar que pocas veces había pensado en ello; pero un día salgo de vacaciones, quiero decir, de descanso —estaba un poco fatigado, enfermo— y veo de cerca el mar, el cielo, los pescadores, tantos hombres viviendo libre y despreocupadamente, y he comprendido muchas cosas. ¡Pero no hay remedio!

Se muestra tan afligido, que me resisto a interrumpirle. Prorrumpo, no obstante, al cabo:

—¡Oh, por qué dice usted eso? Mientras conserve el hombre su posición vertical sobre la tierra, nunca debe considerarse un proscrito. ¡Existe tal número de recursos de qué echar mano para mantener el espíritu alerta! No podrá usted evidentemente abusar de sus músculos como un adolescente sin freno; pero dispone de otros medios tan importantes. Por ejemplo, asómese con mayor frecuencia a la Naturaleza; trate de penetrarla, de hacerla suya; búsquese a sí mismo. Contra lo que la gente supone, la soledad no tiene nada de embrutecedor o fastidioso. Además, aun físicamente puede usted resarcirse todavía.

Me mira, y comprendo su actitud agresiva.

—¿Todavía? —repite.

—Por supuesto.

—¡No sé cómo...!

—¡Le invito a usted a pescar esta tarde!

Brillan de tal suerte sus ojos, que creo está a punto de llorar.

—¡Pero si yo no he pescado nunca! ¡Ni sé siquie...

—Pescaremos. ¡Verá usted! Alquilaremos un bote de remos y saldremos mar adentro hasta aquel enorme islote ¿lo ve usted? ¡Es una excursión admirable! Allí las gaviotas vuelan por cientos; el agua es más azul y transparente; las rocas exhiben sorpresas de todas clases; las algas y los helechos flotan o se sumergen entre las piedras redondas, perfectamente pulimentadas... En ocasiones, un pulpo o un cangrejo surge de su guarida y torna a desaparecer vertiginosamente como un monstruo en miniatura. Y el retorno, a la caída de la tarde, sobre la superficie ondulante y fresca, constituirá para usted una experiencia bienhechora que lo acompañará mientras viva. ¡Es menester aceptar ante todo que la paz del hombre descansa sobre estas sencillas cosas!

Retumban mis palabras demasiado falsas y grotescas y me detengo. Pero ante la actitud del desconocido, continúo perorando largo rato, sorprendido de observar la transformación de su rostro, que denota ahora el regocijo más absurdo.

¡Nunca fui testigo de candor igual sobre la Tierra! ¡Nunca criatura alguna, filósofo o bestia, obra de arte o dolor humano, lograron conmoverme de tal forma! Parecíame que el hombre aquel era una especie de lente finísimo, a través del cual me era dado penetrar hasta lo más profundo, angustioso y obscuro del corazón humano. ¡Cuán deplorable e insensato era todo! ¡Qué lamentablemente dramático! ¡Y qué desoladora esta sucesión de hombres tan pavorosamente semejantes, tan irritantemente confiados, tan absolutamente inútiles!

Cuando nos despedimos, mi interlocutor exclama, sacudiendo la arena que había humedecido sus pantalones:

—¡Oh, yo quisiera demostrarle...! Ha sido usted muy amable.

Entonces digo:

—A las tres en punto en su cuarto.

Es singularmente extraño de qué modo obra en nosotros la vida. Muchas veces nuestro mecanismo interno permanece obtuso como una viga frente a las conmociones más desgarradoras y tremendas; nuestra sensibilidad, igual que un arrecife, se mantiene inconmovible sobre la corriente tumultuosa. Opuestamente, no constituimos en ocasiones sino un deplorable residuo que va y viene a merced del más leve impulso del aire o de la más cursi actitud de la marea. Así ahora, ante la perspectiva de este sencillo paseo en compañía del hombre ingenuo y bueno, todas mis facultades se hallan despiertas y son como frutos sin cáscara o nervios al descubierto. Tanto así, que me he puesto a trabajar en vano, pretendiendo detener el ritmo de mis percepciones, esforzándome, a la par, por adoptar ese estado de serenidad absoluta y aislamiento, indispensable para iniciar un párrafo. Ni el silencio, ni la vecindad espléndida de la Naturaleza, ni la apacible sombra del árbol, ni el café o el té estimulantes, ni el dolor de tantas cosas vividas, resultaron lo suficientemente sólidas. Todo, todo, a semejanza de un dique monumental, menos monumental que el río sobre el cual se tiende, cayó por tierra hecho añicos. Y yo dejé la pluma de mi martirio, las cuartillas sobre la mesa, bajé a la playa y me abandoné esta vez a la embriaguez del ocio, como en espera de un acontecimiento insólito, sensacional y misterioso.

Comí poco por haber fumado sin descanso, y a las tres en punto me encaminé al encuentro del desconocido. Bajé, uno a uno, los peldaños de la escalera del balneario, deteniéndome en el único rellano cuyo muro es de cristal y a través del cual se contempla el mar, la playa y la montaña. Vi destacarse el islote en la lejanía transparente, como un buque gris e inmóvil. Vi las gaviotas libres elevarse y descender y arrullarse en las

ondas azules. Presentí el bochorno de la espuma en la calma chicha de la tarde. Y tuve durante una fracción de segundo la ilusión fugacísima —¡oh, pero muy hondamente!— de que un alma se redimía de su raíz purulenta y escapaba de la oficina obscura hacia la luz radiante.

Crucé el amplio pasillo, recubierto de losetas rojas, y llegué hasta la puerta de mi invitado, frente a la cual yacían en una silla su sombrero de paja, sus gafas ahumadas, una cámara de fotografía y media docena de sandwiches envueltos en un papel transparente.

"Me aguarda listo" —pensé por segunda vez, con emoción estúpida.

Y me acerqué a la puerta.

Un criado del hotel apareció en el vano, con las pupilas fuera de las órbitas.

—¡Ha muerto...! ¡Oí el timbre...!

—¿Ha muerto quién? —pregunté gritando.

Pero el criado escapó de mí a toda prisa —hubiera ansiado escapar de todo— y yo penetré en la estancia. No un hombre, sino un trozo de plomo y hielo miraba desde las sábanas al islote mágico. Miraba por la ventana abierta, entre las cortinas infladas. Y nadie nadie, desde luego, se habría atrevido a dudar que aquellos ojos quietos, quietísimos, demasiado quietos para soportarlos, no alcanzaban a ver más allá que los de todos los hombres juntos.

Por la noche —la monstruosa e ignota noche del hombre— volví a la playa. Reconocí y seguí las huellas: las tristes huellas de los zapatos blancos. Y el mar rugía, y callaba el cielo, y el islote, en la obscuridad alucinante, hablaba al alma de lo más confuso, de lo más brutal, de lo más inútil de la vida tonta...

Mi noche

Aquí el reloj de cuco, grotesco, nefasto. Allá el espejo cuadrado, sin marco. La ventana abierta, por cuya boca penetra lo negro, lo ondulante, lo descomunal y acerado de la noche. Y mi mesa. Y mi silla. Y el revólver helado, longitudinal, sugerente como un tallo de geranio. Fuera, el estruendo, lo espantosamente desgarrador de una muchedumbre inocente que se agita y se ahoga entre las fachadas de los edificios sucios triturando las vidrieras, derribando las puertas, volteando los párpados, convulsionando los dedos, haciendo estallar sus pulmones en gritos que pueden ser de alegría. Y arriba, una pizarra redonda; una esfera abollada, pintada con tiza; falanges de insectos que guiñan el ojo o se sumergen; y una cosa intangible, fétida, muy poco angelical, que no es viento, ni fuego, ni lluvia, ni risa. Una cosa enorme, infecta, ventruda, como un gusano infinito con miríadas de patas que lo ensombrece todo e incita a las monstruosidades más abyectas, para después sojuzgar y condenar impunemente a las pobres víctimas irresponsables.

El espejo delante; detrás el reloj. Un codo desnudo sobre la mesa y el cañón apoyado en la sien. (¡Cuán dulce y frío es su contacto!)

Pero ante todo es menester abismarse en sí mismo, no extraviarse ni durante una décima de segundo en cuanto ocurre en el exterior. Dentro, dentro, en el interior es donde va

a ocurrir algo. Donde va a quebrarse algo, o a estallar, o a huir, o a permanecer. He aquí lo interesante, lo divinamente encantador. Fuera, todo lo miro confuso, diluido, vertiginoso; dentro de mí, en cambio, un resplandor saludable ilumina los alrededores. Y es ahí precisamente donde mi oído, mi olfato, mi tacto y mi poder sexual deben reunirse con toda la atención y los ojos posibles. ¡Ah, no se volverá a repetir esto nunca! ¿Lo entiendes bien? ¡No se volverá a repetir esto!

Comprensible bajo todos aspectos es que mi corazón, en virtud de esta emoción pasajera que sacude mis miembros y hace saltar mi sangre a flor de piel, bulla como un pájaro maldito e interrumpa mis observaciones. Calma, más calma, así. No hay la menor prisa. El reloj tiene cuerda de sobra. La noche no se iluminará aún. Y yo soy paciente, reflexivo, excepcionalmente ecuánime. ¿No lo he sido acaso siempre, siempre, desde que me conozco?

Ni un solo detalle ha escapado a mi previsión. Repase si no quien lo dude la última página de mi Diario: "Continente; abstemio y apetente durante seis meses. Un único pitillo. Dentro del lecho a las diez; fuera, a las seis. Calistenia. Equitación. Agua, pescado ahumado y legumbres en abundancia. Total ausencia de carnes rojas. Aire. Sol".

¡Oh, mi organismo ha rebasado la misma perfección!

Todo yo, todo, todo, se halla pues ahora pendiente y hambriento. Sin carne mi sexo; sin bacterias mi sangre; sin alcohol mi cerebro; sin toxinas mi hígado, mis intestinos y mi corazón. Todo, todo yo soy una especie de cinta sensible y despierta que, tendida sobre el vacío, va captando activamente desde el más anémico de los estertores humanos hasta la más rutilante convulsión de la luz.

Listo ya. (El cañón se ha entibiado sobre mi sien.) La ventana abierta ahí... el reloj de cuco... el espejo... la mesa, con un largo papel en blanco. Páncreas, gran simpático, cerebelo, bronquios, todo normal. La muchedumbre se ahoga...

¿Ya?

Tomo el lápiz con toda calma. Escribo. (Se trata de no interrumpir la escritura.)

"Diez y cuarto: aún no. Diez y dieciséis: aún no. Diez y diecisiete: aún no. Diez y dieciocho: aún no. Diez y diecinueve: aún no. Diez y veint...

—¡LA MULTITUD SE HA AHOGADO! Me exaspero.

—¿Quién grita ahí?

—¿NO SABE USTED LO QUE OCURRE?

—¿Quién, quién grita ahí? ¡Silencio!

—¡¡SILENCIO!!

—*(Alguien en voz baja.)* ¡SILENCIO!

....

No, no es el mar. No, no es la cordillera azul. No, no es de ningún modo la llanura yerta que desgarra noche a noche el ferrocarril. ¿Es quizá la nieve? ¿La nieve que ha caído por espacio de miles de años sobre un mismo lugar? Así de blanco está todo. Y de frío. Hombros nevados, botas nevadas, flores nevadas, miembros de azúcar que se derriten y chascan al salir del horno. Mas tampoco es la nieve. He tomado un buen puñado entre mis dedos, y los dedos se me han abrasado. Cayó nieve en mi cabeza, y mi cabello se inflamó. La lumbre se extiende ya por mis sientes, desciende sobre mi pecho, me abrasa entre las piernas.

—¡Soplad! ¡Soplaaad!

La hoguera toma incremento, apesta, infecta el aire.

—¡Soplad! ¡Sobre mis testículos! ¡Soplad!

—*(Alguien en voz muy baja.)* ¡SOPLAAAD!

¡Ah, tú, bendita boca joven que apagó ese fuego, benditos labios —ahora sí de nieve— bendita tú, mujer, porque sólo tú, tú, mujer, podrías haberme hecho conocer transporte semejante! Mujer de nieve: otra vez...

¿Y quién, soy yo?

—¡Sedol!

—¿Quién?

—¡Sedol!

Un torrente de agua fresca y bienhechora ha substituido a la sangre en mis venas; un río que se desliza o se despeña, que se enturbia o se aclara, que es pegajoso y lento como un brazo de lava, o rabioso y variable como una ráfaga de viento. Un río de agua, espumoso, profundo, brota de mi muslo y me recorre entero hasta los cabellos. Alto, alto me siento. Alto, por entre las nubes, pero los pies presos en tierra, con las raíces bajo las rocas, diseminadas angustiosamente. Cruzo estratos distintos y extremos: ya el frío mortal que nubla la mirada; ya el calor achicharrante de una lumbre que arde sobre mi nuca; ya la negrura impenetrable, de tan negra, sólida; ya la luz asfixiante, tenaz, como una copa de cristal en una urna de cristal, sobre un océano centelleante. Alto, alto me siento. Perdido en el silencio infame de la llanura amarilla donde todo ha muerto. Todo, a excepción de unos pasos que suenan, tan blandos como el golpear de una lengua sobre una puerta. ¿Quién camina tan lejos? ¿Qué rumbo es ese que nunca se acaba? ¿Qué pasillo tan hondo que no tiene término?

—¡Bajadme de aquí, os lo ruego! ¡Bajadme! Los pasos ceden. ¿Por qué?

Y en mi ascensión desenfrenada, se estrella mi frente contra una nube cortada a pico. El cráneo se me ha partido por la mitad y su contenido asoma, con propósitos de escaparse. Oigo el bullicio de mi sangre toda en las carótidas: cuerpo abajo estoy hueco; el latido bestial de mi corazón en el occipucio: de un corazón formidable, lleno de vértices, que indistintamente se hunde en mi substancia gris o exhibe sus contornos rojizos a través de la abertura purulenta. Un cierzo insufrible, venido de no sé qué ventisqueros, penetra por la herida y me va congelando, petrificando, convirtiéndome en una áspera roca lunar.

—¡Calor! ¡Quiero calor! ¡¡Detened la hemorragia!!

Al punto, el descenso paulatino de un globo que se desinfla; la catástrofe de un aerolito que se desprende de la vagina madre; de un astro que se precipita, empujado por Dios, sobre el océano...

Y los pasos tornan. ¡Oh sendero maldito que no conduce a parte alguna! ¡Oh losetas infinitas, lívidas como las manos de una muerta, tendidas unas a continuación de otras en la soledad desesperante! Yo os imagino. Os imagino únicamente y no quiero veros aunque pudiera. Os imagino y presiento bajo este cielo de azufre, del cual acabo de descender. Os imagino así, limpias, pulidas, resbaladizas y eternas, listas ya para que un tropel nuevo de hombres inicie su éxodo:

—¡Cesad! ¡Por piedad, cesad!

Y una voz remota, femenina (¡oh, lenguas sabias, sinuosas, escarlata!) me susurra débilmente:

—Duerme.

—¿Aún se puede dormir?

—Duerme.

—De una vez: ¿quién soy?

—Duerme...

El tiempo nunca concluye. El tiempo es también de losetas frías, imantadas, que se extienden sobre este globo terráqueo, y aquel globo terráqueo, y todos los globos terráqueos, confundiéndolo todo, angustiándolo todo, sirviendo de trampolín inicuo para que un millón de hombres, y cien millones de hombres, y un trillón de trillones de hombres se precipite al vacío donde ninguna agua se mece.

El tiempo nunca concluye y todas las cosas ruedan. Ruedan los soles, las olas, las cabezas, las vidas. Ruedan las ruedas y nunca se cansan de rodar. Ruedan los cubos, saltando sobre sus aristas; ruedan los órganos viriles sobre los vientres de la mujer; ruedan en las llanuras enormes las ruedas del ferrocarril diabólico, saltando sobre los abismos hambrientos; rueda la luz en la atmósfera, las tinieblas en la luz; rueda la serpiente en la vertiente, el feto en la matriz, el puñal en la mano homicida, la crin en el aire azuloso; rueda la muerte dentro del corazón humano. El tiempo nunca concluye. Nunca el péndulo deja de sonar. Y si cesara, ¡qué silencio el de los hombres! ¡Qué desolación en los espacios! Daría principio una nueva

vida tremenda, obsesionante, fatalmente melodiosa: la de los pasos lentos, inevitables, sobre las losas del camino sin ruta. Y en las noches frías y claras o en las noches turbias y borrascosas; en los días aciagos y en los días benéficos; en las cuatro estaciones implacables; durante los terremotos y los incendios; a través de guerras e idilios; durante el sueño y la vigilia; durante una eternidad de hechos, los pasos estarían sonando, sonando contra nuestro oído, martillando al tiempo, aunque sin destruirlo, limando aún más sus contornos suaves, redondeando pavorosamente la rueda.

—Ya todo va mejor —musitan a mi oído.

Una línea de luz verde me ciega.

—Amanece —pienso para mis adentros.

—Están al caer las once —anuncian.

¡Siempre el tiempo, el tiempo, el tiempo!

Alguien se revuelve, gesticula frente a mí. ¡No estoy, pues, tan solo! Alguien me habla, destilando un líquido inefable en mi oído.

—Tu voz dulce, dulce, mujer... Así, más cerca, que te oiga bien, que sienta aquí arriba la humedad de tus labios abiertos y aquí abajo el estremecimiento de tus senos. ¡Senos mórbidos, elásticos, capaces de cubrir amorosamente todos los pechos viriles! ¡Senos pálidos, turgentes, hermanos gemelos de la oquedad convulsa de mis manos! Así, más cerca, cerca de tu sexo, cerca de tu lumbre, de la flama. Habla, ¿qué decías?

—El enfermo sana.

—¿Sana?

—El enfermo va mejor.

—¿Quién es el enfermo?

—Tú.

—Yo no estoy enfermo. ¿Has muerto tú también?

—Vivimos ambos, por la gracia de Dios.

—Dame tu mano.

—Oremos...

—¡Dame tu mano!

—Bien. Aquí está.
—¡Tibia! ¡Viva! ¡Oh, desliga mis miembros cautivos!
—Ten resignación.
—¡Acaríciame los hombros!
—Tus hombros están enfermos.
—¡Acaríciame los labios!
—Tus labios están enfermos.
—¡No sueltes mi mano!
—No la suelto.
—¿Está cerca la noche, di?
—Aún es el mediodía.

....

—¿Está cerca la noche?
—El sol es ahora más rojo que nunca.

....

—¿Está cerca la noche?
—Todavía no.

....

—¿Está cerca la noche?
—No temas. Dios vela por ti.

....

—¿Está cerca la noche?
—Va el sol declinando apenas.

....

—¿Está cerca la noche?
—Puede ser.
—¿Muy cerca muy cerca?
—Tal vez.

....

—¿Ya llegó la noche?
—Ya.

....

¡Dulce, dulce Muerte, ahora sí te reconozco! ¿Cómo haberte podido confundir antes? ¿Cómo haber podido creer

que me hallaba entre tus brazos suaves, cuando mis pies pesaban aún demasiado, con su sinfín de raíces diseminadas entre las piedras, hondas, hondas en la matriz de la Tierra? ¡Aún subsistía el dolor! ¡Aún el tiempo y la angustia y la esperanza y el horror trepaban por mis espaldas y, penetrando en mis oídos, me roían el cráneo! ¡Aún caía y me levantaba; avanzaba y retrocedía; ascendía y descendía; y mis pulmones se sofocaban cuando el viento batía de frente; y mi cabeza giraba como una rueda en cuanto el péndulo se detenía; y aquí entre mis piernas se calcinaba algo exquisito, cuyas llamas no alcanzaban a extinguir ni los labios más abiertos y desnudos! ¡Dulce, dulce Muerte, ahora sí te reconozco!

Sé que eres tú efectivamente porque no podrías ser ninguna otra. Ninguna otra mujer, dulce Muerte, posee brazos tan ebúrneos, tan penetrantes y magnánimos. ¿Quién sabría tenderlos tan irresistiblemente como tú? Tu cabellera inmensa y negra, más profunda que la misma noche, no me inspira ningún sobresalto. Es cierto: consume todos los reflejos; disuelve todos los colores; propaga la humedad y el sueño; paraliza cualquier impulso. Pero tu noche no es aquella noche. Tu noche de cabellos largos es sólo una divina selva sin medida sobre la cual gotea un rocío misericordioso, destinado a mantener transparente el aire y libres los pulmones de mis semejantes...Y en aquella noche de que te hablo era imposible respirar. El cielo estaba demasiado bajo, la tierra demasiado alta, y las raíces eran demasiado hondas. En aquella noche pavorosa los hombres gemían, aullaban o se dejaban caer sobre cualquier superficie; y si guardaban silencio —lo cual no era muy frecuente— percibíase a mil leguas de distancia el estridor de una maquinaria exhausta, próxima a estallar. ¡Dulce, dulce Muerte! ¿Cómo te he podido confundir?

Tómame así entre tus brazos fecundos y haz de mí lo que desees. Tómame, te digo, y condúceme al lugar que más te plazca. Dispón, si es preciso, algún martirio. Pero consérvame contigo, transpórtame contigo adonde vayas, cerca, muy cerca

de ti, de modo que yo sienta sobre mis hombros la protección omnipotente de tu omnipotente poder. Siempre, siempre. ¡Bien sabes lo que es eso! Siempre.

Desangra, gota a gota, mis arterias si es que me ha de ser permitido conservar la forma; haz lumbre con mis músculos y mis huesos para calentarte; si me prefieres ciego, sepulta tus uñas en mis órbitas y vacíalas de un solo zarpazo; si el invierno es crudo por estas regiones, cúbrete con mi piel; desgarra mis tejidos y bebe mi sangre si tienes sed; ampútame los órganos viriles si aún dudas de mi castidad. Pero consérvame a tu lado. No me abandones jamás y mucho menos me lances allá de nuevo. Entre tus brazos suaves, contra tu seno, humilde, vasallo sumiso, te serviré por la eternidad.

Recuerda bien ¡oh, dulce Muerte! que aún no me habías requerido y acudí. Tan grande, tan ciega, tan descomunal era mi fe en ti.

LA PUERTA EN EL MURO

La puerta en el muro

Bien ves que nosotros hemos
dejado todas las cosas y seguídote.
Lucas, XVIII , 28

Hay un trecho largo hasta aquella puerta y, quien no conozca bien el camino, corre el riesgo de extraviarse.

Primeramente las calles son anchas, planas, sin árboles, blanqueadas por el sol y el polvo, con altos edificios azules, rosados o grises; no hay jardines por los alrededores y las casas se levantan sobre la misma acera formando una doble muralla de piedra cuyo objeto nadie conoce. Son numerosas las calles, aparentemente iguales y corren hacia un solo punto lejano, como los tallos de un ramo de rosas en un florero. Mas, a merced que se avanza en la infinita y calurosa tarde, las casas se hacen pequeñas, los colores se atenúan y uno experimenta el primer impulso en todo el día de levantar los ojos y mirar al cielo. Ya recorrido un buen trecho, no hallaréis sino una calle.

Larga para el hombre, cuyas piernas son quebradizas, no debe serlo así para el tiempo, cuya voracidad y resistencia son insaciables. Se tiende en línea recta, sin protuberancias, como un eucalipto caído, y alguien diría sin pecar de exaltado o tonto que se bifurca en el horizonte. ¡Tal impresión da! Especialmente a estas horas, caminando de Oriente a Occidente, paréceme que el sol descansa al final de ella, quieto allí, reclinado, como un pastor a la sombra de los floridos manzanos. Nadie podría suponer quién habita esas casas silenciosas,

sumergidas, de color pizarra, cuyas ventanas están todas cerradas; nadie podría sospechar qué ocurre tras esas ventanas, dentro de esas blancas cortinas, cuya sombra debe ser tan plácida; y mucho menos nadie acertaría a aventurar quién sembró esos árboles, quién cultivó esas flores y a quién se le ocurrió pintar los tejados con unos colores tan vivos que lastiman la vista. En toda la extensión de esta calzada no os sale al paso un perro un hombre, un pájaro. Conformaos con la luz. Yo he hecho el recorrido algunos cientos de veces y, ni a una hora ni a otra, jamás tropecé con nadie. De noche, las luces están encendidas —es cierto— mas también lo están las estrellas arriba y nuestra incomodidad en la noche no es por eso más benigna. Tampoco sopla viento y debe hacer algunos años que no cae una gota de lluvia. Tal vez, en virtud de esto último, el polvo del camino sea leve, oloroso y blanco como la arena de una playa. Y tal vez, asimismo, a ello se deba el que los tejados se muestren tan duros. Y que los árboles hayan detenido su crecimiento, ensanchándose furiosa e inútilmente en un impulso constante por estallar. Y que nadie apetezca entreabrir las ventanas y asomarse a ellas, porque al hombre le complace la frescura, el rumor de la lluvia, el olor de la hierba joven y la presencia de las ramas tiernas doblándose bajo el peso de los frutos maduros. No, no: allí no madurarán los frutos, no hay más murmullo que el del silencio, y, si algún extraño día lloviera, la calle se poblaría de gente alegre y bien dispuesta que, sacando mecedoras y sillas de sus casas, se pondría a charlar animadamente, lanzando exclamaciones de júbilo, agitando como aspas los brazos, mirando sin cesar al cielo, en tanto que el agua les chorreaba por la frente, por las ropas, por el vientre y a lo largo de las desconsoladas piernas. Si algún día lloviera nadie podría transitar por la calle, pues el polvo se transforma en lodo; mas el hombre se sentiría tan satisfecho que se tumbaría a morir allí sobre ese lodo, y los hijos volverían a sus padres, los hermanos a los hermanos, se reconciliarían a reunirse entre sí como las bestias perdidas en la inmensidad de la montaña.

También alguien diría:

—Puesto que llueve es señal de que podemos reanudar nuestras labores.

Aunque nunca falta un escéptico —el que ha visto llover otras veces— que soslaya:

—¿Qué labores?

Y hay quien, al escuchar esto, recoge su mecedora o su silla, empuja la puerta de su casa y vuelve a sumergirse en la sombra de las cortinas blancas, persuadido de que efectivamente en la solitaria y polvorienta calle nada tendrá remedio.

Esto ocurre esporádicamente, de ordinario durante las grandes fiestas de la primavera, cuando la juventud, el amor y el canto alegre de los pájaros parecen prometerles a los hombres:

—Es bello y admirable vivir, ¿quién lo duda? Tomad vuestras pasiones, hasta el último impulso de vuestra sangre, y dejad la razón en casa. Reuníos pronto con nosotros, pues, contra lo que se supone, la vida es fecunda y pródiga, imperecedera la alegría y sumamente razonables y justas las ilusiones del hombre.

Al final de esta calzada hay una puerta. Reflexiono:

—¡Quién quita y hoy sí sea el día!

Era una mujer limpia, fresca y risueña y propendía a vestirse con telas claras, generalmente estampadas en flores. Peinábase con los cabellos recogidos sobre la nuca y se empolvaba con exceso el rostro. Cuidaba mucho, por otra parte, de sus manos, que sabía mover graciosamente como un niño o dejar caer abandonadas sobre sus faldas en esa actitud un poco religiosa, un poco campesina, un poco como en espera de algo que tienen las madonas italianas, los párrocos de aldea y los miserables idiotas. Gustaba de los sombreros altos —yo diría que extraordinarios— y de las piedras falsas. Y caminaba con sencillez, hasta tímidamente, como una buena esposa. Era tierna, no hay

duda, y resultaba comprensible que me hubiese enamorado de ella.

Rara vez se perfumaba. Yo le decía:

—¿Olvidas que te quiero?

No es agradable ver sonreír siempre. Me exasperaba esto.

—¿Hay algo de risible en ello? —le preguntaba.

Y a lo mejor, de espaldas, poniéndose el sombrero, sonreía otra vez. O varias. Me tendía en la cama, viéndola.

—¡Oh, qué miras! —y se turbaba—. ¿Qué miras de ese modo? ¿No me conoces?

Había sido una vida dura la nuestra. Creo que en el fondo me temía y me admiraba: jamás me lo reveló. Sin embargo, hay algo secreto y común, mudo, terrible, en la convivencia prolongada de las gentes; algo que no es el amor, ni el rencor, ni el hábito, ni la inteligencia, ni el abandono, ni siquiera el orgullo, y, que, a manera del viento que levanta y se lleva el polvo desnudando las rocas, desnuda, expone y anima los sentimientos, las reflexiones, el delirio y hasta los propios ensueños. Ella sufría y es posible que yo compartiera su sufrimiento. Otras mujeres habían llenado en mi vida un vacío.

—Me sacrifico... —balbuceó una tarde. Tenía su orgullo.

—¿Tú me amas? —le preguntaba.

—¿Y tú?

Tampoco replicaba abiertamente; tampoco miraba como hubiera sido preciso en ciertos momentos. Era una buena esposa y caminaba con sencillez, sin ruido, sin pretender inquietar al hombre.

Nos sentábamos sin hacer nada.

—¿Piensas algo? —y hasta me parecía melancólica.

Debiera haberme dicho:

—Pienso en las mujeres que habrás amado.

Recuerdo una vez que la sorprendí llorando. El llanto afea tanto los rostros de las mujeres como los sombreros altos. Me afectó, lo confieso; y me conmovieron sus manos pálidas sobre las faldas, igual que las de los párrocos y los idiotas.

—¿Por qué lloras? ¿Estás enferma?

Hay una mirada que atrae y otra que rechaza; pero hay otra sin sed ni fatiga que invita a permanecer en un mismo sitio. Fue terrible esto último. No obstante, pronunció aquello que aún no olvido y que fue lo único que en realidad merece la pena de recordarse:

—Hace algún tiempo que lloro, ¿no te doy lástima?

Iba a decir:

—Si de verdad me dieras lástima todo se habría perdido. Te amo; esto ya es distinto.

En cambio, permanecí de pie, mirando su mirada que no impulsaba a moverse.

—Solamente el llanto de los niños me conmueve. Así, pues, cállate y escucha.

Nada de eso dije. Después me acomodé a su lado y hubiera deseado que reclinara su cabeza en mi hombro. Era orgullosa. Y altiva.

—¿Ves cómo llueve? El campo para estas fechas debe estar ya muy hermoso...

Y porque no experimentaba yo ninguna lástima huyó hasta su alcoba.

Rara vez se perfumaba. Hoy sí.

—¿Y qué perfume es ése?

Debía ser el otoño y ella se sentía a gusto en su vestido de flores. Incluso, me parecía que su cuerpo movíase con una agilidad, un presentimiento, una esperanza desconocidos; que su mirada, contra todo lo establecido, impulsaba a moverse también, a rondar en torno a ella como alrededor de un abismo o una llama y —¿por qué no?— a echarle un brazo por la espalda y contemplar de cerca su rostro excesivamente polveado. Sí, era el otoño y hasta en la ciudad se advertía su presencia. En esas tardes de octubre puede el hombre emprender los caminos más imprevistos. Puede, igualmente, descubrirse de pronto una nube no vista antes, un aroma jamás aspirado, una razón heroica o el resquicio de alguna puerta

cuyo tenue resplandor invita a entrar. ¡Nadie sabe! Ciertamente, durante el verano y durante el invierno y durante cualquier instante de nuestra vida puede descubrirse ese resquicio. Pero tenía que ser en octubre, como tiene que ser un instante preciso aquel en que deba ocurrir esto o aquello.

—Me voy.

—¿Te vas?

No entreveía yo ni remotamente la pérdida.

—Sí.

—¿Volverás pronto?

—¡Nunca!

Y me eché a reír.

"Está de buen humor la señora", reflexioné allá adentro.

—¿Y adónde encaminarás tus pasos? ¿Tan lejos, tan lejos...?

Se hallaba ante mí, como el espíritu de sí misma.

—Tan lejos —articuló.

Me puse en pie.

—¡Mírame! —le dije.

—Ya te miro. ¿Qué?

No, no había nada en su mirada, como no lo hay en el firmamento lejano y limpio durante los cálidos días del estío.

—¡Mírame, mírame! Todo depende.

—Te estoy mirando. ¿Ya?

Fue la menor conmoción de mi vida. Y de la de ella. Pude decir adiós o hasta luego y me puse a fumar. Oí la puerta, sus pasos, otra puerta allá abajo, como cuando llamaba el cartero, y en la calle un soplo de viento que estremecía los árboles. Tal vez experimenté algo de frío. Aquel mes había llovido copiosamente y las montañas vecinas se hallaban cubiertas de nieve. Con el silencio, ese frío se acentuó. Miré hacia atrás, en dirección al espejo, y la proyección no me sugirió nada importante. Tuve, eso sí, la visión de una calle extraordinaria, cubierta de polvo, sin perros ni hombres ni un pájaro en el espacio, y que se bifurcaba en el horizonte. En seguida, me

pareció que el cielo se encapotaba, que algún postigo cedía y que la calle se poblaba inauditamente como en los sueños. Todos parecían confusos y me miraban. Contra la ventana caía la lluvia. Y alguien proclamaba:

—Puesto que llueve es señal de que podemos reanudar nuestras labores.

Tomad una piedra redonda y plana y lanzadla con todas vuestras fuerzas sobre la superficie de un estanque. Tomad después otra piedra igual y arrojadla verticalmente contra el remanso. ¿Qué preferís, sin duda, la carrera loca y ágil sobre las aguas quietas y la inmersión lenta o el profundo sonido grave de algo que verticalmente desaparece?

—Me gusta ver las ondas ampliarse y llegar a la orilla —decía mi primera amante.

El hecho es que era una mujer sin importancia y con demasiado vello en las piernas. Por si fuera poco, ha muerto y no viene al caso ocuparse de ella.

—¡Ah, sí, sí me acuerdo! De la iglesia conservo una idea general muy vaga: algo así como un montón de pedruscos grises con una cruz gris en alguna parte. Podría aventurar que las imágenes eran tornasoladas y crueles y que sobre las gradas del altar mayor se alzaban dos candelabros descomunales. Posiblemente, si los viera de nuevo convendría en que no miden ni un metro. Pero, en fin, durante los atardeceres hacía mucho frío en la iglesia, se veía escasamente por entre las sombras y cuando alguien entraba por la puerta trasera todos nos volvíamos a mirar a un tiempo como si a cada cual lo llamaran por su nombre. Éramos desmedrados y a usted le inspirábamos una piedad cristiana.

—A ver, a ver —repetía—. Amar a Dios sobre todas las cosas.

¿Amar a Dios? ¿Amarlo, amarlo? ¿O temerlo, especialmente, cuando usted se encaramaba en el púlpito y con la pesadumbre de quien lleva a cabo un acto feo o deshonroso vomitaba injurias contra los pecadores y prometía el fuego eterno? ¿Cuando usted, con sus ojos azules tan incapaces, pretendía persuadirnos de que, en efecto, Dios era una cosa horrible?

—A ver, a ver: amar a Dios sobre todas las cosas.

¡Cómo no he de recordarlo! Y sepa, además, que durante las noches de aquellos días uno se arrebujaba entre las mantas, apretaba los muslos y, por precaución nada más, repetía entre dientes la lección del catecismo.

Ordinariamente mi madre me preparaba algún postre: era la recompensa a una devoción obligada. Y comía de aquel postre hasta hartarme, hasta que se me retorcían las tripas y me entraban náuseas. Mi cuarto tenía una ventana. Era feliz.

—Harás bien en amar a Dios sobre todas las cosas —me aconsejaba ella.

Esto me preocupaba. ¿Efectivamente, era así?

—Si te contara —argüía— que te amo a ti infinitamente más que a Él, ¿qué dirías?

—Diría que has pecado y que deberás hacer la primera comunión cuanto antes.

Y la hice. Y no fue posible nunca nunca que se llevaran a cabo los propósitos de mi madre.

¡Acuérdese usted! Éramos alrededor de una docena y nos sentábamos en la última banca. Debe usted perdonarme: me distraían sus hermosos ojos azules.

Lo primero que oí de Beethoven fue que era sordo. Después, que era sucio, horrible y muy desdichado. Una tarde —ahí sí no sé en qué parte— escuché algo de su música. Alguien pedía:

—Que se salga el niño.

Un pariente de mi padre me llamaba "El Bandido Terrible".

—Aquí estoy bien, gracias —dije.

Y me senté con las botas sobre el asiento.

Fue la primera vez que sospeché muy oscuramente que debería existir una calle dolorosa y sin sombra, de muy extraña topografía, por donde Beethoven, el sordo, debería haber paseado en un tiempo.

—¡Por Dios, qué tonta es la gente!

Y qué desdichada. También esto lo recordaré de cuando en cuando.

¿Conocéis el juego del "Chorro, Morro, Pico, Tayo, Qué Dirás Que Es"?

Pues consiste en esto:

De diez, ocho o seis muchachos se forman dos bandos físicamente equilibrados, que serán los que se enfrenten. Otro muchacho cualquiera, apacible y de buen aspecto, hará de Madre. La Madre, siempre persuasiva, sencilla, se sentará en el primer peldaño de una escalera o en algún muro de poca altura, con las piernas entreabiertas. Los dos bandos echan a suertes y el triunfador se apresta a la lucha. Uno de los sometidos, con las ancas erguidas, apoyará su cabeza en el regazo de la Madre; el siguiente colocará la suya entre las piernas del primero; el tercero entre las del segundo y el cuarto entre las del tercero. De pronto, uno de los del bando contrario, tomando empuje y alientos como el percherón frente a la yegua, saltará sobre sus enemigos para treparse en las costillas del que se ayuda en la Madre. Y así sucesivamente los demás. Naturalmente, el éxito de estas maniobras consiste en caer tan pesadamente sobre los supuestos asnos como sea posible; con la misma brutal alegría y el mismo ardor de quien pretende

hacer valer un grave privilegio. Ya todos a cuestas, el primero dice:

—¿Chorro, Morro, Pico, Tayo, Qué Dirás Que Es?

Y muestra uno de los cinco dedos de la mano.

La Madre, árbitro infalible, de infalibilidad taciturna, observa. De abajo, aventuran:

—¡Morro!

Y era Pico, puesto que se trataba del dedo medio.

A continuación la historia se repite hasta que los asnos acierten. Así siempre.

Este juego se practica en los colegios, durante las horas de asueto, y provoca en el ánimo un excepcional entusiasmo.

Nunca supe —y traté de esclarecerlo a toda costa— por qué se veló aquella placa.

¿Tal vez, de haber ocurrido de otro modo, me habría convertido de golpe en el primer fotógrafo de paisajes o, bien, habría resuelto sin proponérmelo el teorema universal de la invisible enlutada?

Hay un cabaret horrible en un pueblo de la costa. Se encuentra situado en una lejana y tenebrosa barriada de pescadores, tan próximo al mar que a marea alta las espumas llegan hasta su puerta, penetran por las grietas de la fachada y con frecuencia tiene uno que descalzarse para entrar en él. Lo conocí una noche.

Es un local muy amplio, dividido en dos salones, el primero de los cuales es el bar. Allí, a altas horas de la noche, siempre hay gente que bebe, chilla o duerme contra una mesa o bajo una mesa. Las mesitas son cuadradas, muy bajas; pintadas de azul añil, como los muros. El techo es alto y negro, opaco, y la luz más turbia todavía, como si se filtrara a través de un colador lleno de nata. De las lámparas cuelgan largas

tiras de papel de seda y unos caballitos de cartón con las orejas demasiado solemnes y que, a impulsos del viento marino, revolotean circularmente en el aire o se acometen unos a otros produciendo en el ánimo del más tonto la impresión de que algo terrible puede ocurrir bajo esos caballos de un momento a otro. Sobre una plataforma con dos escalones plateados toca la música. Es una charanga de seis profesores dormidos: seis criminales de la peor ralea que han dejado el mar o la cárcel y se han sentado allí con algo entre las manos donde soplan o golpean, esperando no diré que la Muerte sino la justicia que les eche mano. Las piezas que tocan son salobres y monótonas y los parroquianos así las exigen, puesto que el baile está sujeto a tarifa y la fricción ha de durar lo suficiente a fin de que unos y otros se sientan satisfechos. Tras las ventanas del bar tiembla la oscuridad misteriosa del océano. Hay también unos espejos altos, como para gigantes, donde nadie se mira. Y si se da el caso de que alguno lo haga, tópase imprevistamente con un horripilante visitante, verde y cadavérico, que os contempla desde un mundo de cerveza, sonambulismo y conchas marinas. Ni os conocería vuestro propio padre; pero la música suena y esto es lo interesante.

Todo el mundo sabe que no es un cabaret propiamente —sea de la índole o categoría que sea— el lugar adecuado para esparcir una pena, ahuyentar una preocupación grave o mitigar ciertos estados de ánimo rayanos en la desesperación o el remordimiento. El cabaret, sea de topacios, agua marina o sal común y corriente, es un rincón espléndido para el hombre sano y en su juicio, con cierta ilusión por delante, que procura reír alegremente, beber y comer aceptablemente y acariciar con languidez las deliciosas caderas de quien a esto se preste. No obstante, ni alegre, ni muy en mi juicio, ni con la más leve aurora en perspectiva, me arremangué los pantalones aquella noche de marea alta y penetré en el tugurio. Era ya muy tarde —suponía que la madrugada— y tropecé con un escaso mundo de borrachos que, tras haber hecho lo

humanamente posible, hallábanse en ese periodo especial y somnoliento de los humores resecos, las caricias sin consuelo y los codos sobre la mesa como único apoyo en el sexo y el espíritu. No hablaban ni reían y miraban la mayor parte hacia la puerta. Chinches o mujeres había algunas entre ellos, y el calor era excesivo. En aquel momento —recuerdo— no sonaba la música.

Ah, sí me senté, y es conveniente saber que me encontraba por aquel tiempo en un periodo extremadamente difícil de mi existencia.

No era, que te diga, ninguna tragedia especial mi vida, sino que me hallaba... relativamente enfermo. Convaleciente, sería más justo. Rara vez visitaba el mar y esta vez lo hacía huyendo de ciertos excesos que el doctor dio en llamar prohibitivos. Me explicaré. Había quebrantado mis nervios en una tensión endiablada, y, los nervios, tan resistentes en mí a cualquier esfuerzo de toda índole, habían cedido como los maderos de una construcción defectuosa. Eran prolongadas e inquebrantables mis jornadas ante la mesa e innumerables y borrascosos mis excesos amorosos. Fue una época sórdida y grave, angustiosa y sombría, que pudo llevarme a la muerte, de no haber buscado el remedio a tiempo. Como resultado de todo esto, bebía mucho, fumaba y consumía el café por litros. Recuerdo algunas madrugadas —las que me anunciaron el colapso— sentado impávidamente en la cama, obnubilado y confuso, como en un pasmo de epilepsia. Recuerdo las noches dilatadas, catastróficas, sentado ante mi mesa, repitiendo sin cesar una misma palabra a la que no hallaba modo ni manera de que sucediera otra. Y recuerdo, tiempo adelante, aquellas crisis poco aparatosas, mas terribles, ciertas ondas de locura, durante las cuales con el rostro de un muerto asomábame a la claridad helada del espejo sin encontrar la razón, el sentido y la memoria, perdido —me imaginaba— en un pozo de oscuras cenizas o en un aceitoso mar de olas amarillentas donde mi propio cuerpo se diluía. Recuerdo mis turbulencias

afectivas, el desorden brutal de mi espíritu, la trepidación de mis arterias, los gritos desgarradores y trágicos de mi conciencia que agonizaba. Diríase que el mundo actuaba con una vertiginosidad y resonancia desusadas, incomprensibles para mí, y que me producía el estupor de quien a cada objeto que toca se le adhiere reciamente a las manos. Y los objetos eran blandos, serosos, y no había puerta lo suficientemente sólida que permitiera ser abierta. No seguía adecuadamente el curso de los acontecimientos y, en cambio, comprendíame perseguido atrozmente por ellos; ni seguía el ritmo del hombre que vive, sino de aquél cuyos pies abandonaron la tierra y cuyos nervios autónomos a fuerza de prolongarse y desgarrar la piel han echado raíces en el vacío, captando lo que en él se desarrolla y que resulta para los demás inasible. Por olvidar, había olvidado de reírme, que es el más cruel anuncio de todo colapso.

Muy natural, por consiguiente, que convaleciente de estos males, repuesta mi salud en parte, mi sensibilidad quedase enferma y a flor de piel como una espantosa herida. El mar la curaba; mas se advertía su presencia. Veríamos.

¡Cómo bebí aquella noche! Vestida de morado, con los pozos de sus ojos más profundos que la misma noche, ella fue la culpable. Por prescripción médica habíaseme vuelto a permitir el tabaco y el ejercicio moderado; mas no el alcohol, entre otras cosas. Debieron ser quince o veinte los vasos que ingerí en pocas horas. Pude o no perder el conocimiento. Y recuerdo ahora muy distintamente los espejos submarinos donde los monstruos de mar substituían a los hombres borrachos, y los caballitos de cartón golpeándose no en el aire sino en la arena, a los músico-criminales apretujados en un rincón huyendo estrepitosamente de la justicia. Recuerdo que el vestido de ella era brillante, que se le untaba a las ancas como un pulpo en celo y que sus uñas violetas producían la impresión, bajo la luz de leche, de diez sucias y enfermas amatistas. Recuerdo que se inclinaba sobre mí para encenderme un

cigarrillo y que sus senos también se inclinaban como algo destinado a amputarse allí mismo con un cuchillo de los que utilizan las cocineras. También guardo memoria de sus tacones raídos y sus piernas hambrientas, surcadas de venas. Pero tenía los cabellos espesos y lacios y podría besársela, llegado el caso.

He de mencionar cómo intenté el suicidio.

El cabaret, ya digo, hallábase sobre las mismas espumas; mas, para la madrugada, había bajado la marea y se extendía la costa, limpia y rara, invitando a seguirla. A tramos, crecían algunos cocoteros. O había luna o yo me lo supuse de este modo; la veía. Y no era una luna común y corriente, sino levemente purpúrea, al parecer en extremo pesada y bogaba por entre las nubes con una lentitud insólita. Salimos. Era con objeto de despejar la cabeza. En cuanto a mí, habría seguido cualquier rumbo. Mas no dejaba de ser extraño, para alguien que nos hubiera visto, caminar sin decisión alguna, lentos y pesados como la luna, ajenos y extraños, casi enemigos, sobre las plateadas y lisas arenas. Se comprende que a tales horas baje a la playa un renacuajo extraviado, un pajarito enfermo o una pareja de amantes. También un par de amigos; o de asnos. A la mañana siguiente examiné nuestras pisadas y tal parecía que un buen número de personas habían tomado esa ruta. Debía ser cómica y espeluznante la marcha. Pero me hallaba a salvo y esto me produjo alegría.

—Un poco más, otro poco... —y sujetándola del antebrazo, no le permitía alejarse demasiado—. De un momento a otro llegaremos. ¿Distingues aquella luz verde?

Era una luz amarilla y el lenguaje de ella vergonzoso.

—Si por aquí no hay nadie —y avanzaba—. Si aquí o allá da lo mismo. ¿Qué temes?

—Vamos, pues, ¡sígueme! Verás qué admirable es mi casa.

Preguntaba qué tal le pagaría.

—Tengo diez criados y mi mujer duerme. Ella duerme como nadie se imagina y la trasladaremos a cualquier rincón sin despertarla. Entonces tú te meterás en su cama y a lo

mejor te quedas allí para siempre. Tengo diez criados que te servirán si yo lo mando.

Lo que buscaba estúpidamente eran unas rocas donde sentarme: en la insensatez de mi estado olvidaba que no había rocas y que sobre la arena puede uno reposar cómodamente.

—¡Ya verás qué bien se duerme entre aquellas sábanas! Toma, te adelanto esto.

La mujer se me reunió y le eché el brazo al cuello. Caminábamos con el agua a la rodilla. ¡Oh, cómo me reí!

—Y tengo otras muchas cosas. Tengo un gran jarrón de porcelana y una mesa llena de trastos viejos y unos cigarrillos de tabaco rubio que endulzan el aire. Tengo un jardín con cerezos y una ventana cubierta de hiedra donde podrás reclinarte. Tengo jamón y huevos frescos y fruta fresca en la cocina. ¿Sientes hambre? Podrás comer cuanto apetezcas; puedes comer en cuanto llegues, ¿no lo recuerdas? Son diez los criados y se desvivirán por servirte.

Con las diez sucias uñas de amatista apretujaba la cartera, llena de misterios.

—Esto a ti no te importa, pero tengo también tres hijos.

Debían ser algunos los kilómetros recorridos.

—Tres hijos pequeños y rubios que no saben nada de esto.

De pronto se detuvo abominando de ellos.

—¡Verás qué espléndido!

Abracé la idea dúplice y repentina de un suicidio y un crimen.

—¡Tú no sabes! Aventurémonos más adentro.

Es claro que se resistía y como que reía o lloraba; que lo fresco de la espuma en su cintura le despejaba la cabeza; que advertía por no sé qué oscuros presagios que la broma era ya excesiva.

—Unos pasos más qué importan...

Resultaba extravagante su mortal terror a que la cartera con los billetes se mojara.

—¿De qué me servirán mañana? —levantaba el brazo, mas el agua era ya tan alta que su intento fue del todo vano. Perdió

al fin la cartera, que recuerdo como una larva. Ya no se podía hablar, con el agua al cuello. Y mi inmediata impresión fue esta: que tornaba a asomarme como tantas veces al espejo de mi alcoba en busca de la razón, la verdad y la conciencia. Mas el espejo era tan inmenso que alcanzaban a proyectarse en él el doctor y mis hijos y mi mujer junto al jarrón de porcelana.

—¡Se ahoga! —gritó alguien tras un biombo.

Y me volví. Tal vez por ser la voz de uno de mis hijos verifiqué el impulso. Yo pensé en ese instante que quien se ahogaba era él.

—No sería justo —y sí, sí me volví.

Fue lo que me salvó la vida, y lo agradezco. Mas no deja de inquietar a uno por las noches la visión de aquel vestido nocturno que se alejaba sobre las aguas revueltas igual que una barca colmada o unos negros labios que sonríen. Sí, era un vestido increíble y chillante con una pobre vida adentro.

Muy bien. Mas hablando de hechos dolorosos, ninguno como recordar que a mi pobre padre, en vida, le triscaban siempre los zapatos. Probad a oírlos sobre unos peldaños de madera, con el carácter de él tan retraído y tímido.

—Tras, tras... tras, tras...

Debía ser inflexible y cruel mi madre, puesto que, rascándose los sabañones, solía preguntarle a menudo si de verdad había cubierto su importe.

Uno deliberadamente razona y se devana los sesos y jamás en la vida llegará a aclarar debidamente por qué se escribe. Quiero decir, por qué escribe uno. Frente a las páginas dispuestas —tantas, tantísimas horas—, al iniciar un nuevo trabajo, viene a uno de repente la inquietante y quejumbrosa pregunta:

—Está bien, ¿y para qué?

Y con una sola línea entre las cejas, con las puntas de los pitillos en dos hileras, pónese uno a estrujarse el corazón y la cabeza buceando en la horrenda vida de los hombres.

Son los momentos diurnos o nocturnos, pero implacables, en que el viento nos arrebata las páginas, yergue en alto las colillas ateridas y forma con todos estos elementos, bajo un cielo mortal o inmortal —¡qué importa!— la somnolienta callejuela de polvo donde no se ve a nadie: ni a un perro, ni a un hombre, ni a un triste pájaro en el espacio.

La que me abandonó, prorrumpió un día:

—Sí, realmente se vive mejor que por estos rumbos. ¡No sabes qué dichosa me has hecho! De veras.

Eran los tiempos felices.

Cierto día de niebla abofeteé a un tonto que se rió de mi cabeza rapada. En un principio, me divirtió y llenó de optimismo pensar que existiera alguien tan despreocupado y alegre que un incidente tan simple le produjera risa; porque al reir es bien sabido que el hombre se olvida de todo. Y, al olvidarse de algo, significa que no hay mucho de qué acordarse. En fin, consideré que era testigo de algo muy saludable, primaveral y digno de envidia. Mas, a poco, advertí cuán equivocado estaba. Me detuve y le dije:

—Usted perdone.

Fue cuando descargué el puño. A su lado temblaba una criatura tristísima, inconsolable y cadavérica, que debería ser su hijo. Es claro que en circunstancias tales aquél era sin duda un tonto.

—Usted perdone.

Debía suprimir el engendro y se reía. Un tonto, incuestionablemente.

—Eso es, usted perdone.

No hay nada sobre la Tierra tan irritante y estúpido como la tontería.

Y se me ocurre pensar que de todos los pasos y todas las huellas nuestros pasos y nuestras huellas son los más importantes.

—Por lastimosos e inexplicables que sean —como dijo una tarde.

Puede que, debido a esto, uno guste de tostarse al sol, verse el cuerpo desnudo y saber con certeza que las mujeres hermosas nos desean.

Las ceremonias pueblerinas, de no llegar a Dios —como me imagino—, sirven al menos para mostrarle qué dolorosa y lamentable es la especie humana; qué cándidos son sus pobres espíritus atormentados y qué urgencia vital tienen de buscar por todas partes un soporte, una ayuda. Sirven, positivamente, para que Él se detenga con mayor calma a escuchar esta música de abajo y contemplar —no sé si fraternal, paternal o socarronamente— esos rostros extáticos, con la fe de los niños, y esos cogotes humanos que nadie ha explicado satisfactoriamente, y que en los pueblos, de tan quemados y humildes parecen sarmientos. Las ceremonias pueblerinas sirven para que aquél que ha engañado a alguien comprenda bien qué cruel ha sido su engaño y para que los engañados arranquen el llanto al prójimo: el prójimo que llega y se detiene en suspenso como quien topa de pronto con una montaña. El prójimo de afuera, que a fin de cuentas da lo mismo.

He aquí una misa de pueblo o una boda. ¿Y qué es ello? Pero no hace al caso. El pueblo es fértil, oloroso y profundo. Hay como en todos los pueblos huertas y perros y mujeres encinta y acaso un río; y hay casas en ruinas y amplias sombras perfumadas y unas tiernas vacas melancólicas, con las ubres llenas de estiércol. Hay una plaza, algunas bancas y lo que hubo desde los primeros días: algunos hombres. Y mujeres. Y niños,

en el peor espectáculo. ¡Oh, no, hablo de los metales exquisitos! Me avergonzaría a mí mismo. Contra lo que se supone, no hay nada sensacional en la miseria; ni en la opulencia.

—*Accidents will happen* —dicen los ingleses. Y así es, ni más ni menos.

Pero seguid este diálogo:

—Yo te aguardaba.

—¿Me aguardabas? No sé quién eres.

—Todos nos conocemos o nadie se conoce; podía ser de este modo o del otro. El hecho es que te esperaba.

—Me alegra eso. ¿Así piensas?

—Así pienso. Te aguardaba de tanto tiempo atrás que ni recuerdo. Te tenía en mis sueños, en mis reflexiones, en mi angustia; te tenía en forma de una implacable esperanza que me desangraba. Sabía, pues, que llegarías, que deberías aparecer sin falta.

—Supongamos que he llegado.

—Has llegado, de hecho.

—¿Y bien?

—Te amo.

—¿Me amas?

—¿Te sorprende?

—Infinitamente. Quisiera creerlo.

—¡Ah, sí, créelo porque es necesario!

—Lo creo y me alegra.

—No debiera alegrarte demasiado.

—¡No comprendo!

—Toma, pues, mi mano y escucha: siento ahora mismo que la vida es infinita...

—¿Me explicarás convenientemente eso?

—Siento que alguna vez por alguna causa imprevista, la vida de alguien sobre la Tierra no se extinguirá nunca; que sus pasos serán cada día más firmes y que su voz se escuchará siempre con la continuidad y vigor de los ríos. Siento que hay una música que no concluirá jamás en el tiempo y que un

mismo soplo de aire agitará hasta la eternidad el mismo árbol. Antójaseme, por no sé qué razones, que en el momento menos pensado se abrirá la tierra por todas partes como una misteriosa granada madura y que germinarán hasta en los riscos menos propicios flores y frutos desconocidos, aromas que nadie ha aspirado y formas nuevas en qué deleitarse. Para estupor del que sobreviva estallarán los viejos astros y surgirán otros nuevos y, a cada alumbramiento de éstos, el mar rebasará sus límites, arrullará las ciudades y el perfume de sus algas será tan intenso que se marchitarán los retoños en sus tiestos, aunque la juventud infinita les será otorgada a los hombres. Nadie hablará más de la hiedra en el muro, ni de la puerta en el muro, sino de la nueva montaña; nadie cultivará la hiedra, ni el enebro, ni las madreselvas, porque la tierra producirá unas flores azules de cristal que, trepando por la corteza de los árboles, derramarán su contenido sobre el que camina...

—Sigue, sigue...

—El amor, entonces, será muy distinto a lo que ha sido. Y también los placeres.

—Sigue, te escucho.

—No habrá cuatro estaciones, sino una sola; ni habrá años y meses sino un solo día; y habrá un solo viento, un céfiro nómada y perpetuo, tan blando que no turbará la llama pero suficiente para que con él se estremezcan las nuevas ramas y caigan sin violencia los frutos.

—Será la Primavera...

—Si quieres que así sea, que sea, pues, la Primavera. Y tú estarás sentada bajo uno de los nuevos árboles, y tu vestido será amarillo, y las escamas del árbol doradas, y sus frescas ramas azules, y sus frutos de un color que aún no existe. Tú estarás sentada, te digo, y te preguntaré qué extraña luz ilumina tus ojos. Y tú me responderás con un ademán de la mano, señalándome la montaña de enfrente. Yo miraré la montaña, arriba el río, y descubriré que es transparente y marina como un cuarzo, luminosa como un faro, resbaladiza como el hielo y tan

bienhechora como una gota de agua. Te preguntaré más tarde de qué proviene el sombrío color de tus pómulos y me señalarás algo muy lejos. Miraré donde tú me indicas y descubriré el sol más extraordinario que jamás nadie haya visto: el sol, será violáceo y áspero, orlado de crisantemos, y sus rayos serán ondulantes como las ondas del océano. Te revelaré secretamente que tu voz me suena extraña, que tu voz me asombra porque el lugar es abierto y debiera sonar de otro modo, y me explicarás que no es tu voz lo que oigo, sino el errante rumor del río, el hálito de tu pensamiento y el latido del corazón de las fieras. Tendré reparos en apresar tu cuerpo y, tú, tomando una hoja entre los dedos, la dejarás caer al abismo para que yo vea que ni las piedras más aguzadas pueden inmolarla. Tu humedad será ardiente, olorosa y sagrada. Será estéril. ¡Mira! Y goteará miel de las altas copas y la miel te arroyará por el cuello. Y yo beberé esa miel cristalina y los labios me arderán como fuego. Me arderá la garganta y el pecho. Y tú, esparciendo tus cabellos rosados, tan húmedos como la hierba, me dirás: "Descansa un poco, cierra los ojos y verás qué frescos".

—O te diré: sólo a ti amo.

—También dirás eso.

—Y algo más: tómame, aunque me muera.

Se interrumpía el diálogo o, más bien que interrumpirse, cedía y se hacía imperceptible porque la música en la iglesia tronaba de tal suerte como si los engañados, en una demoníaca y subterránea revelación, hubieran descubierto la ignominia y vociferaran en el templo apretando los puños y crispando los dientes contra aquél que predicaba. Algo —un milagro, una mirada o el resplandor de una casulla y un rumor de campanillas lejanas— apagó el estruendo y se oyó a la multitud caer de rodillas arrepentida.

—¡Gloria a Dios en las Alturas! —entonaban.

Y el diálogo ya no parecía el mismo:

—Es triste esa música.

—Y es triste la vida.

—Y es triste que así sea todo.

Hablaban los clarividentes.

—¿Por qué llora la plebe?

Él respondía

—Porque temen.

—¿Por qué toca esa música?

—Para acallar los temores.

Pero insistía:

—¿Qué temen?

—Ni ellos mismos lo saben.

—¿Temen a Dios?

—Temen por sí mismos. Saben que han de morirse.

—El alma se revela demasiado pronto.

—Son, pues, inteligentes. ¡No lo parecen!

—Viven simplemente. Se palpan.

—¡Quisiera dejar de oír esa música!

—¿No te agrada su ritmo?

—¡Quisiera dejar de oír esas voces!

—Ya callan.

—También yo tengo miedo...

—Estás blanca.

—Déjame apoyarme en tu hombro.

—O apóyate en mi pecho. ¡De nada sirve!

—Tengo miedo, mira.

Y él miró y advirtió que se encontraban en una calzada polvosa, dilatada hasta la angustia, con unos árboles preñados de aire tibio y unas casas de color pizarra. La calzada se prolongaba hasta el horizonte y como que a lo lejos se divisaba un muro; mas podía ser otra calzada más alta, alguien tendido en mitad del arroyo o un sarmiento calcinado. Podía ser asimismo un viajero que volvía y a quien la puerta no había sido abierta. O algo incorpóreo.

—¡Protégeme, tengo miedo!

Y él la protegía, sin disponer de protección alguna para sí mismo.

—Es un horrible camino, ciertamente.

El polvo y la hiedra mustia envolvían totalmente al pueblo. Diríase que, de pronto, una vegetación infernal había dado en brotar por todas partes, y que la iglesia, y la plaza, y los bronces, y hasta los mismos engañados y las ubres de las vacas se volvían rígidos y crecían crecían hasta lo imposible adoptando las más extravagantes posturas.

—Es un horrible camino.

Y lo era. Ambos lo sabían y se quedaron así, quietos, uno contra otro, esperando dilucidar si lo que obstruía la calle era un viajero, un sarmiento o un muro, o bien esperando también a que de lo alto cayera una gota de agua, una sola, y que esa gota hiciera germinar de entre el polvo no una flor nueva, de cristal azul y muy olorosa, sino una florecilla cualquiera o una manzana muerta de esas que uno pisa sin reparar en ellas cuando va por el campo, aspirando el aire fresco.

—Hay algo tan humano e íntimo como es la escarlatina o un buen plato de alubias que todo eso que estás parloteando me parece inoportuno y necio.

Fue —lo recuerdo— con motivo de una acalorada discusión sobre Arte.

En memoria mía.

—...y cumplir, en fin, con sus deberes.

No he cumplido; pero lo hubiera hecho, en efecto, y las horas serían igual de lentas, de rápidas, de dulces o miserables. Todo el mundo debiera tener noticia de esto último.

Mas he aquí que entra Yumi, el jorobado; y no precisamente el de Eremburg. ¡Excelente tipo! Entra como acostumbra siempre, pisando suavemente la alfombra con sus desproporciona-

dos zapatones llenos de barro y guiñando sin cesar un ojo, del color de las maderas viejas. Estoy seguro que si, como aquél, supiera tocar el violín o algún otro instrumento semejante, llegaría en las tardes con el estuche bajo el brazo y, en la cómoda penumbra de mi alcoba, se pondría a tocar algo muy triste o muy alegre, con sus pequeñísimos ojos en blanco. Como conservo generalmente la puerta abierta, le veo venir desde lejos a lo largo de un estrecho pasillo. Es anguloso y deforme, de nariz roma y boca singularmente apretada y larga. Pisa con los pies abiertos y camina por costumbre con las dos manos en los bolsillos. Pienso que a últimas fechas su abdomen y su giba han aumentado de volumen, y él lo sabe y procura no dejarse ver mucho de la gente. ¡Extraordinario Yumi!

—Trae acá esa butaca y siéntate —le digo.

Tiene cara compungida.

—¿O has bebido mucho?

Puesto que así lo prefiere iremos a mi biblioteca. Es caprichoso el hombre y sospecho que alguna confesión especial quiere hacerme. O quizá intente pedirme dinero.

Bebe ajenjo.

—¿Y no has vuelto a inventar historias?

Parpadea.

—¡Habla cuanto se te apetezca! —respondo.

Está sentado junto a una ventana, con las piernas incómodamente cruzadas, dejándome ver sus burdas suelas de goma.

—Yo no tengo fe en las historias, tú sabes. Las historias se leen y a lo mejor nos divierten, siendo que si las vivieras te partirían el alma. Tú inventas una deliciosa historia y la gente te lo agradece; pero nadie sospechará ni remotamente cuántas lágrimas derramaste al escribirlas o qué alegría te embargaba entonces. "¡Es un tipo inteligente!", dicen. Eso es todo.

Algo se traía entre manos Yumi. Era de lo más sosegado.

—Por el contrario, cuentas una historia que te ha ocurrido y la gente te aparta de un manotazo. O ni atiende como fuera debido. Puede ser que dependa de que no cuentas las

cosas con la propiedad que el buen gusto exige. ¡Pues mucho peor, entonces! Quiere decirse que el interés de las historias está en las palabras. ¡No lo entiendo, de veras!

Tentaba el filo de la copa y se frotaba sus flacas manos de avaro.

—¡No es mal asunto, después de todo, traerse a cuestas una giba! —y se contrajo un poco buscando la luz azul del cielo.

Le interrumpí

—Cuenta ya eso.

Me sonrió, confiado, y echó un sorbo. Cuando era presa de alguna emoción importante sobaba su giba contra el respaldo del asiento y parpadeaba más rápidamente que otras veces.

—¿Te lo cuento? ¡Es excelente! Sí, creo que voy a contártelo.

Me dije: "Con tal que no haya asesinado a alguien. ¡Pudiera haberlo hecho!"

—El caso es que uno no sabe cómo suceden las cosas, verás. Ayer fue un día terrible. ¿Por qué sería así, Dios mío? Habíamos comido mi mujer y yo en paz, y comido muy bien, te lo aseguro. Un pescado... Entonces le dije: "Creo que sí voy a poner la relojería". Como padece de reuma, esto le pareció digno de aplauso. "Tendremos una sirvienta —calcularía— y yo podré así levantarme más tarde y ponerme los paños que me ordena el médico." Muy bien, no me comí las espinas de gusto porque supuse que me habrían hecho daño, pero las limpié perfectamente y formé con ellas un montoncito sobre el borde del plato. Hubiera aceptado otro trozo, desde luego. Por la tarde me fui a la calle y no volví a pensar más en la relojería. O sí pensé, ¿para qué mentirte? Pensé hasta que me dolieron los sesos. Me aburrió aquello. ¡Al diablo la relojería! Ya al oscurecer, me metí a una taberna y bebí una cerveza. "Tal vez con la cerveza pusiera el establecimiento", me dije. ¿Comprendes? Bueno, pues pedí otra. Y otra: ni una más. Cuando salí era ya de noche y el asunto no me pareció tan

urgente como para echarse a tocar puertas y más puertas y trastornar a los vecinos. Caminé un buen tramo, porque la taberna está lejos. Entonces comenzó a llover como si dieran palos y apreté el paso. Viendo que mis zapatos no estaban en buen estado, comprendí sin mayor esfuerzo que la relojería debía ponerse. Y me supuse que a tales horas mi mujer andaría con el reuma, espantando las moscas... "¡Pobrecilla!", me dije. "Llevamos treinta años de casados y las cosas no deben seguir en tal estado". Te darás cuenta: llegué algo compungido.

—Ea, mujer —le solté sin ningún preámbulo—, creo que el local lo tendremos mañana mismo.

No se quejaba, pero traía un pañuelo untado de algo y sujeto a la cabeza.

—También mañana, en cuanto amanezca, iré a hablar con quien tú sabes.

Y aquí viene lo grave. Alguien, de pronto, me dijo:

—No mientas, Yumi. Tu mujer sufre con el reuma y tú sabes que nunca pondrás ese establecimiento. Haces mal en ilusionarla.

Era cierto, amigo. Pero escucha bien para que lo entiendas todo.

—¡Sí lo pongo! —grité.

Y la enferma dijo:

—No grites, hombre. ¡Me alegro!

—¡Que sí lo pongo, te digo!

—Mejor te callas o te vas a otra parte. ¿A eso vienes?

Mi mujer no es una beldad, que digamos; pero nunca me había irritado. Es así de alta. Y terca...

—¿A eso vienes?

Yo debí mostrarme más razonable y no olvidar que le dolía la cabeza.

—¡Vaya, lárgate de una vez al diablo!

Y se puso a llorar.

¡Perfectamente! Pues tardó más en soltar la primera lágrima que yo en ponerme en pie y darle un manotazo con todas

mis fuerzas. ¡Fíjate bien y no lo olvides por si algún día te resuelves a escribirlo! Como supuse en aquel momento que con la mano abierta no le haría bastante daño, la cerré furiosamente y continué golpeándola. Se le cayó el pañuelo y la camisa por un hombro. "Ahora mismo le arrancaré los cabellos." Soy un perdido.

—¡Me matas, Yumi! ¡Me matas! —gritaba—. ¿No te das cuenta de lo que haces?

Estaba ciego:

—¡Toma, toma! Y no acabaremos en toda la noche. ¡Toma! ¡Ahí tienes tu establecimiento!

Nadie habrá golpeado a un ser humano de esa forma. Ni se defendía; pero podía muy bien haberme matado. Y esto me exasperó más. Mientras la azotaba me venían a la cabeza ocurrencias extrañas: mis zapatos hechos una lástima, la nalga de mi mujer con el reuma, las espinas del pescado y un policía que decía por decir algo: "Pon sin falta lo que te propones para que tu mujer pueda tener una sirvienta". Es natural que me fatigara y que la piel se le llenara de cardenales. Me dolían los huesos.

—¡Toma! ¡Toma! Y no tengas ninguna prisa porque me quedan fuerzas de sobra.

Tranquilízate: no la maté. Pero la noche entera se la pasó tiritando. Un poco antes de irse a dormir marchó al baño y volvió sin sangre, ya con el pañuelo atado a la nuca. Le pregunté, por entre las mantas:

—¿Te punza mucho la cabeza?

Tenía hipo.

—No mucho, Yumi —me dijo.

¡Con qué gusto vi entrar el sol por las rendijas y pensé que los comercios estarían por abrirse! "Ya todo el mundo trabaja e iré a verlo cuanto antes. No me pondrá la menor traba." Y vine. ¿Tú aciertas a suponer por qué hice eso anoche? ¡Yo tampoco! ¿Piensas realmente que sea un perdido? ¡Yo, no, desde luego! ¿Y sabes lo que sufría? Ni cuando enterré al

pequeño. Y volveré a pegarle cualquier día de estos, no hay remedio. ¡Hasta con un garrote! Bueno, pues así lo han hecho a uno...

Yumi se empequeñeció en el fondo del gran sillón de cuero como si la sombra del atardecer o el dolor lo fuesen absorbiendo.

—El caso es...

O se miraba las suelas o las manos.

—Con cualquier cosa tendría suficiente: es para unos crisantemos. ¡Le gustan!

—Ni una vez ocurrida tu muerte sucederá en el mundo nada extraordinario. ¿Qué especie de temores, pues, te detienen en vida?

Nadie habría acertado a replicarle.

Dura tan poco la lluvia que la calle es ahora más polvorienta que antes. El lodo se ha resecado, los troncos se han ensanchado otro poco y el color de los tejados es prácticamente irresistible. Quedan, pero muy leves, las huellas de aquellos que habían salido con sus mecedoras o sus sillas y la camisa entreabierta para que los refrescara la lluvia. Por entre el polvo, descúbrese a largos trechos la punta de algún cigarrillo. Tras las cortinas echadas se transparentan las complacientes figuras de algunos hombres que se mueven, con grandes libros en las manos. Escasamente alguno descorre los visillos por una punta y asoma la nariz a la calle. Lo hacen indecisamente, sin curiosidad y menean levemente la cabeza.

¿Esperan a alguien? ¿Me ven pasar? O simplemente se preguntan:

—¿Hasta cuándo durará el polvo en el camino?

Las mujeres deben hallarse más ociosas o atareadas, pues no he sorprendido a ninguna. Es evidente que les preocupa

menos el aspecto general de la calle. Tal vez zurzan o rían o languidezcan o se vistan prematuramente de luto. El amor en aquellas viviendas color pizarra no debe ser exquisito. No sé por qué se me antoja que sus catres serán muy duros, la atmósfera pesada y que los corazones no experimentarán la ansiedad conveniente. Ignoro si los prisioneros tengan relojes, mas, en tal caso, los mirarán de tarde en tarde. El tiempo es un principio sin significación para el hombre y en esta calle lo han aprendido. Han aprendido, incluso, que la lluvia es un bien transitorio y que lo único que procede hacer es sentarse a la intemperie y dejar que aquella resbale libremente sobre nuestro cuerpo. Agradecen el agua; mas comprenden de qué poco sirve. Nadie ni nada limpiará por mucho tiempo el polvo del camino, alegrará los sarmientos en sus jardines y hará perdurar por un día siquiera el regocijo en las almas.

—¿Qué pasa y quién es ese?

Comienzo a intrigarles. Ved a aquél, con la nariz de pato contra el cristal.

—Ni orgullo le queda, pues contemplad sus zapatos —musita. Y otro ser a su lado se mueve—. Tuvo reputación, o la tiene, y muy mal ganada: fue un criminal, se ve en sus manos. Admiraba el campo abierto, los ríos caudalosos, las tardes invernales, y todo eso lo ha dejado atrás indefinidamente. Tuvo un amigo y se compadeció de él. ¡Alguien podrá agradecérselo! Lo recuerdo una noche, dentro de su frac anticuado, enderezando las ancas y sepultando el abdomen para mostrarle a una dama qué encantado se sentía con sus ojos. Aborreció, amó y sintió envidia y debido a esto vedlo ahora caminar con los hombros caídos, como si fuera un anciano. Practicaba la caridad y aún sus monedas ruedan. Por ingratitud, alguien lo recuerda. Por gratitud, muy pocos lo han perdonado. Pretendió vengarse, mas pospuso la venganza para una fecha que ya nada tuvo remedio. No fue un héroe, y en esto lo aplaudo: mucho antes lo hubiéramos conocido. Tampoco fue un asceta, un morigerado, sino que sus dientes mordieron con

fuerza en las frutas y flores más exquisitas. En cuanto a legalidad, dejó un testamento y tres hijos legítimos. Mas de nada sirve que la langosta y la ternera subsistan, y que nuevos y muy lujosos restaurantes se abran al público, y que los hombres descubran nuevos manjares, puesto que el polvo del camino ha arruinado su apetito. Fue un secreto su temor de Dios, mas en secreto se queda. Como testimonio de su talento deja un buen montón de papeles y, en prueba de sus dotes filiales, solía acompañar a su madre tullida por las tardes. Tuvo amores y hermosas citas secretas. En tanto oía, escuchaba música: ni la música que escuchó queda. Y aprendió que la lluvia es una espantosa esperanza, descubriendo hasta muy tarde que escasamente tiene cierta utilidad para los labradores. ¿Lo veis bien? Y abominó del mal gusto, de la necedad de las gentes y de la hipocresía de quienes lo rodeaban: ellos quedan y él se marcha. ¡Ni siquiera huye! Vedlo, vedlo, vale la pena. La belleza, el ingenio, la agilidad, el regocijo, la sinrazón, el fastidio, la devoción, los celos, la salud, la ira, el egoísmo, la exaltación, la pesadumbre, la sed, sus zapatos nuevos... todo lo ha perdido, lo ha dejado. ¿Voluntariamente? Ah, él piensa recuperarlo pronto, volviendo sobre sus pasos. Piensa que volverá, porque confía que la puerta aún no le será abierta. Pero, ¿veis lo que ocurre desde esta ventana? Es doloroso que un alma compasiva no lo haya prevenido a tiempo.

Y me digo:

—¡Quién quita y hoy sí sea el día!

Verdaderamente lo único que me preocupa ante la inminencia es que al otro lado de ese muro y esa puerta continúe la calle polvorienta y desolada. Nadie puede anticipar —a pesar de todas las conclusiones— hasta qué punto un amo puede ser cruel y despiadado con sus subordinados.

—Veamos.

¡Al diablo el hombre aquel de la ventana!

YO DE AMORES QUÉ SABÍA

Yo de amores qué sabía

Y un día, consciente ya de su juventud espléndida, se engalanó la tierra con caminos. ¡Cuán ágiles y tan silenciosamente iguales estos jóvenes e inútiles caminos! Apuntalan en el ánimo del hombre la perenne idea de la huida. Ir —no venir. Tan semejante a las puertas: salir reiteradamente —entrar las indispensables veces.

Y en una tarde así de tantas, la crepuscular cita secreta con una mujer joven que no es la nuestra. Todos los aromas nos persuaden, nos arrastran todas las olvidadas hojas, las descompuestas aguas de los estanques verdes nos invitan. Y los recuerdos... Así fue este imprevisto recuerdo, hoy, durante la espera:

¿Por qué extraña obstinación leía mi padre a Salgari? Singular mundo de mandriles y corsarios debió ser el suyo, sin duda. Y con sus tan desmesurados y agrestes bigotes, retorcidos y robustos como dos guías de hiedra, el trabuco al hombro, cuesta arriba, perjudicando codornices. En la mesa se ataba la servilleta al cuello y contemplaba pestañeando la sopa. Debían ser visiones de niño, torturas de un hombre angustiado que a toda costa pugnaba por seguir siendo niño; de un hombre a quien el tiempo le empañaba de llanto los ojos, obligándole a crispar los dedos repetidamente como asiéndose, no sabía bien a qué —a la infancia, me supongo—. Y su voz torpe, debilitada, todavía tonante.

A cierta hora de la tarde —los jueves— sonaba alegremente la campanilla de la verja y cruzando con elegancia el jardín —¡tantas olvidadas matas!— aparecía *il signore* Lorenzo. ¿Importante? ¿Inconveniente? ¿Gentil? Ya éstos eran otros bigotes: lacios, apretados, melancólicos, significativos, llenos de promesas. El placer estaba a su servicio. Un cigarrillo de oro y el sorbo de té, el cruzar por cruzar una pierna, un tibio ademán, su alto bastón de ébano girando consecutivamente entre sus dedos proporcionábanle sin duda alguna los más inexplicables transportes; o el asomar, aún, sus azules ojos a la ventana, siempre hacia occidente, con una vibración en los labios cual pretendiendo proferir algo que no debía o esforzándose más bien por guardar silencio. Desde mi clara infancia clasificábalo yo como algo tan especial como un domingo. A través de este camino, hoy, lo descubro compungido, incierto; pasajero como cualquier otro día de la semana.

Mi madre era alta, blanca, joven y tan esbelta y tan bella. Excepcionalmente leía: miraba. Este otro mundo era para mí aún más inexpugnable. Como si nuestra huerta en ruinas le fuera cruelmente desconocida, mirábala y remirábala, hoja por hoja, mata por mata, hueco por hueco, sombra por sombra. Y ordenaba aquellas flores que por milagro de la lluvia crecían. Y las que por razón del viento o la estación se desprendían y caían. Claro es que los pájaros no deberían ser los mismos: y con ellos parecía escapar insistentemente por encima de la ennegrecida barda. Mirarla por sorpresa a la nuca era como abismarse en una de esas misteriosas nubes que todavía no se forman, pero que se formarán inevitablemente, por supuesto. Tendía el mantel, levemente almidonado, servía el té "muy cargado" al *signore* Lorenzo o alargaba a mi padre *El estrecho de Torres*.

Pero ¿cómo era yo, por cierto? "Como un abrojo", resumía mi padre. Y mi madre atenuaba: "Es simiente, aún no sabemos". Posiblemente *il signore* Lorenzo optara por el abrojo, pues sonreía. Dispongo de un antiguo retrato mío y lo más

importante en él son las botas. Ello me desalienta. Y me conturba en un grado mayor recordar con qué pérfida voluptuosidad me las calzaba. Pues excepción hecha de las dichosas botas no hallo en mí —niño— algo digno de ser tomado en cuenta. En aquel tiempo me llamaba también Carlos, pero con un significado distinto o sin significado de especie alguna, dulcemente sin sentido. Mi madre se llamaba Águeda. Mi padre, Sebastián —yo diría que a secas—. Todo tan particular como en una familia aparte.

Mi madre expresó esa tarde:

—Mañana jueves, si gustas, te llevaré a la playa. ¡Para que te despidas! Ya sabes que el viernes...

Es inicuo, tonto y deleznable encerrar a un niño en un colegio por espacio de todo un invierno. ¡Y en viernes! Siendo como solían ser los viernes tan claros, tan cálidos, con su tibieza de madrugada, tan libres, viva la ansiedad de la tierra reclamándonos desde sus profundidades, mezcla de abrazo y ausencia, de muerte y de vida en sagrada ignorancia. De escuelas conocía yo lo suficiente. Mas el enigma de aquel cuadrado edificio, probablemente con cisternas y cerrojos, lejano, a seis horas de viaje todo a lo largo de la vía, en una ciudad enemiga, decían que junto al muelle, sin conseguir dormir por las noches en virtud del estrepitoso silbar de los barcos...

—Llevaremos la merienda y los arreos de pesca, ¿quieres? Pero... —una pausa— dudo que tu padre se resuelva a acompañarnos.

Por encima del libro abierto mi padre observó a mi madre y después a mí. Le sentí extraño. Ya estaban listas las maletas, mi ropa de cama señalada en punto de cruz con mi nombre. Únicamente faltaba cerrarlas. Y las opulentas botas —"para que no te humedezcas los pies en los recreos"— allí estaban en su pequeño féretro rosado, frescas y lisas, como un delicioso par de nutritivas salchichas.

Al sonar la campanilla de la verja la excursión estaba dispuesta. Un limpio cielo había, lo tengo muy presente. Y los

caminos superponiéndose libremente en el corazón de los repliegues. Lindas pilas de hojarasca subían o bajaban por todas partes. Hojas con formas frutales, de copas, de algas marinas. Y temblaban algunas ramas —esto me suponía—. Arrojar piedras al viento y descubrir que el viento no las devolvía significaba una desdicha. Ágiles como las patas de un perro sentía mis piernas. Era el paso a nivel, en el kilómetro 20, el túnel y, un poco más tarde, sobre las cinco, pasaría el mixto. El ser viajero tiene su trascendencia. Yo pronto lo sabría.

—¡Carlos!...

Habló mi madre. *Il signore* Lorenzo caminaba a su izquierda, golpeando con el bastón las piedras, mirándose con atención los zapatos. Algo muy claro y distinto veo: el traje de ella, de paño gris, muy largo, con el pequeño cuello de terciopelo negro y sobre el pecho una flor: blanca, si no me equivoco. Y otra flor recuerdo: lila, fea, muerta, al abrir mi madre una noche su armario, porque como me dolía la cabeza...

Debía ser solemne y grandiosa la playa, con altas y afiladas rocas e innumerables y transparentes lagunas que la marea dejaba atrás temblando en sorprendentes círculos. Piedras blancas y negras rodaban ocasionalmente sobre la arena o estallaban como bengalas cuando *il signore* Lorenzo las arrojaba contra el acantilado. Hacia aquella hora cruzó un barco y después otro. A poco, el firmamento se puso gris y el mar pálido. *Il signore* Lorenzo señaló con su bastón a lo lejos:

—Parece de nieve —dijo.

Mi madre sonrió, echándose atrás de improviso. A continuación adoptó un aire muy serio, que hoy llamaría melancólico. Ya el viento le había hurtado a su flor unos pétalos y cierta especie de misteriosa araña brillaba sobre su traje gris de paño.

Por razones que se me escapan ni *il signore* Lorenzo, ni mi madre, ni yo tuvimos apetito. El membrillo, el queso y la fruta quedaron intactos. No me sentía animoso y sí un poco irritado ante la evidente soledad en que *il signore* Lorenzo y mi

madre me dejaban. Con los ojos del alma volvía inútilmente a mi padre.

—¡Nunca, nunca! —oí murmurar a ella—. Es una horrible palabra. ¡Nunca! —y la noté muy pálida.

Permanecer a su lado o escapar hacia los afilados castillos de las rocas me resultaba lo mismo. Quizá *il signore* Lorenzo fuese en realidad quien me estorbara, quizá fuera él quien se interpusiera frenéticamente entre la ostentosa dicha y mi pobre espíritu, acaso él con su bastón quien contribuyera a que la hermosa playa me resultase una horrible playa. Y me dije: "Podría empujarlo al mar y echarle después más agua encima".

Me divirtió suponerme lo que con su impertinente bastón ocurriría. Mi madre le alargaría desde la orilla la mano y lo subiría a las rocas: "¡Qué ocurrencia!", algo así diría.

Pude cerciorarme de que con mi madre a solas la vida se me habría mostrado cómoda, alegre y magnífica. Incluso, aproximándome otro poco a ella, la habría besado. De tarde en tarde lo hacía. Nadie en mi casa abusaba del afecto y los besos y otras cosas constituían privilegios de situaciones excepcionales. Mucho menos se reñía. Como en un mundo de ilusión y sombras, sombras, voces y ruidos se atenuaban progresivamente en mitad de un inefable silencio que tal o cual pájaro turbaba. Una insensible tendencia a asociar mis imágenes con las aves me inclinó de ordinario a la huida. Deriva esto de mi madre.

—Carlos, imagínate que volaras una tarde, ¿adónde irías?

Era con ocasión del milano que evolucionaba sobre los corrales.

—Y una linda esclavita abisinia, con los cabellos leves y oscuros como plumas...

En la playa dijo, volviéndose con curiosidad al *signore* Lorenzo:

—También ellos tendrán sus muros —después miró a lo alto.

Qué miserable y aburrida tarde la del jueves. Admiraba la espuma, sin distraerme. Examinaba los arreos de pesca, abominables. El queso conservaba su aroma, magnífico. Mas algún día crecería yo de pronto, me peinaría de raya y golpearía con mi bastón las piedras. Por debajo de los mongólicos bigotes estoy cierto de que *il signore* Lorenzo me odiaba con su enigmática sonrisa.

—¿Puede permitirme usted —aduje— que le diga algo a mi madre?

Asintió con el bastón y la cabeza. Me incliné sobre ella:

—Vámonos. ¡Estoy harto!

—Sí, tienes razón, vámonos —repuso. Y se puso en pie con sobresalto.

A la mañana siguiente, en el tren de las once y media, partimos. Contra todo lo supuesto, me sentía de un humor admirable. También mi madre lo parecía. Viéndola frente a mí —toda mía, mía y sola— se me antojaba tener los bolsillos repletos de oro y flores y entre los dedos manojos de perlas. Una impresión de riqueza infinita, de escandalosa opulencia, me apresó de súbito. Diríase que al adjudicarme plenamente el panorama podría ofrecérselo ostentosamente a mi madre para deleite suyo. Cuentos e historias sabía, de tesoros mejores y despropósitos semejantes.

—¡Mira! ¡Mira! ¿No ves? —cómo no había de mirar ella, con sus ojos oscuros, infatigables para mirar, a través del cristal amarillo del vagón solitario—. *Il signore* Lorenzo, lejos: qué armonía en el espacio. Lo de mi padre ofrecía únicamente su justa y sencilla importancia.

—Cuando sea oportuno —dije, o debí decir, por lo menos— me casaré contigo —y reía.

Ella apartó el rostro, inconforme quizá con el tal matrimonio.

—Y tú, ¿te casarías conmigo?

El tren rodaba; era muy agradable.

—Lo que ocurre es que mi padre acaso no consienta, ¿qué dices? ¿Y *il signore* Lorenzo?

Y a poco:

—Eso de casarse está bien, me gusta. Te escribiré desde el colegio.

Habiéndose despojado de su sombrero verde apareció sobre su frente una línea de sombra. Golpeaba con insistencia sus guantes. Me miró de frente cuando llegamos:

—¡Listo! —y se incorporó sin prisas. Después, bajamos.

Estúpidamente oscura, insípida y amenazadora apareció la ciudad bajo una lenta y malsana lluvia que escurría por los muros de las casas, descendía y se iluminaba brevemente frente a los escaparates para tenderse al fin en el pavimento como una alfombra metálica. Gritos, ruido y confusión sin origen o sentido. Las claras olas de la víspera, las pulidas ramas de los árboles, las ventanas sin cerrar, el río, mis queridas voces conocidas, las ranas, el péndulo del reloj, los grillos, este o el otro armatoste, la tormenta, los resortes de mi cama eran admirables rumores que alegraban el oído. Y fácilmente, a espaldas de aquel edificio o al extremo de aquella plaza, se alzaría con el dedo en alto el colegio. Tras de sus puertas, cientos de ojos mirándome, examinándome, inspeccionando mis maletas, atrayéndome, hechizándome, cautivándome en un pozo de soledad, apartándome definitivamente de cuanto me era grato y querido. Qué zozobra a cada torre, a cada resplandor imprevisto, a cada portal entornado. Al día siguiente se regresaría mi madre y yo allí con el deber humillante de dejar transcurrir el invierno. Qué sé yo hacia dónde caminábamos bajo el oscuro paraguas.

—Si te fatigas, regresaremos. Acuérdate que tú nunca anduviste de noche.

—Me siento perfectamente. Sigamos.

Hoy adivino cuántas cosas habría deseado confiarme mi madre.

—¿Un refresco? Bueno, aquí mismo. De manzana.

Ninguna sed, el menor estímulo. Comenzaba a descubrir su mirada, que se me escapaba.

—Como quieras, te digo. ¿Crees realmente que sea ya tarde?

Al doblar una esquina sentí sus cinco dedos en mi brazo.

—¡Oh, me lastimas!

Caminábamos de prisa. Tan desconocido y curioso todo. Ah, el muelle.

—¡Mira las banderitas! —y se detuvo, levantando el paraguas—. ¡Tan lindas!

Miré en cambio a mi madre, parpadeando. Iban y venían hombres oscuros, grasientos, con los brazos desnudos, velludos como demonios, contoneando sus cuerpos. En ocasiones se detenían, examinando a mi madre de arriba abajo. Yo me volvía de pronto y allí estaban en círculo, mascullando algo entre dientes. Hombres de pesadilla. Si se reían, ello me indignaba. Decididamente no pintaba muy bien este asunto del colegio.

—Escucha, ¿oyes?... Ahora va saliendo un barco. ¿Hacia dónde irá?

Sentí ganas de llorar no sé si en virtud de aquellos hombretones que miraban trágicamente a mi madre o del buque que partía, a pesar de sus luces. Cesó la lluvia, plegó mi madre el paraguas y pronunció dos o tres frases sorprendentes que comprendí andando el tiempo:

—¡Acuérdate! Qué miedo sentiste aquella noche mientras soñabas...

Y reanudando la marcha, tras una repentina pausa:

—Por las noches, especialmente cuando son oscuras, uno no debe acercarse demasiado al mar, pues corre el riesgo de caerse al agua sin que nadie lo vea.

Pero volvía con dolorosa insistencia a la primera idea:

—Sí, temblabas, con los ojos así de grandes, mirándome sin conocerme. Y yo te dije: "Sí soy yo, date cuenta". Después sonreíste, muy dentro de tu sueño, y todavía exclamaste: "Bueno, pues que se lleven el toro". ¿Sabes que los niños me llenan de tristeza el alma?

Ya después no hablamos. El refresco de manzana había arruinado mi apetito.

—Hasta mañana —pronunció en la cama.

—Hasta mañana —repuse.

Del colegio prefería no hablar más nunca, excepción hecha de sus muros que eran altos, claros, gruesos y extrañamente iguales. En lo alto de una cúpula doblaba una campana. Al extremo de un gran corredor de piedra había una sala. Y el director allí, de pie, con ojos aplastados, grises. Mi madre lloró un poco, tal vez dos o tres lágrimas.

—Te irá bien, te lo prometo.

El director pareció complacido y me propinó una suave palmadita.

—Te escribiré —dije. Y recuerdo que no acerté a hablar debidamente por el calor sofocante.

—Naturalmente que sí —expuso ella. E inclinándose—: Ven, creo que debo irme.

Levantando por una punta el guante, consultó su reloj:

—Claro, ¡es ya tan tarde!

Me besó una vez y se fue. De que la vi irse estoy cierto. Tan sencillo. Mas ¿por qué tuve que ahogar aquel cobarde grito: "¡Papá!"? Algo en mi interior me previno de improviso: "Eso es, vela, vela y muy detenidamente. ¡Por última vez véla! Es la última".

Y la última fue. Nunca más volvió a casa. Ni volvió tampoco *il signore* Lorenzo. Yo de amores y esas cosas qué sabía.

—¡Carlos!

Oh, pero si aquí está ya ella, quieta al borde del camino, un poco sofocada, incierta, no mi mujer sino otra mujer alta, esbelta y joven, con un largo vestido de paño gris y una flor sobre el pecho.

—¿Vamos? —dijo—. Tengo tan poco tiempo... —y se reclinó en mi hombro.

—Vamos —repuse.

En seguida echamos a andar una vez más entre tantas.

Y después no hablamos. El fresco de mañana había arruinado mi apetito.

—Hasta mañana —pronunció en la cama.

—Hasta mañana —repuse.

El colegio privado no había [illegible] nunca, excepción hecha de sus muros que eran altos, claros, gruesos y extrañamente iguales. En lo alto de una cúpula doblaba una campana. Al extremo de un gran corredor se [illegible] salía el director alto, de pie, con ojos aplastados, grises. Mi padre lloró un poco, tal vez dos o tres lágrimas.

—Se irá bien, se lo prometo.

El director pareció complacido y me propinó una suave palmadita.

—Le escribiré —dije— y recuerde que no acierto a dormir debidamente por el calor sofocante.

—Naturalmente que sí —expuso ella. E inclinándose—: Un beso que debo tenerte.

Levantando por una punta el guante, consultó su reloj.

—¡Caballeros, es tan tarde!

Me besó una vez y se fue. De que la vi me estoy [illegible]. Mas ¿por qué tuvo que abrigar aquel cobarde gesto, Papá? Algo en mi interior me previno de [illegible]. Eso es, vela, vela y muy detenidamente. Por última vez quizá. La última.

Y la última fue. Nunca más volvió a casa. Ni volvió tampoco el señor Lorenzo. Ya de ahora a esa noche que salía.

¿Cuándo?

¡Oh, pero si aquí está ya ella, que abre la puerta del camarín [illegible] una mujer [illegible] joven, con un largo vestido de paño gris que se [illegible] sobre el piso.

—¡Mamá! —dijo—. ¡Siempre [illegible]! —y se [illegible] de [illegible].

—[illegible] —repuse.

En seguida echamos a andar una noche [illegible] entre [illegible].

BREVE DIARIO DE UN AMOR PERDIDO

Breve diario de un amor perdido

Día 10

Haz de cuenta que a pleno día el cielo se ha vuelto negro y que se abrieron grietas en la tierra por todas partes; que un solo pájaro evoluciona en lo alto y un solo moribundo entre los hombres queda como recuerdo.

Realmente, sí, la vida es una broma pesada. Es cuanto se me ocurre.

Ah, no te he perdido porque jamás te tuve. Hechos van y hechos vienen y el tiempo permanece: tener es una vanidad y lo único que es tenido es el hombre.

Aunque no deja de ser espantosa la inmovilidad de los árboles en la avenida. Y el temblor de unas nubes que caerán sin remedio en la sombra. Y la sombra de tu cuerpo —aterida. "¡Ven, ven!" —era el grito—. No volverá a suceder para tranquilidad de los que creen tenerte.

Y recuerdo cómo sonaban tus pasos cuando venías. Poniendo atención a ellos sentía como si de todos los rincones huyeran, esparcidos por el viento, los residuos de todos los otoños.

Todo pasa, sí; es el caso.

Día 11

¡Te he perdido, te he perdido! Esto escasamente yo lo entiendo.

Día 12

Y seré un hombre o una simple presencia de quien nadie podrá suponer lo que le ha ocurrido.

El tiempo duele, dura y exaspera. Pero, bien visto, ¿qué importa que sea así o de otro modo? La esperanza y la espera han desaparecido.

Y en aquella primavera tú viniste y nos encontramos. Así tenía que ser y nadie podrá deshacerlo.

No recuerdo ni aproximadamente qué me decías entonces. Algo cruelmente confuso sopla y confunde mis sentidos; pero sé muy bien que ese estruendo en otro tiempo era un inefable rumor, perfectamente comprensible.

Ofrece tu mano a Lawrence: no fue un hombre muerto.

Huir, escapar hacia aquella montaña, con los cabellos y la barba crecidos —de esto fue de lo último que hablamos.

Un nuevo sentido de la vida he descubierto. Y un nuevo tormento: el del cuerpo sin cuerpo.

"Ah, mira cómo me aguas la fiesta." Y al hablar de este modo te referías a los días.

Pero nuestras horas permanecerán en el misterio. Es algo que exactamente tú y yo sabemos.

Tu llanto me hería dulcemente el alma y hoy me llena de alegría. Verte llorar, verte —sería el consuelo.

No me tortura tu cuerpo. De entre tan renovada niebla solamente distingo tu atmósfera, como un inmóvil caos violeta. Inmensa e ínfima como un firmamento: incalculable.

Día 13

"Mañana mismo me marcho" —así dije cuando abandonaste la montaña.

Y hoy reparo en que marcharse es disponer de un destino. Ya no podré, pues, marcharme nunca.

...ciertamente adviértese que este invierno será el más frío de todos.

Cómo me tendías tu mano cuando hacía falta. Me sentías tu amigo; y lo era. Me sentías tu sangre y yo me sentía correr dolorosamente por tus venas.

¿Y qué especie de lenguaje escuchas ahora?

De muy cerca solíamos mirarnos, como previendo el vacío. Sin embargo, te mantenía próxima a mí en nombre de no sé qué eternidad insensata.

Hay un muro de ladrillos donde se perfilan extraños litorales. Un amigo tuyo —contabas— había hecho construir así sus paredes. Y te digo: "No, de un modo u otro tendrían que ser diferentes".

La espiga. Y con tus débiles dedos la cortaste.

Mas ¿de qué mutuo exilio hablábamos? Equivocábamos el tiempo como dos resucitados. El exilio era éste; pero ni uno ni otro queríamos darnos cuenta.

Y seguirían los días, uno a uno, hasta algún día.

Y así pasamos, sin misterio ni trascendencia, por el tiempo.

Día 14

Inventaron allá en la guerra una bella canción que tú conoces...

El árbol de los locos —está bien eso—. Y qué increíblemente solos estábamos en la memorable mañana.

Pero somos dos raíces y los hombres se esfuerzan por entre los matorrales. Te aseguro que no nos encontrarán nunca.

Mía, mía. Y de tal suerte que hasta la rosa se ha estremecido.

El sueño, en un tiempo, me traía la alegría de tenerte; despertar de un mal sueño era encontrarte. Hoy he despertado y me topé con un viejo mundo cansado y ahíto donde todo se ha quebrantado. Para mí no hay consuelo, lo sé de sobra.

Nunca más. ¿Puede, en realidad, darse algo más inhumano?

Y ni las lágrimas acuden. Diríase que la desesperanza ha cumplido conmigo su última y más fría enseñanza.

Día 15

Y de repente que aparecieras tú, como la bruma, espíritu de ti misma, en silencio.

Te amo, esto es, como en el árbol aquél, aquella mañana.

¿Por dónde caminas? ¿Qué ves? ¿Qué olvidas? Y tan sola.

Pues me espanta aquel río sumergido, presente y sonoro en las noches de ventura.

¿Y si de verdad fuera cierto? ¿Y si de verdad nunca más nos encontráramos?

Tú enfrente —y yo leía.

Día 16

Hay mañanas claras y tristes. Y mañanas tenebrosas y heladas, llenas de dulces presagios. Es como si esta oscura mañana anunciase una luz sigilosa e inefable a través de las doloridas nubes.

Desde el primer instante en la montaña reconocí tu voz. La conocía en sueños.

Te sentabas en un hueco de luz entre los árboles. Tú, con tu vestido morado.

Y prometías: "Seré como tú". Lo eres, lo fuiste. Mas quedaba algo: "Seré tú". Tan sencillo.

Tu expresión tenaz, siempre a la expectativa. Y tus pies helados, tus heladas manos —tantas veces.

Admite que hasta el más infantil ruido ha adquirido de pronto una gravedad simbólica...

El hombre te contemplará también y permanecerá ajeno. Tú le dirás fácilmente: "Pertenezco a la tierra, mi sangre no es

sino suya y únicamente me siento a gusto entre mis semejantes, las piedras y las plantas". El hombre se encogerá de hombros y pensará para sus adentros que es una lástima.

Y me repito: ¿De qué extraña explosión, de qué vegetal ignorado, de qué luz, de qué llama y qué cruz estás hecha?

De nadie y a nadie —que así sea.

Pero ven, ven. Esto destruye cualquier remota esperanza.

Ya sé que la muerte no te aturde. Son tus dos vidas simultáneas —la Vida y la Muerte.

Entonces soñaba que te perdía, ¿recuerdas? Había siempre en el mar un barco. Hoy sueño que te tengo: es el vacío.

Día 17

Quiero algo ¡un soplo siquiera de aquella radiante y ostentosa dicha!

Y fuiste una criatura alegre como todos los niños. De niños, entre tú y yo, ni una débil espiga se habría interpuesto.

Y seremos dos sombras en la sombra. Ojalá y las dos hierbas que seamos crezcan juntas donde tú sabes.

Sí, responde: ¿Hacia dónde vas? ¿Hacia qué envenenadas soledades caminas? ¿En qué somnolientos linderos te pierdes?

Y yo te hablaba y tú bebías cada palabra mía como si cada una de ellas constituyera algo vital para tu organismo. Te hablaba, digo, y yo advertía de qué forma mi palabra germinaba en ti, fecunda y amada.

Pero mírame y recapacita: A través de lo invisible ¿me reconoces?

Día 18

Otros tiempos —es una lóbrega expresión humana. ¡Otros tiempos!

Día 19

Sobre la hierba crece la hierba y junto a la flor madura el capullo. Mas de los pasos del hombre no queda nada.

Así, perenne, con un solo pensamiento en tu halo violeta te imagino.

Y vi ayer unos oscuros montones de flores sobre los cuales te hubieras dormido.

Mas de tu belleza no se ha escrito nada. Sí, eres bella —insisto— como se imagina el niño que debe ser necesariamente una estrella.

Ni tu pálido color pertenece a lo establecido: es variable y dúctil con la distancia, la luz y la llama misteriosa que llevas dentro.

Día 20

Te reías. Qué tiempo hace de eso.

Día 21

¿De qué eres? ¿Qué tienes? —me seguía intrigando esto.

Y quedabas como muerta. Tú no has de olvidarlo.

Deja, en tanto, que el hombre exprese algo. Es su más antiguo y necio entretenimiento.

De olvidos y hermosa y honesta tierra está constituido lo nuestro; lo tuyo y lo mío. Alguien pretendería apresarlo y se le disolvería en los dedos como el viento —que pertenece al viento.

Deja al tiempo. El tiempo fluye y une o aparta aquello que debe unirse o separarse.

Y acepta todo, admite todo. Oponerse es remover el estiércol.

Pero no me miras ¡no me miras! y esto es lo más espantoso. Y pensar que tantos te ven, y yo, a quien tanta falta haces, no te miro.

Desde viejos siglos atrás eras mi vida. Por si acaso no lo sabías.

Día 22

Ya ningún terror espero, ninguna grata noticia me aguarda. Imagínate que me dejaste solo donde ningún vecino se aproximará a hablarme.

Ciega y totalmente me entregué a ti, ¿cómo puedo arrepentirme? Ciega y totalmente, como la piedra al agua.

Con los ojos bien abiertos, repito: "Mía, mía". Y que se destruya todo.

Día 23

Oh, estas largas, interminables horas sin ninguna espera...

La mariposa y la bestia, acuérdate. Estas dos rutas bestiales seguíamos.

"¿Y qué especie de vida sería la nuestra?" —preguntabas—. ¿Qué especie de muerte ha sido?

Tan libre, tan claro y limpio tu cuerpo: como una piedra de río. Tan dúctil, tan dócil: como una sencilla rama. Tan profundo, luminoso y vivo: como una gota de agua. Y tan recio como la raíz más antigua.

Diría yo que entonces una flor nueva me envolvía...

Tú —sin nombre. Así solo.

...ay como la hiedra al tronco te tenía.

Muerta te he visto —también en tu halo violeta.

Día 24

Hay un sol pálido esta mañana bajo el cual todos los hombres parecen de nieve.

Y hay un inviolable silencio que trae consigo las más placenteras angustias.

Mas tu voz no viene y por más que atiendo nada escucho.

No probaré a hablarte de mis terrores. Preferible recordar cómo ponías en mis manos tus pies desnudos, vegetales y pálidos.

También te recuerdo contra el muro, sofocada, visibles apenas tus submarinos ojos tras una impalpable sombra, que deberían ser tus cabellos.

¡Temblabas! —igual que los pequeños brezos a espaldas nuestras.

"Que nadie te mire, que nadie te toque." Los muertos estaban presentes.

Tu voz, aquí adentro, como un removerse apenas perceptible de amarillas y primitivas cenizas.

Y tan singular ha sido todo que escasamente los más antiguos muertos podrán dar testimonio de ello.

Tiéndeme la mano, te lo pido, desde allá lejos, por encima de los apesadumbrados árboles. Soy tuyo; y tu gran amigo.

Tú sabes, me gusta llamarte amiga. Es como si de improviso desentrañase el terrenal significado, el portentoso sentido de la sencilla palabra.

Y somos dos. Por lo menos dos que no están atrozmente solos.

Día 25

Hoy no te encuentro en mis sueños. Si tan sólo pudieras acercarte, palparme, persuadirme.

Eras una atmósfera y, sin embargo, venías y tu cuerpo era tu cuerpo. Parecías interpelarme: "Mírame bien, existo, ¿no te

alegra?" Y aunque te ibas yo sabía que necesariamente volverías algún día.

Te has ido. ¿Ido? ¿Adónde? Aborrezco la noche por cuanto ella descubre en mí de evidente.

Mas durante aquellas primeras noches en la montaña tampoco las tinieblas eran inciertas y soplaba el viento con inmensa fuerza. Tu corazón, en cambio, batía allí mismo, contra la ventana.

¡Ay! Todos los recuerdos se agolpan y son como heladas lágrimas de piedra.

¿Qué utilidad? ¿Qué objeto? —de esto y muchas cosas me habla cualquier ser en movimiento.

Día 26

¿Volverás —me pregunto—, volverás, silenciosa y tenue, como el ser infinito que eres?

Día 27

Ya sé. Una confusión renovada de sombras y agua, de ti me aparta.

Si por entre los árboles, fíjate bien, te descubriera de pronto...

...silenciosa, luminosa, camino de ti misma.

Volverás por los caminos y algún secreto camino se alegrará de ello. Hasta es posible que al caminar nuevamente descubriésemos juntos algo realmente imprevisto.

Y cómo admirábamos todo. Como dos temporales forasteros en un funesto y hermoso país próximo a derrumbarse.

"La maldad no es asequible" —¿te acuerdas? Y la tierra se había nublado y las pequeñas tumbas azules eran bellas como jaulas.

Acuérdate debidamente: "Uno diría que ellos han sucumbido para dolor y bienestar nuestro".

Y te pregunto: ¿Has vuelto sola, en una estéril búsqueda, por aquellos rumbos? Y si has vuelto: ¿acaso todo se conserva tan natural, perfumado y sencillo como antes?

Ignoro, por otra parte, qué aspecto ofrezca el mar en estos tiempos. El imaginármelo me da espanto.

Ama la tierra —ámala, en tanto subsista.

Día 28

El retorno, ¿te imaginas? En tanto, busco algo que se te parezca. Lo busco y no lo encuentro.

Y busco tu abrazo inmenso y trémulo y me hallo de manos a boca con la selva.

No sucia de tierra —sino limpia, alba y limpia de tierra te he visto.

Adonde te requerí, acudiste. ¿No eras, en el peor de los casos, mi sombra?

Aunque he perdido tus labios. También esto lo sabe mi joven cuerpo desnudo.

Día 29

Te veré, sí. ¿Y me lo preguntas? Te tendré hoy. Y escasamente me doy cuenta.

Día 30

Verde como el árbol, como el agua profunda y clara; verde como los tallos verdes, como el espíritu prodigioso de la primavera —así ibas esa mañana.

Con tus dedos sobre la tumba. Y las hojas muertas. Fue el triste sueño de un breve amor perdido.

Mas el cielo esa mañana era asimismo profundo y grave y uno debiera haberse dejado absorber por su incipiente niebla.

De ello tengo presente un insecto, una piedra y la plateada y solitaria hoja que temblaba.

Tú misma, tú allí, como plena resurrección anticipada de todos los muertos.

...pues me habría olvidado de que estabas y me habría dado cuenta cabal de que estabas.

Sí, lo recuerdo claramente: la rama era tierna como un niño y tú te la llevaste contigo.

Más aérea te vi, más inconfesable —como la sombra de otra sombra en el hielo.

Sobre aquel puñado de tierra en que te sentaste mi actual vida está presente. Desde aquel puñado de tierra te percibo y en él están mis tenebrosas angustias. Podría haberme burlado el tiempo y aún hablaría a estas horas de un delicado sueño.

El tiempo volvía a importarnos. Y te dije: "Es posible que algún día, sin previo aviso, dejaré de verte para siempre". Y tú callaste y yo supe desde entonces que esto no sería posible.

"También ellos se mueren" —fue una sugestión oportuna. Te referías a los niños.

"No me iré, no me iré —repusiste, al cabo— suceda lo que suceda." Y yo dije: "Tal vez sea el único suicidio admisible".

Pues así he de conservarte en la memoria: Tú, bajo las goteantes ramas.

Dispersa, tú, no habría nieve bastante para el gran sudario. Solo, al fin, por los caminos. Solo; y tan habituado a ello. Con la sombra del mediodía por delante.

Pues en esto consiste la vida. Y con tal objeto se dio forma y vida a lo que existe.

Día 1

Mas a fuerza de hallarte y perderte y de perderte y recuperarte de nuevo, una inmovilidad incomprensible se ha apoderado de mi ánimo.

El más descomunal infierno alarga sus yemas hacia los hombres.

Pues ladran ya los perros y ni ello me sobresalta. Ven, ven una vez más —sin que te pierda.

No lo creo; no comprendo que te fueras algún día por entre los rosados cielos...

Pero el invierno avanza como un gigante helado que sacudiera de sus hombros la nieve.

Investigabas, caminando: "¿Me reconoces?" Y después de tanto tiempo me mirabas con la misma expresión quieta con que mira la montaña al río. Un abismo presentía en tus ojos —que era el tiempo perdido.

Aceptaba, en tanto: "Tenue eres en presencia; en la ausencia eres inconmovible".

Mas yo te amo, sí. Y algo más que el viento anuncia.

También ha pasado el tiempo. Qué duda cabe.

Y volvamos por un instante a mañana; olvidemos por un instante ayer y los demás días. También mañana es un día y nadie se siente infeliz ante el enigma.

Aunque me duele, ay, la tarde; pues ni siquiera tus espesos cabellos retuve.

Y el día en que sí, en realidad te perdiera... ¡imagínate y reflexiona qué horrorosa pérdida!

En tanto, tú —mi deliciosa ausencia.

Día 2

Buscas la vida; la buscas a gritos en el día y en la noche. Mas tu vida la has perdido y yo busco la mía. Tal vez inopinada-

mente las encontrásemos de algún modo en el lugar más remoto, hundidas en su comprensible sueño.

Pues lo que en mí se escondía calladamente tú lo adivinaste. Y en virtud del imprevisto reconocimiento te hiciste mía.

En el terror, tuyo; en el ardor, tuyo; míos tus dorados dedos y tu soplo; mía tu sombra, tu huella, tu tacto. Como la flor íntima de un libro.

Día 3

El sueño, la puerta, el tiempo. Todo con significación tan precisa. Ay, me duelen horriblemente los ojos, con sus helados puñados de lágrimas.

Día 4

Sin ti he vuelto ayer sobre nuestros pasos. ¿Te das cuenta? Como un curioso forastero.

Y unos gemidos horribles, en la deslumbrante tarde, me acogieron. Por entre las ramas caía el sol y caían secas las ramas con todo y sus interminables sombras.

El lugar resultaba plácido a pesar de que por última vez quienes habían muerto enderezaron sus troncos. Infinidad de ojos ciegos buscaban la luz en el aire.

Un pájaro, un peldaño, el geranio; no la fuente. Y escasamente el rumor de algo que resbalaba siempre hacia abajo con un desasosiego creciente.

Mas busqué tus dedos en la arena y solamente descubrí, ay, una rosada nube en lo alto.

¡Cuán larga y húmeda, oscura y verde es la calzada, después de todo!

De regreso, ningún perfume en mis manos. Nada que pudiera atenuar el olvido. La huida, pues, era evidente.

Sin embargo, me percaté y me penetraste y el aroma se conservaba latente desde los tiempos felices. "Amiga, amiga" —te llamé durante la noche entera.

Día 5

Y debo entreabrir los ojos por las mañanas vencido por olvidados sueños. Cualquier transido soplo implica una desatada esperanza.

Día 6

Un día más en la cuenta. Y yo el mismo para ti, al cabo.

Día 7

Sé muy bien que te aproximas a estas horas y lo advierto con un vivo presentimiento. Me miras ya, aunque no te veo, y tu sombra se proyecta atrozmente sobre cada uno de mis pasos. ¡Vuelve, te espero! No importa lo que ocurra, ya no habré de perderte.

Día 8

De pie te apresaba a veces. Y de pie hubiéramos permanecido. "¡No te apartes! ¡No te apartes más!" —yo lo sentía.

O de otro modo: tu cuerpo y mi cuerpo en la dorada belleza.

Imagínate las lentas horas en una soledad lejana y confundida. ¿Qué espeso y desmedido mundo físico nos aguardaría?

Te sorprendería descubrirme en los anaranjados amaneceres. Descubrirme como tantas veces, pleno y vivo, el ser que soy para que en él te ahogues.

Me importa, sí, todo tu cuerpo. De cada mínimo fulgor suyo brota una fuente distinta y las aguas son también diferentes.

Y al beber del agua que tú me ofreces acepto el frescor de cada pétalo de que, como flor que eres, estás hecha.

Repite aquello: "Tú solamente y la silenciosa hierba".

Me entrego a ti, hoy lo prefiero. Tú de mis distintas fuentes bebes.

Día 9

Primitivos son mis ardores y mi desnudez y mi soledad me confunden. Es un hermoso juego de juventud y desventura.

¿Qué luz es ésta? Y en la subsecuente calma: ¿Qué sombra?

Morir desnudos —mírame bien— donde se vertiera el mar.

Tócame ya, tan sólo. Aunque después te vayas.

Y te pido: "Dame una cavidad dorada y tibia para mi helada mano". Y tú accedes: "He aquí la profunda huella de tus dedos".

El placer, en tanto, como una creciente onda, lentamente, con renovado ritmo, hacia la orilla.

Tus sentidos despiertan, me doy cuenta. Y despierta tu boca de su sueño nocturno, breve y estremecido.

Y despertaban tus manos, tus incontables manos desgarradoras, diferentes, múltiples, en lentos sorbos.

Fue cuando sentirte joven fue tu mayor delicia. Cuando advertiste que tu fragilidad expresa era brío y reciedumbre.

Que no dos flores o dos formas —sino dos nubes entre mis desnudos dedos.

Lo escondido y paciente, en tanto, palpitante e intransferible, en su prolongada espera.

Y tus desnudos dedos en la hoguera animal y exuberante.

Y tu beso —por su oscura mitad partido.

Y en mitad del beso —una incendiada caverna.

Día 10

Incierta, agitadamente te espero.

Y a lo largo de la somnolienta avenida, desde la fuente de piedra, el sol caía invisiblemente sobre las viejas ruinas esparcidas.

Una ola azul en lo alto rodaba insistentemente. Húmedas paredes a mis espaldas hablaban de épocas sucesivas. Y el vago olor del agua —tan imprevisto.

Era como si por la puerta de tiempo atrás abierta... Mas, de pronto, tú, tú misma, extraña siempre como aquel súcubo inmaculado o aquella flor impura de que te hablaba —apareciste.

Y al igual que ocurre siempre, en tal instante desapareciste. Uno podría temer que del pesado suelo se alzase un implacable polvo sobre los ojos.

Quise decirte, pude decirte: "A tu lado no vivo —miro sobre el tiempo".

Amarilla la hierba, parda y antigua la tierra. En el estanque alguien removía perezosamente el agua.

"Oh, no es una soledad que me baste" —y sonreíste. Presentías los eucaliptos.

He vuelto a leer, como entre sueños. Tú enfrente.

Y te tenía, sin poder alcanzarte. Una indescifrable presencia, un inhumano y desalentador testigo me lo impedía. ¿Sería la Muerte? —digo.

Y un recuerdo, una voz, una angustia me revolvían la sangre: "Tócame una vez siquiera, aunque después te vayas".

...cuando me pedías a gritos lo que en nuestra soledad te ofrezco. Cuando te pedía lo que me das siempre, sin titubeos.

Más leves, como un puñada de plumas, tus pesadísimos cabellos.

Y a la vez todo tan claro, tan ligero, que el mundo y los hombres te parecieron a fin de cuentas conmovedoramente admirables.

Pero era como si alguien, en un retorno incesante, se aproximase por la avenida. Nos volvíamos a mirar por entre las tum-

bas y las piedras brillaban misteriosamente. ¡No vendrá nadie! Mas tú y yo durante todo el tiempo advertimos los pasos.

Y me ofrecías la huida —pienso— a la plateada sombra de los eucaliptos. Tu flor extraña me sentía pródigo, desnudo ante ella en una desnudez asombrosa. Mas ni un paso probé a dar; ni uno solo. No era, ciertamente, la hora precisa.

Te vi hoy, viva y sola —en tu dorada isla.

Y la otra avenida junto al muro, ya olvidada. Hasta hoy pude reparar en que algunos muñones de árboles se sacudían inquietamente. También lo inmóvil y mudo tiene su ritmo, su frenesí y su vértigo.

Nada doloroso e imprevisto. A fin de cuentas, un beso más sobre tu mano abierta.

Mas de regreso... ¡y qué porfiado modo de rodar tienen las aguas!

Día 11

¿Por qué no te palpo, por qué no te veo, por qué no me sientes, siendo que permaneces conmigo como en los tiempos felices?

Esto me asombra: el tiempo. O tal vez sea que estoy enfermo.

Si te preguntaran, responderías sencillamente: "La primera vez, junto a las rocas; la segunda, bajo un fresno; más tarde, frente a un muro de ladrillos". Y la gente volvería los ojos hacia el ladrillo, el fresno y las rocas y pensaría para sus adentros: "En verdad, qué extraños refugios".

Ay, miradme todos, si es lo que apetecéis. Me siento aproximadamente como un desdichado niño judío.

Día 12

¿Quién podría asemejársete? ¿Qué? Sin orgullos.

Dignificas la vida —¡perdóname!— como la música de Juan Sebastián Bach o cualquier hermosa flor joven.

Día 13

¡Qué angustioso distingo hoy el camino! ¡Qué obstinada e inservible espera! ¡Qué desatada esperanza! ¿Cuándo? ¿Cuándo? —me interrogo—. Y cierro los ojos por no verte como te veo y echo mis horribles cuentas del tiempo.

Día 14

Vuelvo a sentirte perdida, sin acertar a qué obedezca ello. Pero mis despertares no tienen nada de tierno, excepción hecha de la luz de la mañana que me ofrece la evidencia de que existo.

No quiero sentirte así, no quiero. Y te siento.

Día 15

No me mirabas —la primera vez que me acerqué a ti—. Mirabas hacia la montaña, como informándote o explicando: "De qué singular color se han vuelto las nubes. Y aquella orilla ¿qué significa?"

Y cuando al volver los ojos me encontrabas, tornabas a apartarlos tristemente, pues esperabas mirarme a solas. También yo te miraba, sin acertar si procedías del árbol mismo o constituías una vida aparte, atroz y prodigiosa. "Acaso no pertenezca a nadie y esta misma noche desaparezca". Me sobrecogían tus orígenes.

Aunque después lo supe: tus lazos de unión son con la tierra. Estábamos sobre la hierba.

Te miraba, sí, te miraba y alguna perdida pregunta me hacía.

Fue entonces cuando de pronto advertí que un redondo muro nacía del suelo y nos rodeaba.

Ninguna mistificación intervino: sólo un rapto vegetal y trágico de nuestras dos claras soledades.

Sin conceptos ni propósitos, sin sospechas ni temores, diáfano, estruendoso, nació el amor y en el amor nos perdimos.

¿Puede dudarse acaso de que la montaña nos convocase en su día para el memorable encuentro?

Entonces alargué la mano y te tomé sencillamente como se corta la fruta del árbol. De aquí nuestro natural orgullo.

Y creí en ti como creo ahora. Como creí en ti cuando aún no te conocía.

Te hubieras ido entonces y te amaría lo mismo. El hombre ha tiempo se transformó en algo con lo cual jamás el viento desea ya relacionarse.

Ellos actúan —tú y yo sucedimos.

Pues en aquella sombra te hubiera dicho: "Te pido que seas mía". Y tú misma, apartando las erizadas ramas, me habrías mostrado el camino.

Qué infinita sed aquella tarde. Qué infinito. Bien visto, todo debiera haberse consumado.

Y hubiera sido hermoso ciertamente haber invertido hasta ese punto los términos. Haber confundido hasta tal término a los hombres.

Como sería prodigioso crear un mundo de viejos impulsos y afectos, pero de verdades tan nuevas, que el hombre ni se conociese a sí mismo.

Y aquel beso tuyo, de pronto —como un desafío imprevisto.

Día 16

Mas antes de cerrar los ojos los mantengo bien abiertos para mirarte. Y son tan densos tus cabellos, tan inquietos, tan pre-

coces, que escasamente entre ellos acierto a ver en la noche lo que quiero.

Veo tus ojos —pero ya más tarde— iluminados desde adentro. Y tus labios duros y hondos, mortalmente heridos. Y veo tus manos —las del lirio— cuyo tacto aparta al sueño.

Y tus dedos —de longitud tan precisa—. Y veo también tus brazos —prolongación dorada de tus dedos.

Y tus pechos —prolongación angustiosa de mis manos.

Y tus pies fríos, tan semejantes a las piedras de un río; fríos, fríos, queridos.

Y veo tu talle, como la fibra de un tallo.

Y veo, al fin, en la oscura noche una oscuridad más oscura que es la entrada a la tierra, la oscura caverna, la gruta humedecida, verde de suave musgo y roja de inmensas llamas, profunda y grave en su profundo sueño.

Al caer la tarde, te veo. Al menos, con esa cálida ilusión me duermo.

Día 17

¿Hasta cuándo? Había entonces un día fijo. Tú esperabas o yo esperaba. Y la espera, si resultaba larga, nos irritaba. Durante este tiempo que no esperaríamos.

Mas déjame volver una hoja: lívida, en la humedad o al sol, te hallaba...

Tus suplicantes y pálidos ojos allí estaban. Y al abrir la puerta o a la vuelta de un recodo me mirabas. Yo en silencio —siempre, siempre— te decía: "Te amo". Y tú, inmóvil, parecías confiarme: "Ay, me siento al fin como una lágrima".

Como una lágrima justamente eras. Y tan dulce que fue pasar mi mano por tus cabellos. Acariciaba mis terrores.

Yo te entregaba reliquias de aquella pura y honesta tierra. Hoy, en cambio, todo es reliquia: lo más actual pertenece al recuerdo.

Y si marchaba al mar, el mar me empujaba a ti, me estrechaba. Sobre mi oscurecida piel dejabas caer tus labios. Así era. Todavía lleno de sal me besabas.

Y cuántas veces no habrás dicho: "¡Qué frío!" —haz memoria, ¿como cuántas?

La puerta al cerrarse era un hermoso ruido. Y un Durero, como obsesión, sobre la mesa. Junto a tu estuche de paja.

Recuerdo cierta vez en que te marchaste —oh, no me arrepiento— y que al volver, junto a los barrotes, te sujeté por los cabellos. "¿Por qué has vuelto?" Recuerdo que era ya muy tarde, que te estremeciste y que después vagaste.

Y otra vez que llovía afuera diste la luz no sé por qué ocurrencia. Pues ni la luz era limpia, sino hostil y densa como un crimen abominable y tierno.

El subsuelo, pues, es también nuestra vida. Algo en lo más oculto de nosotros debe ser exclusivamente negro.

Y qué divinamente irreal tú a tales horas, cuando me pedías que no te viera. ¡Si verte era el esfuerzo!

Sobre el ladrillo exhausto y viejo con qué gusto Andreiew se hubiera emborrachado.

Hay un vértigo, un desafío, un armonioso riesgo en cada hálito de tiempo. Me gusta tu actitud: Que se destruya todo.

"Esto que ves me pertenece —creo oírte—. ¡Cerciorémonos!"

Pues confiésame si allí mismo, en el subsuelo, no hubiera podido fraguarse el más inicuo de los crímenes o la más tonta y dulce de las religiones; si allí adentro la Vida y la Muerte no ofrecían un mismo sentido.

Que te interroguen: ¿A quién sirves? ¿A quién sigues o a quién amas? ¿Cuáles tus preceptos, tus deberes, cuáles tus presentes responsabilidades? Y que tú digas: Todos, hasta el día de los días, mis derechos.

O de mi mundo o del mundo —es mi gran intransigencia. También sonaban bien allí las palabras, en un constante y trágico desafío. Pues volveremos allí —qué duda cabe— y un sol radiante inundará la tierra.

Día 18

Te pierdo, sí. No alcanzo a convencerme. Y cuento uno a uno los días perdidos y advierto que ya muy pronto serán tantos como los días felices.

¿Acaso hoy te has ido tan lejos como nunca antes estuviste? No te encuentro, misterio y sombra, como en pasados días.

Con el tiempo se ríe. Con el tiempo sucede lo más imprevisto.

Nunca me he resignado. O siempre me resigné. Es algo que todavía no aclaro.

Tal vez no me sienta bien, insisto. Alguna vez me sentía así y tu consuelo lo atenuaba todo. "Ni el sol resulta tan helado como supones, ni el viento tan áspero como parece. Pon aquí la cabeza y te sentirás perfectamente."

Me amas, sí. Mas a esta hora de la tarde ¿de qué me sirve?

Y cuando digo: "Acepta la vida, venga" —paréceme que los demás han triunfado de mí definitivamente. Como si el orden y yo no tuviésemos remedio.

¿Qué miro? ¿Quién soy? No debo estar bien, es el caso.

Pero, en fin, ya vez qué solitaria, inútil y llena de fragmentos transcurrió la tarde.

Día 19

Cerca o lejos no te encuentro. Busco, busco —y tristemente a mí me encuentro.

Día 20

Sea el dulce calor del sol en mis manos. ¡Qué recompensa!

Día 21

El nefasto e inexpresable mundo de la bruma ha vuelto a envolverme. Estoy enfermo. Y durante estas turbulentas crisis mi cuerpo se siente extraño y yo me siento incómodo y extraño a mi cuerpo. Una incoherencia progresiva de escalones, crepúsculos y terrores me aturde.

En mi particular esfera los colores se atenúan y las formas se deforman. Tal y como si la evidencia se extraviara y no hubiese poder humano capaz de rescatarme. Y no sólo los ojos se me apagan, sino que todo cuanto miro está apagado. En mi opacidad prisionera soy un intruso.

Desespero de curarme. Acuérdate, una vez sucedió allá en el subsuelo; y te espantaste.

No me hables, no me mires —nada entiendo.

A tu lado me dejaría caer hoy sobre la hierba. Caer a lo largo de un desmayado día en una lenta muerte transitoria.

¿Quién ha mencionado el páramo? Yo existo —y por las calles. Cómo me preocupa esto.

Ni de angustia tiemblo, ni de frío. Es la pesada bruma que cae como inmensa losa y me estremece.

Tú, tú, ¡mi dulce ausencia! Y aun tratándose de ti debo esforzarme.

Día 22

"Por los rosados cielos" —daría lo mismo.

Día 23

Ni países nuevos ni vidas nuevas, ¿a quién se le oculta? Días vendrán, iguales a éstos —que no viviremos.

A vivir me niego. Dejarme vivir —¡qué encantamiento!

Día 24

Nombres de santos. Escalones de piedra. Blancos capullos. Siestas de flores. Desnuda tierra. Astucias, crepúsculos, cirios, terrores, grosellas, ocio y llamas, calles tristes e inmensas. Transido miro mi helado espejo de bruma.

Día 25

Me escribiste, bien. Mas no digas amanece —sino de qué espléndida y particular forma amanece.

¡Y cómo una sortija cualquiera puede parecer de súbito de horrible sangre! O de querida sangre, merced a la cual vivimos.

Día 26

¡Ven, vuelve! Es un día. ¿Te tendré, pues, como me prometes "a la roja hora de la siesta"?

Día 27

Ven, te pido. Por donde quieras.

Día 28

Anoche fue como la primera noche del mundo o como la última, y de la cual todos los despojos terrestres pretendieran despedirse.

Nadie hubiera podido decir que en tan incongruente noche una calle cualquiera pudiera también transformarse de súbito en un áspero manojo de cardos.

Todo aparecía y sucumbía y retornaba y desaparecía de nuevo en un laberinto de infierno. Tan luego apresábamos la vida cuando alguien a espaldas nuestras nos la substraía; y a la luz frenética seguía la sombra. Y a la sombra, el más claro enigma. Era como si la imagen de un ser acuático se reflejara en el cristal invertido de un ojo ciego.

¡No has de olvidarlo! Vagamos en el silencio, a tientas, sin más estruendo que el de las mariposas. Y a pesar de la nocturna hora aún se agitaban los hombres, cuando lo natural hubiera sido que el viento esparciera cadáveres.

¿Fue un soplo de felicidad? ¿Un atisbo de muerte? Dos inverosímiles fuerzas tiraban de nosotros y cualquiera habría podido percatarse del estampido de nuestros huesos.

La huida estaba allí —presente en el ojo ciego—. Y tú temblabas. Sumergidos en lo profundo, fuimos absorbidos por la libertad sin medida. Mas el mundo, al fin, nos salió al paso.

Huir, huir. Y yo te buscaba en lo oscuro, reclinada o muerta, errabunda. Te veía sangrante, dentro de un rojo anillo de sangre.

Un rostro ajeno había en alguna parte. Impertérrito, con sus cuencas entornadas, apostábase tras de la estatua.

Con tu mano en la mía te llevaba. Tú obedecías y, aterida, pretendías hacerme ver que era una noche cálida como cualquiera otra y sin riesgos.

¿Cuál es el poder del hombre? ¿Cuál el goce? Horadaban tus ojos el fondo mismo de mi blasfemia.

"Suprimámonos" —me lo decía todo—. Mas era tan tibia, tiernecita y mía tu mano.

...porque supe lo bestial, lo pueril e insólito, lo indeciblemente doloroso y lo claro y lo limpio que hay en nosotros. Entre la cruz y la culpa florece una extraña rosa.

"Pues vamos —pensaba yo, sin reposo— al encuentro de Cristo." No sé por qué durante aquella noche todo en rebelión y sospecha iba hacia Cristo.

Cuando fue más tarde, ya ninguna persona había y lo monstruoso e inerte rompía sus cadenas.

Era vivir con el último gemido de vida. Vivir sobre la arista misma de la muerte. Mantenerse en equilibrio donde el cuerpo humano no resiste, donde el pie se quiebra y blandas sogas de agudos dedos nos salen a cada paso. Era vivir mediante la muerte, triunfar del pesado hálito de la vida. Después de aquello tú y yo sabemos que uno sobrevive ¡y tan vigorosamente! a costa de una olvidada y trágica gota de sangre.

Mas te pregunto ahora: ¿Cuál fue, dime, cuál fue después de aquella infinita noche tu primer contacto con los hombres?

¿Y qué queda de todo ello? Queda, y tú bien lo sabes, un vestigio de prodigio, el anuncio de una vida inconfesable que tuvimos entre nuestros dedos.

Tú contra mí te apretabas. "¡Qué frío!" Fue cuando nos despedíamos, mientras apresabas la llave y amanecía.

¡Qué frío! Y me dijiste: "Date cuenta, ni para morir tengo ya fuerzas".

Y morimos. Es lo que todavía hoy no reconocemos.

Día 29

Que nadie hable. La estatua o el tiempo pudieran tomarse venganza de ello.

Día 30

Como de una convalecencia me he levantado. Y es que en realidad la noche a que me refiero duró estos dos largos y oscuros días.

En la apacible mañana tengo una imagen: dos o tres pétalos amarillos sobre tu pecho desnudo.

Y tan fugitiva e insignificantemente te acariciaría que ni existiría la caricia. Yo con mis yemas, en tu inalterable agonía, se iría adormeciendo.

Pues me pregunto estupefacto: ¿Fuiste tú misma, tú, o el heliotropo?

Después, callo. Y vuelvo con alegría renovada a los dulces muertos.

Día 31

De cualquier modo, ha terminado un año.

Día 1

Y apareciste en el día y me tocaste para persuadirme de la noche aquella. De la pasada noche traías aún como un rescoldo de brasas y un hielo de lágrimas sin fuerzas.

"Háblame" —pediste, en principio—. Y luego: "¿Por qué me amas?" Y yo dije: "Por tus pies descalzos".

Día 2

Mozart me desazona —con o sin el rodar del disco.

Día 3

Pues nuestro primer sueño duraría una infinidad de horas —nuestro primer sueño juntos— y nadie osaría interrumpirlo. Al despertar de él, intempestivamente, entraríamos en el tercer sueño.

Imaginarme puedo una cascada de rosas despeñándose desde lo más alto del sueño.

Y una rosa de nieve incendiada en la rosada mañana...

...y el fragor de esa cascada en nuestro supremo cansancio.

Pues así fue: justamente anoche volví a ver en sueños un barco.

Día 4

¿Sueño fue —reparo— que nos encontráramos?

Día 5

Ay, no sabrás que he vuelto a aquella tierra, a nuestra tierra, y que enfrente había una montaña de piedra —que era la división de los sueños—. Ya de noche la gran montaña se desvanecía y alargábanse, no importa dónde, unas ínfimas líneas de luz que miraban con pesadumbre hacia adentro.

Y había un profundo río sumergido que horadaba la montaña. Mas para alcanzar la montaña, ¿te acuerdas? era menester salvar el río. Tan particulares eran sus aguas que nunca nunca lo hicimos.

Volví; piensa. En el viento había una réplica o un anuncio o una abdicación manifiesta: "Ven, vuelve por entre la negrura y jamás habrás sido deslumbrada por resplandor semejante".

De la pequeña puerta emergías, puerta de hierro —en un tiempo—. Y ya la montaña esperaba. Conviene que no olvides que las mañanas eran frescas, no demasiado largas e inolvidables ya para siempre.

Mas tras de la pequeña puerta ayer no estabas. Una oxidada niebla se apretaba contra los muros. Te reías, sí, por entre aquellos muros; pero en otro tiempo. Es la desdicha.

Volví, ay, y la primavera había pasado. Un maléfico soplo de enero acababa de destruir los jacintos. De tu vestido morado tal cual hoja quedaba; seca, seca, sin ruido.

Y en tu alcoba se aguardaba algo: o el último día de todos —que quizás no ocurra— o el primero —que ya ha sido—. Es

decir, se aguardaba lo que no sucederá jamás. Qué desventura.

Tú allí sentada —déjame mirarte—. Y a cierta hora de la tarde sobre el viejo tronco escribiste.

Musgo de agua, amor de agua —tan dulce que sería olvidar, de ser posible.

Día 6

Éramos niños —hoy precisamente hace tiempo.

Y los niños son ya otros y nosotros no somos los mismos.

Ser niño: qué ajeno. Sin la cobardía creciente que se interpone.

Día 7

Te amo, aquí, en mi paciente espera, en mi soledad helada, en mi aterradora búsqueda. Agua entre hojas, te amo, cruz de hierro, primaverales aguas.

Y no te amo como parte de un espléndido mundo vivido, sino como sólida promesa de un incongruente firmamento.

No obstante, recordar un poco es anclar inevitablemente en el enigma. Lo circular es lo obligado y con una mano apreso a la mujer que eres y con la otra a esta mi dulce incongruencia.

Como la fronda das sombra y vuelves venerables los caminos.

En mí te quiero —con un nuevo nombre que nadie haya pronunciado.

Con un mundo nuevo asimismo que jamás nadie haya intuido. Inclínate sobre el agua y ella te explicará lo que deseo que sepas. Justamente el agua, en su corazón adormecido, guarda el escondido secreto.

Te amo, ve —ya muy entrado el invierno.

Día 8

Tu mano pido; no sé para qué, pero dámela. "Tu mano es mi mano y el sentido de mi vida.

Día 9

Pues tu desproporción me arrebata: descubrirte donde no espero es percatarme de que algo muy particular se ha inmiscuido.

"Basta ya de palabras" —proclamé un día—. Y se echaron a reír los demonios.

Mas nada me suplantará, qué temo. A cada lluvia que mires me mirarás como en un espejo.

No ser —pudiera ser a la postre la fe del subsuelo.

Te mantengo, sí, desesperadamente; y te soporto. Como un gran árbol eres junto a un abismo. Donde terminan tus raíces se inicia el misterio.

Día 10

Tus piernas desnudas. Y mis piernas desnudas. Sobre la tierra abandonada —desnudas.

En un abrazo o yertos sobre esa tierra deshabitada, bajo un firmamento helado, lleno de pájaros.

El éxtasis. Y siempre juntos contra la piedra y bajo la lluvia.

"Te deseo —me dices— con un minuciosísimo deseo." Y después te ríes.

"Tus muslos negros como dos grúas" —esto fue en alta mar, la noche aquella.

Y tu vientre joven, abrazado, preso, adherido —abrasado y sin espera— a la recia corteza del árbol.

Prendido al árbol hambriento —en tu ardor solitario, en tu placer sin medida, en mi ausencia.

Como una fuente de mis entrañas la vida saltaba. Estremecida, tú de esa memorable fuente bebías.

Pero ven una vez más; te espero. En mi aridez quiero tenerte.

Día 11

La amistad estuvo en tus manos. Hoy me ofreces tus dedos como esencial alegría de mi vida.

Tanto importan tus manos o tus pechos. Y me las muestras dispuestas, en un deslumbrante anticipo de irresistibles promesas.

Me las muestras o me las ofreces, hermanas y cálidas, como dos huecos gemelos de calor igual aunque de estremecimientos diferentes.

Ah, no las tomo —me las adjudico—. Y a su renovada y pálida muerte me entrego.

Y las solicito. Hacia ti me lanzo —quieto— en un cruel y desesperado desgarramiento.

Y es un grito, un empuje o un relámpago contenido lo que te ofrezco. Lo que te ofrezco es, en la longitud de tus manos, una longitud intransigente y vibrante.

A lo largo de mi sueño tus manos descienden paso a paso por mi cuerpo. Mas es tan sensible su presencia, tan sigiloso su tacto, que sueño y ensueño se confunden, y en el sueño me mantengo quieto y en el ensueño las retengo bien presas.

El cauce se vierte y el tronco se desploma. Son dos vivos, constantes y agitados aspectos de la naturaleza.

Mas tus manos permanecen. Es la reiterada amenaza, el anuncio de una obstinada tormenta.

Día 12

Ven, pues, te pido —que vendrá la noche y se me perderá tu cuerpo.

Día 13

Te veo de espaldas, inmóvil, al viento tus dos pechos alzados y los labios entreabiertos.

Te veo y veo —ay— cómo estrecha contra ti el viento su furia de hombre martirizado. Cómo expones al riesgo tu cuerpo y mantienes tu vientre contra la piedra y exiges del viento que al fin te desgarre en dos iguales y estremecidas mitades. Cómo entre tus dos pechos, alerta el viento, despliega su inmensa mano sin dedos.

Te veo presente, de espaldas. Oh, yo no conocía ojos iguales, ávidos de sorprendentes paraísos.

Entonces me aproximaba a ti, y tú, de espaldas, me sentías. No, con mis manos no te tocaba; mas tú vivamente me sentías.

Si no ya en mí te sentía, sí tan conmigo, en una soledad tan propicia, con una sombra tan suave; tan débil, tan húmeda, tan sometida y altiva, que una sola ráfaga de viento bastaría para que me encontraras. Tú que has visto caer las hojas sin ningún ruido —así caerías—. Y las dos mitades se unirían.

Día 14

Cuando una puerta se cierra es que alguien ha entrado; o salido. O que el cuervo pregona a gritos la conjunción de los cuerpos. Te espero, digo, con un relampagueante presagio.

Día 15

...siendo ya tan tarde, conservo aún el ignorado sabor en mis labios. Y la fuerza inmensa que me llevaba a ti estos días te atrajo a mí con redoblada fuerza. Nos encontramos, pues, con la violencia justa y requerida.

Mas no fue un choque —puesto que si la roca es dura, la ola cede y envuelve muy tiernamente a la roca.

Mi mano en tu pecho —o lo que es desnudar una fruta. También los labios se desnudan y acarician como llamas.

Suponía oírte: "Mi amistad está en mi mano y mi mano es tuya. Mas deja siquiera por un instante que mi mano sea mía". Y dejé que fuera tuya y que en virtud de ella vivieras.

Presentía: "¡No te apartes! ¡Aguarda! No olvides que he visto florecer y morir los prados todo a lo largo de esta ardiente primavera".

Y como una persuasión cautelosa: "Soy joven, ¿me ves? Pálpame, si lo dudas, y verás qué tierna".

Y con un ahogo: "Sobre mi piel viva deja abierta tu mano. Siento que una flor nueva abre en mis venas doloridamente sus alas".

"¡Quiero, quiero —pedías— sentirme prendida en tus dedos como un flamante muro a la hiedra!"

Pues también he visto —ahora recuerdo— en los profundos bosques a la joven yegua perseguida.

Y he visto el suave temblor de sus ancas por entre las desmelenadas madreselvas.

Y el brío, el furor sagrado, lo tenso e inmenso de aquello que la perseguía.

Y he oído un grito, sólo uno, el grito de la reluciente yegua sacrificada.

"¡No, no te apartes! —era el grito—. ¡Aún no es tiempo!" —sobre la hierba, ahíta, te quedarías dormida.

Día 16

Otro día, otro tiempo. Y la pregunta, al cabo: ¿Qué tienes? ¿De qué eres? De secreto en secreto —tú para los profundos bosques hecha.

Día 17

Y me interrogo: En el profundo bosque, ¿tú hoy qué me ofrecerías?

Día 18

Te amo —como si nunca te lo hubiera dicho.

Día 19

Y pienso que pasaste un día, no importa por qué caminos, y que yo no te conocía.

Era ayer. Justa un poco antes de la primavera.

Claro y limpio fue ese tiempo, aunque sin regocijos. ¿Quién te amará así? Del corazón de la tierra nos llevamos eso.

¡Algún tiempo! ¿No te dice ello que me abraces largamente sin que la muerte llegue?

En mil pérdidas te he tenido. Y a cada recuperación más fresca y mía te he encontrado.

Mas te perderé o no en definitiva. De ello depende todo el aspecto del cielo y de las entrantes primaveras.

La verdad queda —no ya el amor— en la piedra.

Día 20

O nada queda. Es sospechosamente perfecta la inmovilidad final del hombre.

Morir es probar el sabor de la tierra —hasta lo que mi entendimiento alcanza.

Y hoy recuerdo que en otro tiempo a cada tumba que mirábamos solías decirme: "Ve muy bien y con detenimiento: por lo pronto, él ya ha escrito su poema".

Que el amor justifique la muerte, lo pienso. A despecho de la vida —tan breve—. Y del propio amor —tan relámpago—. Y de la muerte —tan larga.

Soledad inmensa, oscura muerte: ¿Quién habló antes de abandono?

Fuentes, ramas, charcas, piedras, hojas, sol —y sortijas oxidadas—. Tal es la muerte, admitía.

Que no hay voz que lo exprese ni oído que lo entienda. Voz de loco sería preciso para decirlo y oído muerto para darse cuenta.

Muerte, ay. Mas yo a ti te recuerdo.

Día 21

Ni permanezco ni huyo: me destruyo simplemente.

La vida es triste, amiga mía, y a nadie debe causarle sorpresa. Que lloren si acaso los niños con su misterioso y sobrenatural llanto.

Día 22

Pendiente del simple vuelo de una nube como máxima curiosidad aquí me tienes.

Día 23

Quién habla de orgullo. Es la humanidad aterradora de sentirse cabalmente hombre.

Las hojas caen. ¿Y las horas?

Día 24

Amarme es mi ocupación diaria. Y qué tarea reconocerme. A cada instante que fluye, de mí mismo me despido.

Que violetas de perfumada piedra son para el hombre los días vividos. Por infame e incauto que sea.

Soy lo que miro. Ay, y puramente a esto me atengo. Que al dejar de mirar no seré nada. Sed, pues, celosos de vuestras vidas, olas claras, plateadas lunas, tenue sombra, estiércol, sonajas de oro —para que yo viva.

Y así, en rosado viento advierto que mi oscura sangre se transforma. Con mi inefable viento te aprisiono.

Y tú examinas mis dedos y con asombro convienes: "Si son de viento" —y yo experimento mi orgullo y a continuación la más inicua tristeza. Qué desventura.

Quien la vida me dio, la muerte me obsequió en el mismo rapto. Mas, pregunto: De saberlo ¿aun así me la hubiera dado?

Día 25

¿Quién es el culpable? —indago—. Los dulces muertos en una nueva y más prolongada muerte han entrado.

"Me has dado el amor" —oh, qué he de darte—. Te di el dolor, que es más durable.

Y como en tardes idas ¡algo, algo sobre mi banca espero!

Llorar; qué anhelo. Hoy me miro las manos vacías y este es mi llanto.

Tenía que ser, ni más ni menos: por voluntad del camino.

Perdida estás, lo siento. Y te seguiré buscando.

Mas cuando de la noche surjas en circulares y espectrales pesadillas, sólo una cosa te pido: No me hables de aquel río, de aquel estruendo, de aquellas piedras. Tortúrame, si no hay remedio, pero de aquel río, no; de aquel río no me hables, te lo ruego.

Y de nueva cuenta el sueño: Un hermoso barco que en el mar se perdía...

Mas si a mi vez alguna noche en tus sueños llego —perdóname— de claras flores y oscuros besos llenaré tu cuarto.

Tú y yo muy avanzado el tiempo; pero en el mismo camino. ¡Quién lo diría!

Día 26

No es ya un recuento de edades muertas ni de extintas horas, sino de sensaciones ciegas y de estremecidos quebrantos.

Mas porque así aconteció, te lo digo: Justamente a la mitad de mi juventud detenida, justo un millón de años ha transcurrido.

Bien está el arte. Ay, es la alegría plena.

Día 27

¿Que cómo era? ¡Y lo preguntas! Bien sencillo: yo te hablaba.

Sin embargo, el fin. De veras, no le encuentro sentido. Igual igual que si otra nueva vida comenzara.

Aunque no dejaban por esto de ser diáfanos los días, los días aquellos en que de pérdidas no se hablaba. Sí, eran dulces las horas, tan suspensas, prendidas al júbilo de los árboles, insaciables y lúcidas a cada nuevo día. Ni un sueño preciso, ni un rumbo adecuado. Tácitamente lo inerte alrededor nuestro.

Mañana era un día, sólo eso. Todo era un día en torno a todo. Jamás la tierra propaló aromas semejantes ni viento alguno anidó en tan espaciosos ventisqueros.

Y con el tiempo, el instinto especial que dan las horas nos llevó a las tumbas. Ni tú ni yo erramos el camino.

Pero nuestros pasos quedan. Quiero decir, las amarillas hojas.

Día 28

Ay, ya miro invertidos los apiñados bosques. Y por la ventana, otra ventana enfrente. Mas no ladran los perros: gimen alrededor de sus propios cuerpos y nos anuncian algo.

Y hasta los pasos son de quien camina sin adelantar un paso. También brama el mar y estalla y el estampido de sus aguas hace llorar a los niños.

...a duras penas, y con cierto frío, me dormiré en las noches.

Mas imagínate que el cuervo baja a la playa y un hombre desnudo sube con la marea.

Imagínate que el barco del sueño en otro sueño se ha perdido. Bajo el mar había otro mar y el barco no lo sabía.

Y si fuera posible que una encendida campana doblara en cualquier momento...

Dame la mano aún, de cualquier modo: amiga siempre, siempre. Siempre.

Día 29

No me iré de ti; a qué conduciría. Piénsalo, fue un abrazo sin término.

Íbamos juntos, así era. Íbamos —en otro tiempo.

Extraordinario el orgullo, portentosa la fuerza, imposible la luz, la verdad inaudita. Las cuatro estaciones del año y el corazón de los hombres prestaban ánimos a la escondida desesperanza.

Porque tú y yo no nos pertenecíamos; lo sabían ellos. Rememora si no cómo en cada fugaz encuentro había un horrible hálito de despedida.

Y para encontrarnos era menester recorrer diariamente un más largo trecho. Acuérdate, repito, cómo en los últimos tiempos llegábamos extenuados.

Llegábamos por dos interminables veredas, por dos erizados atajos, con los pies endurecidos, ateridos. Y en la con-

fluencia de los dos caminos nos sentábamos. Desde allí, ya con más calma, mirábamos yo a tu camino y tú al camino mío y nos sorprendíamos de la ignominiosa jornada.

No, nunca nos pertenecimos. Te llamaba Mía y tú pedías que así lo hiciera. "¡Dímelo, dímelo!" —y a pesar de la nueva estación así te sigo llamando.

Sin ti —no lo comprendo.

Día 30

De verdad y para siempre, ¿nunca, nunca?

Día 31

Te recuerdo, mira, mas escasamente te reconozco. Es como si entrambos se hubiese interpuesto un mago de ojos vidriados y esféricos que nos mirase estúpidamente.

Ojos de lluvia y llanto, lunáticos. Ojos rojos y quebrados, tontos, enfermos.

Tú —¡óyeme!— mi pobre vida entre tus manos.

Día 1

No te pido que vengas, aunque sé que vendrías. Te pido que seas; es el último consuelo.

Día 2

Y te veo a lo lejos —no quiero mirar— diciendo adiós con tu pañuelo a la bruma.

No conoces los muelles. Pues tras ellos hay siempre una sórdida bodega y bajo ellos el temblor de los que se quedan.

El barco se hace a la mar y quien despide resiste la lluvia. Cuando ya el barco se ha perdido y las aguas se ensanchan, el llanto se vuelve inhumano. Por las calles el hombre examina sus pasos y aproximadamente a la misma hora otros cierran sus puertas.

No quiero ¡no quiero mirarte ante lo gris del cielo y del agua! Me espanta pensar en que lo gris te envuelva en cualquier momento —tú, tan azul, luminosa y marina.

Me espanta advertir que te quedas, mirando de lejos a mis espaldas.

Día 3

¿Qué me ofreces ahora? "Te ofrezco —clamas— la invisible huella de mi ausencia."

¿Y el lejano y profundo hueco de tu boca? Me ofreces, sí, lo veo, el abrazo de unos brazos que no existen.

Y la selva del invierno en tus cabellos.

Y, por si acaso, me ofreces el martirio de tus rodillas abiertas a cualquier beso.

Y todo un suplicio me ofreces en tus adolescentes pechos recogidos.

Mas de tu próxima y enigmática vida, ¿qué me ofreces?

Día 4

Me quedo con lo que pudiera ser, con lo que habría sido. De la bestia son los ardores y del hombre la dolorida imagen.

Me quedo —ve— con las manos oprimidas, que estrangulan.

¡Te fuiste! —mírame bien— tan sola; y como tal me dejas. Y yo me voy de ti; y así te dejo. De tu rastro no queda nada, ni las huellas de la yegua, ni la huella de tu cuerpo. Tu única huella es mi cuerpo y de mí estoy vacío.

¿Qué me ofreces? ¿Qué te dejo? Otra vez mírame, por si te resuelves.

Día 5

Esto lo supe anoche: no consientes, procuras. Es como si dijeras: "Aquí me tienes aún para que me muestres todos los caminos".

Como si confesaras: "Descubriste la ingnominia y a esto me atengo. Mi juventud se incendió en tus manos y a ello me encuentro atenida".

Como si te revelaras: "Y a pesar de cualquier abundancia guardaré para ti el porfiado recuerdo".

O te rebelaras: "Contra un muro o un camino. Contra lo que tú juzgues que sea preciso".

Es como si suspirases: "De mi fragilidad me envanezco. Ello me da fuerzas".

Como si gimieras: "Míos los yertos árboles, los pardos muñones de todas las selvas".

Ya sé, no consientes; procuras. Y te revelas y te rebelas y suspiras y exiges y confiesas y adivinas. La humedecida rosa que eres, siempre hermana mía ha sido.

Día 6

...y de pronto, por los rosados cielos que aparecieras —cumbre y sueño, pan y rosa, mar y lágrima.

Mas te he perdido. Y un día más quiero vivir sin saberlo.

Qué no te daría hoy —perdida—, ¿qué no podría ofrecerte en tu lejana pureza?

Perdido, perdido —tras una mano perdida.

Día 7

¡Vienes! Lo siento. ¿Es cierto, pues, que vuelves? ¿Cierto que todo ello sucede en tanto el helado invierno se aleja?

¡Ven, ven! Ya no ladran los perros, ni el agrio viento arrasa las ramas, ni lloran como lloraban los niños y la lluvia canta tiernos sones. ¿Será la esperanza, digo?

No te tendré —te lo prometo—. Muy hecho el ánimo, te mantendré levemente a mi lado.

Día 8

No me muevo, no te busco. Tu última lágrima de hoy me ha alcanzado. Lo que pediste, queda: lejos de ti me quedo.

Día 9

Ay, me duelen ya los ojos de arrastrarlos a todas horas por un mismo camino. Me duele ya mi sombra de ahuyentarla de mi cuerpo. Tardes hay, llenas de pájaros —airosas tardes de alas negras—. Y tardes hubo sin alas, inmóviles —tan sencillas.

Y miro y miro, pero ¿qué miro? El designio de una redonda lágrima me ciega.

"No, no, nunca más; nunca más. Tú comprende que es imposible." Y yo advirtiendo tus aterrados ojos me decía: "Ay, sí, de los recuerdos. Todo me habla ya de los días perdidos".

De los días felices, quise decir. Tú enfrente; y yo leía.

Día 10

Lo último fue —que recuerde: "Si muerta estoy, ¿de qué te sirvo?"

Mírame, al fin, tan solo —yo que contigo estuve.

Junto al fresno, en la arena, bajo el agua. Dime que no has de irte, aunque te vayas; que vuelves, aunque allá permanezcas. Déjame mirar al menos siempre hacia un mismo camino y esperar —aunque lo que espere sea la esperanza anterior a otra esperanza perdida.

Di mi nombre, prueba: la soledad se hará presente.

O qué singular, más bien, que tú existas y que yo exista. Y que de cuando en cuando una lejana estrella nos sobresalte. Sin embargo, te hablaba hace unos días como si de verdad me pertenecieras.

No quiero persuadirme de que jamás fue cierto que te tuviera. Ni deseo saber tampoco que te acercabas. Te volveré a ver —nadie lo duda— y te diré como el primer día: "¡Qué extraño! ¿De qué eres?"

Día 11

Y pasarán los años —que nada cuentan—. Y vendrá lo que le llaman Muerte —por los rosados cielos.

Y vendrán otros, como tantos otros, pero distintamente nuevos.

Y se hablará de siempre y nunca —que nada significan.

Y a aquellas tumbas sucederán otras, y las que tú y yo conocemos se harán de hierba.

Tampoco el árbol perdura. Y los que a su sombra se tiendan se tenderán durante inmensas tardes, pero en árboles distintos.

Y las tardes serán como éstas, mas, ¿quién sabrá ya de tales tardes?

Pasaron ya los días felices —ni remedio.

Y sobre la piedra, ninguna huella; ni el agua de las corrientes será la misma. ¡Cómo se han anticipado! Siempreviva o muerta —la flor en cambio parece la misma.

Y llorarán los hombres —esto sí les alcanza—. Mas no pienses que por lo que se ha extinguido.

Alguien se alegrará mañana con las doradas luces. Y una reluciente yegua por los bosques será perseguida. Y el sumergido río, sumergido se mantendrá durante la noche entera. Y los niños —que no serán ya más niños, sino conscientes seres de su niñez perdida—. ¡Sí, es tiempo ya de hacer las cuentas! A la sombra de los plateados eucaliptos todo se ha perdido.

Día 12

¿Que adiós te diga? —la simple mueca de los árboles me avergüenza.

Día 13

Amarte, sí; ni lo preguntes. Mientras viva.

TAPIOCA INN.
MANSIÓN PARA FANTASMAS

Soy luz ¡ah si fuera noche! pero
el estar rodeado de luz es mi soledad.

Friedrich Nietzsche

La polka de los Curitas

—No me siento bien, Adrián. ¡Algo me pasa!

La esposa del comerciante en telas era una mujer cuarentona, pelirroja, insípida, a quien le encantaba contemplar por las tardes la plaza a través de los visillos. Actualmente se reclinaba en un sillón del dormitorio, con ojos adormilados. En la plaza tocaba la música, sorbían limonadas los niños y las muchachas solteras lanzaban al aire carcajadas histéricas, paseando frente a las bancas pintadas de verde donde los reclutas se hurgaban con fastidio las narices.

—¡No me siento bien, te lo aseguro!

Y se reclinó un poco más, experimentando, no que el paisaje le daba vueltas como vulgarmente sucede, sino que una banda de todos los diablos, positivamente más estruendosa que la del pueblo, le ejecutaba en la hipófisis la odiosa polka de los Curitas.

El comerciante, hombre sencillo muy dado a las magdalenas, sospechó con razón que su mujer se hallaba encinta.

—¡Oh, oh, oh! Te traeré ahora mismo un terrón de magnesia.

Mas la enferma rehusó el medicamento y se acurrucó en el sillón, apretándose los oídos.

—¡Es la polka, Adrián! ¡La polka, te lo juro!

Un hombre goloso y rutinario no tolera fácilmente oír hablar de semejante modo.

—Pero, ¿de qué polka hablas, puede saberse? ¡Explícate! Querrás decir en todo caso que te duele la cabeza.

La mujer sonrió con indiferencia, dejó caer desmayadamente los brazos y observó a su marido largo tiempo. Por primera vez en veintidós años admitió que no se comprendían.

—La cabeza o... —proseguía el señor comerciante—. Bueno, es natural. ¡Acuérdate de cuando nació Ambrosito! Realmente todos tus embarazos han sido pésimos.

El hecho es que aquella polka le sonaba a ella entre las sienes tan distinta y acompasadamente que podría bailarla, si se lo propusiera.

—¿Y por qué no ha de ser la polka? —insistía—. ¿Por qué no he de poder escuchar la polka?

Adrián daba unos pasos, mirando de soslayo a la plaza.

—Porque no puede ser, caramba. ¡Porque no puede!

—¿Y por qué no puede? —interrogaba ella, sujetándose al sillón como a una cabalgadura—. ¿No te estoy diciendo que es la polka?

—Y yo te digo que no lo es. Manías tuyas.

—¡Y yo sostengo que sí!

—¡Pues no!

—¡Pues sí!

—¡Que no, repito! ¿O acaso alguien puede escuchar de tal modo una polka?

—Si se puede o no, no es cosa nuestra; pero yo la escucho. Y no me siento bien, Adrián. Algo raro me pasa.

El comerciante había hecho alto, observando a su mujer, que atendía. Se nubló el sol en ese instante.

—¡Óyela, óyela! —prorrumpió ella, de súbito—. ¡Óyela, anda, no te dé miedo!

Aventuró él unos pasos y se inclinó sin confianza sobre el sillón, tratando de distinguir de alguna forma la pieza.

—Óyela. ¿La oyes?... Aquí adentro —y procedió a canturrearla.

Pero Adrián se encogió de hombros, apartándose hacia el balcón en la actitud de quien descubre de pronto que los billetes de su cartera son falsos.

—¡Qué va a ser una polka eso! —dijo. Y señalando a la plaza—: ¿O no oyes lo que están tocando?

Fue una noche lóbrega y misteriosa durante la cual sopló el viento airadamente, el mar batió sin descanso y el comerciante en telas se vio asediado por toda suerte de pesadillas y terrores. Cuando un hombre rutinario y goloso repara un buen día en que la fantasía y algo más existen, se revela de improviso como un envidiable orate o un poeta de lo más elevado. ¿Qué vio, soñó o sospechó el señor comerciante? Tal vez ni consiguió pegar los ojos siquiera. Pero su mujer estaba loca, vestía una túnica de melocotones y le sonreía desde un escollo. O su mujer —loca irremediablemente— se paseaba por encima de los árboles, con un paraguas amarillo, gritándoles obscenidades a los transeúntes. O —más loca aún, si cabe— acababa de devorarse al perro y ladraba, enseñando los dientes. También le pareció distinguir que su mujer se sentaba en la cama y, con un flautín plateado entre los dientes, se ponía a ejecutar la maldita polka. Y que él —rematadamente loco— fingiendo ser un pastor protestante, cortaba cardos en una huerta y los arrojaba por encima de la tapia. O que transformado en abejorro, se asfixiaba en un cuarto lleno de borrachos. O que el pueblo entero, loco, con sus cinco mil setecientos habitantes, danzaba en cueros la polka sobre la misma azotea de su casa. Y que su mujer —sin dejar de escuchar la polka— desaparecía por una atarjea, profiriendo las más horrorosas blasfemias.

Por la mañana, a las doce, vino el facultativo. Adrián le había preguntado a su esposa:

—Qué... ¿te sigue eso?

Fue un instante antes del desayuno, cuando tostaban el pan en la cocina.

—¡Sí! ¡No!... Aunque quién sabe. O tal vez sea ya la costumbre.

Mas cuando se hallaban a la mesa y disponíase ella a cascar un huevo duro, soltó el huevo que se hizo añicos y tiró del mantel, arrastrando la loza.

—¡Sí, sí, ya siento otra vez la polka! ¡Adrián, ya la están tocando!

El doctor era un hombre obeso, despreocupado, caído de hombros a fuerza de intentar cosas en el microscopio. Vestía invariablemente de azul y portaba siempre un maletín oscuro, repleto de instrumentos sumamente fríos que brillaban de un modo extraño, como las estrellas en un cielo de invierno. Al comerciante estos artefactos le inspiraban una vivísima confianza. Suponíase que con el tiempo —y a muy corto plazo, por cierto— de aquellos misteriosos cachivaches derivaríase la salud eterna. Pero el doctor propuso:

—Le ruego que nos deje solos.

En primer término le tomó el pulso a la paciente, le colocó en el sobaco el termómetro y le levantó con curiosidad femenina los párpados. A continuación, le examinó las amígdalas, la auscultó con el estetoscopio, le oprimió hasta hacerla gemir los globos de los ojos y le golpeó con un martillito las coyunturas. También le trazó en los pies unos caprichosos signos con un lápiz como de vainilla. Concluido el reconocimiento, le pidió que se sentara. La enferma se mostraba abúlica, desmejorada en extremo y le temblaban sin cesar las pantorrillas. No apetecía hablar de la polka, ni deseaba que le hablaran. La simple presencia del médico le producía malestar y fastidio. En realidad, habría apetecido permanecer a solas o encerrarse a gritar desesperadamente en un cuarto oscuro o lanzarse a correr a lo largo de la calle principal hasta que le entrara sueño.

—Muy bien. ¿Y cómo le empezó eso?

La paciente se expresó con palabras sencillas.

—Como empiezan las polkas —repuso.

El facultativo tuvo un estremecimiento. También él era un hombre sencillo.

—¿Y después?

Le pareció advertir que lo observaban con desprecio.

—¿Después? ¡Qué quiere usted que le diga! Pues la polka siguió sonando.

Ignoraba él los motivos, mas preferiría de cualquier modo que no se hiciera mención especial de la polka. Lo aturdía y preocupaba esto.

—Adelante.

Había poco qué añadir, por lo visto. Que se hiciera de cuenta el doctorcito que había sido invitado a una fiesta, una noche; que el salón, cuando él llegaba, se encontraba desierto y que, por matar el tiempo, se había tumbado en un sofá, aburrido; que sucesivamente los concurrentes acudían y llenaban, como es natural, la sala; que los músicos en la plataforma descubrían sus instrumentos; que las lámparas se encendían y alguien entreabría los balcones; que las parejas charlaban. Y que, imprevistamente, los músicos se ponían a tocar, toca y toca sin descanso, toca y toca la polka; que transcurrían las horas, la noche entera, y los invitados se retiraban; y que el salón quedaba de nuevo vacío. Pero que allí, sobre su plataforma, continuaban los músicos toca y toca la polka.

El médico cambió de postura y comenzó a balancear una pierna. Ensayaría otra especie de preguntas.

—Y dígame usted ahora: si de una habitación en la que tenemos seis huéspedes retiramos tres y aumentamos cinco, ¿cuántos huéspedes tendremos?

La enferma se incorporó de pronto, con un extraño gesto altivo.

—¡Qué tontería! —dijo.

—¿Tontería?... —objetó el médico—. Le aseguro que es muy importante.

Ella dio la respuesta correcta y el doctor se sintió humillado.

—Bueno, pero si de ciento ochenta y nueve metros de tela...

La opinión facultativa tranquilizó en lo que cabe al comerciante.

—Evidentemente su señora está débil, un poco nerviosa... mas pasará pronto. Quizás se deba... ¡oh, trastornos de la edad, me imagino! Por lo pronto, y a reserva de un nuevo reconocimiento, aquí tiene usted la receta.

A la puerta de la casa, el señor comerciante en telas retuvo con cierta zozobra al médico.

—Y, y... ¿lo de la polka?

—¡Ah! ¿Eh? Sí, la polka. Téngalo usted muy presente: una oblea cada dos horas.

Acto seguido le tendió la mano y se alejó por la plaza a grandes pasos. ¿Una polka? ¿Así, de buenas a primeras? ¿Y sin orquesta? Pero, ¿qué estaba hablando él de orquestas? ¿Resultaba admisible? ¿Y por qué una polka, después de todo? La polka era un baile anticuado. Recordaba ahora, sin embargo, un caso extraño en que se hablaba de cierto enfermo de esquizofrenia, quien se quejaba a todas horas de que le llovía en el cerebro. Le llovía así ¡pim, pam!, ¡pim, pam!, como en las tardes de otoño. Una sola gota fría y constante, terriblemente inicua. Pero, ¿una polka? O tal vez fuera el equivalente. Él recordaba una: la de los Curitas. La tocaban los sábados en la plaza.

La paciente, sentada en la cama, ofrecía un soporífero aspecto, como quien escucha por centésima vez el *andante* de una horrenda sinfonía.

—Apuesto a que ya te sientes mejor, ¿o no es cierto?

En seguida le ofreció el periódico, según era su costumbre todas las noches.

—Bah, léeme eso.

Ella tomó el periódico y procedió a desdoblarlo, sin dejar de escuchar la polka.

—Empieza.

Leídas unas cuantas líneas, el comerciante se sintió aburrido. E inquieto. Y comenzó a dar vueltas sin más ni más por

el cuarto, pisando con malestar la alfombra y apretando en los bolsillos los puños. Qué necedad la de su mujer. Qué aprensión tan insensata. ¿Podría llamarse enfermedad a aquello? Que supiera, nadie se había ido al otro mundo por escuchar una polka. En todo caso, hasta quizás fuera divertido. También a él le gustaba la música. Aunque así, tan impertinentemente... Pero, bien visto, ¿escucharía de verdad la polka?

Empezó a sudar y a caminar cada vez más aprisa, presintiendo a su mujer un poco tétrica a sus espaldas. Era un calor asfixiante. Lo que procedía, en primer término, era poner la mayor atención posible. Cuando tocaba la banda en la plaza, todo el mundo se percataba. Haríase, pues, de cuenta aquella noche que su mujer tenía el kiosco en la cabeza y que él se sentaba en una banca próxima a beber un refresco.

—Conque a ver, seamos francos, ¿qué escuchas? —y se esforzaba por reír echando atrás la cabeza o contorsionando los brazos—. ¡Porque no me vendrás diciendo ahora que también esta noche estás de concierto!

Aquí la mujer rompió a sollozar, arrojándose de un golpe contra la almohada. Era un llanto agónico, espeluznante y confuso que le hizo ver al comerciante cuán cruel y frívolo era. En el horrendo silencio nocturno aquel llanto producía escalofríos.

—Bueno, bueno, no te compunjas. ¿No comprendes que fue una broma?... Claro que sí, la polka. ¿Quién no ha escuchado una polka en su vida?

Mas la mujer gimoteaba, derramando unas lágrimas frías y redondas que le escurrían por los antebrazos.

—¡Calla, tonta! ¿Qué es esto? Si pareces una criatura...

También podría llorar él, si se lo propusiera.

—¡Una polka!... ¡Una polka!, ¿eh? Apostaría a que es la de los Curitas.

Transcurrió una noche y, por fin, otros días. En su establecimiento, la clientela se informaba minuciosamente del estado de la enferma. Era gente afable y risueña que trataba de consolar al comerciante.

—... ¡pero el hecho es que mejora!

—Oh, mejorar, sí; qué duda cabe. Aunque ya saben ustedes que estas cosas de los nervios...

—¡Cómo! ¿De los nervios ha dicho? Porque a mí me habían contado...

—Sí, en un principio se pensó que era la ciática. Y a propósito... ¿qué es lo que le habían contado?

Al cliente le habían contado algo sencillamente horripilante, de lo que se regocijaba el pueblo: que la mujer no se hallaba enferma, sino que acababa de dar a luz un negrito.

—Me contaron... ¡bueno, ya usted me entiende! Algo propio de las mujeres.

El comerciante sonrió con malicia, arrugó las cejas y desdobló la tela, aprestándose a cortarla.

—También yo me lo figuraba. Pero no; al parecer todavía no es eso.

—Vaya, enhorabuena. Le presentará usted mis respetos.

Fueron tres días inmensos, ruidosos, durante los cuales no cesó de sonar la polka en la hipófisis de la enferma. Tres días aciagos, nublados, en los que el mar no cesó de rugir y de sollozar los árboles en la plaza. Tres días y tres noches consecutivos durante los cuales el señor comerciante en telas se desvivió por escuchar, aunque fuera de lejos, la polka. La enferma se desmejoraba, pedía a todas horas agua con sal y mostraba en torno a las órbitas dos perniciosas ojeras. También promovía, y sin que viniera a cuento, escenas de lo más estrafalario. A su marido le sorprendió que una noche lo recibiera como después de un largo viaje.

—¡Adrián! ¡Oh, Adrián, Adrián, cuánto me alegro! ¿Qué tal te ha ido?

Él dijo:

—Convendría que te dejaras ver en la calle y tomaras un poco el fresco.

Y ella:

—Haré lo que tú digas; pero en cuanto termine la pieza.

La vecindad murmuraba con su burda imaginación corriente, lujuriosa y populachera. Que si el negrito había sucumbido y la madre agonizaba; que si el negrito era un pretexto y la mujer se había trastornado; que si una enfermedad repugnante la había hecho mermar de tal modo que ni el propio doctor era capaz de encontrarla; que la epidemia cundiría fácilmente y todos en el pueblo se volverían enanos; que los enanos son crueles y, por si fuera poco, ladrones; que convendría prevenirse a tiempo hablándole al doctor inmediatamente y con las cartas sobre la mesa. Se designó una comisión al efecto.

—Exigimos que se nos hable claro.

El doctor, con un batín de tres cuartos y un lápiz rojo tras de la oreja, los recibió en la antesala. Leía algo acerca de la epilepsia.

—Que se nos hable claro... ¡y en seguida!

Él expresó:

—Síndrome de esquizofrenia activa.

Esto, al menos, ya era algo.

—¿Nos retiramos?

—Nos retiramos.

En tanto la polka era ya algo inaguantable, repulsivo y trágico, fuera de toda posible resistencia humana.

—¡Óyela, óyela! —y el comerciante atendía—. ¡Óyela, por los clavos de Cristo!

Se suscitaban escenas distintas, de acuerdo con las ventas del día.

—Óyela, ¿o estás sordo? ¿Es posible que ni distingas la banda?

—Puede que esté sordo, perdóname. De un tiempo a esta parte noto que me zumban mucho los oídos.

O de otro modo:

—Ea, te la tararearé un poco para que te habitúes.

—¿Sabes que ya me estás aburriendo?

En ciertos amaneceres lluviosos, cuando bajaba la niebla, los esposos se sentían melancólicos.

—Adrián, tú que eres hombre diles por favor a los músicos que terminen de una vez esa pieza.

Adrián miraba a su mujer y a las nubes borrascosas, negras.

—Sufro mucho, Adrián. ¡No te imaginas!

Entonces él le ofrecía sus brazos y le peinaba los cabellos. En un tiempo eran jóvenes y también paseaban por la plaza. Mucho antes de lo de Ambrosito. Esta vez, qué solos.

—¿Sufres, amor mío? Ven aquí, reclínate.

—Siento que voy a morirme.

—¡Ah, no te matará la polka! Yo mismo me encargaré de ello.

Mas se sentía sin ánimos, conmovido.

—Adrián: ¡lloras!

—No lloro. Es que...

Si comprendían que nadie los acechaba, se abrazaban, sí, y lloraban.

—Maldita polka, Adela. Y qué daño nos ha hecho.

Al décimo día de enfermedad ocurrió un suceso imprevisto. El comerciante, con las botas llenas de polvo, se presentó en casa del médico y le comunicó la desastrosa e inexplicable noticia:

—Doctor: mi mujer ha desaparecido.

El doctor apretó los labios, dio unos pasitos circulares hacia una mesa y expresó, sin emoción alguna:

—Me lo temía.

La búsqueda fue laboriosa, llena de inconvenientes y sorpresas. Ciertos vecinos humanitarios tomaron parte desinteresadamente en las expediciones, recorriendo en pocas horas distancias inverosímiles, a veces bajo la lluvia o el granizo o bien durante la noche, en mitad de una oscuridad impenetrable. En la parroquia se dijeron novenas y otros rezos de emergencia. En sus hogares, algunos amigos oraban. Se buscó por pantanos, por vericuetos, en ambas riberas del río y a lo largo de las peladas llanuras. Se buscó en las oficinas, en los arrecifes, en los retretes públicos y hasta en cierto lupanar

clandestino. Una onda de curiosidad y extrañeza invadía los espíritus. Ocasionalmente, como el aroma de una flor lejana y exótica, llegaban nuevas de los expedicionarios, por lo general falsas.

—Parece que la han encontrado cabalgando sobre un borrico.

O:

—Dicen que se arrojó al mar, y que el mar la echó a la playa.

El doctor, hurgando en la neurosífilis, repetía con tic tac cronométrico:

—Me lo temía.

Los expedicionarios portaban armas, linternas y mapas y unas altas botas de minero, así como cordeles, zapapicos y otros artefactos para el caso. Alguien más previsor y avezado cargaba, incluso, con su mochila repleta de longanizas y medicamentos. En un recodo, ante un repliegue, frente a un matorral sospechoso los expedicionarios se detenían:

—¡Eh, cuidado!

Prevalecía la opinión de que la fugitiva era una loca furiosa.

—No aparecerá nunca. Volvamos, pues, a nuestras labores o los cerdos nos comerán la cosecha.

El señor comerciante en telas había cerrado su establecimiento y se pasaba las horas muertas en su casa, mirando con languidez a la plaza por detrás de los visillos. Su fortuna, las goteras en la sala y hasta las mismas letras vencidas habían dejado de interesarle. Mirando hacia aquella linda plaza experimentaba la impresión conmovedora y muy íntima de que descubría a su mujer por entre las bancas, caminando muy campechana en tanto sonaba la música. O el simple gemir del viento o el eco de las olas lo sobrecogían. Entonces se incorporaba, llevábase un dedo a los labios y volvía con inquietud el semblante.

—Creí que eras tú, Adela.

Él sabía presentir las cosas y le tenían sin cuidado los argumentos del médico. Bah, su mujer no era nada de eso; su mujer estaba en sus cabales y todos lo sabían perfectamente. Su mujer no había huído en virtud de que su cerebro se hallara ofuscado, ni nada por el estilo. Ella escuchaba una polka, y esto era todo. Que la polka la torturara era muy comprensible. Y que tratara por todos los medios de no oírla en lo sucesivo, doblemente.

—No estoy de acuerdo, doctor. Mi mujer nunca fue una chiflada:

El doctor sonreía, se mordía las uñas y también miraba a través de los visillos.

—Y aparecerá, estoy seguro. Le dará un mentís a la ciencia.

A mayor número de especulaciones, más profunda era su confianza.

—¡Imposible! ¿Cómo puedo admitir que mi mujer se imagine ser en la actualidad una banda de música? Una banda... ¿Es decir, una corneta, dos pequeños flautines...? ¡se burla usted, amigo!

La búsqueda se dio por terminada y a la desaparecida se la tomó por muerta. Al comerciante, como consecuencia lógica, lo tomaron ya todos por viudo.

—Vamos, levante ese ánimo —le decían—. Véngase al malecón a pasear un rato conmigo.

Pero Adrián insistía en permanecer allí días y días, mirando como un idiota a la plaza.

—Déjese de tonterías. Sí, es doloroso, lo comprendo... pero Dios provee. ¿Sabe usted jugar al dominó, por ejemplo?

Aquel sábado hizo un tiempo espléndido y se llenó la plaza de gente que iba y venía por entre los árboles o que simple y sencillamente permanecía en las bancas mirando cómo brillaban los cornetines y volaban las doradas nubes en el cielo. En un ángulo de la plaza, un mozalbete lleno de pecas descorchaba y repartía refrescos. Los chiquillos, pisoteando el césped, arrojábanse brutalmente las botellas. Y los reclutas allí

estaban. Y estaban las muchachas solteras, con sus blusitas de percalina, cuyo material conocía de sobra el comerciante.

—Con tal y que no toquen la polka —suspiró sobre su silla.

Y la tocaron —la tocaban siempre—, armando un endiablado barullo como si un enorme edificio con vidrieras y todo se viniera abajo. Adrián se tapó los oídos.

—¡No quiero! ¡No quiero! —clamaba—. ¡No quiero que toquen eso! ¡No puedo tolerar semejante música!

Era una aflicción grave y comprensible la suya, semejante a la que experimenta una persona al tropezarse en un cajón con el retrato de algún pariente muerto.

—¡Basta, basta! ¡No quiero! ¡Esa polka me parte el alma!

Iba y venía, se encerraba con llave en su cuarto, se escondía bajo las mantas, se exprimía con los puños los oídos. De cualquier rincón de la casa escuchábase distinta y acompasadamente la polka. Allí donde se refugiara, allí le llegaba el eco. Un eco penoso, inmediato, bailable —que le desgarraba las entrañas.

—¡Basta ya! ¡Por piedad o me volveré loco!

Y con los dedos entumecidos:

—¡Basta ya de Curitas, Dios mío! ¡Basta, que cese la polka!

Mas al reparar detenidamente, saltando de entre las sábanas, ya había anochecido. Se encaminó al balcón de nuevo, descorrió por una punta los visillos y contempló con espanto que la plaza se hallaba desierta y oscura y que sobre los solitarios árboles descendía la lluvia. Un can amarillo y sarnoso sorbía en el kiosco un refresco. Y la polka aún: qué martirio.

—De suerte que yo también... —se dijo.

Lívido, pero resuelto, se examinó en el espejo.

—De suerte que... ¡Jesucristo, que cese la polka! —era cuanto se le ocurría.

Entretanto, por distintos rumbos del pueblo, el doctor iniciaba una serie de consultas urgentes.

—Pero, diga, ¿cómo le empezó eso?

La paciente, otra mujer sencilla, se explicó también sin evasivas:

—Como empiezan las polkas.

Y un solemne caballero:

—Es algo que en realidad no me explico. Imagínese, doctor... ¿pero conoce usted esa polka que han dado en llamar la de los Curitas ?

El estetoscopio, las amígdalas, los golpecitos con el martillo en las coyunturas. Esta vez era una señorita.

—Sí es una polka, se lo aseguro. Una polka y de las más lindas.

El farmacéutico agotó en pocos días sus reservas de obleas.

—No me siento bien, créame. Es muy extraño lo que me ocurre...

—Púrguese usted esta noche. La costumbre es vieja, pero muy sana.

—No, no se trata de eso. El caso es que yo escucho...

—Entonces, consulte al médico; aunque el médico se reirá de usted, me lo temo.

—Doctor, doctor, no se ría. Pero yo siento...

En la sucursal del Banco hubo un momento de confusión y zozobra cuando alguien, que cobraba unos documentos, lanzó al aire su portafolio y empezó a gesticular, despavorido.

—¡No más polka, no más polka o me muero!

Al principio, como ocurre con las guerras, la noticia les sonó jocosa a algunos.

—¿Con que padece del mal de la polka? No estaría por demás, en todo caso, que su marido le pusiera los cuernos.

—¿Y usted qué hace ahí con esa cara de necio? ¿Escuchando por un casual la polka?

—Tóqueme la polka, señorita. Me encantaría conocerla.

—Y a ti que no se te olvide ponerle agua a la polka.

Pero el hecho fundamental es que el doctor no se daba abasto y se enriquecía. Qué conmovedora epidemia. Y una tarde:

—Doctor, le hablan a usted por teléfono. ¡El señor comerciante en telas ha desaparecido!

La sirvienta, al otro extremo de la línea, se enjugaba las lágrimas. Que el señor Adrián tomaba el desayuno, sí, unos huevos fritos, como de costumbre; que el señor Adrián de un tiempo a esta parte se mostraba en extremo afligido; que el señor Adrián hablaba lo indispensable y que de pronto... Sí, ella había ido a la cocina; que el señor Adrián le había dicho: "Tráeme la sal y el agua". Que la sal estaba en un tarro y que el agua le gustaba al señor Adrián con hielo; que el señor leía el periódico... ¡justo! pues que cuando volvió ella de la cocina el señor Adrián había desaparecido.

El médico reflexionó unos instantes y apoyó una pierna en la mesa.

—Perdone —dijo—, pero esta vez no tengo tiempo.

Los semblantes fueron más amargos y los chascarrillos menos frecuentes. La plaza, si no desierta, mostrábase al menos desanimada y fría, aproximadamente como durante el invierno. La mayor parte de los escaparates no ofrecían ya novedades de ningún género y sí una espesa capa de polvo y ciertos trebejos anticuados. En los hogares las madres tomaban providencias.

—Y abrígate bien cuando salgas, porque no querrás que te dé la polka.

—Doctor, ¿está usted seguro? El niño tose, desde luego... ¡Que no vaya a ser la polka, Dios mío!

—Al muelle, no; de ningún modo. Estamos infestados de polka.

Había un solo hombre, uno solo, incorruptible entre todos: el director de la banda.

—Si me da la polka, qué me importa. La bailaré encantado.

O frotándose la calva:

—¿Quién lo había de decir? ¡La polka otra vez de moda!

Con caracteres rojos de dos pulgadas aparecieron en los diarios las primeras medidas sanitarias. En la Parroquia se apiñaba la gente, arrostrando todos los riesgos.

—¡Sálvanos de la polka, Dios mío! Ten misericordia de nosotros —clamaban.

—La polka es un aviso del cielo —peroraba en la tribuna el párroco—. Cumplamos, pues, nuestros deberes y elevad vuestras preces a lo alto.

—¡Misericordia! *Ora pro nobis*. ¡Misericordia! Líbranos hoy y siempre de la infausta polka.

Toda enfermedad tiene su curso, y ésta, no por trágica y desconocida, había de ser una excepción entre ellas. Se iniciaron las desapariciones, algunas en circunstancias de lo más desatinado.

—Claudio, Claudio, no te escondas, que no estoy hoy para bromas.

—Pero, habráse visto, ¿y dónde podrá haberse metido Mercedes?

—Aurelia, por favor: la sopa. Hace media hora que esperamos. ¡Aurelia! ¿No me oye? ¿O es que se ha vuelto usted sorda?

—Pues como le venía diciendo... ¡Jesús, pero si vengo sola!

Era un tránsito misterioso, muy poco científico y nada cristiano que ni la medicina ni la teología aceptaban. El paciente escuchaba durante diez días exactamente la polka y a continuación desaparecía. Pero ¿desaparecer cómo? Resultaba fácil decirlo. ¿Acaso alguien alguna vez había desaparecido? ¿Desaparecer, pues, no sólo se refería a las nubes sino también a los hombres comunes y corrientes? ¿Un hombre que aparece? ¿Otro que desaparece? Inexplicable y brutal, de cualquier modo.

—Lo que se da ya por un hecho es que al alcalde le dio la polka.

—Por lo que toca a mí, me alegro. Se lo tenía bien merecido.

—Comprenda usted que no es muy humano hablar así, de esa manera. Piense que ninguno está exento...

—Pero, calle, ¿qué suena?

—No suena nada. ¿O acaso...?

—¿Que no suena nada? ¡Friolera! ¡La polka! ¡La polka!

Modistas, jornaleros, escribientes, abogados, concejales, sirvientas... unos tras otros caían enfermos y desaparecían. Y cayó al fin el doctor. Y el párroco. Y el alcalde se esfumó una noche de su casa, con un bocadillo de jamón en la mano.

Se clausuraron los espectáculos y las carnicerías, se prohibieron cierta clase de pescados, las reuniones públicas fueron suspendidas y se exigió que se cocieran las frutas. También, bajo pena de muerte, se prohibió escupir en las calles y en la pastelería. Sobre los muros de los principales edificios aparecieron pasquines significativos: *Cuídese usted de la polka. La polka no es lo que todos suponen, sino una enfermedad misteriosa y muy grave.* El Ayuntamiento, al cabo, resolvió sustituir aquellos pegostes: *La polka no causa la muerte. La horrible gravitación os espera. Prevengámonos de las zanahorias.*

Deplorable espectáculo el de aquel pueblo —sombrío, inapetente, anquilosado, como en un prematuro y descomunal invierno—. ¿Y la banda? ¿Y los reclutas? ¿Quién pensaba en la banda? Transcurrían los sábados grises, tediosos, mortales, con sólo el rumor del follaje y los ladridos de algunos perros. El mar, por si fuera poco, aparecía durante el día muy pálido y bramaba amenazadoramente. El ferrocarril pasaba de largo. Del kilómetro tantos al kilómetro tantos, los viajeros se veían obligados a bajar las cortinillas. *No respire usted. Use su pañuelo. Epidemia desconocida.* Y cuando el último furgón se perdía de vista, quedaba únicamente sobre las casas, entre los troncos, coronando las melancólicas olas, un humo fétido y oscuro como una horrenda bocanada putrefacta.

—Decididamente creo que no tenemos remedio —aceptaron.

A intervalos, del dorado amanecer escapábase un angustioso grito:

—¡Pedro!... ¡Pedroo! ¡Pedritoooo!

Los contaminados movían la cabeza, se santiguaban.

—Otro desaparecido —admitían.

La gente se guardaba en casa aspirando alcanfor o haciendo buches con agua de rosas. Ciertas damas aprensivas ni abandonaban la cama. Otros, con una toalla enredada a la cabeza, suspiraban y hablaban lo indispensable, mirando reflexivamente al cielo. Los fumadores fumaban más que de costumbre; y tarareaban. A los niños les sangraban frecuentemente las encías. De cuando en cuando alguien se aventuraba tras los visillos, con expresión musical y estupefacta. Quienes lo sorprendían en su tarea, comprendían al instante de lo que se trataba.

—Mira a ese, míralo. ¡Cómo escucha!

Se mencionaba ya sin escrúpulos a la fatal mujer del comerciante en telas.

—Acuérdese cómo la buscaron.

—Ella fue sin disputa quien nos trajo esta desgracia.

—Y nosotros sin percatarnos. ¿Por ventura formó usted parte de la expedición aquella?

—Por supuesto. Yo llevaba el zapapico.

—¡Qué jornadas tan horrendas! Pues también su esposo ha desaparecido.

—Sí, ya supe. Y desapareceremos todos. Al decir del farmacéutico hay ciertos nansús...

—¡Falso! Que no traten de engañarlo. El bacilo aún no se ha descubierto.

—Pero se descubrirá; todo se descubre.

—¡Si así fuera! Entretanto, no hay remedio.

—Qué remedio va a haber. Resignémonos.

Mas he aquí que una tarde muy tibia trajo el cartero una misteriosísima carta, color azul pálido, dirigida al señor comerciante en telas. Y el Ayuntamiento —debida o indebidamente, nadie puede opinar todavía— se enteró ese mismo día de su texto. Eran doce líneas únicamente, escritas por lo visto en un ferrocarril o un carromato, a juzgar por la caligrafía endiablada que exhibían, llenas de tachaduras y manchas y de

unas huellas redondas e iguales, como de sebo. La carta, por votación unánime de los concejales, se leyó en sesión extraordinaria celebrada aquel mismo atardecer en el Salón de Actos. Decía:

"Yaksu, Tibet, 24 de octubre de 1950.

Adrián querido:

Sin novedad digna de relatarse, llegué a esta hermosa ciudad, sombría y llena de misterio. Te escribo desde el hotel, antes de partir para Lhasa. Ojalá y no me hayas olvidado y todos por ahí disfruten de una salud perfecta. Tan pronto me sea posible, te escribiré de nuevo. El país, repito, es algo nunca visto y me alegraría que con el tiempo pudieras darte una vueltecita, suplicándote de antemano no te olvides de traer tu abrigo. En fin, ya ves que te recuerdo y confío que tú hagas lo mismo. Besos, besos, muchos besos y saludos,

Adela."

El concejal, que leía en voz alta, recorrió con una mirada la sala, suspiró entrecortadamente y a continuación rasgó la carta. En seguida, y como quien espanta a una cucaracha, la arrojó al cesto.

—¡Bien hecho! —se oyó a lo lejos.

—Pero que muy bien hecho —corroboraron todos—. ¡Me parece que no estamos para bromas!

Sin embargo, un poco antes del mediodía, tres días más tarde, el furgón postal dejó caer en la pradera una segunda carta. Ésta la firmaba el alcalde.

"Yaksu, Tibet, 9 de noviembre de 1950.

Cristina:

Si supieras de qué gran humor me encuentro... Pensaba telegrafiarte, aunque después de pensarlo mucho supuse que preferirías saber de mí por mi puño y letra. Aquí estoy y no me arrepiento. La travesía, deliciosísima; el tiempo, seco y frío,

pero magnífico. Los panoramas, subyugantes, sencillamente. ¿Y por esos insoportables rumbos qué se cuenta? ¿Sigue tocando la banda en la plaza? Escríbeme largo y tendido, que yo también lo haré por mi parte. A la primera oportunidad que tenga te haré saber de cabo a rabo mis impresiones. También te enviaré postales. Tuyo,

Pablo."

Por la tarde, a la hora de la merienda, dos telegramas urgentes. He aquí el primero —leído asimismo en sesión plenaria:

"Yaksu, Tibet, noviembre 20 de 1950.

Encantada. País montañoso y frío. Extrañote. Soñé nos veríamos pronto.

Luisita."

Y el segundo:

"Yaksu, Tibet, noviembre 22 de 1950.

Felicítote cumpleaños. Bebo té con mantequilla. Besos.

Carlos."

—Pero, bueno... ¡yo no comprendo! —al decir lo cual el único concejal sano y salvo que quedaba, empezó de sopetón y con muy buen ritmo a escuchar la polka.

Las cartas se sucedían ininterrumpidamente, no obstante que como es lógico suponer ya nadie les prestaba atención de ninguna especie. Generalmente sus destinatarios o habían desaparecido hacía tiempo o bien se hallaban especialmente atareados en la audición de la polka. Y las cartas, ya innumerables, que el ferrocarril arrojaba sobre la pradera, amontonábanse extrañamente como si una compacta y singular nevada hubiese caído por aquellos rumbos. Durante los días de sol y bonanza, las cartas aparecían tranquilas y pastoriles,

reclinadas con amor sobre la hierba. En ocasiones, opuestamente, soplaba el viento. Entonces las cartas revoloteaban un poquito a ras de tierra, se estremecían, ascendían de súbito, giraban como los caballos en el circo y emprendían el vuelo tomando rumbos distintos. Cuando el viento procedía del sur, las cartas tomaban hacia el litoral y se perdían entre las espumas. Pero en caso contrario, volaban hacia la montaña y se enredaban en los árboles o en los riscos e incluso alcanzaban a llegar a pueblos remotos, remotísimos, donde los niños les disparaban con sus tiragomas. Algunas otras, más pesadas, deslizábanse sobre el pavimento de las calles, formando impresionantes remolinos. O se estrellaban contra las tapias de los corrales y alborotaban a las gallinas.

Por aquellos días de inusitada actividad postal, los supervivientes del pueblo tuvieron ocasión de admirar a un curioso personaje, obeso, calvo, desafiante, de chaqueta gris muy clara y panamá, que se paseaba de arriba abajo por las calles o que, tomando asiento en la plaza, dedicábase criminalmente a inspeccionar la correspondencia. A menudo, este hombre permanecía atento a la lectura, sin alzar siquiera la vista. Mas, en ocasiones, veíasele mirar hacia los balcones, dibujar lo que podría llamarse una sonrisa insultante y burlona y desaparecer con grandes aspavientos, entonando a voz en cuello la polka. ¿Quería decirse, pues, que el hombretón aquel se chanceaba? ¿Que convertido —nadie sabía por qué— en amo y señor del pueblo, permitíase atrocidades tales como violar la correspondencia de los vecinos y hacerles guiños a los enfermos? ¿Y en virtud de qué prerrogativas ocurría todo ello? ¿Mediante qué razones profilácticas a aquel individuo de chaqueta gris y panamá lo respetaba la polka?

—Ahí lo tienen, mírenlo.

—¿Pero es ese a quien te referías? Si es el director de la banda.

—El director o quien sea. El hecho es que hace apenas unos momentos me sacaba la lengua.

El director de la banda, rejuvenecido, hacía gala en efecto de un humor y una salud censurables.

"Vedme así —parecía pregonar a gritos—, encantado de la vida y silbando cuando me viene en gana la polka. ¡Ea, salid conmigo al aire libre y veréis qué divertido es esto!"

Ciertos contaminados de tercer grado, al no soportar la actitud del músico, cerraban de golpe las contraventanas y permanecían en tinieblas.

—Pero qué desdichados somos, Dios mío.

Sucesivamente el alumbrado público era cada vez más deficiente, como si un ser perfectamente invisible y malintencionado se complaciera en dejar el lugar a oscuras. Con frecuencia, en un trayecto de tres manzanas destacábase apenas el fulgor de una pequeña linterna allá en el interior de un cuchitril abovedado. La mayor parte de los portales aparecían cerrados y en los comercios y otros centros de recreo ni quien pensara.

—Míralo, ya vuelve. Aunque por esta vez se nota algo más preocupado.

Y allá iba el filarmónico, con su chaqueta gris y el panamá calado sobre las cejas.

—Apuesto a que también hoy revisará las cartas. Si de verdad fuera lo que suponíamos, ni lo intentaría siquiera.

El misterioso hombre, sentado en una banca de la plaza, muy próximo al kiosco, abría carta por carta y las leía. En los intervalos, levantaba ligeramente el rostro y contemplaba con interés el firmamento. Por alguna razón muy íntima se mostraba pensativo.

—¡Eh, fíjate bien! Algo le pasa.

—Es cierto, ¿qué mira?

—Bah, mira a las nubes. Cualquier hombre puede mirar a las nubes sin que le ocurra algo.

—¡Con tal y le diera la polka!

Días y días, viento sur y norte, lluvia, lindas noches otoñales y las cartas revoloteando sobre los tejados, igual que

extrañas aves forasteras de caprichosos colores. Y el silencio. Ni un rebuzno, ni un suspiro, ni un ay, ni una sombra; ni un fulgor de trascendencia por las noches. El doctor, el párroco, el comerciante en telas, los concejales y los reclutas... ¡cuán lejano todo! Y aquellas muchachas solteras, con sus fuertes pechos desenvainados. También recordaba algo muy triste:

—¿Listo? —decía. Y con la plaza atestada de público y el plateado mar a sus espaldas, se aprestaba a dirigir la polka. ¡Delicioso! Sus subordinados soplaban y soplaban. Aquél, con el cogote lleno de barros. Éste, con su leontina de oro puro. Y el del trombón, como una mosca pegajosa, peinado de raya al medio. Recordaba distintamente a una muchachota robusta, coloradota, vestida de punta en blanco, que al pasar siempre frente al kiosco le arrugaba la nariz y le guiñaba un ojo. Era un buen pueblo, un pueblo honesto y libre donde sonaba la polka los sábados, rompía el mar con envidiable estrépito y el viento entonaba en los árboles floridos, canciones raras y maravillosas.

—¿Y la polka cómo iba? —se preguntaba.

Aquella helada tarde de diciembre se sentía desanimado y también con frío. En un principio pensó en dirigirse al muelle y contemplar las sucias traineras flotando sobre las solitarias aguas. Después, en encaminarse al Círculo y levantar torres y castillos con los dominós y los naipes o echar a rodar las bolas de marfil sobre las mesas. Más tarde, en visitar el Ayuntamiento y asomarse al Salón de Actos. O sentarse bajo algún portal, con las piernas cruzadas, haciéndose la ilusión de que antes de que cantara un gallo le servirían una cerveza. O se quedaría allí mismo, sobre la banca, dejando que las cartas le cosquillearan en los bolsillos o el polvo le cegara los ojos.

—¡Y qué linda y bailable sonaba la polka!

Mas se puso en pie resueltamente. Manos a la obra. Tomó primero por una calle retorcida y sucia, después por otra algo más atildada, a poco dobló a la izquierda, después a la derecha, de nueva cuenta a la izquierda y dejó escapar un suspiro.

Desde la carretera volvió atrás el rostro con melancolía y descubrió a lo lejos las chimeneas y un sobrecito marrón que se posaba en el campanario. Las chimeneas eran frías y agudas y apuntaban peligrosamente al cielo. Una legua, dos —el bosque—. Fresnos, chopos, abedules; y el enigmático canto de la naturaleza.

—Si tan sólo lo permitiera San Blas y me enfermara...

Un camino recto, como un disparo; otro, curvo a la manera de una gran hoz en alto; y un tercero escasamente transitable, en virtud de los hoyancos. Ni un ser humano, ni un rastro, ni una triste amapola. Echaba en falta su espejo.

—Si cuando menos pensara...

Se detuvo, perplejo.

—¡Cómo! Pero si creo que ahora sí va de veras. ¡Gracias, Dios mío! Esta sí es la polka... ¡la polka!, ¡la polka! ¡Qué gusto!

Era tonta su alegría, estéril, silenciosa. Su salud seguía siendo perfecta. Un arroyuelo, un repliegue, un vericueto y praderas, praderas verdes, pardas o amarillas. El día. La noche. Qué ocupación tan sórdida la de los peregrinos.

—Maldita pieza, y qué solo me ha dejado.

Hayas, robles y, al final de un nuevo bosque, un respetable río de aguas turbias y escandalosas. Un puentecito frágil, una ladera. Pajaritos del mejor humor imaginable.

Caminos, semejantes unos a otros, sin ningún rumbo que mereciese la pena. Y por fin, la ventanilla. Una ventanilla vieja, gris, como el ojo de un buey moribundo.

—Perdone usted —dijo—. ¡Muy buenos días!

—Muy buenos días —le repitieron.

Un hombre adusto, sensacional y miope lo contemplaba tediosamente.

—¿Sabe usted? Yo quisiera...

Debía tener la barba crecida, la lengua pastosa y blanca y los carrillos enflaquecidos.

—...Yo quisiera ¡ya usted me entiende! Pues un billete de tercera para Tibet.

El hombre sensacional y miope, con su mandil de paño azul marino, lo contempló de soslayo y extrajo sin precipitación un lápiz del chaleco.

—Para Tibet, ¡exactamente! —titubeó—. ¿O... está muy lejos?

El director de la banda ocupó un asiento y se dispuso a aguardar tanto tiempo como fuera necesario. Quienes salían y entraban y los que paseaban por los andenes le tenían enteramente sin cuidado.Y no tanto así aquellas gallinucas humedecidas, apretujadas en una cesta, que le miraban desde un rincón de la sala de espera con horribles miradas de mujeres.

—¡Ah, ya, ya! Verá usted, venga —le chistaron.

Allí estaba de par en par el mapa.

—En primer término... ¡pero asómese! Yo diría que en primer término convendría que tomara usted un barco en Marruecos. El barco, al cabo de algunos días —ocho o diez aproximadamente— lo dejará a usted en Esmirna. ¡Esmirna es digna de admiración, se lo aseguro! Allí se embarcará nuevamente —y ojalá obtuviera un transporte de carga—, con objeto de pasar al mar de Arabia.Tal vez en Suez tenga dificultades con las autoridades británicas; no se preocupe. Sin embargo, en el Mar Rojo... Como usted sabe en el Mar Rojo fue donde Moisés hace muchísimos años... ¡pero, calle! ¿Qué suena?

El director de la banda miraba al mapa.

—No suena nada. Prosiga.

—¡No, no, está usted en un error, caballero! Algo suena. ¿Pero es posible que en realidad no escuche nada?

Hubo un embarazoso silencio.

—Sí suena algo, estoy seguro. Algo... ¿cómo diría yo? Algo así como...

—...Como una polka —terminó con voz melosa el director de la banda.

—¡Justamente! ¿Verdad que sí es una polka? Créame que me había alarmado. En fin, una vez pasado ya el Mar Rojo, desembocando en el mar de Arabia...

Pero, no; el filarmónico no se sentía con ánimos. Esmirna, Marruecos, el mar de Arabia —a sus años—. Y con seguridad, toda una fortuna. Que se divirtieran a sus anchas sus vecinos, que se deleitaran hasta hartarse con los panoramas. En Yaksu el alcalde patrocinaría probablemente una nueva banda. ¡Buen viaje!

Y caminando, caminando por entre los sollozantes matorrales nocturnos, volvió a desandar lo andado con la esperanza de que algún día...

—¡Y pensar que me la sabía de memoria!

Aureola o Alvéolo

Mr. Gustavo Joergensen —dos metros, cuatro centímetros, noruego, siete millones de glóbulos rojos— tomó con indiferencia el audífono y atendió a lo que le decían desde el extremo opuesto de la línea. Era una voz femenina, chispeante, meridional y sencilla, tan diferente a aquella mañana irlandesa durante la cual no se dejaría ver el sol ni por un momento.

—¿Mr. Joergensen? ¿Es Mr. Joergensen con quien tengo el gusto? Mr. Joergensen: enhorabuena. Acabamos de obtener exactamente lo que usted desea.

Lo que Mr. Joergensen deseaba —y así lo había hecho constar en las distintas agencias locales de arrendamientos— era un chalet de veraneo en el que, como condición primordialísima, se hubiera cometido un crimen. La terraza, los miradores, su ubicación y vecindad, el grado de humedad de sus muros, la frondosidad o aridez de los jardines eran pormenores de tercer orden que el presunto inquilino prometía pasar por alto. Asimismo el solicitante no mostraba especial interés que digamos en que la finca mirara al sur o al norte, al mar o a la montaña, ni que en último extremo pudiera hallarse situada en lo más profundo y oscuro de una sima o en el más alto peldaño de un ventisquero. Mr. Joergensen transigía de antemano con cualquier eventualidad posible, comprometiéndose al mismo tiempo a no regatear con el propietario un solo penique de renta.

Sin embargo, la negligencia de los agentes durante aquellos cuatro primeros meses desalentaron en cierto modo al noruego. No resultaba explicable que en todas las Islas Británicas —y en ninguna época, por si fuera poco— no se hubiera perpetrado un crimen. ¿En qué periodo de civilización vivía? Estaba visto que, de continuar así algún tiempo, veríase obligado a emigrar de nuevo al Continente. Personalmente, Mr. Joergensen no podía demorar ni un día más sus labores.

Pero allí, cálida e imprevista, le susurraba la voz femenina.

—Justamente lo que usted necesita, Mr. Joergensen. ¡Y una ganga! ¿Podría recibirme esta misma tarde?

El noruego era un ser reflexivo, de ojos azules, escéptico en cuanto a toda suerte de ilusiones.

—¿Pero existen pruebas? —indicó ásperamente.

—¡A cientos, Mr. Joergensen! El crimen fue algo de lo más espeluznante.

Hizo él un leve gesto de complacencia, encendió por quinta vez su pipa y continuó pellizcándose el bigotito.

—¿Pruebas... comprobables, se entiende?

—Una documentación completa —le dijeron.

—Bien, sírvase pasar entonces hoy por mi casa alrededor de las cinco.

—A las cinco en punto, Mr. Joergensen.

Evidentemente, las características del chalet que le ofrecían eran insuperables. Su construcción, al estilo francés decadentista, databa de las postrimerías del año 1904 y se hallaba ubicado sobre el entronque mismo de dos fertilísimas cañadas, a unos ochocientos metros de un espumoso río y circundado materialmente de toda clase de árboles frutales. El clima allí era generoso y seco y las noches en extremo luminosas. El poblado más cercano distaba escasamente una milla, aunque desde el mirador central del edificio podían Mr. Joergensen y sus amigos entretenerse en mirar por las tardes el ferrocarril que pasaba, ronco y humeante, a cosa de noventa metros de la finca. Mr. Joergensen intervino aquí para hacer constar que

él no tenía amigos. Empero, la voz meridional repetía con insistencia que este ferrocarril tenía su historia y hasta una cierta participación romántica en el macabro suceso; ya que el victimado, aquel viejo pintor de Wicklow... ¡pero iría por partes! Con objeto de no extraviarse en el trayecto, convendría ante todo que el inquilino tomara por una carretera de segunda, que, partiendo a mano izquierda del villorrio antes mencionado...

Mr. Joergensen detuvo a su interlocutora. Era hombre de pocas palabras.

—¡Oh, con todo gusto! —le replicaron—. Aquí tiene usted la documentación requerida.

Alargó él un brazo y sostuvo unas cuantas cuartillas escritas con tinta azul a máquina, que comenzó a ojear ávidamente extrañándose de la sintaxis tan deplorable que exhibían. A continuación estiró las piernas, verificó una breve rotación de cabeza y, al modo de quien se sumerge dulce y fatalmente en el seno también ávido de un pantano, se sumergió él en la relación —por cierto no muy analítica— del impresionante crimen a que se referían. El homicidio en sí resultaba gris y sin ningún brillo, como el producto desatinado de un jornalero; mas las pruebas aducidas eran irrefutables y esto era lo que importaba. Terminada la última cuartilla, Mr. Joergensen se puso en pie, con la documentación aún en la mano. Quizás su aspecto fuera ahora más afable y confiado. Y su tono, menos nórdico. Dijo:

—Enteramente de acuerdo. Procedan, pues, a ultimar los trámites.

La carretera no era de segunda, sino apuradamente de tercera y empinada a más no poder en algunos tramos. Cierto, en cambio, que el panorama resultaba espléndido, con aquel firmamento purísimo, aquellas solícitas y perfumadas praderas, aquellos pajaritos ingenuos y torpones y aquella brisa mitad selvática mitad marina que mecía los árboles. Que del poblado a la finca mediaran tres millas, y no una como era lo

previsto, tampoco hacía mayormente al caso: Mr. Joergensen, con su charrete de medio uso, emplearía a lo sumo media hora. Y media hora a lo largo de tan saludable cañada era un buen prospecto para los pulmones.

En lo que cabe, el corazón le saltó de júbilo. Cerebral y frío como había sido desde niño, experimentaba de pronto una inusitada algazara en la cabeza que lo llenaba de zozobra. Positivamente se transformaba. Se transformaba, digamos, en un meridional de la mejor escuela, pasional y dicharachero, con un sentido tan democrático y occidental de los vínculos sociales que no tuvo el menor empacho en ponerse a charlar libre y alegremente con Martinica. Martinica es un buen nombre, siempre que la mujer responda. Y Martinica era una sirvienta dócil, extremadamente atildada, óptima cocinera. La había tomado a su servicio hacía dos años y no se arrepentía. En la actualidad, Martinica contemplaba embelesada el paisaje. Por entre los vericuetos apareció el río.

—Y qué bien le sentarán al señor estos aires —dijo.

Mr. Joergensen admitió que sí, que aquello le sentaría divinamente. Y otro tanto a ella.

—Pero el señor es quien importa. ¡El señor se había desmejorado tanto!

Los tumbos de la charrete se hacían insoportables a medida que ganaban altura. El infeliz caballo bayo piafaba, sacudiendo la cola en señal de protesta. A lo lejos aparecieron unas nubecillas tornasoladas y bajo ellas la sombra enigmática de un bosque. Y el río. Era un rumor sordo e implacable, como un tremendo zumbido de oídos. A intervalos, cuando el carricoche torcía a la derecha, alcanzábase a entrever el pueblo, sumergido. Mr. Joergensen aflojó las riendas y mostró, remoto, un punto: el mar. Era en dirección noroeste, por entre un plateado velo de niebla, que Martinica miró con asombro. Imaginábase ella que el océano era algo así como el Támesis visto desde las riberas de Hammersmith. Por no haber frecuentado nunca el océano, Mr. Joergensen le había propor-

cionado aquel nombre. A Mr. Joergensen le divertían brutalmente las paradojas. Whitechapel —Martinica—. Y Miss Skelton, a partir de una lluviosa tarde de noviembre, atizaba la lumbre, freía huevos con cebolla y tendía la mesa tres veces diarias bajo el terrífico, ecuatorial y trepidante nombre de Martinica.

—Pero qué lindo es todo esto. Y tan saludable.

Ojalá y su trabajo —el trabajo de Mr. Joergensen— se viera esta vez coronado por el éxito. Qué baldíos, infatigables y extenuantes los últimos años. Qué de renovados sacrificios. Qué inútil, desmesurada lucha con aquel mundo abstracto, esquivo y veleidoso de los fantasmas. Qué búsquedas tan infructuosas. Volviendo la vista atrás, el noruego experimentaba una especie de náuseas como si mirara a la superficie de un espejo en el cual no se proyectara otra imagen que la nueva y cada día más desalentadora superficie de un segundo espejo. De fracaso en fracaso y de fraude en fraude, había ido transcurriendo el tiempo sin un solo fruto, ni un atisbo de fruto. A menudo, esto le atacaba los nervios; entonces se tomaba un descanso. Mas la quietud de los balnearios, el estrépito rugiente de las playas, la rutina burguesa de los hoteles de moda acarreábanle nuevos desasosiegos, originados por sus febriles reflexiones. Sus derrotas le rondaban la cabeza como moscas y a punto estaba de declararse vencido, humillado. No obstante, un nuevo ímpetu, cierta suerte de savia secreta, impulsábalo hacia lo alto como un producto volcánico, cuyo reino no era de este mundo. Confiaba en sí mismo y en la transmutación de los fantasmas, en la consolidación de sus sistemas y en su vecindad corpórea y física. Más aún, guardaba la convicción absoluta de que esta nueva y excepcional tentativa daría sus resultados. El campo experimental había sido bien abonado. Buena suerte, pues, era lo que necesitaba.

Y he aquí que cuando el caballo bayo pegó un respingo, dando a entender muy a las claras que estaba dispuesto a desbocarse en cualquier momento, Mr. Joergensen soltó una car-

cajada y apretó las riendas. Después miró a Martinica y miró a lo lejos, hacia lo que prometía ser un tejado. Un tejado era, empinado y feo, como un tobogán oxidado sobre el cual evolucionaban unos pájaros negros. Y el sol cayendo como algo inefable que se derrumba. Suspiró. También suspiró Martinica.

—¡Pero qué saludable y qué lindo! Si de sólo respirar este aire se le abre a uno el apetito...

Durante el último tramo hasta la finca, Mr. Joergensen guardó silencio. El hombre nórdico que era experimentó un calosfrío: allí estaba el chalet, alto y cuadrado, solitario, emergiendo a la manera de un quitasol de entre los árboles. No lejos, efectivamente, destacábase la vía férrea, cubierta a tramos de maleza. El rumor del río era aún más insistente y ya no sugería ningún zumbido de oídos, sino el desplome total de una cantera. Y cosa extraña. A través de aquel renovado estruendo percibíase casi físicamente un peculiar silencio, un silencio diferente a todos, tormentoso, como será el silencio algún día en la Tierra o lo habrá sido indudablemente en alguna época. Podía muy bien Mr. Joergensen delimitar el estruendo del silencio, como podía asimismo admirar el estruendoso sol que caía, sin prescindir del tupido velo de niebla en que naufragaba. Y en esto se entretuvo. Mas estrujaba las riendas. Y sacudía sin piedad el látigo. Y mordisqueaba su pipa, de la que escaparon unas cenizas. Observándolo detenidamente, el más tonto podría haberse percatado de que se trataba, en efecto, de un destacado y genuino buscador de fantasmas. Entonces hizo alto y detuvo la charrete a las mismas puertas de la finca.

—Mr. Joergensen, se ha puesto usted muy pálido. Mr. Joergensen, ¿le ocurre algo?

Sí, Mr. Joergensen había palidecido. A Mr. Joergensen le ocurría algo, sin duda. Y le habría ocurrido otro tanto a cualquier caballero en el lugar suyo. ¿Qué significaba aquello? ¿Se burlaban de él, por ventura? A continuación se puso rojo, rojo como la misma grana, y dejó escapar una blasfemia.

—Pero, Mr. Joergensen, va usted a desmayarse. Mr. Joergensen, apóyese aquí, se lo ruego.

No iba a desmayarse, ni mucho menos, sino que se sentía ciego, loco y ciego de ira.

En el jardín de la finca, un caballero en bata de casa leía plácidamente un libro. Leía así, cómoda y desafiadoramente, tendido en cierta actitud graciosa, con la pipa entre los dientes y los músculos al parecer en envidiable abandono. El caballero aparecía risueño y, por lo que podía deducirse, encantado de la vida. Mr. Joergensen echó pie a tierra de un salto y golpeó con el puño la reja: un golpe, dos, como otros tantos ex abruptos. Entonces el caballero volvió curioso el rostro, se incorporó pesadamente y se ajustó el cinturón de su bata. Caminaba a pequeños pasos y Mr. Joergensen pensó que le apretaban las pantuflas. Su aspecto vulgar y rechoncho irritó doblemente al noruego. Y hablaba con una voz empalagosa de tenorino napolitano.

—¡Pero esto es una vejación, entiéndalo, un fraude! ¡Una ignominia! ¿Con qué derecho ocupa usted esta casa?

Mr. Joergensen, a través de la reja, manoteaba también como un napolitano.

—Yo he arrendado esta finca, ¿comprende? La arrendé en Dublín hace apenas dos días. ¡Puedo exhibir el contrato!

El caballero de la bata abrió parsimoniosamente la puerta e invitó al recién llegado a que pasara. Mr. Joergensen se resistía.

—Es inútil que se obstine, no pasaré hasta que usted desaloje. ¡No daré ni un solo paso, se lo prometo! Tiene usted dos horas para desalojar ¡ea! ¿Y quién es usted, puede saberse? Apresúrese o lo denunciaré a la policía.

El caballero, con cierto aire distraído, le tendió en el acto la mano y dijo:

—Soy Charles Mac Grath, para servirle. Charles Mac Grath, ¡encantado!

Era una voz tenue la suya, melodiosa en extremo, parecida a esas inefables voces que murmuran en los sueños.

—¿Y yo con quién tengo el gusto? ¡Oh, por favor, cúbrase! Discutiremos el asunto.

Martinica y el caballo bayo observaban.

—Sí, sí, decídase, se lo ruego. Créame que también, por lo que toca a mí, la situación es enojosísima.

El noruego se resolvió al cabo y penetró en los jardines. Mr. Mac Grath caminaba adelante, tambaleándose ligeramente, con sus torpes y rechonchas piernas como las patas de un hipopótamo. Qué estúpida y embarazosa situación aquélla.

—Hágame el favor, no se disguste demasiado; me apenaría tanto. ¡Y siéntese! ¿Está usted fatigado? Por mi parte, creo que debiera ofrecerle un whiskey, pero no tengo whiskey; es el caso.

Se trataba incuestionablemente de un grave error en la agencia de arrendamientos. De un error o un fraude, daba lo mismo. Él, Mr. Charles Mac Grath, habitaba el chalet desde el otoño pasado, justamente a partir del mes de octubre, cuando empezaban a desprenderse las hojas. Había llegado a la finca durante una imponente granizada que había dejado el camino imposible. En Dublín, Turkey St. 98, vivían sus familiares. Un hermano de él, siete años mayor, radicaba en Liverpool. Era célibe y detestaba a las mujeres. Pero el hecho era que, confusión o fraude, la maniobra resultaba demasiado burda, ya que como era lógico suponerse ni el antiguo inquilino, Mr. Mac Grath, ni el recién llegado, Mr. Joergensen, estarían dispuestos a hacerse los desentendidos y cubrir cada cual de su peculio la disparatada y doble renta. También él había vivido en Londres, aunque no le sentaba el clima. Su ocupación requería silencio, dedicación, reposo. ¡Y con aquellos partidos de cricket! El futbol lo había expulsado de Chelsea. En la actualidad se sentía algo deprimido y por las tardes le dolía la cabeza. Que si Mr. Joergensen era botánico. Oh, él tampoco. La Botánica le interesaba bajo un exclusivo aspecto: por el aroma de los heliotropos. Si Mr. Joergensen lo estimaba conveniente, podrían resolverse por esto: dividir el chalet en dos

secciones. Mr. Joergensen eligiría, no obstante que él se hallaba instalado. A no ser que Mr. Joergensen viniera de descanso. Porque si Mr. Joergensen venía de vacaciones le aconsejaría la planta alta. La planta baja era más húmeda y al comedor le faltaban algunas duelas. También él era un misántropo: podía probarlo. Por su parte, comía las hortalizas que cultivaba y las frutas que alcanzaban a madurar buenamente. Oh, no, artista, no; que lo librara el cielo. Porque Mr. Joergensen estaría al tanto de la historia aquella. Que sí, hombre, la historia del pintor de Wicklow, asesinado por un paranoico en la planta alta del edificio. ¡Extraordinario! ¿Con que también él estaba enterado? ¿Y a pesar de ello...? ¡Cómo, pero qué le estaba diciendo! ¡Imposible! Qué alegría. Sí, que se estrecharan la mano. ¿De suerte que eran colegas? Nadie lo hubiera supuesto. Porque si Mr. Mac Grath fuera creyente apostaría a que se trataba de algún milagro: en Lourdes y Covadonga ocurren a diario. Muy bien, pues se harían los grandes amigos, ya que el destino lo disponía de ese modo. Naturalmente que lo que procedía era que ni uno ni otro pagaran la renta. Y como le iba diciendo, sus familiares vivían en Turkey St. 98 y él cosechaba coles, rábanos y alcachofas. En ocasiones, generalmente los viernes, bajaba al pueblo. Y los lunes y los sábados se entregaba a la pesca. Bien visto, Martinica o como quiera que se llamara, salía sobrando. Mr. Mac Grath detestaba las voces, los cánticos al estilo italiano y ese estertor antipático de la sartén a la hora de los huevos fritos. No obstante, se lo agradecía en el alma. Pues al parecer el pintor aquel de Wicklow había sido asesinado en su propia cama, lo cual, como debía saber Mr. Joergensen, era un buen principio para toda suerte de fantasmas. Y en cuanto al estilete con que el de Wicklow había sido victimado, no fue posible encontrarlo por ninguna parte. Existían, pues, sus factores favorables que inclinaban la balanza a favor de ellos. O de otro modo: que el crimen estaba allí latente, presente y magnífico. Y estaba lo que todo buscador de fantasmas podría admitir como el espí-

ritu del crimen, aquello que en lenguaje técnico se designa como Aureola o Alvéolo, y que consistía en una suerte de plasma aéreo, etéreo y níveo, cuya dosificación gradual se verifica de acuerdo con la naturaleza misma del fantasma, determinando presencias variables en relación directa con sus orígenes. No, no, que el viajero no se exaltara, pues las emociones serían violentísimas. Que si Mr. Joergensen no padecía de los bronquios. Y en cuanto a la alcoba del de Wicklow, era un local sin importancia, propicio para toda suerte de tuberculosis. ¡Pero, qué extraordinario! De veras. ¡Qué coincidencia tan increíble! Se calculaban sobre la Tierra alrededor de ochenta y siete buscadores de fantasmas. Y de momento, que Martinica se instalara. Entrambos meterían el carricoche al jardín, porque se iba haciendo de noche. Unas noches luminosas, vivificantes, de luna llena. Esto es, que Martinica pasara.

Media hora más tarde, Mr. Mac Grath, echando atrás el cuerpo, hizo un gesto ambiguo con la mano y dijo:

—Perdone, Mr. Joergensen, si le abrumé con mi charla. Sírvase continuar usted, se lo ruego. Usted tiene la palabra.

Mr. Joergensen tomó, pues, la palabra y no concluyó hasta muy entrada la noche. ¿Qué más podía agregar él a toda aquella sucesión de espléndidos relatos? Había sido, sin disputa, una gran pieza oratoria, y, a la vez, una información de primer orden que conservaría en la memoria tanto tiempo como viviera. Jamás nadie en ninguna época había expuesto con precisión semejante ese mundo abstracto y a la vez luminosísimo, subyugante como ningún otro, de los fantasmas. Mr. Mac Grath era, por lo visto, un especialista en toda la línea, cuya experiencia debería ser aprovechada por sus discípulos. Porque él mismo, Mr. Joergensen, el primer buscador de fantasmas de Noruega, considerábase simple y humildemente un alumno. Todo el reino fantasmal, siempre intrincado y esquivo, siempre frondoso, había cruzado ante sus ojos con la precisión algebraica de un relato común y corriente que recitase un actor en el teatro. En un tiempo, su maestro de escuela,

con una vara de fresno en la mano y encaramado en un alto pupitre, mostrábales a los escolares las distintas partes de Asia, América, África, Europa y Oceanía. Y en los cursos superiores, la cuenca del Brahmaputra y las vertientes de los Apeninos. Los alumnos, mirando al mapa, se suponían ya escalando ciertas cumbres o penetrando en las sagradas aguas o bien defendiéndose con sus quitasoles de las punzaduras del anofeles. La charla gráfica del maestro los instruía y consternaba. Y así hoy Mr. Mac Grath, con aquella voz meliflua e ininterrumpida, habíale ido señalando las depresiones y los repliegues, las marismas y los altozanos, los remansos y las turbulencias de aquel otro reino geográfico, infrarrojo y alucinante. Tal ocurría en el aspecto teórico, porque en cuanto a los enredijos prácticos —y aquí sonrió Mr. Joergensen—, Mr. Mac Grath se mostraba algo más discreto. Pese a sus indudables conocimientos, sus experiencias objetivas habían sido nulas. O de otro modo más gráfico: que los fantasmas permanecían emboscados. Desalentador, por supuesto. Y con gran énfasis:

—Desalentador de todo punto. ¡Desalentador y trágico!

Porque si bien Mr. Mac Grath había visitado Haití, Birmingham, Yucatán y Capri en busca de aquello que su aritmética le prometía, él también por su parte, había llevado a cabo expediciones no tan importantes, aunque con análogo resultado. Allí estaba, si no, como evidencia, su catastrófica experiencia de San Calixto, en Roma. Y su insólita aventura policiaca en la necrópolis de Génova, durante una insoportable noche de escarcha que estuvo a punto de costarle la vida. Y sus incursiones baldías en los caserones normandos, en los acantilados bretones, en las trincheras de Reims, en los suburbios de Rotterdam, en las hueseras de toda Escandinavia, en los quirófanos de Rusia durante la conflagración del 14, en los túneles del subway de Londres, en las bodegas de ciertos paquebotes varados y, por si fuera poco, en las sacristías, museos y parques zoológicos de toda Europa. Después de todo,

también él podría exponer algo a este respecto. También a él podía escuchársele. No obstante, confesaba, su actual tentativa constituía por sí sola la experiencia más trascendental de su carrera. Verificada ésta —no importa cuál resultado se derivara— sus ambiciones se verían colmadas. Es decir, que transpuesto el clímax, aceptaría de buen grado el fracaso y la ruina moral definitivos.

—Sostenga usted la lámpara, Mr. Joergensen. Comenzaremos por la planta baja.

Los dos caballeros se pusieron en marcha. Mas la planta baja no ofrecía interés alguno, a excepción de su aspecto puramente decorativo. El vestíbulo, el comedor, la sala, un salón de lectura, la cocina, el inodoro y por fin una terracita de piedra, con sus tiestos florecidos, ofrecían toda la apariencia inofensiva de una grata y veraniega morada de burgueses. Escaleras arriba, la impresión ya era distinta. Diríase que el material del entarimado o la misma atmósfera que se respiraba anunciaban una grave presencia. De primeras, existía un saloncito muy lindo de donde partía un oscuro pasillo. A ambos lados del pasillo, puertas y más puertas, y alcobas con las cortinas echadas. Al fondo, una salita más de costura y una segunda terraza que Mr. Joergensen examinó a través de las vidrieras. Vecina a dicha terraza, una novena puerta; ésta sí cerrada. El noruego se volvió de pronto y advirtió que Mr. Mac Grath sonreía. Él también sonrió, a su manera. Hubo lo que pudiera llamarse un breve instante de zozobra por parte de ambos.

—Empuje sin reparos, Mr. Joergensen. Llegamos a lo más interesante.

El aludido, con paso lento, penetró en la alcoba del crimen, encontrándose con un recinto cuadrado, muy amplio, totalmente amueblado, con una cama también muy amplia en el centro. Mr. Joergensen aproximó la lámpara, notando con extrañeza que la cama aparecía dispuesta. Sobre un sofá vecino distinguíanse unas ropas íntimas de hombre y muy mansa-

mente plegada, sobre la almohada, un pijama color frambuesa. En la mesita de noche, un peine y un vaso de agua.

—¡Admirable previsión! —exclamó el recién llegado con secreta ironía—. ¿Espera usted visita?

Mr. Mac Grath continuó muy serio, dando a entender que efectivamente la esperaba.

—Quiere decirse que usted le invita...

—Tal vez no sea el concepto justo —comentó el irlandés, esta vez riendo—. ¡Le exhorto!

Su acompañante contempló el pijama del difunto y el vaso sobre la mesita de noche. En realidad, esto se le antojó por demás ingenuo. A continuación desvió la lámpara y alumbró el armario. Cosa ya muy diferente. Él, Mr. Joergensen —siete millones de glóbulos rojos—, aparecía allí, sobre la luna quieta, en una superficie opalina y agria, semejante a un abejorro en una fuente de nata. No era saludable aquello. Mr. Mac Grath rompió a hablar, de improviso.

—Como usted debe recordar, Mr. Joergensen, la existencia física del fantasma es en todos sus aspectos geométrica. Hay fantasmas circulares, triangulares, cuadrangulares, octagonales, etcétera. El fantasma triangular es por naturaleza el más simple de todos, en el sentido de que sus flujos y reflujos son triples y, por consiguiente, frecuentes. Me explicaré, por si usted no me entiende. Todo fantasma se exhibe y abstiene periódica y regularmente de acuerdo matemáticamente con la naturaleza del mismo. El fantasma triangular, por ejemplo, se abstiene durante tres días, tres meses o tres años, ¡depende!, y se exhibe un solo día, un mes o un año correlativamente a sus abstenciones. Quiero decir que si en nuestro caso este presunto fantasma perteneciese al orden triangular —lo cual ya no resulta probable— habría hecho acto de presencia o bien a los tres días de ocurrido el suceso o a los tres meses o a los tres años. De ser cuadrangular, a los cuatro. Si octagonal, a los ocho. Y así progresivamente. El tipo circular de fantasma es de todos el más complejo y revela una existencia azarosísima,

irregular e incierta, pues sus ciclos de abstención y presencia se suceden vertiginosamente y sin ritmo en una suerte de espasmos que han dado en llamarse "eufemismos". El término no me parece adecuado. Sin embargo, estos productos circulares —que son los que más guerra han de darnos— están sujetos también a unos principios biológicos de los cuales no lograrán evadirse. ¿Que cuáles son estos principios? Esto nos toca a nosotros averiguarlo. Por lo pronto, vea usted: el loro.

Mr. Joergensen, que recorría la estancia, dio un paso atrás.

—¿El loro?

Su colega sonrió beatíficamente.

—¡Justo! ¿Le sorprende? No creo que usted ignore, Mr. Joergensen, pues se halla plenamente comprobado que a cada deceso de un hombre sucede el nacimiento inmediato de un loro. Y a cada deceso de un loro, el nacimiento de un hombre. Numéricamente hablando, la cantidad de hombres sobrepasa a la de los loros, mas en esta arcaica diferencia —que nadie ha explicado todavía— estriba precisamente la clave del excepcional teorema. ¿Ocurre, acaso, como me imagino, que se efectúa una selección minuciosísima o bien un vil escamoteo de trastienda? ¿O, como pudiera suceder asimismo, que a un mismo loro, y por adaptaciones geométricas, corresponda cierto número de hombres? ¿O que tal vez, en defecto de todo esto, la traslación sea lentísima y ocupe posiblemente periodos de siglos y más siglos? Aunque pudiera ser de otro modo, según pudo observarse en Corea durante las últimas experiencias.

Mr. Joergensen, de espaldas al armario, examinaba curiosamente al que hablaba.

—¿En cuyo caso...? —y consintió en mirar de soslayo al espejo.

—En cuyo caso llegó a comprobarse, mediante testimonios femeninos, que los hombres propiamente dichos eran los loros, y, los loros, los hombres.

Aquí Mr. Mac Grath dio media vuelta y rompió a reír escandalosamente. Mr. Joergensen también rió, felicitándose del buen humor de su colega. No obstante, cuando llegaron al estudio —unos diez peldaños sobre la alcoba del de Wicklow—, el irlandés mostraba un semblante duro, visiblemente preocupado. En el estudio, perfectamente vacío, apenas si se detuvieron. Contiguo a él había un pequeño y alegre dormitorio. Y la ventana entreabierta.

—Que pase usted muy buenas noches.

—Oh, es usted muy amable... ¡Igualmente!

Bien abrupto y repentino, por cierto. ¿Acaso Mr. Mac Grath se había disgustado?

Fue una noche calurosa, pesadísima, semejante a esas inmensas noches del trópico que parecen prolongarse hasta la angustia, en mitad de una calma chicha. A través de la ventana entreabierta, Mr. Joergensen no percibía ni la más leve ráfaga de brisa. Un silencio, una inmovilidad obsesionante, como en un genuino trasmundo, desprendíase del panorama nocturno, cuya única voz en la noche era la del espumoso río. En lo alto, una luna también pesada bogaba tediosamente por entre las nubes. Las nubes desaparecían a intervalos y cierta cantidad de estrellas ínfimas, desparramadas en la llanura, titilaban. A poco, volvían las nubes y barrían con ellas.

Mr. Joergensen, atentamente, seguía la sístole y la diástole de las estrellas, sentado sobre la cama, con mirada atónita. Quizás de aquello también pudiera deducirse algo. Flujo y reflujo, abstención y presencia, octágonos y círculos. Mr. Joergensen experimentó un sobresalto. ¿Y si escapando a toda fórmula rectilínea los fantasmas dependieran exclusiva y cósmicamente de las fuerzas astrales? Enumerar las estrellas, clasificarlas, abrirles un expediente. O de otra suerte: clasificar aquellos múltiples ojos pasmados que lo miraban desde el caos. Y una brutal idea —repentina como toda válida idea— se le vino a la cabeza: Que Mr. Charles Mac Grath estaba loco. Que Mr. Charles Mac Grath era un fugitivo; un alienado.

Se enderezó, resuelto a levantarse. Su situación estaba clara, atrozmente definida. Tiritó de frío en la bochornosa noche. Pero, ¿en virtud de qué intuiciones secretas, de qué anticipadas transferencias, su primer pensamiento al verle hacía unas horas, y mientras leía en el jardín, había sido exactamente éste: "He aquí a un octágono"? Porque esto era en síntesis lo que había pensado. ¿Y si también él estuviera loco? ¿Existía algún impedimento? ¿Qué era la razón, a fin de cuentas? ¿Y la paranoia? ¿Qué era la salud, la risa, la vida? ¿Y qué era un albérchigo, hoy en el árbol y mañana en la hierba? ¿Y la hierba en sí, qué era? ¿La hierba, pues, era la hierba o algo brutalmente distinto? Se apresó las sienes con los puños y después tiró sus pantalones sobre una silla. Porque aquellos eran sus pantalones y podría vestírselos o lanzarlos por la ventana. Mas de arrojarlos al jardín, a la mañana siguiente se encontraría en paños menores. ¡A la mañana siguiente! ¿Y por qué a la mañana siguiente? ¿A alguien podía ocurrírsele que las mañanas sean una cosa y las noches otra, absolutamente distinta? ¿Por el color, acaso? Efectivamente; se vestiría. Y se vistió. Y comenzó a merodear por el cuarto. Pero, qué tontería: ¿no razonaba? He ahí el mandato psíquico del cerebro y de un modo simultáneo la obediencia servil de sus músculos. Por ejemplo, ahora: se acostaría. Y se acostó. Qué bienestar el suyo. Y se dormiría. Se durmió, en el acto.

Y en sueños... un hombre rechoncho, moreno, con dos piernas chatas y pesadas como las patas de un hipopótamo, entraba en su cuarto y se sentaba sobre su cama, mirándole detenidamente. Contaba él que era un buscador de fantasmas y que sus familiares vivían en Turkey St. 98. Y que tenía un hermano mayor que radicaba en Liverpool. El hombre permanecía allí un buen rato observándole inconsideradamente, cual si tratara de reconocerlo. Mas de pronto, él, Mr. Joergensen, se incorporaba y arrojaba de un manotazo al hombre. El hombre pedía disculpas, exponía algo relativo a las agencias de arrendamientos y se echaba llorando al suelo. Desde allí le

pedía a gritos que lo perdonara y, a la vez, que también él le pidiera perdón por el mal que le había hecho. Entonces, Mr. Joergensen, sin explicarse el motivo, rompía a llorar simultáneamente, con un llanto semejante al de los niños. Lloraban así los dos, hasta que de improviso:

—Shhh, Shhhhhh... Mr. Joergensen: ¡despierte!

El noruego ahogó un grito. Sentado en la cama, impasible y ternísimo, con sus dos patas de hipopótamo y en pijama frambuesa, se hallaba Mr. Charles Mac Grath.

—¡Eh, eh, levántese y venga!

Mr. Joergensen se enderezó, pensando maquinalmente en defenderse. Mas el otro le hablaba en un tono de tan profundo misterio que se le antojó una criatura ideal y serenísima.

—Dése prisa, se lo suplico. Creo que esta vez sí vamos por muy buen camino.

El que dormía saltó de la cama y se fue vistiendo en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Por muy buen camino dice usted? —indagó, entretanto.

—Ya lo creo, Mr. Joergensen. Tengo algo especial que mostrarle.

El irlandés un poco adelante, el noruego detrás, descendieron unos peldaños, cruzaron de norte a sur el pasillo y, sin pronunciar palabra, penetraron en la alcoba del de Wicklow. Allí, sobre una mesa de roble, ardía una lámpara de petróleo. Y contra la pared del fondo, entre la ventana y el armario, destacábase la sombra de un voluminoso armatoste. Mr. Mac Grath avanzó en puntillas y sostuvo una pesada bayeta que cubría totalmente el cachivache. A poco, levantando con misterio su lámpara, iluminó lo que su acompañante desde el primer instante comprendió que era un cuadro.

—Vea.

Un cuadro era, montado en su caballete, y por cierto de muy buen estilo, aunque levemente deprimente. Sobre los árboles frutales de la huerta, en una tristísima tarde de estío, esparcíase lento y pesado, de un tono ocre, el humo del ferro-

carril vecino. Más allá, como surgiendo de un cráter, el pintor había esbozado un grupo de manzanos con sus correspondientes frutos en la copa. Mr. Joergensen examinó minuciosamente el óleo —que por cierto no le decía nada—. O espere usted, sí le decía. Le decía algo por demás escandaloso, que se esforzaba él por no entender debidamente.

—Vea, vea, ¿no significa un hallazgo?

Le decía en primer término que Mr. Mac Grath había perdido el juicio, como se lo temía. Y pretendía, por si fuera poco, que se lo comprara. Sugería haberlo pintado él durante aquella misma noche.

—Se lo daré por unas siete guineas, que es el precio de subasta. ¡Y sin embargo, se trata de una gran obra de arte! Anímese, pues le aseguro que la inversión es magnífica.

Mr. Joergensen expuso algo a este respecto: que la pintura al óleo no le interesaba o que no disponía en tal momento de las guineas, haciendo ademán de salir apresuradamente, cuando de pronto el cuadro se vino al suelo y escuchó por algún rincón de la estancia un debilísimo gemido. Un gemido agudo y breve, no del todo desconocido, como si un ferrocarril en miniatura anunciara su salida.

—¡Oh, no haga usted eso! ¡Oh, oh, no lo haga! —decían.

Y despertó, ahora sí. Qué sobresalto.

Era bien entrada la mañana, de nuevo con aquel firmamento admirable, aquellas solícitas praderas y aquellos pajaritos ingenuos y torpones que se prendían a las ramas de los árboles. De nueva cuenta con la brisa, mitad salobre mitad selvática, y con aquel majestuoso estertor del caudaloso río. Puesto en pie, todavía sin peinarse, se asomó un instante a la ventana. Allá abajo, en los jardines, reclinado plácidamente, el irlandés leía. "He aquí a un octágono" —reflexionó; y le entró risa—. ¿Por qué aquel hombre, en realidad, no sería napolitano? Le chistó una vez y otra, como tratando de despertarle. Mr. Mac Grath atendió un rato, volvió en todos sentidos la cabeza y por fin levantó la vista.

—¡Qué susto me dio usted, caramba! —dijo.

A media tarde, fueron de pesca. Mas para estas fechas la situación psicológica entre los dos buscadores de fantasmas había variado en cierto modo. A Mr. Joergensen podía tomársele ya por el maestro y al irlandés por su discípulo; al menos, como tal se conducían, pues en tanto el irlandés escasamente si despegó los labios en el curso de la excursión al río, mostrándose si se quiere deprimido e incierto y con una dócil expresión en el semblante, Mr. Joergensen empleaba en todos sus actos y movimientos un grave aire altanero, superficial y vano, ya en sus preguntas y respuestas o en sus peculiarísimas observaciones relativas a la caza y a la pesca. Por fortuna el tiempo era magnífico y esto siempre resulta un alivio.

—Le juro a usted, Mr. Joergensen, que la caña es de primera.

—La caña es pésima, compréndame, y no espere atrapar con ella lo que se dice ni un soplo de aire.

—Tome usted la mía entonces, si la prefiere. ¡Ah, y disculpe! ¿Le pesa mucho eso?

El noruego examinaba la caña, pasando un dedo por su superficie como si se tratara de una espada.

—¡Pésima, pésima! En Noruega de verle a usted con este artefacto se desternillarían de risa.

Si Mr. Mac Grath caminaba despacio, su acompañante lo hacía de prisa; y si Mr. Joergensen era interrumpido en el diálogo, se suscitaba una melancólica escena.

—Perdóneme, si mal no recuerdo era yo quien hablaba.

—Ay, puede usted continuar; le escucho.

El sinuoso y angosto sendero daba vueltas a la cañada, serpenteando por entre los troncos. Unas veces sí y otras no aparecía en lo profundo el torrente, con sus aguas transparentes e impetuosas, y en el interior de aquellas aguas presentíase infinidad de pececitos ávidos en espera de la hora del anzuelo.

—¿Le parece bien aquí, Mr. Joergensen?

El noruego, que también en esto era un experto, opinó que allí las aguas no parecían lo suficientemente revueltas. Continuaron unos pasos, pocos, ya sobre la misma ribera del río. Y cosa extraña. El rumor en aquel paraje era tan insignificante como si una inefable brisa removiera un simple puñado de plumas; mas a través de tan apacible murmullo, no se percibía ningún silencio especial e importante, sino que contrariamente podía suponerse que el río acallaba un grave clamor implacable que, de revelarse de improviso, acabaría por trastornar la cabeza.

—Aquí, sí. Este es el lugar indicado.

Mr. Joergensen y su colega lanzaron sus anzuelos al agua. O en virtud de que la pesca es un admirable pasatiempo o bien ante alguna perspectiva imprevista, el noruego mejoró de humor, hasta llegar a reír, incluso, del modo más alegre. No obstante, en hora y media que duró la jornada no se mencionó a los fantasmas. Ambos parecían ahitos. Aunque ya próxima a caer la tarde, Mr. Joergensen tuvo esta ocurrencia:

—¿Pues sabe usted lo que se me antoja? Que tal vez seamos un par de incorregibles necios, dignos del mayor desprecio o lástima.

Mr. Mac Grath, sosteniendo su caña, se volvió para observar a su amigo. Aquel espantoso y negro fieltro sobre las orejas.

—¡No entiendo! —dijo. Y su tono fue de cuidado.

—Yo sí entiendo, desengáñese; que somos un par de farsantes.

Hubo un silencio.

—Farsante lo será usted —protestó sin aspavientos el de Irlanda—, porque, por lo que se refiere a mí, no creo ser nada de eso.

El noruego sonrió. Y agregó aquél, todavía:

—Yo soy un especialista, lo cual es perfectamente distinto. Y le ruego a usted, Mr. Joergensen, que hablemos de otra cosa.

En vista de que las truchas no aparecían, extrajeron del agua sus cañas y cruzaron las piernas sobre la hierba. El viento comenzó a soplar y un extrañísimo resplandor violeta descendió sobre la pradera. La conversación se tornó monótona.

—¿Ha estado usted en Noruega?

—¿Eh?... No, nunca estuve en Noruega. ¿Y usted?

—Yo nací allí, recuerdo habérselo dicho.

—Muy cierto, excúseme. En Noruega debe hacer mucho frío.

—Algo. Y también aquí, por lo que me doy cuenta.

—Sin embargo, los veranos son espléndidos.

—A mí los otoños me afectan.

—¿De verdad? ¿En qué sentido?

Se miraron. Sucedió otra pausa.

—En todos, supongo. Me molesta, en principio, ver despojarse a los árboles.

—Tal vez sea usted un sensitivo.

—Acaso. De cualquier modo, no me ruborizaría.

Mr. Mac Grath volvió la vista hacia el río. En el río flotaban unas hojas verdes, ligeras, y detrás de ellas, unos filamentos oscuros, como lagartos. Sobre la ribera opuesta se movieron indecisamente unas sombras. Oscurecía.

—¡O quién sabe si tenga usted razón, Mr. Joergensen —prorrumpió el irlandés enfáticamente—, y tal vez sí, como usted afirma, seamos los dos unos farsantes!

Tras la luz bajó la niebla, que era un vapor pálido e inconsistente y tan tibio como el humo. Las espumosas aguas parecieron sosegarse un poco.

—Si cuanto afecta al hombre es una farsa, nada tiene de particular que usted y yo lo seamos —comentó a poco el noruego, golpeando con una ramita la hierba—. El río que contempla ahora tan atentamente es una farsa y el firmamento azul es una farsa y es una farsa en general cuanto miramos. Martinica misma es una farsa. ¿Se percató usted de qué horrible modo sabían anoche los huevos fritos? Quizás usted mis-

mo, Mr. Mac Grath, o yo mismo —si lo prefiere— seamos la más grande de las farsas. ¡Porque... imagínese que usted y yo, pongo por caso, fuéramos dos fantasmas!

El irlandés examinó a su interlocutor con el rabillo del ojo, temiendo justificadamente que hubiera perdido el juicio.

—Personalmente —añadió aquél, dejando de golpear la hierba—, no me siento muy seguro; lo reconozco.

—Ni yo tampoco —subrayó el otro, muy serio.

—¿Y qué tal si nos cercioráramos?

—Oh, encantado.

De pronto, el viento comenzó a soplar con tal ímpetu que los dos caballeros ni se entendían. Ya no era un rumor, sino un clamor activo, con aquellos árboles inmensos combados cruelmente sobre sus raíces. El cielo se cubrió de nubes y en algún lugar lejano se pusieron a ladrar los perros. De un momento a otro llovería.

—Creo que debiéramos levar anclas —propuso alguien.

Y se incorporaron. Mas en el preciso momento en que reunían sus aparejos, una ráfaga más violenta de aire, soplando desde la espesura del follaje, levantó en vilo el sombrero negro de Mr. Joergensen y lo trasladó al río. El sombrero negro de fieltro, al modo de un hongo gigantesco, flotó a merced de la corriente y giró una vez y otra sobre sí mismo.

—¡Oh, oh, oh! —prorrumpió el noruego blasfemando, mientras se echaba las manos a la nuca—. ¡Qué fastidio!

Y otra ráfaga. Y otra aún. Y allá en lo más intrincado del bosque, una gran rama que se viene a tierra. Mr. Mac Grath de cara al viento esforzábase por decir algo, con una extraña mueca en los labios: que aquello no tenía importancia; que en Dublín había sombreros nuevos; o que después de todo era lo más sencillo.

Y lo más sencillo y horrendo fue, sin duda, puesto que con la mayor naturalidad del mundo avanzó unos pasos hacia el río, descendió otros, avanzó unos metros sobre el agua —sobre el agua, dije— y, sin humedecerse siquiera los pantalones o

mostrar el menor desaliento, tomó el sombrero que flotaba, lo contempló sin extrañeza y tornó de nuevo a la orilla.

—La lata —explicó, entregándoselo a su dueño— es que el fieltro se haya deteriorado.

Mr. Joergensen aceptó el sombrero, contempló severamente al irlandés de arriba abajo, sacudió el fieltro contra un árbol y dio tranquilamente las gracias. Unos segundos más tarde se ponían ambos en marcha. Aquí, sí, durante todo el tramo que los apartaba de la finca, Mr. Joergensen no despegó los labios. Incluso, caminaba un poco más adelante, con el rostro hundido. Cuando apareció el chalet entre la enramada, ya era de noche. En lo alto, una parda luna vieja bogaba con prisa a través de las nubes. Mr. Joergensen se detuvo un momento, ya sin preocuparse por su acompañante como solía hacerlo.

—Parece que el viento está arreciando —dijo.

Fue una cena aburridísima, misteriosa y fría, en aquel comedor disparatado que trascendía a farmacia. Martinica iba y venía, y sus pasos, por primera vez en su existencia, eran dignos de tomarse en cuenta. Propiamente era como si aquellos pasos, sobre las duelas vencidas, anunciasen una grave presencia, una presencia intrusa que sin más ni más hubiese tomado asiento a la cabecera de la mesa. El noruego, con la servilleta al cuello, permanecía taciturno. Ante él, Mr. Mac Grath despojaba en silencio las alcachofas. Una frase o dos, al azar, como una ola o dos, extemporáneamente, a lo largo de la serenísima playa.

—¿Quiere pasarme las coles?

O:

—Suficiente. Ya he terminado.

No era fácil penetrar en el ánimo de los dos graníticos caballeros.

—No se moleste usted. Puedo servirme yo mismo.

Terminada la cena, el noruego se puso en pie, regularmente pálido. Su acompañante lo imitó en el acto. Titubearon.

—¿Y si pasáramos un rato al salón de lectura? —insinuó el irlandés, sin entusiasmo de ninguna especie.

También él tenía su risa. Una mueca indefinible y seca, que le atacaba los nervios a Mr. Joergensen. Y como ocurría en el río, aquella risa era una suerte de estruendo tácito a través del cual se adivinaba un aterrador silencio.

—No, gracias —objetó con cortesía el noruego—. Preferiría por esta vez retirarme a tiempo.

—Como usted guste.

También ahora el silencio. ¡Oh, el silencio de las ventosas noches de mayo! Ascendieron paso a paso las escaleras, cada cual con su linterna en la mano. Sobre el rellano, hubo un instante de zozobra. Se miraron. Y ladró un perro invisible, según ocurre en estos casos. En el exterior y, a fin también de que las miradas de ambos fuesen todo lo espantosamente significativas que se requería, revolotearon unos pájaros negros. Y la luna. Mr. Joergensen tuvo una reminiscencia: "Qué gran material de trabajo". Él fue ahora, sin embargo, quien apartó la vista.

—Bueno... es una lástima que se sienta usted sin ánimos. ¡Que pase muy buena noche! —lo decía el de Irlanda. Y ya rumbo a su alcoba—: Mañana será otro día.

Mr. Joergensen subió a su cuarto, abrió de par en par la ventana y permaneció allí un buen tiempo de cara a la oscura noche. Y cuando la oscura noche se hizo aún infinitamente más oscura, como si aquella extraña noche fuera a ser la noche de todas las noches, había transcurrido exactamente la mitad de la noche. Una sola estrella, semejante a un ojo estrábico en relación con la luna, apareció de pronto. El viento había amainado y era linda la calma de Irlanda. Mr. Joergensen se apartó de la ventana, atendió todo lo minuciosamente que se quiera y, suavemente, con tacto casi femenino, entreabrió la puerta. A poco, transpuso el umbral, descendió en puntillas las escaleras, se detuvo en el rellano unos segundos y prosiguió bajando. En el vestíbulo describió una elipse, con objeto de evadir un mueble. Y salió.

De sus subsecuentes pasos, bajo la espesísima enramada, no pudo saberse en un buen tiempo. Únicamente allá, al emerger de un túnel de ramas, tuvimos noción de que el noruego caminaba aún, pero sin prisas. Y que como todo aquel que camina, se detenía al cabo. En cuanto a lo que sucedió a continuación, fue de lo más sencillo. Mr. Joergensen escarbaba. No al modo áspero y ostentoso de los perros, sino a la manera delicada y rítmica de los arqueólogos. Escarbaba allí, junto a una roca, un poco más, otro poco, y extraía lo que vulgarmente se llama un estilete. El estilete brilló con la luna y Mr. Joergensen probó a sonreír, o lo que fuera. No obstante, estaba pálido; más pálido, si cabe, que en aquella espantosa noche de otoño, hacía aproximadamente dos años. Naturalmente que en aquel tiempo él era algo más joven y aún no tenía el gusto de conocer personalmente a Mr. Charles Mac Grath. Peor aún; Mr. Charles Mac Grath no existía. En su lugar existía otro hombre idéntico, un hombre oscuro y desconocido, un tal Mr. James Smith R., que embadurnaba lienzos y era oriundo de Wicklow. Había oído de aquel hombre y su chalet. Un lugar tan a propósito. Porque la ciencia... En aras justamente de la ciencia había enterrado allí una noche el estilete. Hoy lo desenterraba, lo cual en su concepto también era circular y de consecuencias. Recordaba que la alcoba entonces estaba en tinieblas. Y actualmente, otro tanto. Sin embargo, durante el lapso intermedio de tiempo había vuelto a encenderse algunas veces. Quizás hoy se apagara para siempre; o no, nadie sabía. Se trataba de eso, de persuadirse, de cerciorarse a cualquier precio. Porque en el fondo Mr. Joergensen estimaba vivamente a Mr. Charles Mac Grath. Y experimentaba su lástima. El irlandés era su revelación, su clímax y, si se nos permite, su criatura. Lo había demostrado ampliamente en el río y lo corroboraría dentro de poco. Era una suerte de creación suya, perfectamente intransferible, que de resultar posible conservaría consigo mientras viviera. Octágono o círculo, Aureola o Alvéolo —tales especulaciones se

quedarían para más tarde. Un querido y fenomenal fantasma se le había insinuado y Mr. Joergensen estaba en vías de destruir cualquier espejismo.

Avanzó ya de regreso al chalet, bajo la espesa bóveda de fronda que lo ocultaba de la luna, las estrellas y los pájaros. Ochocientos metros más adelante apareció con las manos en los bolsillos. Penetró en los jardines, empujó con suavidad la alta puerta entornada y subió. Subió igual que en aquella lejana noche de otoño, de cruel memoria científica. El mismo olor, el mismo inicuo chasquido de aquel quinto peldaño. Y después, el pasillo. Mr. Joergensen contenía el aliento, por si las moscas. Ya en el umbral de la alcoba, atendió por tercera vez en la noche. Qué calma y misterio. Nuevamente el corazón empezó a saltarle de júbilo. ¿Qué ocurriría? Iba a probarlo. A la derecha, el armario —ni deseaba mirarlo—. A la izquierda, la cama: alguien dormía. Aunque hoy todo se mostraba menos oscuro que entonces. Porque entonces Mr. Joergensen no se había percatado de nada, como un ciego. Había hecho así con el brazo, los ojos apretados, balbuciendo algo muy importante en relación con su alma: que lo perdonara el cielo o algo por el estilo. Porque él estaba dispensado: era un científico. Y ahora, otro paso más en dirección a lo que borrosamente consideraba el círculo u octágono de Mr. Mac Grath bajo las sábanas. Después apretó el estilete, suspiró para sus adentros y levantó el brazo.

—Perdóname, Charles. ¡Yo fui el elegido!

Él sería, ni quien lo discutiera.

Mas Mr. Joergensen, suspenso, estupefacto, percibió cómo algo caliente y líquido le embadurnaba la mano a tiempo que un estertor profundo y tétrico emergía del pijama frambuesa. No era un ¡ay! sino un ¡oh! dolorosísimo que le puso los pelos de punta. Y algo que se volvía rígido, etcétera. Soltó involuntariamente el arma. ¿Y oprimiría el botón de su linterna? Mas qué largo espacio de tiempo entre la duda y el instante preciso en que se resolvió a alumbrarle el rostro. Mr. Joergensen

ahogó un grito ante el aspecto fatal y perfectamente humano del difunto. Mr. Joergensen, el primer buscador de fantasmas de Noruega, experimentó un retroceso en su ánimo.

"¡Muerto! ¡Muerto!" —se decía.

Es el caso. Muerto allí ante sus atónitos y fracasados ojos el infeliz y cultivado Mr. Charles Mac Grath, quien posiblemente, en su generosa franqueza, tratara exclusivamente de instruirlo en la alta ciencia de la Aureola y el Alvéolo. Allí estaba con su pijama frambuesa y los ojos entornados, sacrificado en el propio altar donde él cándidamente reclamaba el triunfo. Era ayer cuando decía: "No le invito. ¡Le exhorto!".

Mr. Joergensen experimentó su pánico, el justo pánico de los condenados a muerte —que hasta la fecha ignorara—. Y su pánico era indeterminado, confuso, como el de quien despierta envuelto en llamas. Mr. Joergensen propiamente no sentía ningún terror hacia el fuego en sí que chamuscaría sus carnes, sino hacia el espectáculo siniestro de aquellas hambrientas llamas que crecían ante sus ojos. Era un punto de vista estético; pero macabro. "Empuje usted sin miedo, Mr. Joergensen. ¡Llegamos a lo más interesante!"

En fin, que Mr. Joergensen, ya con un pánico bien definido, optó en un segundo por envolver apresuradamente al de Irlanda en una sábana, atar sobre este horrible envoltorio una segunda sábana y echárselo a cuestas. El estilete, proporcionalmente helado, se lo guardó en un bolsillo. Y como un tratante en cerdos recién nacidos, se lanzó escaleras abajo, rumbo al campo. ¿Que a dónde iba? Por lo pronto, el Alvéolo se hallaba de cuerpo presente y convenía evadir a la policía.

Caminó un buen trecho bajo la fronda. Otro trecho mayor, bajo la luna; escuetamente. Y a lo largo del caminito que serpenteaba, de nueva cuenta bajo otros árboles. El río, desde lo profundo, le llamaba justamente por su nombre. Y cómo pesaba el fardo. "Por las alcachofas" —fue su pensamiento—. Lo depositó repetidas veces, sofocándose, dándole vueltas sin cesar a su entendimiento. Sí, qué reino abstracto, melancólico

y esquivo. Y sus reiterados sacrificios morales tan inútiles. Temió por su alma, mas alcanzó la ribera, cubierta de hierba húmeda y fría, misteriosísima. Por aquellos rumbos la corriente era tan impetuosa que Mr. Joergensen pudo darse cuenta de qué forma triscaban las raíces. Por allí era más o menos donde su sombrero había volado al agua, lo mismo que un gran pájaro sediento. Por allí, precisamente, Mr. Mac Grath había descendido.

Entonces posó el fardo, empapado parcialmente en sangre. Muy horripilante e ingrato. Y lo arrojaría al agua; era un buen recurso. La corriente, apresurada y nocturna, lo trasladaría a Wicklow. O a Wicklow, no; ojalá más lejos, donde el irlandés no tuviera parientes y amigos. Procedió a desatar el envoltorio, ya sin precipitaciones, de un modo enteramente consciente, como un genuino hombre de ciencia. Al fin y a la postre, no era para tanto. Las sábanas las enterraría más tarde. Y exhibió al difunto —no al Alvéolo—. Mas con desorbitados ojos descubrió de súbito, a la luz de una novísima luna, que aquel hombre que transportaba no era Mr. Charles Mac Grath, sino otro hombre totalmente diferente, conocido de sobra. Otro hombre: él mismo.

Mr. Joergensen sonrió —o quién sabe en realidad el que sonriera. Estos juegos de fantasmas no siempre son tan burdos—. De cualquier modo, lo arrojaría al río. También sabía algo de ofuscaciones. A menudo el espejismo hace que los soldados de artillería disparen sobre sus mismas tropas. Una oración inconclusa, una tosecilla, todavía un titubeo. Y adiós. ¡Ya estaba!

Mas al percibir las horrendas andanadas de la corriente en el rostro, horrendas y frías como los mismos riscos de Noruega, Mr. Joergensen entre las aguas comprendió que no tenía remedio. Un trago y otro. Algo excesivo, como un dolor de vientre. Y allá, sobre la ribera, el gran Charles Mac Grath —por otro nombre Mr. James Smith R.— con su expresión de costumbre. Y limpiándose las uñas.

Usted tiene la palabra

Todos le lloraron amargamente porque había sido en vida un ministro como Dios manda —distinguido, honesto, brillante, vanidoso sin excesos, cordial—. Resultaba incomprensible que aquel hombre risueño y joven hubiese desaparecido. Y qué muerte tan estúpida: de un traspié en la bañadera, un domingo en la mañana, en tanto él y su señora se acicalaban para presidir unas carreras de caballos.

Durante el espectáculo el palco permaneció vacío, sin que el público adivinara las causas. Mas tan luego cundió la noticia, pasado ya el mediodía, todo el mundo se sintió afligido e inquieto como si el firmamento amenazase lluvia o los caballos no galoparan a la velocidad acostumbrada. Incluso, algunos sollozaron en sus asientos o por detrás de los árboles. Otros se limitaron a mover significativamente la cabeza, dando a entender que las esperanzas del pueblo habían sido nuevamente burladas. No faltó asimismo quien se hiciera cruces de que los jockeys continuaran en sus puestos.

—¿Y en virtud de qué razones no se suspenden las carreras?

Pero había muerto el señor ministro —"cosa bella mortal passa, e non d'arte"— y allí estaba dentro de su féretro opaco, riquísimo. Estaba allí, absorto y rígido, tal vez preocupado con la imagen de la bañadera estúpida, criminal, familiar y artera. A él mismo, con mayor razón que a nadie, debería haberle

contrariado el incidente; ninguno como él se lamentaría. Y nadie mejor que él en aquella hora comprendería lo aborrecible y apresurado, lo infinitamente risible de los poderes humanos. Con su sonrisa habitual parecía prevenir a quienes le acompañaban:

"No os desalentéis, ni tampoco os envanezcáis demasiado. El hombre tiene un origen —el espermatozoo—; y un fin —la tumba—. Entre origen y término media lo eventual o enigmático, lo inasible. Tan de pensarse es, pues, escalar el Everest o un árbol excesivamente viejo como introducirse en una bañadera. Nuestra existencia depende no solamente del amor o inquina de nuestros semejantes y de la voluntad suprema, sino del capricho frívolo y tornadizo de los objetos que nos rodean. Por lo que respecta a mí, he cumplido mi deber. Así lo creo. Y si de algún error o negligencia soy culpable, que la patria, mi familia y vuestros bondadosos corazones me disculpen."

Diáfanamente afeitado, el cabello rizoso y brillante y un traje negro de americana cruzada, el señor ministro yacía ahí ante los atónitos ojos de sus familiares y amigos. Se evocaban sus gestos, sus inspirados discursos, su labor tenaz y equilibrada. Los más íntimos rememoraban interminablemente anécdotas bellas e inolvidables que ponían a prueba su desinterés y su inteligencia, su probidad, su amor desmedido y profundo por los hombres. Tenía un foxterrier al que adoraba. Y un esbelto caballo árabe, un adolescente de pura sangre, que había costado una fortuna. Refiriéndose al hermoso cuaco y a su marido, la viuda hipaba entrecortadamente.

—Si parece que le veo salir. ¡Si de hecho le estoy viendo!

Quienes la acompañaban en el trance volvían con interés el cuello y miraban hacia la puerta. Hacían vanos esfuerzos por verle.

Todo lo que constituía la capilla mortuoria, el vestíbulo, el patio y gran parte de los jardines hallábase atiborrado de ofrendas florales. Un nuevo pensil, aunque siniestro. Y en las

amplias bandas de seda que ostentaban las coronas fúnebres leíanse inscripciones de la más diversa índole: "Ministerio de Guerra", "Ministerio del Interior", "Sector de Tapiceros, S. A.", "S. A. el príncipe X, a su amigo", "Explotadora de fincas urbanas", "Modas y Donas". Era el clamor público, conmovedor y espontáneo, que agradecía al señor ministro sus sonrisas.

En lo profundo de los salones, sombras y más sombras deambulaban. Sombras que en la oscurísima noche pretendían a toda costa ser aún más oscuras. A intervalos, entreabríanse los cortinajes y aparecía al trasluz un caballero con las manos a la espalda: el rostro enteco, incomprensible, los ojos vidriados como dos lamparones de aceite. El caballero atisbaba, suspiraba una o dos veces y desaparecía de nuevo. Otro caballero miraba a la calle a través de los visillos. En la calle llovía y los perros hacían de las suyas. Un tercer caballero, con chaleco de franela, repasaba una a una las ofrendas. Las damas se mantenían en grupos, selectas y lúgubres, con los dedos entrelazados. Durante algún tiempo escuchábanse los rezos, uniformes, confusos. A renglón seguido, el silencio. La lluvia era lenta o ligera a semejanza de un delicado gorjeo.

Hacia la medianoche, cinco o seis criados muy respetables comenzaron a pasar bandejas con café, té y licores. Percibíase, aunque sutilísimo, el rumor de las quebradizas copas como un remedo vago de ciertas inolvidables veladas. Entonces los caballeros vestían de etiqueta y sus esposas llevaban flores o piedras preciosas en la cabeza. Sonaba también la música. Desdichadamente hoy todo cuán distinto, con aquellas pesadísimas cortinas. Una dama optó en voz alta, lloriqueando:

—Preferiría té, si no es ninguna molestia.

Altos, necrológicos, fenomenales, los criados aparecían y desaparecían conscientes de la responsabilidad adquirida. Tenían órdenes terminantes de que nadie se emborrachara.

—Una tacita más de café; gracias. Y una copa de Benedictine.

En torno al cadáver del señor ministro se agrupaban los deudos y amigos más íntimos, sentados en un impresionante círculo oscuro, contemplándose sin interés unos a otros, perfectamente pulimentados como ornamentos. De tarde en tarde alguien se incorporaba, aproximándose al féretro, y trataba de persuadirse de que en el féretro se hallaba él y nadie más que él: el señor ministro. Al volver inciertamente a su asiento, el curioso ofrecía un aspecto lamentable. La Muerte estaba allí, endiablada y absurda, lo cual era a la vez aterrador e inefable. El señor ministro había fallecido; todos lo sabían. ¿Y en cuanto a los demás? He aquí el rompecabezas. Los demás fallecerían igualmente, un día u otro, de algún modo. ¿Cuándo? ¿Cómo? Doblemente espantoso.

—Debería retirarse usted y reposar un poco —le aconsejaron a la viuda.

La dama se mantenía en silencio.

—Que convendría que descansara usted, en efecto. ¡Ha sido un día tan penoso!

Se abstenía ella, rememorando para sus adentros. Que qué interés podía tener ya en descansar, dormir un rato y sentirse animosa si mañana, mañana en cuanto amaneciera...

—No, no, descuide usted. Me siento bien, muchas gracias —suspiraba otra vez y se arreglaba las faldas.

Allí donde sus compromisos de señor ministro se lo permitían encontrábaseles juntos. Frecuentaban los restaurantes de moda, las galerías de pintura, las carreras de caballos, ciertas solemnes inauguraciones, las tertulias diplomáticas y el teatro. Al cinematógrafo iban poco. Era una risueña pareja, particularmente decorativa. Sus dos hijas eran bellísimas, aladas como dos bailarinas gemelas, y el único varón estudiaba en Harvard. Allí estaba ahora, con el pañuelo entre los dientes.

—Cálmese, por piedad, Eulogio. Usted es un hombre joven y la vida, la vida...

Lucía un bigotito rubio del que se envanecían sus amigas.

—La vida... ¡pues la vida es así, qué caramba!

De pronto, tres taciturnos caballeros que bebían misteriosamente en el comedor volvieron aturdidos los rostros. Un rumor, un grave murmullo, un clamor como el de la marea o una vasta y compacta lona que se rasga se levantó a lo lejos. El rumor se debilitaba, se volvía en cierto modo zigzagueante, confuso, y una sola voz, sólo una de entre aquellas que cedían, anunciaba por toda la casa con terror frenético.

—¡El señor ministro se ha levantado! ¡El señor ministro se ha levantado!

Ni los caballeros que bebían tan misteriosamente, ni ninguno de cuantos se hallaban presentes dieron crédito al anuncio. En una salita adyacente a la capilla mortuoria alguien despertó, sobresaltado.

—¿Que se levantó el señor ministro, dicen? Pero si el señor ministro no era un gran madrugador, que yo supiera. ¡Ah, perdón! ¿Quiere decir usted que el señor ministro ha resucitado?

En un abrir y cerrar de ojos se vaciaron los salones y todo el mundo acudió sin pérdida de tiempo a la capilla mortuoria. Se apiñaban allí ávidamente, interrogándose por medio de monosílabos. Algo muy vergonzoso. Los rezagados permanecían en los pasillos contiguos adonde les llegaban un poco tardías las noticias.

—Pero, bueno; usted que ve desde ahí, dígame: ¿se ha levantado realmente?

Un grupo de enlutados se abrió paso a codazos.

—Hombre, haga el favor, si no tiene inconveniente. Es una mujer desmayada.

La mujer iba allí, también rígida y desabrida, blanca y negra, ausente. Y a continuación fue otra; y otra más: hasta cinco. Los caballeros se desvivían por mantenerse cordiales y dignos, sin explosiones de mal tono. Uno que otro, pretextando sin embargo que el bochorno era insufrible, aventuraba por el jardín unos pasos mirando pensativamente a las coronas. O sin objeto, se llevaba el pañuelo a la boca o daba cuerda a su reloj furiosamente.

—De una buena vez, responda, ¿ve usted algo o no?

No era fácil percatarse de lo ocurrido a través de semejante empalizada de cráneos. Una voz ronca y malhumorada dejó oír, no obstante, lo que todos consideraron ya muy significativo:

—¡Que lo asfixian!

El embudo humano cedió un poco, como un lindo abanico que se entreabre.

—¡Sí, sí, allí está! ¡Ya lo he visto! Puede informar a los de atrás que sí fue cierto. ¡Allí está, mírelo ahora! A la derecha... ¿Lo ve usted? ¡El mismo!

En efecto, el señor ministro se había levantado. Cuentan los que presenciaron el trance que en primer término y, como quien despierta de un largo sueño, se incorporó con trabajo mirando extraviadamente a todas partes. Que en seguida esbozó un leve gesto de disgusto y buscó en la penumbra a alguien probablemente conocido. Que al no dar con él o no recordarlo de pronto, se atusó con una mano los cabellos, se limpió la nariz con su pañuelo y pidió que lo ayudaran. Que naturalmente el estupor impidió que alguien se ofreciera. Y que inmediatamente después, como quien se apea de un furgón o un automóvil, el señor ministro abandonó su féretro, sacudiéndose los pantalones. De si había proferido algo o no nadie estaba seguro. Sin embargo, dio en correr de boca en boca el rumor más extravagante: que el señor ministro acababa de pedir un baño.

Cierta dama piadosa, contemplando el jardín a través de la lluvia, expresó sin rodeos sus temores:

—Se enfriará, me lo temo.

Y quien la acompañaba:

—Se enfriará, sí. Qué desgracia.

Se iniciaron los preparativos. Los criados ya no transportaban bandejas con té, café y licores, sino toallas, tijeras, jabones y unos grandes botes con talco. Algunos de los dolientes se mostraron animosamente solícitos.

—Oh, traiga usted; no se moleste.

Y:

—Yo misma le buscaré la muda limpia.

Se encendieron sucesivamente las arañas.

—¿Y las coronas? Convendría retirar cuanto antes esas flores. ¡Imagínense que las viera!

Era una extraña mezcla de jolgorio, voluptuosidad y espanto. Los accidentados recobraban pesadamente el conocimiento, tendidos en los sofás o en las esteras, puesto que las camas resultaban ya insuficientes. Dos o tres facultativos daban órdenes a la concurrencia.

—Que el baño sea tibio, no lo olviden.

—Y usted, ¡cierre ahora mismo esa puerta!

—Por favor, caballeros. Despejen este local cuanto antes o nos asfixiaremos todos.

—Calixto, corra a toda prisa a la botica y consígame estos comprimidos.

—Un Courvoisier para la viuda. ¡Y las sales!

—¿Qué viuda?

—¡Oh, ya me entiende de sobra! Por lo demás, no creo que la ocasión sea propicia para chascarrillos.

Momentáneamente los concurrentes fueron recluidos en el comedor y otras salas menores. Las alcobas, que momentos antes se habían convertido en cierta especie de locales públicos donde la gente fumaba, bromeaba y bebía, adquirieron al cabo, y en virtud del inconmensurable suceso, su delicioso carácter íntimo. Y con mayor razón el baño. La expectación crecía, como es fácil suponerse. Se escuchó un grifo.

—Le repito que se enfriará el señor ministro. El señor ministro padecía a menudo de adenoides. ¡Y fumaba mucho!

—La ocurrencia es del doctor ese, que ha consentido.

—O aunque tal vez el baño le siente espléndidamente. ¡Después del susto!

—Bueno, a pesar de todo, no sé qué prisa haya para bañarse.

—Tengo entendido que no hay precedente, porque el señor ministro, que yo sepa, estaba bien muerto.

—Esto es lo que usted opina. Quizás la opinión del señor ministro difiera un poco.

—Convendría informar a la prensa, ¿no les parece?

—Deje ese asunto pendiente, por ahora. El señor ministro no fue nunca un sensacionalista, ni mucho menos.

—Con tal y no vuelva a caerse.

—El doctor cuida de él en estos momentos. Es posible que ahora lo enjabone.

—Pero el doctor hizo público su dictamen...

—Ni lo piense usted; no lo hizo.

—Sin embargo, yo sé que existe de su puño y letra en poder de la familia el certificado: "Defunción por fractura de cráneo".

—Se plantea, por lo visto, un nuevo laberinto a la ciencia.

—¡Oh, hagan el favor de callarse! Si nos callamos todos escucharemos el agua.

Musical y ruidosa, caía el agua sobre los invisibles mosaicos. Unas siniestras ancianas ictéricas, enlutadas como carbones, gimoteaban en los pasillos. Por los jardines, varios hombres de trascendencia biológica opinaban en voz baja algo muy grave con relación a las herencias. Las ofrendas florales eran retiradas a toda prisa. Sonaba insistentemente el teléfono.

—Absolutamente verídico, desde luego. El señor ministro se está bañando. ¿Cómo?... Sí, sí, por supuesto. Puede usted lanzar sin reservas la noticia. ¡Oh, de eso sí ya no puedo informarle! ¿Por qué no entrevista a la viuda? Ah, no, claro, ni lo intente: de momento no le sería permitida la entrada. ¡Ya, ya tomo muy buena nota! La emoción es indescriptible.

De lo profundo del baño partieron entonces unas horrendas voces. La voz de él, inconfundible, con sus curiosas inflexiones.

—¡Pues sepa usted, doctorcito del diablo, que en mi casa mando yo desde hace tiempo!

La voz del galeno resultaba soporífera, como si se expresara desde el fondo del retrete.

—Que mando yo, ¿está claro? De suerte que a todo ese atajo de gandules y meretrices me hace usted el favor de despedirlos.

El silencio entre los dolientes se hizo mucho más sensible.

—Si me escuchan o no ni a usted ni a Cristo le importa. ¡He dicho gandules, y lo sostengo! También, por si a usted pudiera interesarle, le suplico que se retire. O de otro modo: que se largue al diablo. ¡Mi pueblo me importa un bledo, y usted y mi familia entera poco más o menos que mi pueblo!

Y a renglón seguido unas estúpidas carcajadas. Los concurrentes se miraron y miraron después al muro; no entendían.

—¿Y si hubiera perdido el juicio? —insinuó alguien desde el mismo infierno.

—O quién quita y sea el estupor, la sorpresa... ¡no sé! La muerte debe ser tan pavorosa...

—Yo confío en que le pasará pronto.

—Ojalá —musitó alguien.

—Habla su subconsciente —objetó un forastero.

Varios ojos anhelantes se volvieron hacia el que hablaba.

—En mi humilde opinión, señores, creo que procede retirarse.

—¿Retirarse? ¡Nunca!

—Retirémonos, claro está. Es lo que procede.

Las voces en el interior del baño eran ya más agudas y se entablaba lo que se llama una discusión muy agria.

—¡Que sí salgo!

Silencio.

—¿Y por qué no he de salir? Vaya, pruebe usted, si es valiente, a impedírmelo.

Otra pausa.

—¡Inténtelo, inténtelo, si se atreve! En todo caso, le prevengo a usted que no sería el primero.

Nueva pausa; y un indefinible estrépito como si acabara de caer un rayo en un almacén de botellas.

—Lo está matando. ¡Cuidado! Investiguemos...

Entonces se abrió la puerta y retumbó en la noche mortuoria y violácea una lejana blasfemia.

—¡¡El señor ministro!!

Él era, ni más ni menos, diáfanamente afeitado, con su cabeza llena de rizos y un traje gris de americana cruzada. Sonreía. Dibujó una reverencia. Aquella era —¡aquélla!— la inexorable sonrisa con que filialmente lo recordaban todos en el teatro. Algunas damas se sonrojaron. Disponíase a hablar, por lo visto.

—Amigos, señoras —en la estancia, pletórica de gente, se oyó un suspiro secreto—: Me es tan grato saludarlos, contemplarlos de nuevo, poder estrecharles como en otro tiempo la mano y sentir de nueva cuenta el calor de sus corazones en torno a mi humilde persona...

—Siempre fue un humorista —insinuó alguien, junto a un armario.

—¡Y tan campante! —arguyeron más lejos.

—... Que escasamente acierte a expresarles mi gratitud al verlos reunidos hoy en mi casa. Mi casa, que es la de ustedes. Ante todo yo les pido disculpas si la atención no fue esmerada. En realidad, me pregunto si el trance en sí lo merecía. Mas de cualquier forma y, sin parar mientes en sutilezas de tercer orden, permítanme momentáneamente reiterarles mi confianza, mi amistad y mi lealtad hacia todos. La lealtad a mi pueblo y mi reconocimiento hacia ustedes, que tuvieron a bien acompañarme y servirme de estímulo en tan infortunado trance.

Se oyeron tibios e indecisos unos aplausos. Él inclinó la cabeza. Alguien hizo: shhhh.

—Mi pueblo, digo, y ustedes, mis amigos, en cuyo honor brindaremos esta noche. ¡Sean bienvenidos, señores!

Se descorchó Cordon Bleu, vinos generosos y Cacao Chouau. Poco a poco, con el alcohol y otros aditamentos el suceso se fue olvidando. Las conversaciones tomaron derro-

teros distintos, iniciándose jocosos debates en torno a motivos perfectamente frívolos e impersonales. A fin de que el humo y los vapores mortuorios circulasen, se abrieron de par en par todos los balcones. Algunas damas, sigilosamente, se escabulleron hasta las caballerizas y despojaron las coronas fúnebres. Una gardenia, un ramito de violetas —tan afrodisiaco, en virtud de su origen—. Cierto funcionario, a quien el señor ministro conocía de vista, sugirió insolentemente que se conectara la radiola.

—Música, no —le advirtieron—. Comprenda usted que es demasiado.

—Si por lo menos —intervino un magistrado—, alguna de estas encantadoras damitas nos tocara un rato el piano.

—De lo que se trata es de festejar el trance, ¿no se da cuenta? Porque no pretenderán ustedes organizar esta noche un concierto.

—Pero convengamos en que bailar así como así no es posible. ¿Qué opinión se formaría de nosotros el señor ministro?

El señor ministro departía de grupo en grupo, exhibiendo un humor envidiable. Cierta vez en que derribó una copa, exclamó y todos rieron:

—Dicen en el otro mundo que esto es de muy buen augurio. ¿Qué opinan? ¡Albricias!

Y tomando la que le ofrecían, la estrelló sin más ni más en el muro.

Preguntaron por la señora.

—Se está vistiendo.

Una jovencita de alivio, digna de la pasión más morbosa, se acercó al resucitado. Que tocaran algo de música, si no había inconveniente alguno; que la música en ocasiones tales... ¿Inconveniente? En lo absoluto. ¿O quería decirse acaso que acababa de acaecer un contratiempo? Él mismo daría la orden. ¡Listo!

Sin embargo, los semblantes se demudaron de nuevo y a través de todos los dolientes corrió un cierto escalofrío cuan-

do al penetrar en la sala y encenderse los candiles apareció allí, en mitad de la estancia, el espacioso y olvidado féretro. Se detuvieron algunos y otros volvieron el rostro con asco, como si acabaran de sorprender a un jorobado desnudo. Al señor ministro le disgustó justificadamente aquello.

—¡Fuera con este armatoste! —vociferó ante los criados—. ¿En qué rayos estaban pensando? ¡Fuera, fuera ahora mismo con eso! Y mañana a primera hora serán despedidos todos.

Se retiró el féretro y se apagaron los cirios, que ardían espantosamente. Un pesado crucifijo de plata fue trasladado a una habitación contigua. Y las cortinas moradas. El señor ministro la emprendió a puntapiés con unos lindos ramos de azucenas marchitas.

—¡Fuera! ¡Fuera también con esto, caabroooones!

En la inmovilidad del auditorio se adivinaba el pánico.

—¡Y usted, badulaque del diantre, conecte ahora mismo esa radiola!

Los dolientes aguardaban, cada cual con su copa en la mano. Se sentían inermes, apesadumbrados, culpables en cierto modo de la ira del señor ministro. Súbitamente y, como si una fétida y asquerosa nube hubiese descendido sobre sus conciencias, pensaron maquinalmente en retirarse. Alguien, posando su copa, inició con cautela la marcha.

—¿Y usted adónde va? ¡Eh, amigo, retráctese! ¿O acaso es de los liberales?

Tan psicólogo. Un disco empezó a rodar. Los criados se mantenían en fila.

—¡Más vino, pronto... más! ¿Y a usted, señora, se le acabó el champagne?

Se inició el baile. Un baile desvaído, insípido, sin entusiasmo —en la lluviosa noche—. Del curiosísimo silencio emergía un fox-trot antiguo y el rumor de los que trotaban en el parquet perfectamente lustrado. Siluetas negras por todas partes, en las que ni ellos mismos habían reparado hasta ahora. Y

un aroma especial que turbaba el ánimo. Continuaba a lo lejos llamando el teléfono. También el señor ministro bailaba. Y bailaban la mayor parte de los dolientes, contoneándose perezosamente, procurando ser rítmicos pero no sacrílegos, esforzándose por reprimir el ímpetu de aquella música endemoniada. Comprendían muy en el fondo que aquello era excesivo y un temor supersticioso empezó de pronto a asaltarles. Se miraban con inquietud, sin regocijo, sospechando que de un momento a otro podía acaecer algo de lo más catastrófico. Alguien en voz baja, presa de un pánico tortuoso, barbotaba el Señor Mío Jesucristo. Sonaba ahora un vals cadencioso, peculiarísimo, apropiado para escucharse en un club nocturno de Hollywood durante una noche inmensamente estrellada. Algo podía suceder, era indudable. Sucedería algo, evidentemente.

—¡Porque aquí tienen que bailar todos, señores! ¡Absolutamente todos! —el señor ministro de ultratumba vertía el champagne en el suelo—. ¡Tienen que bailar todos y divertirse, digo, porque el señor ministro ha resucitado!

Reía de un modo inicuo y áspero que producía la impresión, no de un resucitado beodo, sino de alguien que raspara un tambor con un alambre de púas. Los demás sonreían por complacerle.

—Porque yo estaba bien muerto, ¿no lo sabían? Estaba bien muerto donde ven ustedes a ese caballero. Y me dije: "Eres un animal, ministro. Harás mejor en levantarte y divertirte un rato con las señoras. ¡Y aquí me tienen!".

Su risa chocaba a todos, incluso a aquellos a quienes se les había subido el vino. Entre sus brazos cremosos torturaba ahora a una jovencita estremecida.

—"Diviértete con las señoras" —eso me dije—. "¡Diviértete, ministro!". ¿Y ustedes por qué no se divierten? ¡Ea! Hasta vaciar todas las copas.

Unos, aprovechando la escaramuza, habían conseguido largarse y escapaban hacia la calle, bajo la copiosísima lluvia.

Otros, apostados tras de las puertas, aguardaban a que el resucitado distrajese la vista para salir a la mayor brevedad posible. Cuatro o cinco señoras católicas sollozaban conjuntamente en el baño. Los familiares se habían evadido.

—¡Por Baco, más vino! ¡Que no se murmure nunca que el señor ministro no supo festejar a su pueblo! ¡Que viva el pueblo! ¡El pueblo! ¡El pueblooooo!

Danzaba ahora disparatadamente con una escuálida dama de rostro cabruno. La dama miraba a diestra y siniestra y sonreía, implorando desde su angustia que la rescataran. Ella no lograba hacerse a la idea de valsear con aquel ser terco, insoportable y horripilante; con el difunto. Ella era una mujer honesta, responsable, sensata. Y aquel hombre giraba, contorsionándola de tal suerte, como si pretendiera hacerla pasar ante sus amigos por una bailarina. De ningún modo era una bailarina, sino una mujer de creencias. Y las proposiciones.

—Lo destituirán, indudablemente.

—Es el ser más grosero que pueda darse.

—Otros ministros son peores. Yo se lo digo.

—Si la culpa es nuestra. Después de lo del baño...

—Pero bailemos, qué remedio nos queda. Bailemos hasta que nos caigamos muertos.

—Bailemos, sí. Posiblemente continúe de ministro.

Qué rostros inalterables, estupefactos, ensimismados. Y qué rara melancolía en la noche, con el odioso aroma de las azucenas.

—Vámonos. Algo sucederá cuando menos se piense.

—Sí, va a suceder algo. ¿Se ha detenido usted a observar las nubes?

—¿Qué nubes?... ¡Ah, sí, espantosas! Dice usted perfectamente: vámonos.

—No baile usted, se lo ruego. Recuerde que en la habitación de al lado hay un féretro.

—Lo que me extraña son sus deudos. ¿Ha visto por ahí a alguno?

—Que yo recuerde no resucitó nadie.

—Resucitó Lázaro. ¡Y eso, quién sabe!

—Es verdad, Lázaro. Entonces...

El resucitado empuñaba una copa, bamboleándose en mitad de la sala. Como a un saltimbanqui de pueblo lo contemplaban todos. Si por lo menos le acometieran las náuseas. O se cayera muerto, al fin y al cabo. Esto precipitaría los acontecimientos.

—Ten listos los abrigos.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—¡Valiente noche! Hablarán de esto las gacetillas.

—Pero no se desplomará nunca; lo conozco.

Paulatinamente y, recurriendo a mil ardides, los dolientes iban desapareciendo. Rodaba un disco, otro; frecuentemente cinco o seis veces consecutivas el mismo. Los criados —imperturbables, fenomenales— continuaban transportando menjurjes en unas pesadísimas bandejas de plata. Sobre el parquet aparecían de tramo en tramo algunas flores marchitas, unos cascos de botella y trozos de aquella banda azul marino con letras doradas: "Sindicato de Talabarteros". En un sofá, vuelto hacia la pared, tiritaba una jovencita. Fuera, la lluvia sofocante, bíblica.

—Tengo miedo, vámonos.

—¡Quítate esa flor, mamá! Qué dirá el padre Memo cuando lo sepa.

—Y tú, abuelito, ni una copa más. Te lo prohibo.

—Pues si quieres condescender, bailas conmigo. ¡Estoy harto de coroneles!

—Algo va a suceder, Dios mío. Dios no puede aprobar esto.

De súbito, el señor ministro se tambaleó aún más horrorosamente que hasta la fecha, soltó su copa que se hizo añicos en el suelo, aventuró unos pasos desafiantes hacia la puerta, entreabrió las piernas como un caballo, lanzó un soplido y se desplomó boca arriba. Fue un momento espeluznante, no

exento de cierto misterio, que nadie acertó a describir más tarde. Alguien se aproximó a mirarlo, comunicando a los presentes muy seriamente que, según todas las probabilidades, esta vez sí parecía bien muerto.

Cinco minutos más tarde el señor ministro se hallaba solo.

Entreabrió los ojos con pereza, vislumbró a los criados. A continuación, se fue soltando el chaleco como pudo.

—Pueden retirarse —dijo.

Pretendió incorporarse, balbucir algo, algo en relación con los testamentos, los cólicos hepáticos y las esferas sociales, arrastrarse hasta un sofá, tapizado de felpa, que distinguía confusamente en un rincón cercano. Tenía hipo. Y frío. Horas antes en aquel lugar precisamente se hallaba su féretro. Y un buen número de invitados, la mayoría colaboradores suyos que lo examinaban con lástima. Si no recordaba mal... ¡qué absurdo! ¿Recordar qué y de qué modo? Oyó un tren lejano que partía de madrugada. Un tren o un perro angustiado, no distinguía. Alguna vez él había partido a tales horas, con un abrigo azul bajo el brazo y un sombrero gris de fieltro. Conservaba aún el pisapapel florentino que le obsequiara Puccini, el relojero. En México, por ejemplo, existía un lugar extrañísimo. Le gustaba articular siempre: Tlacotalpan. Y aquel infernal puente combeado. Pase usted, patroncito. Si por lo menos alcanzara el sofá antes de morirse. Aunque el hecho es que lo habían abandonado. Su primogénito estaba en Harvard; era obvio. Pero su mujer, no; ni sus hijas. Le gustaba exhibirlas en el palco; una trivialidad, lo comprendía. Y por bañarse en domingo le había sucedido esto. ¡Perdón, Dios mío! El tren: entonces se quitaba el fieltro y saludaba. De Tlaconete —Tlacotalpan—. Honores parlamentarios, sí; un infausto desenlace. Inconsolable pesar en el pueblo. El sofá a su alcance. Y trepó, por fin.

Tuvo un pensamiento.

—Qué conmovedor es dormirse.

Mas a la mañana siguiente, cuando todavía no abandonaba la cama, con una especie de badajo en la boca, órdenes superiores:

También le llamaron fetiche, charrán, libertino, impostor y alguna cosa más que el ex ministro no deseaba recordar en muchos años. La patria, el pendón, el honor de un ministerio, la responsabilidad del Estado. Muy bien, las objeciones y los cargos eran de peso; mas apelaría.

—Perfectamente ridículo que usted se obstine. Ni el Estado ni nadie en su sano juicio cree ya en resucitados.

Se rieron de él en la calle, en la prensa, en los tranvías, en las tabernas, en los talleres de costura, en las cancillerías. Se rieron de él a más no poder en el extranjero y sus amigos más íntimos le volvieron la espalda. Supo que en los prostíbulos de barriada le cantaban coplas. A lo más, lo saludaban al pasar un abogadillo, su carnicero, cierto militar retirado.

—Tampoco el certificado de defunción nos convence. ¡Y el médico de usted, mucho menos! Porque explíquenos, ¿dónde se encuentra su médico?

Su esposa entabló el divorcio.

—Preferiré ir sola al teatro toda la vida.

En cuanto a las masas—corazones de oro puro—, la simpatía popular estaba de parte de ella.

—Lo adiviné desde el primer momento —le dijo—; supe muy bien lo que te proponías. ¡No te perdonaré nunca de qué horrible modo me avergonzaste!

En el club de golf le gastaban bromas.

—Eh, tú, Lázaro, refiérenos cómo estuvo eso.

Los más cándidos lo tildaban de original, extravagante y aventurero.

—Confiamos en que la próxima vez nos invites.

Pero él había muerto; muerto, sí, biológica y espantosamente. Lo juraba como ex ministro. La dificultad estaba en probarlo.

Ciclopropano

Como todo hombre anémico, imaginativo y nervioso, era un ser excesivamente aprensivo e impertinente. En lo general, había sido una persona sana, excepción hecha de aquella violenta apendicitis que se le declaró intempestivamente a la terminación de un banquete. Escasamente tuvo tiempo de regresar a su casa. Sufrió un síncope en la escalera; supuso que se moría. Desde pequeño padecía de una irresistible aversión a las intervenciones quirúrgicas, no importa que se tratara de una simple extracción de muelas. La anestesia, particularmente, le producía espanto.

—No es el hecho en sí —peroraba quince días antes de su colapso— de que usted se arme de un tenedor y un cuchillo y me desuelle el vientre lo que me aterra. Esto, después de todo, no deja de ser sino una simplísima variante de cualquier especie de carnicería. Lo que me sobrecoge son los medios de que se valen ustedes para que yo, con el bazo dentro de una batea, no experimente la más leve molestia y, hasta si me apuran un poco, esboce una complaciente sonrisa de agradecimiento.

El anciano doctor, con su perilla blanca, lo observó curiosamente. Aquel ser solitario y excéntrico le divertía.

—Este es un hecho sin explicación posible y me temo mucho que sus principios científicos no satisfagan a nadie; ni a ustedes mismos. Me habla usted de los núcleos nerviosos: tal

vez le escuche, no le prometo. Mas a mi modo de ver convendría no excluir un factor importantísimo, enigmático e insobornable, cuya sola mención me hiela la sangre.

Levantó un poco la cabeza y apartó su mano del tablero. Sostuvo distraídamente un alfil. El anciano lo miró con perplejidad por encima de sus anteojos. Parecía interrogarle: "¿Y bien?".

—¡El alma! —prorrumpió aquél, con la mayor preocupación imaginable.

El doctor sonrió ya abiertamente y se humedeció los labios.

—Exactamente, el alma —repitió—. Soy un profano, discúlpeme; pero ello me aturde. Ustedes provocan la muerte, no el sueño. Durante el sueño me pica un mosquito, me despierto y lo espanto. A un cadáver pueden cercenarle las dos piernas y los brazos y continuará impertérrito. Por supuesto que en lo que ustedes producen hay algo superior, ¡superior aún a la misma muerte! ¿Acaso no se han percatado? Asesinan a un hombre —ésta es la palabra— tanto tiempo como les conviene: lo desuellan, lo destazan y a continuación lo unen. Y cuando la necesidad o su orgullo están ampliamente colmados, arrojan a un lado el cuchillo, se limpian las manos y profieren: "¡Levántate!" Entonces el presunto cadáver se mueve, estira un brazo y pide agua. Pregunta: "¿Ya me han hecho eso?".

Intentó ponerse en pie con un movimiento instintivo y el anciano doctor advirtió que la frente de su amigo se cubría de un sudor peculiarísimo. Le temblaban los labios.

—Bah, cálmese; ya se lo he explicado. Se lo expliqué en todos los términos. Y después de todo, ¿en qué puede afectarle a usted eso? Imagínese que se atormentara por un avión extraviado en las selvas de Birmania. Bébase su oporto, y a mí, si no tiene inconveniente, sírvame otro.

Sirvió una copa de oporto y admiró después sus reflejos. Las pequeñitas burbujas le parecieron alegres, sencillas y hermosas como un claro de sol durante una tarde nublada. Sostuvo un instante la copa; se la ofreció a su amigo. En seguida probó a sonreír, gesticulando.

—Tal vez suceda —continuó, empuñando el alfil de nueva cuenta— que el hombre ha reparado de pronto en un entretenimiento atrayente y morboso que consiste en rodearse progresivamente de fuerzas desconocidas e incontrolables, que él bondadosamente supone que controla. La Muerte, el Amor, el Sueño han dado en parecerle insustanciales y ha creado por sí mismo otros poderes nuevos. Con estos misteriosos poderes juega, se distrae, amenaza, llama la atención de sus vecinos. Mas quién puede decir, doctor, si un buen día estas fuerzas se sientan vejadas y muestren de improviso todo su poder aterrador y destructivo. El niño juega con el cachorro hasta que al cachorro buenamente le da la gana. La flor subsiste en tanto al granizo o al viento se le apetece. Navega el buque y un día naufraga. ¿Qué son las hermosas nubes, pongo por caso, sino unos estúpidos vapores en tan importante y disparatado espacio?

Se sofocaba. Cruzó una pierna.

—Yo temo a esas fuerzas, lo confieso. Las temo desde mi obcecada ignorancia. La más ridícula y elemental maquinaria me desconcierta. "Le hablan a usted por teléfono." ¿Podrá darse nada más rudimentario? Pues empuño el audífono y me estremezco. ¡No es comprensible ni lógico que el hombre acepte negligentemente esa rutina! ¿Por qué me hablan? ¿Quién me habla? ¿Desde dónde? Y si me hablan, ¿por qué escucho? Las especulaciones del técnico no me interesan; no me interesan las aportaciones del físico. Sus alcances no me satisfacen. El hecho es que el hombre ha violado unas normas y que lo Inasible transige. No es lógico, acéptelo.

Sonreía el médico sin interrupción ante aquel extraño caso de impertinencia. Los médicos, por otra parte, sonríen a menudo con excesiva frecuencia.

—Ustedes afirman: el progreso debilitó nerviosamente al hombre. No lo dudo. De nuevo con sus paradojas científicas. El hedor de la gasolina, el cáncer, el entumecimiento de los músculos abdominales... ¡puede ser, repito! Mas ello es lo

menos interesante. Tal vez se reduzca a que a la larga los hombres sean de un metro cincuenta, con el hígado como una cebolla, y que las mujeres para dar a luz adecuadamente precisen guardar cama durante los nueve meses del embarazo. ¡Lamentable y molesto! Pero no es el caso. Imagínese, en cambio, que aconteciera algo infinitamente más chusco que eso: que las fuerzas reprimidas con que pretendió jugar el hombre se desataran de improviso; que tomaran venganza justa de la ingenuidad de sus dueños. No pretendo dogmatizar, discúlpeme; hoy me encuentro muy excitado. Me refiero a esto: que el teléfono, el óxido nitroso, sus productos explosivos, todas las pócimas, las maquinarias, aquello con que nos deleitamos diariamente prorrumpieran un buen día: "¡Suficiente! Hoy nos toca el turno a nosotros". ¿Qué ocurriría? Explíqueme su reacción como médico: usted tiene sobre la mesa a un hombre —apendicectomía—. El enfermo está anestesiado, inmóvil, dispuesto. Interviene; esto y lo otro. Correcto. Mas al exigírsele ¡levántate!, el cadáver no obedece. Usted probará a dar una explicación categórica: cardíaco. A las dos horas, se repite el caso: asfixia. A mediodía, un tercero. De pronto, le anuncian que en el hospital X diez enfermos han sucumbido inexplicablemente después de otras tantas intervenciones practicadas normalmente. ¡Inaudito! Y en los hospitales X y X, X y X. No bastan los términos, las deducciones científicas. Improbable que los pacientes, todos, hayan sido de tal especie como para no haber conseguido soportar unas manipulaciones a las que fueron tan dóciles otros. Improbable que los anestésicos hayan sido adulterados a un tiempo. Problemático también que los cirujanos hayan olvidado en un mismo día su oficio. Los anestesistas eran los de costumbre. ¿Entonces? Explíqueme su punto de vista, ¿es rotundamente imposible que algún día ocurra esto ?

—Mi querido amigo —prorrumpió el doctor—, ¡perfectamente imposible! —y después se echó a reír.

—¿Imposible? —el nervioso hizo una mueca—. ¿Y quién se lo ha revelado, perdóneme? ¿En virtud de qué principios

es imposible? ¿De principios científicos? ¡No me convencen! El especialista augura: buen tiempo. Y llueve a mañana y tarde. Sus cálculos también eran científicos. Naturalmente, ni usted ni yo nos preocupamos: el error frustró una kermesse, un partido de fútbol, un desfile. Mas si su error —llamémoslo de ese modo— determinase un mal serio y definitivo, tal vez le costase la cabeza al especialista. Usted opina que mi temor es desatinado, lo comprendo. ¡Pero imposible, no! De ningún modo. Ustedes, los científicos, pronuncian con frivolidad excesiva la palabra imposible. Yo me río de ustedes; los temo. Me mantendré tan apartado de ustedes como pueda. ¡Imposible, no! ¿Por qué? No jueguen demasiado, se lo ruego.

Media hora más tarde, olvidadas la discusión y la partida, paseaban el doctor y aquel hombre por el parque, bajo un sol otoñal y luminoso. Todo había pasado. Reían, fumaban y acababan de sentarse en una banca.

—¿Sabe usted lo que se me ocurre? Que haría usted un singular novelista, créame —expresó por fin el anciano, trazando con el bastón unos extraños signos sobre la arena.

El aludido contempló un rato los signos y repuso:

—¿Cree usted? Podría intentarlo, al menos.

—No se burle. Los novelistas, en general, carecen de imaginación, excepto algunos ya muy leídos. La literatura realista no me interesa; me abruma. ¿Y a usted? No soy de los que admiran a un literato porque exponga con precisión algebraica la forma en que yo, mi padre, mi hijo y los hijos de mis hijos suelan llevarse un pitillo a la boca o introducirse un supositorio en el ano. Me gusta la imaginación de usted, lo confieso.

—Y a mí me destruye; es la diferencia.

—Porque es usted un sensitivo. Equilíbrese. Deslinde radical e implacablemente su corazón de su cerebro. O de un modo más gráfico: rienda suelta a la imaginación y con el corazón mano de hierro.

Aquél se echó a reír. El anciano también.

—Ahora soy yo el que posiblemente esté errando. Pero haga usted literatura; tendrá éxito.

Empezó a soplar una fresca brisa y se levantaron. La arena húmeda, perfumada, sollozaba muy tiernamente. De los altos y ensombrecidos árboles se desprendían unas gruesas gotas de agua que caían con un rumor apenas perceptible. A través de una ventana abierta, en un edificio cercano, adivinábase una blanca cortina que el viento sustraía o mostraba, haciéndola golpear contra el muro. Por detrás de la cortina cruzó una sombra.

A nuestro hombre le dolía la cabeza. Miró de soslayo y experimentó, sin comprender las razones, una piedad singularísima hacia aquel médico. Era un anciano apacible, muy blanco, semejante a un fantasma de azúcar. Le agradaban su voz, la sonrisa entre la barba, su tono provinciano, sus botines de charol y ante, con la punta hacia arriba. Era un sabio; eso decían.

—También vive usted demasiado solo, lo cual no es recomendable. Un hombre excesivamente solo se entumece, se anquilosa y, si me permite la metáfora, le diré que se devora a sí mismo. La vida se torna circular, y esto es grave. Cásese, enamórese, ¿no es posible? Después haga literatura. Yo lo leería con gusto.

Sobre la esquina sur del parque se despidieron.

—Eso es, cásese, hágame caso. Y no piense ni por un momento más en las fuerzas reprimidas. Le aseguro a usted que, contra lo que se supone, es el asunto más aburrido.

Durante aquel infausto banquete, precisamente en el instante en que nuestro hombre se llevaba a los labios una copa de vino tinto, experimentó en el vientre un escozor indescriptible como si se hubiera tragado un ciempiés; apuró la copa y después otra. Dos horas más tarde, se le declaraba la apendicitis. En el tercer peldaño de la escalera de su casa sufrió el síncope. Fue un momento angustioso en que el vino se le subió a la garganta y sintió que se desplomaba desde la

cumbre de un ventisquero. La sirvienta —que estaba presente— asegura "que se asió con fuerza al pasamano, que palideció intensamente y que profirió tres veces consecutivas ¡me muero, me muero, me muero! Su cabeza tronó en el entarimado y se hizo sangre en una sien".

Lo que siguió a continuación fue una suerte de delirio alcohólico del que destacaban unas figuras conocidas, una lámpara con un paño encima, cierta ventana que golpeaba desatinadamente y algo como hollín o niebla que, ascendiendo por detrás de su armario, se perdía en el techo de la alcoba. Se dejaba hacer, oía o adivinaba. Suprimidas todas las emociones. Creía entrever a la Muerte, mas la Muerte en este caso exhibía un semblante voluptuosísimo, unos pechos menudos y duros, y resultaba ser al cabo una de sus sirvientas. Tuvo una fugaz reminiscencia: era niño y mojaba en el chocolate unos pastelillos de nuez que se le despedazaban en mil trozos antes de que lograra llevárselos a la boca. Le palparon las muñecas, el vientre, un hombro. Alguien se inclinó a mirarlo, a tiempo que derramaba un vaso de agua. Por fin, le echaron sobre los pies una manta. No acertó de qué forma, pero alcanzó a persuadirse de que aquello tenía que ver con el apéndice. Que sería urgente que lo trasladaran. Que los apéndices se supuran o gangrenan, convirtiéndose en una fruta muy especial de la familia de las uvas pasas. Que su temperatura era elevada. Que deberían cerrar aquella ventana y llamar sin dilación a alguna parte por teléfono. Que llamaran, sí, a la mayor brevedad posible e investigaran si alguien, muy necesario, se hallaba disponible a tales horas. Que en dado caso lo abrigaran.

—¡Al hospital, no! —gimió, aunque nadie le oía—. ¡Al hospital, de ningún modo! Necesito hablar con el doctor urgentemente. ¡Se trata de persuadirlo de algo! Llamen al doctor sin pérdida de tiempo.

A continuación, reflexionó:

—Realmente esta casa es demasiado grande para mí solo. Me casaré, lo tomo en cuenta.

Iba a una velocidad inconveniente, en una penumbra fétida. Dos ojos repulsivos y descomunales lo examinaban con indiferencia.

—¡Al hospital, no! ¡No tiene objeto! ¿Quién puede hacer allí literatura?

En algún momento se adormeció, tras un leve escozor en los pies. Fue un sueño tenuísimo, como no recordaba otro. En su delirio se interrogaba: "¿Vivo? ¿No vivo? ¿Habrá terminado el banquete?" El mover un miembro le producía pereza. Si conservara abiertos los ojos —no lo sabía— quizás la oscuridad fuera menos pavorosa; mas lo probable es que los tuviera cerrados. Abriéndolos, descubriría algo. No sabía concretamente qué era eso de abrir los ojos. Oyó toser a alguien, golpear una puerta. Una sábana; sintió frío.

—Si el doctor tarda en llegar, puede ocurrirme algo. Pero el viejo debe estar jugando al ajedrez y ya se sabe que no permite que lo interrumpan. Me hablaba de un tal óxido nitroso...

Ya estaba en una sala muy amplia, perfectamente helada, donde se oía el rumor de unas maquinarias. Así deberían ser en todo caso las fábricas. Mas, mediante una maniobra habilísima, se encendió una luz potente, de color violeta, que le cegó los ojos. Vio un semblante sobre el suyo, y a continuación otro —que asoció involuntariamente con aquellos que una noche, hacía muchísimos años, contemplara en el palco de un teatro. Una mujer pestañeando aburridamente. No era una fábrica, sino un quirófano. ¿Se perdería en las olas? ¿O entre las herramientas, más fácilmente? Un recuerdo tras otro, ya con sus respectivas sensaciones. La Muerte no tenía senos, sino dos cavidades opacas. Y el anciano doctor allí estaba. O no estaba nadie; se confundía. Y gritó, estaba seguro, mas el mundo que lo circundaba se mantuvo inalterable. Precisaba comunicarle algo muy grave al doctor. Forcejó y gritó por segunda vez, percibiendo el escozor en la garganta. Segregando adrenalina. ¿Acaso ni estaría gritando? Le sujeta-

ban las manos, los pies: sumamente vejatorio. Unas voces enemigas rodaban cerca de él sobre una superficie de hielo. ¡Hay sus razones científicas, no lo olvide! Oyó, leyó o recordó inadvertidamente: Ciclopropano.

Y no supo más de sí, excepción hecha de aquel descenso vertiginoso a la largo de un tobogán de hojalata untado de aceite.

—¡Cómo has mejorado últimamente! Te traeré, si gustas, un espejo para que te mires.

—No, deja; no te molestes. En realidad, no tengo por ahora ningún interés en mirarme.

—¿Y sabes que a las once vendrá el barbero?

—¿Ah, sí?... Qué espléndida idea, desde luego.

Su mujer se puso en pie, aventuró unos pasitos, le acomodó la manta sobre las piernas y volvió a sentarse. El convaleciente hizo girar levemente su silla de ruedas.

—¿No te molesta el sol de frente? Mira, creo que allí junto a aquel árbol te sentirás más a gusto.

Él hizo un gesto, dando a entender que se encontraba divinamente. Y luego:

—El sol es un buen amigo de los hombres, ¿no lo sabías?

Ella lo observó, riendo con curiosidad.

—¡Un buen amigo entre los buenos, te lo aseguro!

Se hallaban a la sombra de un joven fresno, sobre un estrecho sendero rojizo al extremo del cual se destacaba una banca de piedra. Una casa cuadrada, inmensa, pintada de blanco, se asomaba indecisamente tras el follaje. En la planta superior había una terraza y sobre el tejado una gran chimenea de ladrillo en la cual se posaban los pájaros. A lo largo del césped correteaban tres niños. Un aya obesa, rubicunda, como una vaca holandesa, contemplábalos jugar con indiferencia. Tenía a su lado una linda pelota.

—¿O quieres mejor que te transporte? Demos por ahí una vuelta.

—Te ruego que no —repuso—; preferiría ver jugar un rato a los niños.

También ella parecía extasiarse. Sus cabelleras rubias, sus piernecitas rosadas y aquellos trajecitos de pana gris, iguales. Ay, la vida transcurre. Qué tiempo que era niña. Mas afortunadamente su esposo había salido con bien del trance.

—Aunque tal vez sí —rectificó él, acomodándose—. Quizás prefiera que me arrastres un poco. Me gustaría especialmente recorrer los jardines.

Era una gran finca, y así lo reconocían cuantos la visitaban. Ciertos sectores eran preciosos, minuciosamente cuidados, como una antigua servilleta bordada; mas internándose por la parte trasera del edificio, el panorama resultaba diferente: algo así como una pequeña selva en descomposición, de tierra muy negra y cubierta de hojarasca. Matorrales, arbustos en floración, troncos derruídos. Había un minúsculo arroyo. Y violetas silvestres a ambos lados de los caminos.

—¿No sientes frío?

—Al contrario; si es una mañana espléndida...

Lo examinaba todo detenidamente. Y sí sentía frío.

—¡Valiente susto que nos diste!

Era una mujer adorable, pálida y de cabellos negros, medianamente atractiva. Destacaban en ella los ojos. También sus manos ofrecían cierto interés, con aquellos dedos largos, afilados y nerviosos.

—Si te cansas, regresaremos. No olvides que hoy es tu primer salida.

Se sentía el convaleciente levemente mareado, con la boca seca. Empezaban a zumbarle los oídos y a punzarle las sienes. Por momentos, suponíase que lo transportaban en aquel armatoste a una velocidad vertiginosa.

—Despacio, despacio... Si al fin no tenemos ninguna prisa.

Entonces ella lo empujaba despacio, despacio, pero él tenía la seguridad absoluta de que lo hacía infinitamente más aprisa. Sonrió, disculpándose.

—Aún estoy débil.

De pronto, tuvo una ocurrencia muy curiosa que su mujer no interpretó con la claridad debida.

—Si te pidiera que me dejaras solo, ¿te molestaría?

Tardó ella en replicar, sin saber muy bien a qué atenerse.

—¿Solo?... Oh, claro que te dejaré solo. Pero... ¿y por qué? Quiero decir, ¿y si necesitas algo?

—No necesitaré nada, descuida. Se me antoja permanecer un momento a solas; es un capricho.

Se hallaba ella enfrente, mirándolo. Era una mujer sencilla para quien la soledad representaba el más negro aburrimiento.

—Tú sabes que al hombre, como a las plantas, se le apetece de cuando en cuando quedarse a solas y deleitarse con sus propias raíces. También el mar, de noche, permanece recogido consigo mismo y verifica sus cuentas. ¡Es algo perfectamente humano, comprende!

La mujer sonrió, aún más confusa, e inclinó la cabeza. Pero un grito desbordante y jubiloso, semejante a un gran chorro de agua, interrumpió el diálogo. Los niños anunciaban una sorpresa: que el barbero aguardaba a la reja, con su maletín en la mano. Que había dicho que tenía prisa porque... Si su mamá se lo permitía, transportarían con cuidado a su padre en la silla de ruedas. Ella dijo:

—Terminantemente prohibido.

A menudo el convaleciente insistía en permanecer solitario, como si aquellos tres seres irrespetuosos y sanos lo trastornaran; como si aquellas criaturas resueltas, con su luz y movimiento, interrumpiéranlo en sus oscurísimas reflexiones. Padecía, a intervalos, accesos de ira que hacían temblar a los niños.

—¡Basta, basta ya de ruido! ¿O pretendéis enloquecerme?

Ellos se encogían, entornaban los ojos, recogían sus cachivaches y desaparecían furtivamente. El menor —tal vez el más sensible— rompía a llorar con desconsuelo.

—¡Papá ya no nos quiere! ¡Papá nos ha echado!

La mujer dio en pensar en ello con extrañeza. De ahí sus miradas continuas, profundas, interrogantes y afligidas. Se las comunicó al doctor una mañana:

—Es algo tan particular que no me explico. Recuerde usted qué afable y comunicativo era antes.

El doctor era un hombre joven, que sonreía sin cesar a las mujeres jóvenes. Por intolerancia física repugnábale la presencia de un anciano. Y si de ancianos se trataba, sus tarifas eran algo más elevadas.

—Nada hay de particular, señora. Su sistema nervioso se ha resentido, es todo. Busca silencio, reposo; y hace bien. Verá usted cómo en unos cuantos días más se habrá recuperado en definitiva.

Veíasele ya al convaleciente pasear por entre los matorrales, apoyado en un bastón de ébano. Iba y venía arrastrando con pesadez los pies, la cabeza un poco hundida. Por momentos, enderezaba el cuello y atendía. Miraba con inquietud a todas partes; proseguía. Nadie hubiera podido aventurar si en efecto se sentía lleno de ánimos o apesadumbrado; si se trataba de un enfermo en franca recuperación o de alguien que por algún motivo secreto y muy grave habría preferido sucumbir en la mesa de operaciones. Su mujer lo asediaba de lejos: que no fuera a sufrir un accidente.

—Déjelo, tenga calma. Hay ciertos convalecientes que suelen mostrarse muy especiales.

—Me preocupa Eugenio, doctor. Me preocupa como usted no se imagina.

—Que no le preocupe, insisto. Es cuestión, a lo sumo, de otra semana.

Transcurrió esa semana. El enfermo mostraba el humor más avinagrado de la tierra, sin esforzarse por disimularlo.

—¿Y a qué viene esa insistencia tuya? ¿O no sabes ya de sobra que me siento perfectamente?

A la mesa, ella le insinuaba:

—Come bien. El doctor dijo esta mañana...

No soportaba oír hablar de los doctores. En presencia del médico adoptaba actitudes insolentes.

—¿Y es usted quien me ha operado? ¿Usted, usted?... ¡Y yo tan tonto! No creo en la ciencia, ¿está claro? No creí nunca.

—La ciencia —objetaba el médico— le devolvió a la vida.

—Ustedes no han hecho nada de eso. En la vida estaba y en ella me encuentro.

—De verdad que habla cosas extrañas —reflexionó aquella noche su esposa— Antes, ¿cómo diría? Era... ¡pues de otro modo!

Él hablaba, a la sazón, como en las novelas hablan ciertos caballeros aburridos. Como en las novelas que acostumbraba leer ella de soltera. Anteriormente a su enfermedad, su marido era un hombre sencillote, campechano, que repartía sonrisas y caramelos a los niños. Opuestamente, en la actualidad mostrábase en extremo carrascaloso, sumamente confuso y pensativo e intransigente con las criaturas. Que ella tuviera noticia, no sabía de nadie a quien una simple extirpación del apéndice le hubiese trastornado a tal punto el carácter.

—Me inquieta la vida de los hombres —declaró él esa misma noche—, me aturden sus problemas. El hombre es un simple artefacto que el propio hombre ha intentado suplantar por un ídolo. Aborrezco a los ídolos. Mi fe está en unas fuerzas conscientes e incontrolables que transigen.

Acababa de interrumpirse la corriente eléctrica y su mujer colocó en la mesita de noche una palmatoria.

—Me sobrecoge esta confusión en la que nadie sabe a ciencia cierta a qué atenerse. Afirmar: usted está en lo justo —es caer acaso en la más necia de las injusticias. Insinuar: se equivocó usted de medio a medio —es equivocarse tal vez más rotundamente. ¿Hacia dónde vamos?

La adorable y pálida mujer concluyó llorando. Se suscitó una escena.

—Lo que ocurre es que ya no me quieres.

—¿Pero cómo no he de quererte? Te quiero exactamente lo mismo que antes. ¿O acaso tiene esto qué ver con lo que hablábamos?

—¡No me quieres! ¡Me olvidas! —porfiaba ella—. Me basta con oírte hablar, con eso tengo.

No disponía de mejores medios para persuadirla, así que, tomándola entre sus brazos debilitados, la besó apasionadamente. Tenía unos labios carnosos y duros, muy fríos en aquel momento.

—Tonta, tonta, ¿por ventura no eres mía? Mírame bien y responde: ¿No eres mía, mía, mía... como desde que nos conocimos? —y al decir esto la observaba de un modo extraño y punzante que a la mujer la inquietaba.

Algo que repugnaba al convaleciente en lo más íntimo era asomarse al espejo. Producíale ello una impresión desastrosa y peregrina como si mirara a alguien que detestara con toda el alma. Su semblante le era antipático y lo examinaba escrutadoramente. ¿Por qué diablos se había dejado crecer tales bigotes? ¿Y aquellos cabellos hirsutos, sin brillo, que le hacían aparecer la cabeza como un dado? ¿Y tamaña adiposidad en el vientre? ¡Cómo había envejecido, por otra parte! Decididamente era un tipo vulgar, insípido, despreciable.

Sus jornadas solitarias eran melancólicas. Subía y bajaba las escaleras, rondaba la casa sin provocar el menor ruido. Asomarse a la terraza constituía para él una tortura. De qué inverosímil modo habían crecido los árboles. Frente a su casa había otra: y con qué alocada prisa la habían construido. En el comedor se sentía más a gusto. Mondaba una manzana o una ciruela y se la comía, nunca entera. En cada insignificante cajón, una sorpresa distinta: "¿Y con qué fin habrán escondido aquí el instrumento ese?". "A nadie en su sano juicio se le habría ocurrido comprarse estas camisas." Mirando jugar a las criaturas, no experimentaba sino un tedio profundísimo que lo obligaba a apartarse de la ventana en busca de rincones más propicios. Le asediaba la idea de ser un padre vil y desnatu-

ralizado. Durante la próxima semana adquiriría nuevos libros. No se explicaba cómo pudo él alguna vez tener el humor de formar una colección de Historia tan nutrida. Y lo más sorprendente de todo era que la mayor parte de los volúmenes permanecían sin abrirse. Entonces se sentía desalentado, tomaba muy preocupadamente por las escaleras, se encerraba bajo llave en su alcoba y se tendía en la cama. Fumaba un cigarrillo tras otro. Tosía, mirando hacia el techo; se desazonaba.

—Yo diría que nos fuésemos al mar unos días.

El mar no le atraía. Acaso lo único que alcanzara a distraerle era pasear por los jardines, de madrugada, cuando aún no se levantaba la niebla. Era un jardín solitario, espesísimo, donde sus pasos resonaban tan dulcemente como el agua en una fuente o la lluvia sobre un estanque. En aquellos parajes se sentía más o menos a sus anchas. El gotear de las ramas, la sorpresa de un insecto, una flor o un pétalo que se desprenden, el murmullo de la hojarasca, los reflejos, un aroma imprevisto, la pesada y amarillenta niebla le hablaban de algo sumamente misterioso y bello que él, si no se encontrara tan débil, comprendería. Entre él y aquel sollozante reino entablábase una comunicación inefable; una amistad naciente, deliciosa. En ocasiones lo invadía la nostalgia. Mas, ¿qué suerte de nostalgia? Se sentaba en una banca y meditaba. Si, poniéndose en el caso, amara ardiente e insensatamente a una mujer a la cual hubiera perdido, no se sentiría de tal modo. Si se hallara ausente de su patria y la recordara, su aflicción no sería tan grave. Si en alguna distante época hubiese sido dichoso y joven, y ahora viejo y abatido, su corazón no se sentiría más desventurado. ¿Qué especial consuelo buscaba, pues, entre aquellos árboles? ¿Qué era aquello indispensable y básico de lo cual al parecer había prescindido su espíritu? Todo en torno suyo se mantenía inmóvil, a la expectativa. Él asimismo esperaba algo; no lo sabía. Pero existía el mutuo acuerdo: era evidente.

—Doctor, aquí hay algo muy extraño que debemos poner en claro. Eugenio...

Por las noches dormía mal y se despertaba con una gran laxitud en los músculos. A menudo daba la luz y se sentaba ofuscado en su cama. La mujer también se despertaba.

—Eugenio, ¿qué tienes? ¿qué miras?... ¿Soñabas?

Replicaba él, no de inmediato:

—Creo que sí soñaba.

Rara vez recordaba sus sueños. Había algo, no obstante, en ellos, que se repetía periódicamente, haciéndole sufrir lo indecible. Un viejecito azucarado trazaba sobre la arena de los jardines unos jeroglíficos extraños que él ni remotamente comprendía. Entonces, bajaba de lo alto un cuervo y le lanzaba al viejecito un picotazo espantoso en la frente. El anciano no se inmutaba. A renglón seguido, bajaba un segundo cuervo y se posaba sobre la hierba. Aquí, el viejecito se ponía en pie gravemente, contemplaba con desconfianza al pajarraco y echaba a andar a grandes pasos por el camino. Lo que originaba en él un terror inaudito era quedarse a solas con aquellos jeroglíficos. Invariablemente y en tal momento despertaba.

Cierta tarde, el menor de los niños le habló con el más profundo misterio:

—Ven, quiero decirte un secreto.

El convaleciente accedió de mala gana, inclinándose sobre la criatura.

—Un poco más alto, ¿quieres? No te oigo.

La voz del niño sonaba clara e inquieta, semejante a una linda campanilla que se meciera por entre los árboles.

—¿Verdad que tú... que tú no eres mi papá?

Retrocedió él unos pasos, cual si contemplara un cuadro.

—¿Verdad que no, que no? Dilo de veras.

Él dijo:

—¡Qué necedades se te ocurren! ¿Cómo supones tal cosa?... ¿Y quién te imaginas entonces que sea?

Pero el chiquillo rompió a reír nerviosamente y echó a correr por la alameda.

—¡No lo eres! ¡No lo eres! —gritaba. Y aquello debía proporcionarle una emoción tan incontenible, que se le traslucía en sus músculos.

—Él no es nuestro papá —le expresó por la noche a su madre—. En eso estamos todos de acuerdo.

La mujer también retrocedió, buscando a tientas un mueble a qué sujetarse.

—¡Que no es nuestro papá!, repito. ¿De verdad no te habías dado cuenta?

En vista de que la madre se oponía terminantemente a seguir escuchándole, el niño decidió llamar a sus hermanitos. Y haría venir también al aya, quien podría prestar testimonio.

—¡Dile a mamá lo que hablábamos! —prorrumpió, dirigiéndose al mayorcito, que se resistía—. Pero díselo bien claro para que se entere.

La angustiada y perpleja mujer se reclinó en el muro. Después, casi inadvertidamente, fue dejándose caer en un sofá y suspiró repetidas veces.

—Díselo, anda, no seas cobarde.

—¡Yo no soy ningún cobarde! Pues decíamos que ese hombre no nos gusta.

—¡Raúl! —articuló ella—. No hables más barbaridades. ¿O te has vuelto loco, acaso?

—Dile lo demás. Cuéntaselo todo.

—Y que si ese hombre continúa viviendo con nosotros, nosotros nos marchamos. Eso mismo dice el aya y puedes hablar con ella cuando quieras.

—¿El aya? —balbuceó la madre—. ¿Pero el aya dice eso?... ¡Oh! —y pretendió reír, frotándose las manos—. Debe ser alguna broma.

—Te equivocas —protestó el pequeño.

—¡Ninguna broma! —corroboró el mayorcito—. Él no es nuestro papá. Papá vendrá de un momento a otro y no sé lo que pensará de todo esto. Me imagino que, por lo pronto, no se sentirá muy satisfecho.

—¿Y por qué no ha de ser vuestro papá? Esto es lo que nadie me ha dicho.

Le temblaban la voz, las manos. Los tres niños se miraron.

—Bueno, eso ya no lo sabemos.

—¿Y lo sabe el aya?

—El aya no lo sabe tampoco. Pero él no es nuestro papá y me parece suficiente.

Tan luego la dejaron a solas, la infeliz y recatada mujer se encerró en su alcoba y rompió a llorar silenciosamente contra la almohada.

Las tardes eran lluviosas y tristes, y unas melancólicas sombras recorrían la casa. Sin que viniera a cuento, encendíanse desde muy temprano las luces. Un silencio especial, como si alguien hubiese fallecido repentinamente, reinaba en las habitaciones. Las sirvientas hablaban en voz baja, los pisos carecían de resonancia y hasta los mismos niños, sobrecogidos por una presencia intangible, se negaban a subir solos a sus cuartos. Por las noches soplaba el viento y gemía contra los muros una voz intrusa y atormentada que entonaba las canciones más doloridas y amargas. Algo totalmente incomprensible para todos.

El convaleciente continuó enflaqueciendo. Desde muy temprana hora se le veía caminar por las avenidas, con el gabán sobre los hombros.

—¿Qué miras? —indagaba, a veces.

Advertía que con enojosa insistencia su mujer lo acechaba a todas horas. La mujer se turbaba, dejaba un instante de mirarlo.

—No miro nada, Eugenio. ¿O es que te irrita el que te mire?

—Bien visto —convenía él—, no me irrita; me intriga.

—Pues no miraba nada, de veras.

Por aquellos días sucedió, sin embargo, un hecho positivamente significativo.

Había ido el doctor de visita y charlaban los tres en la biblioteca algo más animadamente que de costumbre. El sol, la brisa, los vapores silvestres y las cortinas golpeando en los cristales eran cosas de admirarse. El doctor, sentado en una

butaca de cuero, sostenía entre las manos un libro; lo ojeaba. De pronto, el convaleciente enderezó levemente el cuerpo e hizo una sugestión extraordinaria:

—Doctor, ¿y qué tal si jugásemos al ajedrez un poquito?

Su interlocutor no debió percatarse en un principio. Mas, a poco, cerró el libro de golpe y contempló al enfermo desde lo más profundo y oscuro de un pozo.

—¿Un ajedrez? —insistió con torpeza, silabeando.

—Por supuesto, un ajedrez. Yo he sido siempre un buen aficionado.

La mujer se puso en pie, a riesgo de desplomarse. Intentó despegar los labios, alargar un brazo, procurar de algún modo que se callara el enfermo. El enfermo debió reparar al punto.

—Bien, ¿y qué hay de sorprendente? ¿Te desagrada?

—¡Oh, no, no me desagrada! Lo que ocurre es que...

Hubo un silencio.

—Bueno, termina.

Ella fue a objetar: "Es que tú antes... NO JUGABAS" — y se mordió los labios.

—Sí, ¿qué ocurre, pregunto? —porfiaba él. Cruzó una pierna; después sonrió. Hablaba ahora en un tono familiar e imprevisto—. O lo que ocurre lo sé de sobra —y al doctor, confiadamente—: Las mujeres, doctor, abominan este juego por algo que el señor Freud nunca quiso explicarnos. Lo había notado otras veces. ¿Y usted puede suponer en qué consista ello? ¡Aunque es una buena impertinencia de parte mía! Uno siempre anda preguntándose por los rincones en qué consisten las cosas, como si en realidad alguien pudiera saberlo.

Se incorporó alegremente, con objeto de aproximar una mesita.

—¿Le parece buena esta luz?

Al doctor le pareció inmejorable.

—Y de beber, ¿qué le apetece? Yo diría que un oporto. ¿O prefiere whiskey? ¡Que nos traigan el oporto, querida! Ah, y unos pastelillos.

Sucedió una pausa; el rumor del viento. El convaleciente en tanto ordenaba las piezas con la mayor calma imaginable. Tal vez si levantara la vista el espectáculo no le resultara divertido. De qué angustiada forma lo miraban. Su mujer se aprestó a salir en aquel momento.

—¿Te marchas? ¡Qué le decía! Pues me encantaría que permanecieras a mi lado. No es el ajedrez lo que ustedes se imaginan, sino algo mucho más fascinante y entretenido que la conversación más amena. Quédate, ¿quieres? Yo te lo pido.

A la mujer le retumbaba un eco en la cabeza; algo como una sonora campana que rodara sin cesar a lo largo de una empinada vertiente. "Él no es nuestro papá, en eso estamos todos de acuerdo". La campana rodaba, saltaba un poco entre las piedras y caía hecha trizas en una sima. "El aya también lo dice. Si continúa ese hombre entre nosotros, nosotros nos marchamos". Era la idea precisa: huir, huir y tomar del brazo a las criaturas sin volver atrás la vista.

—Quédate, no seas necia.

Desde el vestíbulo oyó ella su voz —que era aún la voz de la campana.

—¡Y que no se te olviden los pastelillos!

El convaleciente dijo:

—Elija usted, doctor.

La partida fue monótona, insustancial, plagada de continuos errores. Quizás el doctor no atendiera al juego. Le temblaban un poco los dedos y a menudo se detenía pensativamente con el pañuelo en los labios. Entonces, su contrincante levantaba el rostro y lo observaba. Era un reproche.

—¡Qué confusión tan ridícula! —expresaba el médico—. ¿Me permite retroceder el caballo?

Cuando trajeron el oporto —los pastelillos se habían terminado— el convaleciente contempló su copa y miró a través de la ventana. Tenía la impresión peculiarísima de que toda exquisita bebida resultara doblemente apetitosa si lo que se ofrece a los ojos es grato. Las pardas copas, los cirros pálidos.

Allá, sobre los cedros. Apoyó el codo para percatarse de qué modo tan insólito adelantaba su adversario una torre.

—No se lo aconsejaría —insinuó.

El doctor se azaró, de pronto.

—¿No? —y atolondradamente retiró la pieza.

—De ningún modo. Mas ello no obsta para que usted obre como mejor le parezca.

Aquel joven médico tenía unas manos regordetas y lampiñas, enrojecidas como las de todos los cirujanos. Aquel hombre lo había operado. De aquellas manos enrojecidas había estado pendiente su vida como de un misterioso hilo. De aquellas manos, que él contemplaba ahora, habían dependido infinidad de cosas —entre otras, que él estuviera presente—. Un defecto de pulso, un titubeo, una presión excesiva, y el hombre que era habría terminado. Meditando sobre ello, pudiera aceptarse que los cirujanos llevasen a cabo una magnífica obra. ¡Pudiera ser, desde luego! No estaba muy seguro. Porque particularmente en su caso, ¿alguien podría demostrarle que la intervención había sido correctamente efectuada? ¿Y que dicha intervención, bajo el punto de vista clínico, había sido asimismo absolutamente imprescindible? Suponiendo que eventualmente el doctor le hubiese rajado el vientre y que su apéndice ofreciera el mejor de los aspectos, ¿iba, por ventura, el doctor a coserle de nuevo las tripas y a pedirle inmediatas disculpas? No obstante, era lo que procedía; lo que debiera exigirse entre personas honestas. La labor de aquellos hombres, por tanto, se le mostraba oscura, incierta y enigmática. Tan podía tildarse de admirable como de desastrosa. Tan podían restituir una hermosa vida como truncarla o arruinarla de un modo ignominioso.

—Sospecho que juega sin atención, amigo. Le tomaré ese alfil, por lo pronto.

El doctor esbozó una sonrisa ambigua y chasqueó la lengua.

—¡Cómo! ¿Y aquel peón... lo abandona?

Sucedía igualmente que los doctores no son por lo común personas inteligentes. Y lo que resultaba más censurable: fatuos, vulgares. A un carpintero, por ejemplo, llegaría él a disculparle sus omisiones: "Mire usted, le encargué una mesa y lo que me entrega es un armatoste con tres patas. Si desea conservar su clientela, cuente mejor en lo sucesivo". De que el plomero no soldase bien la cañería dependía que se escapara otra vez el agua, deteriorando los techos. Y cuando un astrónomo se equivocaba...

—Vaya, eso sí me parece bien. Ha sido una medida prudente.

Pues cuando un astrónomo se equivocaba las consecuencias no eran irreparables. El doctor era algo diferente. ¿Por qué no exigir que los doctores cuando menos fueran inteligentes? ¿Por qué también los necios eran doctores? Mas en semejante momento, el enfermo no acertó a delimitar si en realidad un tonto presupone un irresponsable. Bebió un sorbo de oporto y miró hacia afuera. Anochecía.

—¡Conque usted mismo me ha operado!

Fue una exclamación extemporánea que confundió con razón al médico.

—Es decir... ¡usted mismo y con esas manos!

Sostenía en la suya un alfil, que apresaba como si se tratara de una galleta.

—¿Y sabe lo que se me ocurre decirle? Que la vida de ustedes, los cirujanos, es la más compleja, oscura y sospechosa de todas.

El doctor sonrió; era un joven honesto.

—La más trágica, también. Y estoy por decir que la más inhumana.

Echándose preocupadamente hacia atrás, miró a lo alto. Transcurrió un tiempo.

—Sí, me inquietan los médicos. Es algo constitucional, me imagino. Y diga usted, ¿el jugar así con la vida humana resulta a la postre un dolor o un entretenimiento? ¿O es, más bien,

un recurso disimulado para exhibir y poner a prueba sus poderes? Este asunto de los poderes es digno de estudio. Mas le pregunto: ante un enfermo cualquiera, ¿qué especie de sentimientos asaltan a un médico?

—El de devolverle la salud a toda costa, supongo —repuso cándidamente el médico.

—Ya, ya, eso creo. Pero quiero decir lo siguiente: ¿Que si reparan ustedes de paso en lo que para ese enfermo, como individuo, puedan significar la vida y la muerte? O de otro modo...

El doctor tuvo un estremecimiento.

—Nuestra labor es exclusivamente científica.

—Se trata, pues, de experimentos...

—Relativamente. El arquitecto resuelve un problema; el sacerdote, otro. Nosotros, los médicos, nos enfrentamos a un problema más en el hombre.

—Hace tiempo, créame, que pienso en ello y aun no me resuelvo. Al médico tal vez lo admire; tal vez lo tema.

—Al médico —subrayó el otro— invariablemente se le reprueba.

—¡Quién sabe! Pero va usted demasiado lejos.

Sobre los árboles tembló la última luz de la tarde. El convaleciente suspiró, con el oporto entre los labios. Cruzó un pájaro, otro. Él creyó percibir de algún modo la ráfaga.

—Mis puntos de vista —continuó— son perfectamente anticientíficos y en ocasiones me avergüenzan. ¡Vea! *No es propiamente el hecho en sí de que usted se arme de un tenedor y un cuchillo y me desuelle el vientre lo que me aterra. Esto, después de todo, no deja de ser sino una simplísima variante de cualquier especie de carnicería. Lo que me sobrecoge son los medios de que se valen ustedes para que yo, con el bazo dentro de una batea, no experimente la más leve molestia y, hasta si me apuran un poco, esboce una complaciente sonrisa de agradecimiento.*

Su interlocutor atendía con asombro. Era un semblante grave, preocupado.

—*Soy un profano, discúlpeme; pero ello me aturde. Ustedes provocan la muerte, no el sueño. Durante el sueño me pica un mosquito, me despierto y lo espanto. A un cadáver pueden cercenarle las dos piernas y los brazos y continuará impertérrito. Por supuesto que en lo que ustedes producen hay algo superior, ¡superior aun a la misma muerte! ¿Acaso no se han percatado?*

Intentó ponerse en pie con un movimiento instintivo, y el joven doctor advirtió que la frente de su amigo se cubría de un sudor peculiarísimo. Le temblaban los labios.

—*Tal vez suceda* —continuó, empuñando el alfil de nueva cuenta— *que el hombre ha reparado de pronto en un entretenimiento atrayente y morboso que consiste en rodearse progresivamente de fuerzas desconocidas e incontrolables, que él bondadosamente supone que controla. La muerte, el amor, el sueño, han dado en parecerle insustanciales y ha creado por sí mismo otros poderes nuevos. Con estos misteriosos poderes juega, se distrae, amenaza, llama la atención de sus vecinos. Mas ¿quién puede decir, doctor, si un buen día estas fuerzas se sientan vejadas y muestren de improviso todo su poder aterrador y destructivo?*

Se sofocaba. Cruzó una pierna.

—*Ustedes asientan: el progreso debilitó... Ustedes afirman: el progreso debilitó nerviosamente al hombre. No lo dudo. De nuevo con sus paradojas científicas. El olor...* —se detuvo titubeante— *¡perdón! El hedor de la gasolina, el cáncer, el entumecimiento de los músculos abdominales... ¡Puede ser, repito! Mas ello es lo menos interesante. Tal vez se reduzca a que a la larga los hombres sean de un metro cincuenta o que...* —otra pausa—. *¡Lamentable y molesto! Pero no es el caso. Imagínese en cambio... que aconteciera algo infinitamente más chusco que eso: que las fuerzas... reprimidas con que pretendió jugar el hombre se... se desataran de improviso. Que tomaran venganza justa de la... de... la... ingenuidad de sus dueños.*

El doctor estaba en pie: jamás recordaba nada tan extraordinario. El convaleciente sonreía y hablaba con torpeza creciente, aunque en apariencia tranquilo. Por momentos, cuan-

do se interrumpía, entrecerraba los párpados, con un leve temblor en las manos. Inmediatamente después, continuaba.

—... y que de pronto... un buen día prorrumpieran: "*¡Suficiente! Hoy nos toca el turno a nosotros. ¿Qué... qué ocurriría? Explíqueme su... su reacción como médico.* Le digo... ¡justamente!... ¿eh? *Usted tiene a...* ¡bueno! *Usted tiene sobre la mesa a un hombre: A-pen-di-cec-to-mía. El enfermo está... anesttt... tttesiado.* Muuuy bien. *Anestesiado. Interviene: Est... ttto. Esto y lo otro;* y... y... entonces...

Entreabrió esta vez con asombro los ojos, como si despertara de un sueño. Contempló el tablero, luego al doctor, su copa de oporto; por fin, el muro. En el muro se detuvo, mostrándose al parecer más confiado. Ya había anochecido. En su semblante adivinábase ahora una nueva expresión indefinida, como si temiera una agresión o algo por el estilo; como si él fuera un intruso, sorprendido casualmente en el fondo de un armario. Había asimismo en su mirada oblicua un no sé qué de canino, que al doctor no le pasó inadvertido. Sintió frío. Su contrincante le ofrecía un sorbo de agua.

—Bébase esto, se lo suplico. ¿Realmente se siente usted enfermo?

No se sentía mal; que recordara, pocas veces se había sentido tan juvenil y dispuesto. Podría haber continuado jugando al ajedrez toda la noche o bien iniciado un largo paseo nocturno por los jardines.

—¿Se mejora usted? Bah, no tenga ningún cuidado; no será nada importante. Por la noche, media hora antes de acostarse, se tomará usted algo.

El doctor extrajo su estilográfica.

—Gracias —repuso aquél risueñamente—. Si le dijera que ya no necesito nada.

Lenta, complacientemente apuró su copa de oporto. Y unos minutos más tarde, tras someterse a un breve reconocimiento, se despidió del doctor a la puerta con un abrazo.

—¿Sabe?... Este sistema nervioso mío me destroza. En alguna ocasión me dijeron que era yo un sensitivo...

El médico le alargó la receta y prometió informarse de su estado a la mañana siguiente sin falta.

—¡Te aseguro que fue una partida de primer orden! —le comunicó a su esposa tan pronto hubo penetrado en su alcoba.

Mas su mujer, entre las sábanas, tenía una voz particularísima como quien habla apresurada e innecesariamente desde lo más alto de un rascacielos.

—¿De veras?

—Por supuesto.

Implacablemente despierto, con los ojos fuera de las órbitas, el convaleciente dejó transcurrir la noche. Gemía el viento, golpeaba contra los cristales la lluvia y una sucesión inexplicable de lucecitas extrañas le palpitaba sin cesar entre los dedos. La noche, la noche siempre —igual a todas—. Se sintió brutal y repentinamente solo. No amaba a la mujer aquella, aunque los niños podrían ser atractivos. Tan delicada e inquieta la pelota, rodando como un conejito por los macizos. Y las avenidas sombrías, humedecidas, donde los pasos sonaban tan dulcemente como sobre un estanque. Todos dormían. ¿Y qué se habría hecho el viejecito aquel, tan blanco como un fantasma de azúcar? Que hiciera literatura: tendría éxito. Mas en cuanto despuntara el alba, con las primeras luces, iría corriendo a buscar a los niños. Le sentaría bien, era lo indicado. Y tan hermoso que es despertar, despertar reiteradamente un día y otro, sin descanso, descubriendo que otra vez —como tantas— ha amanecido. Descubrir, esto es, a través de las rendijas aquella luz palidísima tantos días como fuera posible, tantos días como se lo permitieran. Oh, la vida de uno, tan propia, tan intransferible; tan luminosa. Realmente con los niños ciertas cosas se olvidan.

“Si me permiten jugar —les diría—, jugaré con ustedes. ¡No tienen por qué asustarse! A partir de anoche me siento un hombre completamente distinto.”

Pero era en sueños, con los ojos bien abiertos, mientras se persuadía una vez más de su extravagante bigote.

Media hora después de que despertaron los criados, el aya obesa y rubicunda, como una gran vaca holandesa, volvió del jardín con la impresionante noticia:

—El señor allí... ¡colgado!

Por fortuna, nunca supieron los niños.

Índice

En compañía de un solitario
Mario González Suárez. 9

La noche
La noche del féretro. 33
La noche del buque náufrago 38
La noche del loco 42
La noche del vals y el nocturno 52
La noche de los cincuenta libros 57
La noche de la gallina 69
La noche del perro 75
La noche de Margaret Rose 82
La noche del muñeco 97
La noche de los genios raros 106
La noche del traje gris 110
La noche de *La Valse* 122
La noche del indio .131
La noche del hombre 136
Mi noche 143

La puerta en el muro. 153
Yo de amores qué sabía. 185
Breve diario de un amor perdido. 197
Tapioca Inn. Mansión para fantasmas
La polka de los Curitas 245
Aureola o Alvéolo 271
Usted tiene la palabra 299
Ciclopropano 316

(Continúa en el tomo II)

Cuentos completos. Tomo I, de Francisco Tario, fue impreso en enero de 2004, en UV Print, Sur 26-A núm. 14 bis, 08500, México, D.F. Cuidado de la edición: Marcela Cortázar, Yazmín Cortés, Hugo Espinoza y Gabriela Orozco. Coordinación editorial: César Gutiérrez.

Otros títulos en la colección
BIBLIOTECA JUVENIL
Siempre clásicos,
siempre contemporáneos

El Zarco
Ignacio M. Altamirano
Prólogo de Orlando Ortiz

Los pasos perdidos
Alejo Carpentier
Prólogo de Salvador Arias

Leyendas mexicanas
Artemio de Valle-Arizpe
Prólogo de José Luis Martínez

Don Catrín de la Fachenda
J. J. Fernández de Lizardi
Prólogo de Mariana Ozuna

Cuentos completos
Mauricio Magdaleno
Prólogo de Eduardo Antonio Parra

Otra vuelta de tuerca
Henry James
Prólogo de Christopher Domínguez

Si Francisco Tario no hubiera nacido en México hoy lo veríamos incluido en el canon de la literatura hispanoamericana. Aunque en su momento a sus obras no le faltaron los comentarios de lectores inteligentes –entre ellos Octavio Paz, Celestino Gorostiza y José Luis Martínez–, una inercia muy poderosa se ha opuesto a la consagración de Tario como un autor nacional, condición *sine qua non* para la promoción en el extranjero. Veremos que la marginalidad de Tario dice más de nuestro medio literario que de su obra, leída hasta ahora por una secta de devotos.

Sin embargo, también creo que forma parte del destino que la obra de Francisco Tario haya sido ignorada durante tantos años. Como el hijo pródigo que regresa, es importante reconocerlo e integrarlo al panorama de las letras mexicanas.

Mario González Suárez

www.lectorum.com.mx

ISBN 970-732-040-0

9 789707 320406

LECTORUM